MACEO

dos conferencias históricas

eusebio hernández

A.

Hacio:

MACEO

dos conferencias históricas

eusebio hernández

MACEO

dos conferencias históricas



Centenario 1868

INSTITUTO DEL LIBRO
La Habana, 1968

Edición: Gladys Alonso
Cubierta: Roberto Casanueva

EUSEBIO HERNÁNDEZ: CON EL PRETEXTO DE DOS CONFERENCIAS HISTÓRICAS

En literatura, *Carlos Loveira logró anatematizar a los iniciados en la política republicana, estableciendo, a fuer de definición sociológica, una fórmula de destinación para la vida pública que se desgaja en dos grandes alternativas: el general y el doctor. La búsqueda del condicionamiento contextual en que Eusebio Hernández ha dictado sus dos conferencias históricas, obliga de otra parte, a remitirse a este marco en que él mismo logra introducir variantes, producto de su propia y original alternativa política.*

En su papel de general *o* doctor *(o ambas categorías a un tiempo), no sería posible encontrar a Eusebio Hernández, más que ocasional o accidentalmente en una historia pormenorizada. Su nombre, se hubiera oscurecido irremediablemente, hasta desaparecer como una figura de segundo orden, en la maquinaria absorbente de una actividad, ahistórica, aun cuando se la enfrentara —como es su caso— con fines altruistas y principios románticos.**

Han sido realmente sus trabajos históricos, regreso a sí mismo y a la historia de la revolución, los que le han dado visa de permanencia, y lo han hecho aparecer en la historiografía cubana, *con perfiles singulares y notables.*

En revolución, *Eusebio Hernández corresponde exactamente a esa generación emergente, que con José Martí como personaje principal, pasa a compartir con los sobrevivientes de la generación iniciadora de la guerra del 1868 —Maceo, Gómez, García, etc—; el primer plano en el movimiento por la independencia, luego de la interrupción del*

* No hay que olvidar que Sanguily, cuando se oponía al *Tratado de Reciprocidad* se preocupaba sobre todo por legar una protesta a la posteridad, sabía, y así lo afirmaba, «que era una voz clamando en el desierto».

Zanjón. Estudiante en el Instituto de La Habana cuando se produce el fusilamiento de los estudiantes de medicina (1871), su sola condición producía sospechas a las autoridades españolas. Poco tiempo después, graduado de bachiller, es enviado por su familia a Madrid a estudiar medicina.

En España, a través de Calixto García, comienza su vínculo definitivo con la revolución. En 1879, éste dirige el movimiento de la luego llamada Guerra Chiquita. *Eusebio Hernández resulta uno de los primeros complotados. Estos acontecimientos, serán más tarde el tema de su primera conferencia histórica; por consiguiente, resultaría ocioso detallarlos, ya que él mismo lo hace destacando múltiples detalles; colocándose en el centro de los mismos y abarcando todo el período que va desde 1878 a 1895.*

Los fracasos sucesivos junto a Maceo y Gómez (década del ochenta) en el intento de reanudar la contienda, motivaron su viaje a Europa.

Allí se encontraba, cuando el genio de José Martí logró unificar las fuerzas y encontrar los mecanismos que habían de lograrlo. Máximo Gómez, sumado entre los primeros al plan de Martí, le escribió entonces instándolo a incluirse en el movimiento: «Paréceme a mí —escribe Gómez— que si hombres como usted se pusiesen al lado de Martí en estos momentos, quizás se pudiese llevar más pronto a feliz término la obra comenzada. Martí vino a verme y a pedirme mi concurso, y como mi espada siempre que el brazo pueda moverla estará dispuesta a defender los derechos de la futura patria de mis hijos, contesté a Martí lo que mi corazón y la conciencia me dictaron. Cuba puede contar con mis servicios a la hora que los necesite y recordé una patriótica frase de usted cuando juntos nos fatigábamos en igual deseo de caer en Cuba (1884). Decía usted entonces: "Yo soy soldado sin condiciones". Eso he dicho yo ahora a José Martí».

Es cierto que Eusebio Hernández tenía objeciones al plan de Martí y a las bases del Partido Revolucionario Cubano. Pensaba que estas eran totalitarias y no se ajustaban a sus concepciones democratizantes. No comprendía que en ellas se resumía la experiencia anterior y la única forma viable de hacer la nueva guerra. Sin embargo, aceptó integrarse al movimiento, y aunque éste lo sorprendió en Cuba, viajó a Estados Unidos, para de allí, después de mil azares, regresar para ocupar puesto en el Ejército Libertador.

En campaña, está nuevamente junto a Máximo Gómez. Demuestra ser mejor polemista que guerrero. Siente más inclinación a la organización civil que al oficio militar, pero cuando en mayo de 1896 ocupa interinamente un cargo en el Consejo de Gobierno (secretaría de Relaciones Exteriores), trata de conjugar ambos elementos, cuyas contradicciones (a veces se olvidaba) habían sido fuente principal de la

frustración de la guerra anterior. En una objeción que hace a un proyecto de la secretaría del Interior, señala: «Siendo el objeto principal de la Revolución que sostenemos el de alcanzar la independencia por medio de las armas, si es preciso nuestra preocupación constante, al confeccionar las leyes, debe consistir en favorecer las operaciones militares convirtiéndose los empleados del orden civil en auxiliares eficaces de nuestro ejército. Y en todo aquello en que nuestra autoridad pueda ocasionar dilaciones, rozamientos perjudiciales, o confusión entre el orden militar y el civil, preferible es ceder en beneficio de las operaciones de la guerra. Por otra parte, siendo el Consejo de Gobierno el organismo en que radica hasta hoy el poder supremo de la nación, otorgado por la Constitución de la República, está en su interés despojarse durante la guerra de toda función en la cual pueda quedarse su autoridad menoscabada. Y eso sucederá mientras no realicemos el firme propósito de mantenernos dentro de lo prescripto por la ley fundamental, que, en primer término, estamos obligados a respetar, para poder así hacerla respetar y cumplir a los demás en todas sus partes. Dejemos a la autoridad militar que disponga de las fuerzas armadas, como lo ordena la Constitución; limitémonos a reglamentar los otros servicios que se refieren al orden civil, y esperemos la propuesta del general en jefe, o enviemos a su aprobación lo que creamos conveniente, y que tenga alguna relación con el mando militar, para el mejor orden en el servicio de ambos; para evitar la invasión de atribuciones y con ella el choque de dos elementos, que no por ser militar uno y civil otro, dejan de ser humanos, igualmente interesados en la independencia de la patria y acreedores en la misma proporción al respeto de todos y al aprecio de la nación». Su permanencia en el Consejo de Gobierno, a pesar de haber sido fugaz —el 13 de agosto de 1896 renunció por discrepancias con el presidente Cisneros—, le dio tiempo para redactar una de las disposiciones más importantes de este período, emparentada con la tea incendiaria *de la primera guerra, y relativa a la actividad productiva marginal al movimiento revolucionario. El documento, que prohibía la zafra de 1896-97, es una prueba de la progresiva profundización ideológica del movimiento por la independencia: «La Revolución —dice— tiene medios de hacerse sentir de todos y necesita aprovechar la ocasión que se le presenta sin pérdida de tiempo. Nuestra situación actual nos permite adoptar todas las medidas que conduciendo a ese fin, aseguren la vida del actual movimiento revolucionario, confirmen su éxito y aceleren su indiscutible triunfo. El Consejo de Gobierno y el general en jefe de nuestro ejército han pensado siempre, con muy buen acuerdo, que la propiedad es el verdadero enemigo de la Revolución, como que en ella funda su poderío el gobierno español, y en defenderla cifra todos sus empeños, y sin*

ella sería imposible toda vida social para nuestros enemigos. Mientras Cuba no sea independiente, es preciso que se paralice en ella toda vida, así en lo social como en lo político y en lo económico; nuestros ataques deben dirigirse muy principalmente contra la propiedad que alienta y sostiene al español, medio esencial de conseguir esa paralización. Obtenido esto, España, a pesar de su ejército, no ejercerá de hecho su soberanía sobre el territorio cubano, y no tendrá más remedio que desistir de una lucha inútil para ella y abandonarla.»

De vuelta a la columna de Gómez, luego de renunciar a su cargo en el Consejo de Gobierno, tiene la posibilidad de asistir a algunos combates en Camagüey y Las Villas. Más tarde, en la Asamblea de la Yaya, es el centro de importantes discusiones con el Consejo saliente, pero decepcionado, abandona la Asamblea y va a reunirse con Calixto García. Su salud es sumamente delicada y recibe autorización para trasladarse a donde pudiera recuperarse. Viaja a Estados Unidos, y poco tiempo después de su llegada es proclamada la guerra hispano-norteamericana, que traerá nefastos y definitivos resultados para la que durante treinta años habían sostenido los cubanos con España.

En política *(en la única acepción que el término tiene en el período republicano), Eusebio Hernández se vio inevitablemente atrapado en la frustración de una idea (la independencia) perseguida con íntegro sacrificio, pero desmoronada en última circunstancia por la historia de una ingerencia harto conocida. La República se le presentó como un cataclismo, pero al mismo tiempo como una realidad inobjetable de la cual no le resultaba fácil escapar.*

En 1900 fue presidente del Partido Nacional, de Unión Democrática en 1901 y de la Conjunción Masoísta en 1902. Su destino fue el de muchos que, cumplida la predicción de Tejera hicieron el juego en uno de los dos* grandes *partidos que representaban opciones idénticas de un mismo engranaje.*

En 1902 forma como vicepresidente la candidatura de Bartolomé Masó, pero al comprender que Estados Unidos ha apadrinado a Estrada Palma, se retira indignado.

* Diego Vicente Tejera, fundador del primer partido socialista cubano, de efímera duración, en 1897 predijo el futuro de la política cubana afirmando: «Es muy probable... que al principio no se formen sino dos grandes agrupaciones... la tendencia conservadora y la tendencia liberal... Tendremos pues, en Cuba según toda probabilidad dos grandes partidos políticos... y bien puede el trabajador, el obrero, según su temperamento, afiliarse aquí o allí... Pero tenga entendido el obrero cubano que ni liberales ni conservadores resolverán su problema capital, que ni siquiera intentarán resolverlo, que atentos solamente a la lucha más o menos elevada que entablarán en disputa por el poder, no se acordarán del oscuro proletario sino para tomarlo de escabel, en cambio de promesas cuanto más halagadoras, más falaces». (En *Razón de Cuba*, pp. 35-36, Habana, 1948.)

A pesar de haber sido opositor consecuente de Estrada Palma, cuando se produce la guerrita *de agosto, se opone a ella. En 1908 es presidente del Partido Liberal Histórico y en las elecciones de 1912 acepta la candidatura a la vicepresidencia en la postulación del Partido Liberal. Había atacado al gobierno de José Miguel Gómez y pensaba de buena fe lograr con su participación un cambio sustancial en la situación política de la república. Fue afortunado, sin embargo, en su fracaso en unas elecciones amañadas. Si su definición de inconforme y renovador social se había atisbado en más de una ocasión, de entonces en lo adelante, va a aparecer con perfiles enteramente definidos e incluso va a determinar, que luego de decepcionarse con la* guerrita *de 1917 y una experiencia de conservador, se retire definitivamente de la política cerrando este ciclo con una protesta desafiante a todo lo que trató de trasformar pero que terminó por abjurar.**

Hay una curiosa coincidencia en este proceso electoral de 1912 y es que el oponente conservador a la vicepresidencia de Eusebio Hernández es Enrique José Varona. Varona es, por su parte, un caso similar. Forma parte de ese grupo heterogéneo que se da en la primera generación republicana —última de la independencia— y que es cíclicamente actuante en política, pero imperecedero esencialmente por su labor intelectual y por sus ideas progresivas en el orden social.

Los perfiles de su posición avanzada, hacían de Eusebio Hernández inevitablemente antinorteamericano. En cierta ocasión, aprovechando un acto del Centro de Veteranos exigió «el cese de la intervención y el establecimiento de la República declarando que en caso contrario, provocarían los veteranos una nueva revolución». En 1912, cuando luego del fracaso electoral alguien propone una inteligencia con los norteamericanos, se apura en proclamar: «Ningún cubano, por grande que sea, tiene el derecho de abrir al extranjero las puertas de su patria.» Cuando más tarde se habla de revisar la Enmienda Platt, se opone a cualquier revisión que no entrañare invariablemente su desaparición. En 1921, el enviado Crowder realiza sus funciones de fiscalizador colonial, Eusebio Hernández no tarda en pronunciarse airadamente contra la ingerencia.

* Denunció a las asambleas nacionales de los partidos calificándolas como «centros donde se reúnen los privilegiados, siempre los mismos, cualesquiera que sean las tendencias tomadas por la opinión pública; no importa que sus nombres sean queridos u odiados por la mayoría del cuerpo electoral».

«Las asambleas superiores de los partidos —dijo— apelaron al pueblo cuando necesitaron su apoyo, pero una vez en posesión de sus cargos, su primer cuidado es postularse ellos mismos o postular a sus parientes o a sus amigos para los puestos electivos, y así se controla a largo plazo la posesión del rebaño humano».

Al mismo tiempo, estaba obsedido por encontrar soluciones a la coyuntura social que le rodeaba. Es evidente que se había preparado para ello, insistía constantemente en que la política era una ciencia que exigía preparación, y que en Cuba estaba viciada por la práctica de la improvisación creada por los intereses.

En esta dirección, había afirmado: «Los estadistas, los hombres de gobierno no se crean en un día por la audacia del pretendiente, por el interés o por la complacencia de unos cuantos amigos políticos. Los pueblos tienen necesidades, los gobiernos tienen problemas que es menester saber interpretar y resolver con ayuda de la ciencia, del estudio de las cualidades personales que no todos los hombres poseen... lo grave, lo verdaderamente pavoroso, es que la República no se consolida; que el estado económico de la población cubana, lejos de mejorar, empeora, y que nuestra debilidad colectiva va acentuándose día tras día, dentro y fuera del país, mientras los jirones de riqueza que aún nos quedan se escapan de nuestras manos y el poder y la audacia de los extranjeros crecen en proporción a lo que nosotros perdemos. Lo grave, lo inaudito, es que todavía no hayamos podido crear un gobierno cubano, capaz de conocer las necesidades de los naturales de Cuba y de mejorar las condiciones en que se desenvuelve nuestra vida. Tendamos la mirada alrededor nuestro; tratemos de darnos cuenta del hecho evidentísimo de ser el cubano el último entre los habitantes de esta tierra, y nos sorprenderá tristemente que, a pesar de ser esa una verdad que no puede ocultarse a nadie, en diez años de furiosa gritería en todas las tribunas, desde San Antonio a Maisí, ni uno solo de los que se titulan padres de la patria haya denunciado a sus conciudadanos y al mundo que un pueblo se muere de hambre sobre el suelo más póvido y más rico que puedan cultivar las manos del hombre».

Enjuicia los graves problemas de estructura que se plantean frente a los cubanos de la república y deduce que éstos, «afectan a todas las clases y en particular al proletariado (que constituye la casi totalidad del pueblo cubano) aguardan todavía la mano que los saque del olvido en que yacen; y a pesar de los años estérilmente empleados en enriquecer a unos cuantos directores de opinión, aún es tiempo de reparar las faltas, si a ello coadyuvan la buena voluntad de algunos hombres de honor y un poco de reacción defensiva en las masas populares».

Estaba al tanto (en lo que el medio permitía) de lo más reciente y avanzado de los estudios universales en materia social y económica, tanto, que uno de sus biógrafos señala: «Nutrido de ciencia económica vio en el capitalismo la monopolización de nuestra vida futura. Protestó

*contra las relaciones que esconden el veneno de funestas subordinaciones».**

Conocía algunos trabajos de Marx y Engels, pero es evidente que no pasó de ser un ilustrado en ellos, o en el mejor de los casos un utopista, pero nunca consecuente con sus conceptos. Según Carbonell, «los había pasado por el tamiz de su espíritu reposado.»

Comprendió, quizá como ninguna de las figuras que se movían entonces en el panorama político, la importancia del movimiento emergente de los trabajadores. No era, sin embargo, el exponente de un nuevo momento de la revolución. No pasaba en su comprensión, de reformas enclaustradas en un marco estructural que no era capaz de vencer. Vale la pena insertar algunas de sus opiniones sobre el problema obrero, para comprender la magnitud y alcance de sus posiciones. «No es posible —señala recién constituida la República— que el Poder Público desconozca la importancia del problema obrero que ya se ha planteado entre nosotros. La gran masa del proletariado cubano, no ha logrado aún constituir núcleos políticos de consistencia suficiente para desenvolverse por sí solos; pero no debemos olvidar que los destinos del mundo civilizado están hoy en manos de partidos políticos abiertamente radicales, que predominan en los cuerpos electivos de casi todos los países de Europa, y que entre nosotros es probable que suceda lo mismo, en día no muy lejano tal vez, cuando unos cuantos años de calma política hayan preparado convenientemente a nuestro pueblo para movimientos de esa índole... mientras no se gestionen las soluciones adecuadas para mantener principios políticos avanzados, es deber de los hombres que rigen al país interpretar la necesidad de las clases trabajadoras, promulgando leyes que mejoren su condición... Y es tanto más urgente la adopción de medidas que propendan al mejoramiento de nuestras clases trabajadoras, cuanto que en nuestra sociedad la falta de equilibrio económico y las deficiencias del sistema fiscal que nos hemos visto obligados a escoger para someter las cargas del Estado, crean una especie de malestar público permanente que se refleja en toda la obra política que hemos realizado desde el advenimiento de la República y que ha puesto varias veces en peligro la estabilidad de las instituciones. El pueblo cubano no posee gran riqueza industrial, mercantil, ferrocarrilera y bancaria de su país y apenas conserva algunos residuos de su propiedad territorial. Es además una nación que no produce artículos de primera necesidad; se importa lo que se consume y paga derechos de aduana por los objetos más indispensables para la vida, de donde resulta el notable encarecimiento de ésta y las dificultades

* Carbonell, M. A. «Un estudio de la personalidad del general Eusebio Hernández». (En *Dos conferencias históricas*, Cultural, S. A., Habana, 1935.)

opuestas a la subsistencia de las clases pobres, que son las que soportan en mayor proporción los gastos públicos. El gran desconcierto que se nota en nuestro movimiento colectivo reside sólo en este magno problema económico. Las clases proletarias no se sienten suficientemente protegidas por los gobiernos que se suceden; éstos ignoran las verdaderas causas del mal que los impopulariza, y los elementos ilustrados de nuestra sociedad, desposeídos desde ha mucho de sus riquezas, buscan en la retribución de los cargos del gobierno el remedio de sus particulares necesidades y crean verdaderas aristocracias burocráticas que con sus incesantes aspiraciones, desvirtúan y perturban la marcha normal de nuestra política».

El movimiento de reformas que se veía venir en el ambiente universitario, tuvo en él un precursor. Tomó con los estudiantes en 1921, la Sala de Maternidad y cuando la policía trató de sacarlo, resistió sin que pudiera ésta obtener su cometido.

No era, sin embargo, como ya se ha dicho el llamado a organizar la nueva revolución que era urgente en Cuba. Cuando Mella emerge como uno de sus jefes, Eusebio Hernández aprecia su actitud. Pero su revolución había sido otra, y a ella volvió buscando refugio en la historia, pero al mismo tiempo, demostrando, con su modo peculiar de ver las cosas, que en todo el movimiento anterior estaban las bases hacia las que habría de remitirse la nueva generación para preparar el cambio de los males que él sólo podía entonces denunciar.

En historiografía, *la presencia de Eusebio Hernández puede definirse como un lugar intermedio entre la crónica de guerra, directa, íntima y llena de elementos autobiográficos y el intento de interpretación y crítica de los acontecimientos. No sería justo, de otra parte, exigirle un rigor* germano *a sus* Conferencias. *Precisa tener en cuenta que para él la historia es sobre todo un acontecimiento vivo y lleno de personajes que mostrar, con un fin eminentemente pragmático y didáctico.*

En su ejecutoria política, Eusebio Hernández ha tratado de mantener presente la revolución; en su improvisada labor histórica, tratará de revivirla como fuente inmediata de experiencia. Visto en este marco, está aún muy cerca de los cronistas de guerra (piénsese en Collazo o Figueredo por ejemplo); sin embargo, cuando intenta, y de hecho lo logra, salirse de los acontecimientos, asume una actitud analítica y crítica, que da a sus trabajos una marcada tónica de intenciones interpretativas.

La primera conferencia* *fue pronunciada en 1913. Con ella cubre un período importante y poco hurgado de la historia de la revolución:*

* Las conferencias aparecen deliberadamente invertidas en el presente texto. *(N. del E.)*

de 1879 a 1895. Él, resulta el personaje principal de un relato ameno, lleno de detalles que lo hacen atractivo, pero que al mismo tiempo incorpora elementos de búsqueda en las causas de los acontecimientos.

No hay que pensar en Eusebio Hernández como en un imparcial de la historia (está claro hace mucho tiempo que esa supuesta imparcialidad no existe), en sus conferencias está todo él, sus conflictos, sus criterios sobre los hombres de la revolución, sus juicios sobre los acontecimientos. Lo admirable, es que muchas veces esos juicios corresponden a una realidad inconmovible, que viene a darle la razón. De otra parte, hay un intento de análisis estructural y de investigación, acerca del condicionamiento de los sucesos que describe utilizando en ocasiones una nomenclatura que acusa su contacto con la literatura socialista. Así, cuando se refiere a la situación colonial cubana dice: «Dividida la sociedad en dueños y esclavos o explotadores y explotados, en blancos y negros, y los blancos en españoles y cubanos con distintos derechos, era fácil evitar una inteligencia entre los insulares y los dominadores».

No es además la historia de Eusebio Hernández, una suma de hechos o acontecimientos más o menos notables, ni una tabla cronológica de los mismos, hay sí una constante: la de tratar de desprender ideas, conceptos precisos de los sucesos que jerarquiza. A veces estos conceptos resultan aventurados, y es válido destacar como ejemplo de ello, la división que hace de las corrientes políticas que anteceden a la revolución de 1868, separando en dos grandes alternativas a los personajes: los reformistas que son en general antianexionistas y los revolucionarios, anexionistas.

Se reproduce, se muestra totalmente, cuando destaca exageradamente el papel de los asambleistas de Guáimaro: él era en esencia eso: un asambleista, un polemista que en la coyuntura de una revolución distinta, la del 95, se vio arrastrado a ella por Gómez y Maceo primero y por Martí luego.

El historiador *que hay en Eusebio Hernández, salta nuevamente cuando trata de analizar causas de los fenómenos en la raíz económica de los mismos «occidente sólo —dice refiriéndose a la situación de la guerra grande cinco años después de comenzada— producía tanto como antes del 68 la isla entera».*

El que ha defendido a los asambleistas, logra, sin embargo, ser luego objetivo y condena la deposición de Céspedes y la demora en la realización de la invasión.

El médico que es Eusebio Hernández aparece en más de una ocasión cuando trata de encontrar las causas de los acontecimientos. Considera, por ejemplo la tregua del Zanjón como inevitable y necesaria para reorganizar la revolución dentro y fuera, y la define así: «¿Quién concibió este convenio? ¿Las circunstancias? ¿La providencia? Nosotros decimos que las leyes biológicas que por igual rigen los fenómenos de la vida social y los de la vida individual; que el hombre, eslabón de la cadena social, factor y fenómeno a la vez en la lucha por la existencia, orienta unas veces, otras es orientado, impone a ratos determinados hechos, ideas determinadas, y en otros se los imponen a él, ¡que a tanto alcanza el influjo de la herencia, del medio y de la selección natural en acción constante sobre las multitudes, con o sin la mediación de la conciencia individual!»*

Pero esta primera conferencia, es importante sobre todo por la descripción que hace del período de organización de la revolución del 95. En este sentido, a más de las personas, de los organizadores del movimiento, lo obsesiona el papel de las clases en el mismo y su juego de opiniones y posiciones derivadas de su situación económica: «Los pobres en aquella época generosa se ponían fácilmente de acuerdo alrededor de la causa de la indepedencia; los ricos necesitaban ver amenazados *sus intereses, por lo menos tener la seguridad de que en su actuación no corrían el menor riesgo. Y, sin embargo,* los pobres de mi patria no han merecido aún la atención de nuestros gobernantes. *Esos tabaqueros debieran haber sido inmortalizados ya en un monumento que haga imperecedera su memoria y que ofrezca a las nuevas generaciones el ejemplo de la historia altísima de sus sacrificios. Sin ellos no estaríamos en esta tribuna reconstruyendo nuestra epopeya sin temor como estamos en este momento, los más o menos favorecidos de la fortuna, pues sigue dándose el caso de que ni para oír relatar la historia patria se tenga la costumbre de contar con ellos. ¡Qué justificadas están sus ansias universales de llevar a la práctica las grandes reformas sociales que han de mejorar su condición, única manera —por otra parte— de asegurar la paz que tanto necesita la actual estructura social!» Se evidencia, además, el fin real de la historia de Eusebio Hernández. Trata sobre todo de romper mitos, de colocar las cosas en su justo medio y utilizar el pasado como elemento de ruptura y definición política.*

* Como investigador en Ciencias Médicas, Eusebio Hernández fue también un personaje destacado, tanto en Cuba como en el extranjero.
Sus trabajos *Historia de la Pelviotomía* por ejemplo, y otros, le dieron prestigio internacional. Desde luego, que esta esfera de su actividad escapa al alcance de estas notas.

Su segunda conferencia *la pronunció en 1930. La discontinuidad, es una de las muestras de su no profesionalismo histórico. En 1930, ya llevaba mucho tiempo alejado de la actividad política, había viajado a Europa, regresado y se dedicaba casi enteramente a su labor científica. Sin embargo, no había perdido la continuidad de progresión de su pensamiento social y político.*

Basándose en la personalidad de Maceo, ha hecho toda una demostración que rompe los mitos tejidos durante mucho tiempo alrededor de la actuación del Titán *y que lo colocaban como un guerrero de intuición en problemas militares, pero que ocultaban en él otras virtudes.** *Aparece nuevamente el* médico *que hay en Eusebio Hernández, cuando basándose en la* eugenesia *demuestra que en Maceo a más del genio militar, hay un desarrollo armónico y una formación que le ha permitido alcanzar un lugar tan eminente en la revolución. Insiste, en que al analizar las personalidades de la guerra, no se trata de distanciarlas, sino de colocarlas en toda su sencilla grandeza de sus hazañas. «El superhombre —dice— si quereis, no es, en realidad, más que un cerebro armónico completo».*

Cuando juzga a Maceo en la invasión —tema central de la conferencia— se sirve de la coyuntura para demostrar que ésta —la invasión— ha sido la constante obsesión cubana en las tres guerras, y Maceo, su exponente genial. Infiere que éste aprendió desde los inicios de la guerra grande, desde la misma invasión a Baracoa, (1871) la estrategia de la empresa que haría pasar su nombre a la historia de los grandes acontecimientos militares del siglo XIX. *La disyuntiva que se planteaba entonces era la de ir haciendo progresar la invasión poco a poco o realizarla en forma relámpago. «Maceo —dice Eusebio Hernández— adquiere un concepto propio de lo que puede y debe ser la invasión: un viaje a la independencia por el camino de la muerte... rápido, continuo, ofensivo, ruidoso, llegaría a epinicio; mientras que lento, en silencio, pasando precavidamente de un lugar a otro, de una región a otra, iría, como el arroyo al río o el río al mar, a la derrota inevitable de la revolución.» La historia posterior (Hernández lo demuestra) le dará la razón a Maceo. No conoce directamente los acontecimientos de la invasión, y para construirlos utiliza sobre todo los trabajos de Collazo y Miró.*

* «Si cuando pisó por primera vez el campo de batalla —dice de Maceo— para hacerlo suyo incontinenti, con todo lo que había sobre su superficie, empezando por el enemigo con sus armas, sus soldados y sus generales, hubiera entrado en una sociedad de escritores habría descollado como poeta, literato o escritor».

Sorprende, en toda la descripción, como es capaz de conjugar la magnitud del héroe que hay en Maceo con su plano totalmente humano. En conclusión, puede afirmarse que la obra histórica de Eusebio Hernández si bien no aporta elementos decisivos en el orden historiográfico, incorpora rasgos notables, y resume, en parte, una época importante de la revolución y sus personajes, que conjugada con los azares de la propia ejecutoria del autor, representa un lugar importante para el conocimiento de los mismos.

EDUARDO CASTAÑEDA, agosto de 1968.

ADVERTENCIA

Pronuncié la siguiente conferencia el 20 de abril de 1930 en la Academia Nacional de Artes y Letras.

A instancias de su ilustre Presidente la he reconstruido, en lo posible, tratando de evidenciar La personalidad de Maceo en la Invasión, *el acto más grandioso y fecundo de nuestras guerras de independencia. Está dedicada a los maestros de Cuba.*

La siguiente partida tiene por único objeto demostrar la fecha del matrimonio de Maceo con María, el 16 de febrero de 1866, y no en 1868.

En la Parroquia de San Nicolás de Morón y de San Luis, en el libro 3 de matrimonios de la parroquia de Morón, al folio 102, núm. 164, aparece la siguiente partida:

Año del Señor de mil ochocieintos sesenta y seis, en diez y seis de febrero. Yo el Pbro. D. José Tomás Chamorro, Cura Rector por S. M. de la Santa Iglesia Parroquial de S. Nicolás de Morón, comisioné al Pbro. D. Amador de Jesús Milanés, Cura Rector por S. M. de Asenso de la Santa Iglesia Parroquial de la Santísima Trinidad de Santiago de Cuba, para efectuar el matrimonio de D. Antonio María Maceo, hijo legítimo de D. Marcos Maceo y de Da. Mariana Grajales y Coello con Da. María Magdalena Cabrales, hija legítima de D. Ramón y Da. Antonia Isaac, el cual tuvo efecto después de corridas las tres proclamas que dispone el Sto. Concilio de Trento inter Missarum solemnia; siendo testigos D. Ascencio de Asencio, su legítima hija Da. Loreto y el Sacristán de aquella Iglesia D. Antonio Infante. Para que conste lo firmo. José Tomás Chamorro. —Cuya partida ha sido trasladada a este lugar por auto del Sor Previsor expedido ante Notario Mayor, el día veinte y tres de octubre de mil ochocientos noventa y nueve. Maximiliano Salcedo.

Pronunció la siguiente conferencia el 20 de abril de 1910 en la Academia Nacional de Artes y Letras.

A indicación de su ilustre Presidente la he reconstruido, en lo posible, tratando de reproducir la personalidad de [illegible] el acto más grandioso y fecundo de nuestra guerra de independencia. Está dedicada a los maestros de Cuba.

La siguiente partida [illegible] de febrero de 1866 [illegible] 1849.

En la Parroquia [illegible] libro [illegible] de matrimonios de la parroquia de [illegible] al folio 102 [illegible] aparece la siguiente partida:

Año del Señor de mil ochocientos [illegible] de febrero [illegible] D. José Tomás [illegible] de la Santa Iglesia Parroquial de [illegible] de la Santa Iglesia Parroquial de la Santísima Trinidad de Santiago de Cuba, para [illegible] matrimonio [illegible] siendo testigos D. [illegible] el Sacristán de dicha Iglesia D. [illegible] y para que conste lo firmo. José Tomás Chacón. [illegible]

LA PERSONALIDAD DE ANTONIO MACEO EN LA INVASIÓN

La siguiente sirve para demostrar el poco cuidado tenido en el asiento de esas partidas: en la de matrimonio dice D. Antonio María Maceo; en la de bautismo Antonio de la Caridad. Nacido el 14 de junio de 1845, en vez del 14 de julio de 1845; considera a los padres de Mariana «de esta naturaleza», siendo lo cierto que eran de la República Dominicana; y a la madrina de Maceo Da. Salomé Hernández, y era Da. Salomé Herrada. (Según Mariana Grajales, Tomás Maceo y Dominga Maceo.)

El Presbítero Licenciado Eustaquio Arguiñano y Echarren, Cura Rector de la Parroquia de Término de Santo Tomás Apóstol de esta ciudad de Santiago de Cuba.

Certifica: Que en el libro 18 de Bautismos existente en este Archivo Parroquial a su cargo, al folio 338 No. 804, hállase la partida siguiente:

Año del Señor de mil ochocientos cuarenta y cinco en veinte y seis de agosto. Yo el Ber. Dn. José Manuel Miura, Pbro. Cura Teniente del Sagrario de S. I. M. de esta ciudad de Santiago de Cuba en la auxiliar de Santo Tomás Apóstol, bauticé, puso óleo y crisma, y por nombre *Antonio de la Caridad*, a un párvulo que nació el catorce de Junio último, hijo legítimo de D. Marcos Maceo y de Da. Mariana Grajales y Coello: abuela paterna Da. Clara; maternos Dn. José y Da. Teresa de esta naturaleza. Fueron sus padrinos Dn. Ascencio de Asensio y Da. Salomé Hernández, a quienes advertí el parentesco y obligaciones contraídas. Para que conste lo firmo. Manuel José Miura.—Hay una rúbrica.

Santiago de Cuba a veinte y ocho de Noviembre de mil novecientos veintiocho.—Lcdo. Eustaquio Arguiñano. —Cura Rector. —Hay una rúbrica. —Hay un sello.

Para la ruta seguida en la Invasión he tenido delante el mapa indicando los lugares donde se efectuaron el Pacto del Zanjón y la Protesta de Baraguá, hecho en la excursión efectuada por la Escuela Normal a los Mangos de Baraguá, el día 13 de marzo de 1926. Firmado por Ulises Cruz, ingeniero civil y arquitecto, director de la Escuela Normal de Oriente, y Francisco Ibarra y Martínez, maestro normal, ayudante. Obsequio con que fuimos honrados por nuestro amigo el ilustre ingeniero y conferenciante

Estas partidas y otros documentos los debemos a la bondad de nuestro amigo el señor General Ginestá Punset.

EUSEBIO HERNÁNDEZ.

(La Habana, 1930.)

I

Señor Presidente; señoras y señores:

Es extremadamente difícil al psicólogo, al crítico general y aun especial, encuadrar la personalidad de un hombre culto y perfectamente normal, en el estado actual de las ideas, y ha de serlo en grado superior si se trata de un cerebro armónico, de múltiples facetas, donde el sentimiento, la razón, la memoria y la voluntad descansan sobre un organismo de sólida contectura, de vigorosos y flexibles músculos, movibles articulaciones, resistencia inagotable y un dinamismo desconcertante de ingentes y subintrantes acometidas de locomotora precipitada, de arrasantes torbellinos, de vorágines de fuego y de cargas al machete relampagueantes y pavorosas siempre obedientes a la voz de mando del centauro arrebatado, incontenible y vencedor.

Y esa dificultad en el estudio y la definición de tales personalidades es debida, en general, a la mala organización de la enseñanza universal primaria, secundaria y superior, alimentada por las nuevas conquistas educacionales cada quince o veinte años, después de vividas por sus autores y por una parte muy pequeña del público estudioso que sobresale en el magisterio y en otras disciplinas intelectuales.

Es cierto que la producción de los investigadores es copiosa y abrumadora, y que las obras didácticas, siempre retrasadas, se multiplican; pero también lo es que los artículos de revistas, los folletos, las tesis, las monografías se producen diariamente y ciertas nociones ya adquiridas de eugenesia debieran estar al alcance de todos los encargados de la educación después de cuarenticinco años de expuestas por Galton

(Francis), y el silencio en el gran público es el mismo en todas partes, en Francia, en Alemania, en la misma Inglaterra. En esas naciones, no obstante, existen sociedades como en Inglaterra y Estados Unidos, con revistas notables, y la de Londres y las de Italia celebran congresos internacionales donde se reúnen los consagrados.

Un poeta griego escribía hace dos mil quinientos años:

> Buscamos con esmero el modo de obtener buenos carneros y buenos asnos, y esperamos de nuestro trabajo tan buenos o mejores descendientes; sin embargo, un hombre no teme casarse con la hija de un mal padre con tal que ese padre le dé una buena dote. No os sorprendáis, pues, de que la calidad de la raza haya desmejorado, supuesto que el bien se ha mezclado con el mal.

La misma idea se ha repetido durante siglos, y aun hoy encontramos enormes dificultades para estudiar y comprender la magnitud de un *cerebro completo,* correspondiente al tipo excepcional llamado *superhombre* (Jesucristo, como ejemplo), y de los llamados «genios rayanos en la locura», que son cerebros incompletos, con una faceta brillante, adivinadora, y las demás de potencia corriente, sin sentido moral, a veces, sin dirección para su propia vida y sirviendo por sugestión sobre las multitudes, de estrellas en marcha hacia el ideal humano. Sin embargo, Galton ha presentido hace algunos años la estructura física de las generaciones futuras con la plasticidad de la arcilla en manos de los cultivadores y educadores, y será maleable a voluntad.

Entre la opinión del poeta griego y la de Galton hay una distancia de veinticinco siglos y un progreso relativamente pequeño; mas llegaremos a entendernos en marcha progresivamente acelerada o bio-eugenésica.

La crítica no será impersonal mientras cada hombre no pueda juzgar por sí mismo; hoy debemos atenernos al buen juicio de la *opinión desinteresada.*

Otra causa de dificultad que encontramos para juzgar del estado real del funcionamiento de un cerebro completo de sectores potentes aunque no cultivados por igual, está en que no lo conocimos, o si lo conocimos, no lo tratamos con intimidad, y si lo tratamos, lo hicimos predispuestos, acatándolo contra nuestra voluntad, ante la inigualable grandeza de las funciones y de los hechos por él realizados; aunque pretendamos en lo más adentrado de la predisposición personal, considerarlos adventicios. Quien desinteresadamente lo juzgue investigando la verdad, sin conocerlo de trato, tendrá que basarse en la crítica o relaciones conocidas publicadas y aceptadas, a falta de otras, como

buenas. Hay sinceridad en ese proceder, más no justicia. Si los amigos, si los conocedores de la personalidad, no contrarrestan esas nociones, apoderadas en parte del ambiente patrio, la multitud acabará por aceptarlas y podrá quedar muy recortada en la historia una de las figuras o la primera figura de nuestra epopeya. Así se escribe la historia con frecuencia. La historia muestra —dice Darwin— muchas revoluciones ligadas al nombre de un individuo. La medicina moderna, por no citar más que un ejemplo, está ligada al nombre de Pasteur, autor de la revolución transformadora. Nada importan los veinte años empleados por sus detractores en combatirle. Las nuevas generaciones realizaron su apoteosis. Y él, vencedor, hubiera querido compartirla con sus vencidos sobrevivientes en aquel instante. El azar le permitió revelarse. Así sucede con frecuencia. Esopo, esclavo, viejo y corcovado; Pascal, débil; Herbert Spencer, viejo; Edison, telegrafista. Sin embargo, no tenía Pasteur hábitos sociales, no conocía más sociedad que la del laboratorio. El día de su consagración no le encontraban en el momento culminante, no sabía presentarse, estaba asustado de su ignorancia y perturbado. Sus amigos tuvieron necesidad de llevarlo, con la comisión de estilo, a recibir el homenaje.

Las ideas reinantes sobre los hombres superiores, en un solo sector de su intelecto, considerándolos anormales, comienzan a modificarse por virtud de las investigaciones de la eugenesia. Lo mismo sucede con el concepto del superhombre. Se ha querido ver en éste, según ciertas escuelas, una manifestación del misticismo, del racionalismo o del materialismo. Los eugenistas estudian atentamente esas manifestaciones, y según ellos, el niño debe vivir en un medio donde adquiera libre y fácilmente el desenvolvimiento de su total inteligencia y de su moral en el grado más elevado. Además, ningún niño debe nacer con una herencia reductora al mínimo de sus posibilidades de ser un buen ciudadano, dice Galton. Sobre esas bases se levanta la eugenesia, a la que sólo nos referiremos aquí estrictamente para tratar de hacer surgir la figura del prócer con más exacto relieve y con mayor seguridad.

Los eugenistas, hasta hoy, no se jactan de haber creado esos llamados arquetipos, confiesan francamente no haber podido notar la confusión frecuente de un genio normal con un genio anormal o patológico, ni razón tienen para negar la existencia —rara— de un cerebro completo. El genio —para darle un nombre en uso— no excluye la patología, y eso demuestra la delicadeza y la complicación del cerebro y el genio total. El superhombre, si queréis, no es, en realidad, más que un cerebro armónico completo. La Naturaleza, como hemos visto, presenta raros ejemplares de esa clase, sanos, fuertes, morales, inteligentes, sin taras patológicas hereditarias; por el contrario, de una perfecta salud. Esos ejemplares pueden ser modificados por la educación y el medio,

morales o amorales, capaces de elevarse por sus virtudes hasta el cielo, o descender a una celada de presidiario, afectados por taras adquiridas, debilitados por los vicios, o pueden desenvolverse favorecidos por los buenos ejemplos y sus naturales disposiciones. En esas condiciones veamos cómo surge Antonio Maceo, cómo adquiere un desarrollo completo su personalidad.

II

Si cuando pisó por vez primera el campo de batalla para hacerlo suyo incontinenti, con todo lo que había sobre su superficie, empezando por el enemigo con sus armas, sus soldados y sus generales, hubiera entrado en una sociedad de escritores habría descollado como poeta, literato o escritor. En un laboratorio o en un hospital no habrían sido inferiores sus trabajos. La eugenesia ha anotado esos cerebros —ideales, hoy utópicos— y ha visto que todas sus facultades, de límites inmensurables, se desarrollan con más facilidad que las de las mentalidades corrientes en presencia de las causas inmediatas excitadoras de su acción, es decir, aceleradamente.

En cerebros de parcial amplitud hemos visto todos y estudiado, en parte, en las clínicas para menores, niños prodigios que se sientan un día al piano, interesados en reproducir un danzón, por ejemplo, y lo ejecutan con naturalidad, sin concederle importancia al hecho ni haber pensado en la docilidad del instrumento bajo sus manos, rebelde a las de los grandes maestros. Esos seres precoces se niegan a estudiar música, y acaban obscureciéndose en su cerebro su astro luminoso, y en el exterior, extinguiéndose su habilidad, si les falta el piano, o si carecen del tiempo que dedican a otras ocupaciones, o si pierden sus dedos la flexibilidad necesaria.

Se concibe un día de perfección para todos los hombres o una gran parte de ellos con cerebros completos, y entonces habrán desaparecido los genios más o menos anormales y los superhombres: tal es la aspiración de la enseñanza y tal el fenómeno que estudiamos de eugenesia profiláctica.

Las nociones anteriores eran, como veréis, indispensables para tratar de conocer el proceso mental de Maceo, la gama original de su radiante poema bélico-mental: fue el brazo de la Revolución, pero el brazo movido por su propio pensamiento, sobre todo, en los instantes de grandes peligros, en los que no recibía órdenes porque no había quien las diera: el 70 y el 71 (presentaciones) el 72 (deposición de Gómez sustituyéndolo él), el 74 (prisión de Calixto García) (de hecho toma el mando de Oriente), el Zanjón (protesta de Baraguá), etc.

Es muy frecuente presentar a Maceo como un campesino, nacido y criado en la miseria, jinete admirable, de resistencia inagotable y voluntad firme, elevado de arriero vulgar a general respetado y querido por sus soldados. Ese fue el retrato malicioso de Martínez Campos cuando, en forma poco noble, hizo notar a su gobierno la imposibilidad de la paz mientras permaneciera con las armas en las manos el prócer que había de eclipsarlo como militar y como político en Peralejo, en Mal Tiempo, en Coliseo y en La Habana. De esa manera, los juicios interesados del enemigo sobre nuestros hombres, y las relaciones inexactas de sus vidas y de sus obras han servido, con la mejor intención, a veces, a muchos de nuestros escritores para desviar la mirada de nuestro pueblo del contenido verdadero de su historia. Afortunadamente, Maceo, producto eugenésico por acumulación fisiológica hereditaria de siglos, acaso, se ha sobrepuesto a los enemigos de dentro por la entereza, el amor, la disciplina y el patriotismo, y a los de fuera por sus triunfos superiores a los de los más grandes capitanes de la historia del Mundo. Él anuló el pacto del Zanjón, lo redujo a un tregua en Baraguá, y venció a todos los que en él intervinieron; y al sátrapa, sin un soldado más de los que mandaba cuando interrumpieron la protesta de Baraguá, protesta finiquitada con la derrota del formidable jefe de las «Escuadras (guerrillas) de Guantánamo», general Santos Pérez, por el coronel Pedro Martínez Freyre, de las fuerzas de Maceo.

Maceo, en cumplimiento de las órdenes del gobierno cubano, presidido por Calvar, se despidió del campo de la revolución del 68, vencedor, como veis, demostrando así que el Zanjón no hubiera sido inevitable si a Máximo Gómez, a su regreso de Las Villas, expulsado, se le hubiera puesto al frente de las fuerzas de Camagüey, bien montadas, bien armadas y mandadas por los mismos gloriosos jefes de Palo Seco, de Naranjo y de Las Guásimas.

A Maceo se le empieza a conocer, en la parte silenciada, gracias a Miguel Angel Carbonell, que ha hecho su retrato moral como si hubiera vivido algunos minutos dentro del espíritu del héroe, para recoger en la fuente misma de sus ideas los móviles de su conducta; gracias a Pastor del Río, que ha recorrido toda la gama de su cerebro y ha declarado su pujante brazo movido sólo por su voluntad y su entendimiento, y su patriotismo sólo inspirado por el concepto que tenía de sus deberes con la Patria; gracias, en fin, a Emeterio Santovenia, que en pocas líneas ha trazado los rasgos principales de su personalidad, y a los discursos anuales de la Cámara de Representantes; pero no menos debe al Presidente ilustre de esta Academia, el doctor y general José Manuel Carbonell, creador de la palestra heroica junto a las de las letras y las artes para evidenciar hechos desconocidos u olvidados, ratificar o rectificar conceptos necesarios al historiador de mañana para penetrar

con más conocimiento y menos apasionamiento en la entraña misma de nuestra Revolución libertadora.

Notad un hecho bien conocido desde la organización de la Propiedad así en los gobiernos absolutos como en los democráticos, es decir, desde el advenimiento de las clases privilegiadas; en todas las disciplinas de la civilización, los privilegiados tienen los altos cargos; en la vida civil nacen ricos, en la milicia y sobre todo en la guerra, nacen generales. Donato Mármol, Máximo Gómez, Calixto García, Vicente García, Ignacio Agramonte, etc., y todos tienen ancho campo en donde revelarse. Antonio Maceo, de simple soldado fue ascendiendo sin el favor de nadie, con la resistencia de muchos, como él mismo lo recuerda al marqués de Santa Lucía en carta-contestación memorable, memorable por la pequeñez del juicio apasionado del ilustre patriota Salvador Cisneros, y por la auto-defensa hecha por el héroe de su disciplina y de su patriotismo, tablas de la Ley que le importaba conservar como el armiño después de haber escrito en ellas: «Independencia o muerte», y nadie podrá macularlas.

¿Cómo hubiera podido Maceo colocarse en el pináculo de la gloria sino por su cerebro completo? ¿Por su valor? ¡No! Fueron tan valientes como él Policarpo Pineda (Rustan), Flor Crombet, José Maceo, Roberto Bermúdez y mil más. Y José Caridad Vargas y Juan Benigno Gómez, fusilado el primero y muerto en combate por los nuestros, el segundo, por traidores.

Por todos los caminos abiertos a la gloria asomó nimbada la faz tranquila del coloso con veinte condecoraciones indisputables prendidas en su pecho por las balas enemigas.

Y por los caminos no abiertos a la gloria sino al dolor y a la muerte, aparece más grande y más visible rodeado de sus centauros invencibles, el héroe de la Victoria, para dar paso franco a la independencia de Cuba en la famosa marcha invasora.

III

La familia Maceo era de buena posición económica. Poseía la finca Majaguabo en la Curia, término municipal de San Luis, de nueve caballerías, dedicada al cultivo de frutos menores y tabaco, a crianza de ganado vacuno y caballar y a pastadero del ganado del señor Colás, de quien, en pago del pasto, fue adquiriendo el terreno por parcelas; y también poseía una casa en Santiago de Cuba, hoy en ruinas, como se comprueba por una fotografía que hemos tenido a la vista. En aquella época tenía varias alcobas, sala, servicios con arreglos a la

época en dicha ciudad, comedor y patio amplio con numerosos árboles, entre éstos, algunos frutales

Mariana Grajales y Coello, madre de los Maceo, nació en Santiago de Cuba el 26 de junio de 1808. Su padre, José Grajales y su madre, Teresa Coello, eran dominicanos. Mariana no pudo recibir educación y los años de su adolescencia los pasó trabajando con sus padres para sostener modestamente su casa. Muy jovencita contrajo matrimonio con Fructuoso Regüeiferos, cubano. De ese enlace nacieron cuatro hijos: Felipe, en 1820; Fermín, en 1822; Justo, en 1830, y Manuel, que murió a los diecinueve años de edad, antes de la guerra del 68. Enviudó en 1840, y en 1843 contrajo nuevas nupcias con el venezolano Marcos Maceo, llegado a Santiago de Cuba con las tropas españolas derrotadas por Bolívar, y quien sirvió muchos años, en las milicias de su país, a favor de España. Este segundo matrimonio empezó su existencia con tres hijos (los de Regüeiferos). El nuevo esposo, hombre de gran carácter, pero muy reposado y fino, trató a los hijos de Regüeiferos como a hijos suyos, y pudieron estos niños sentirse felices teniéndose por hijos de Marcos Maceo. Con su trabajo, su buen comportamiento, su honradez acrisolada y la rectitud de sus principios se captaron Mariana y Marcos buenas amistades, y adquirieron la casa antes mencionada, en Santiago, y la finca Majaguabo. La finca la dirigía personalmente Marcos Maceo; la casa la manejaba Mariana. En la finca había una gran casa de mampostería para la familia y varias casas para el tabaco, depósitos de viandas y otros usos.[1]

Fijaos en lo que sigue: Mariana, hija de dominicanos fuertes y valerosos, casada con Regüeiferos, cubano, sano y fuerte, tuvo cuatro hijos de buenas costumbres, cumplidores de sus deberes y generalmente admirados por su salud. En tanto crecían los muchachos e iban Marcos y Mariana, por sus hábitos económicos, adquiriendo las propiedades referidas, se aumentaba el amor de la familia con la llegada de nuevos vástagos para la defensa de la patria y asombro del mundo. El primero fue Antonio, nacido el 14 de julio de 1845. Tenía en 1868, veintitrés años; se había casado en 1865 y fue entonces padre de una niña de dos años. Aquel hogar modelo tenía una organización completa: el padre dirigía la finca; la madre la casa. La presencia de un nuevo hijo hacía que Mariana se trasladara de Majaguabo a la casa de la calle de la Providencia, número 16, hoy Antonio Maceo, número 16, al cuidado de Benigna Linares. Del mismo modo procedía si alguno de los hijos pequeños estaba en edad escolar: permanecía en la ciudad el tiempo pre-

1 Según Gonzalo Cabrales, Maceo se casó con María Cabrales, «quedándose a vivir en una finca de su padre nombrada «La Esperanza», y «se pronunció en la finca, también de su padre, «La Delicia». Según Cabrales, el padre de Maceo tenía tres fincas: «La Esperanza», «La Delicia», y «Majaguabo», que todos le han conocido

ciso y volvía a la finca con sus hijos y su marido, cumplida por entero su misión. El padre, hombre de orden, amante de la disciplina, trataba con el mayor respeto a los demás, y no discutía nunca el principio de autoridad. Cada uno de sus trece hijos tenía señalada su ocupación en la finca, y Justo Regüeiferos y Antonio Maceo eran los encargados de la venta de los frutos y del tabaco en San Luis y en Santiago. Justo tenía treintiocho años, era dispuesto, inteligente y buen compañero de Antonio. Antonio Maceo fue apadrinado, en su bautizo, por el distinguido abogado licenciado Ascensio Asencio, y su esposa, la señora Salomé Herrada. Le querían mucho por su formalidad, por su carácter y hombría de bien. Lo presentaban a comerciantes, industriales y amistades de la casa y le formaron un círculo de gentes inteligentes, acomodadas y honradas entre las que eran desconocidos los vicios. A Maceo le han achacado sus detractores los del juego y el donjuanismo. Desde los comienzos del año de 1880 hasta 1887 vivimos en franca intimidad el grande hombre y yo, y durante ese tiempo no le oí hablar jamás de ninguna clase de juego, y en cuanto a las mujeres, no diré que fuera misógino, pero sí muy delicado y reservado con las damas. En Tegucigalpa vivimos dos años en la misma alcoba, y en ese transcurso de tiempo no hablamos de ninguna mujer con quien tuviera intimidad.

De comandante general de la plaza de Tegucigalpa que era, fue nombrado comandante general de Puerto Cortés y Omoa, y se vió obligado a hacerme una recomendación. Ese día tuve conocimiento del hecho, insospechable por su discreción. Las cualidades morales de Maceo no eran aprendidas; formaban parte integrante de su naturaleza, y en cada caso su conducta obedecía a la influencia hereditaria, a la educación, al medio ambiente que lo circundaba y al ejemplo constructivo de sus padres, de sus padrinos y de sus maestros, entre los que se contaban Rizo, los Fernández y don Juan Portuondo, personas cultas, de larga vida y de mucha rectitud y experiencia. Con lo expuesto podemos seguir el desarrollo detallado de la personalidad de Maceo. Si nos fijamos bien, hereditariamente estaba libre de taras y gozaba de la salud perfecta de sus padres y antepasados. Cuanto al medio que le rodeó en el hogar y en la calle, basta saber que la madre no consentía a ninguno de la familia que entrase en la casa después de la diez de la noche; no toleraba amistades de dudosa conducta; era preciso ajustarse a las excelentes costumbres de la casa, vivir dentro de la legalidad y cumplir todos sus compromisos. Familia de fino trato conyugal y de suficiente independencia económica, podía sostener buenas amistades, lo mismo de ricos que de pobres, y merecer el debido respeto de los trabajadores a su servicio, afanosos de servirles bien a cambio de su buen trato. Por la educación, su cerebro amplio, fisiológica y anatómicamente conside-

rado, solamente sintió la desfloración mental en la escuela, sin métodos complicados, sin ideas impuestas, sin grandes esfuerzos y por poco tiempo. Si ese cerebro hubiera sido un órgano vulgar, con esos elementos, difícilmente hubiera podido Maceo acometer las obras que desde los primeros instantes se planteó y resolvió con sorprendente brillo y precisión. A todo esto debemos agregar la cotidiana ocupación de Maceo. Ese transporte de los frutos de la finca al pueblo lo acostumbró a la libertad y a la justicia, sus dos grandes pasiones. Libre en medio de la Naturaleza, sin sentir la autoridad directora de nadie, y teniendo abierto por libro de lectura el mundo sin fin, más allá del alcance de sus pupilas dilatadas, sintió la vida plena de la maternidad de la razón en pugna con la virginidad de la fe, de la fe supletoria de los hechos probatorios y sugerente del sentimiento místico. Maceo, no obstante, conservó las ideas religiosas tiernamente prendidas de su alma en su santo hogar, y aunque era libre pensador, acariciaba con fruición esos recuerdos de la infancia y de la juventud, y los conservaba a guisa de un tesoro de su espíritu. Cierto día, próximo al 10 de octubre, estaba Mariana Grajales en Santiago, y el señor Asensio fue a visitarla para rogarle que le dijera a su esposo, Marcos Maceo, su urgente necesidad de verle. No perdió tiempo Marcos; Asensio le enteró de la proximidad de la Revolución, y le recomendó que prestara sus servicios a los cubanos en cuantas formas le fuera posible. El viejo venezolano mandó a su hijo Miguel a la tienda de Palencia, español, a inquirir noticias. Había en la tienda un grupo de insurrectos mandados por el capitán Rondón. Este capitán era un viejo amigo de Mariana y de Marcos, y reconoció al muchacho, diciéndole: «A tu madre, que prepare cena para toda mi gente esta noche.» Rondón abrazó a Mariana y a Marcos, y después de la cena y de cambiar cuatro de sus caballos cansados por otros cuatro de los mejores y llevarse varios más del jefe de la casa, le pidió ayuda de armas y de dinero. El padre de Maceo respondió con todo lo que en aquel momento poseía: cuatro onzas de oro, una docena de machetes buenos, cuatro escopetas, dos revólveres y un trabuco. —«Y de los muchachos ¿cuál me da?»— El padre guardó silencio; pero respondieron Antonio, José y Justo. Salieron con Rondón esa misma noche con dirección a Ti-Arriba, donde se batieron. En la casa quedaron Mariana y Marcos con los demás hijos que ya conocemos. Tomás Sánchez, español, denunció a las autoridades el auxilio de Marcos a los cubanos, y la consecuencia fue la orden de prisión para fusilarle. La familia toda se fue a Piloto, lugar no distante de Majaguabo, y los españoles, sintiéndose burlados, quemaron la casa de vivienda y otras de importancia de la finca, e hicieron prisionero a Rafael, de dieciséis años. El padre se presentó a las autoridades para sustituir en la prisión a su hijo, por ser un niño, y en vez de ponerle en libertad, lo trasladaron

de San Luis a la prisión de Dos Caminos. La embriaguez de la guardia permitió al muchacho y a Juan Bautista Romero, muchacho también, fugarse. Rafael fue a un rancho salvado del incendio. El resto de la familia, también acogida al rancho, se fue a Piloto, tomado por los cubanos, entre ellos, Antonio y José. A los tres días de preso Marcos, llegaron Ramón Carulla y Jaime Colomé, españoles, amigos suyos, y lograron ponerle en libertad. Inmediatamente fue al rancho, cambió de ropa y se unió a su hijo Antonio en Mayarí. Miguel, de diecisiete años, fue a llevarle ropa a su hermano, y no regresó; se quedó en la compañía que mandaba Antonio, aunque éste sólo era teniente. La finca Majaguabo quedó abandonada totalmente. La familia estuvo en Piloto quince días, hasta la llegada del capitán Monzón, del teniente Antonio Maceo, del sargento José Maceo y de Justo Regüeiferos, capitán abanderado muy valiente, hecho prisionero una madrugada en casa de su esposa, en «Capitán de España», cerca de San Luis, y fusilado en este pueblo. Fue el primer muerto de la legión de leones amamantados por Mariana Grajales para Cuba, y su sacrificio se consumó veinte o veinticinco días después de haber estallado la guerra.

La naturaleza no es buena ni mala; no es feroz ni bondadosa; es, sencillamente, inconmovible e inexorable. Por eso es apocalíptica la lucha por la vida, y la selección natural, el arma despiadada y terrible suspendida siempre sobre los organismos débiles, aunque no de manera absoluta. Tal es el cuadro que ofrece a nuestra vista la aplicación de las leyes biológicas por la eugenesia.

De esa manera preparado, Maceo está con la mente clara iluminando el campo de batalla, recio jinete, jefe de empecinados movidos por su imperiosa voluntad. Todos son neófitos de la causa sagrada y bisoños del arte militar. No importa: el jefe es soldado aguerrido, general experimentado y sugerente. No conoce bien el uniforme militar, no ha visto jamás un combate ni una columna en marcha, ni ha oído hablar de estrategia ni de táctica, ni ha pensado antes de ahora en una ley de organización del Ejército. No sabe de compañías, divisiones, cuerpos de ejército. ¡No importa!: tiene una enorme experiencia en esas cosas que no ha visto, pero que aprenderá, si le sirven para vencer, o las modificará, o las suprimirá, si no le vienen justas a las necesidades del triunfo. Los soldados no oyen esos razonamientos, ese soliloquio musitado del coloso en embrión; pero han visto su gesto y se han sentido invencibles; no han oído nada, y lo saben todo: ¡saben que les conduce el jefe de la victoria!

—«¿Quién es ese gallardo joven, de aspecto militar, bien vestido, bien montado y bien armado?» —preguntan los que ingresan. —«¡Es él! —dicen los soldados en voz baja— ¡Antonio!» Y en alta voz responden todos: «¡Es el sargento Maceo!» La disciplina se ha impuesto

ya. ¡Con qué facilidad ha escrito —y las ha enseñado— las ordenanzas militares! Los vecinos, los camaradas, los parientes, los amigos sienten un profundo respeto por el sargento Maceo. Acaba de llegar el capitán Monzón. El sargento Maceo se cuadra, espera órdenes. Los soldados están profundamente emocionados; a la voz del sargento Maceo se lanzarían, como los jinetes del Apocalipsis, sobre el enemigo más formidable.

No había pasado una quincena del día en que estuvo el capitán Rondón en la finca Majaguabo, de los padres del sargento. Antonio y dos hermanos le acompañaron. En Ti-Arriba hicieron sus primeras armas como soldados. Su comportamiento en esta acción y en otros varios encuentros y amenazas a pueblos bien guarnecidos le valió el ascenso a sargento. Se va Rondón, y sigue el sargento Maceo a las órdenes del ya teniente coronel Monzón, en Mayarí. Se bate bravamente en Mayarí, y asciende a teniente. Es el grado que ostentaba cuando visitó a su familia en Piloto, en poder de ellos. Recorren los insurrectos extensos territorios de Mayarí a los montes de Piloto, por ejemplo. El teniente Maceo ha perdido un niño, de siete días de nacido, probablemente de tétanos. Su esposa, María Cabrales, se reunió con la familia al mes, y el teniente Maceo servía a las órdenes del coronel Desquizón en ese momento. En los combates de El Cristo y El Cobre ha ascendido a capitán. Estas fuerzas y otras mandadas por comandantes, tenientes coroneles, coroneles, pertenecían a la División de Santiago de Cuba, a las órdenes del general Donato Mármol. La disciplina y el orden se mantienen en las fuerzas del capitán Maceo; sus soldados le quieren y le admiran, pero sobre todo, le respetan; viven en el campamento, y en todas partes se baten como leones. Generalmente están vestidos y calzados, no piden alimentos, ni parque, ni vestidos. Eso corre de cuenta del jefe. Quesada, general en jefe del Ejército, y Tomás Jordan, sucesor de Manuel de Quesada en ese alto puesto, fracasaron en Camagüey, en su empeño de hacer soldados de los ciudadanos que había creado la Asamblea de Guáimaro, dice Collazo.

La disciplina y el orden están arraigados en las fuerzas de Maceo. Siendo el taumaturgo capitán, y en esos momentos a las órdenes de un valeroso coronel, recibió de éste la orden de emboscarse, distante del campamento, por el mismo camino por donde avanzaba el enemigo. Más tarde el coronel supo que la fuerza enemiga era superior a lo que se le había dicho, y bien por no tener tiempo de comunicar a Maceo la retirada que había ordenado, o por no ser ocasión oportuna de prevenirlo, es lo cierto que se dirigió al Gobierno, que estaba cerca, y le dio cuenta de lo acontecido. Maceo no había recibido contraorden, y entendió su deber cumplir la recibida y acometer al enemigo confiado en la retirada del coronel. En su avance le atacó el capitán Maceo con

la impetuosidad en él habitual, y le hizo retroceder desorganizado y en completa derrota. Siempre disciplinado y cumplidor, dirigió al coronel, en la residencia del Gobierno, esta o parecida comunicación: «Cumpliendo las órdenes que de usted recibí, esperé al enemigo, lo batí, y retrocedió en completa derrota». Este incidente fue motivo del odio inextinguible del coronel a Maceo y causa del fracaso del general Calixto García, en 1880, y también del inesperado fracaso de la llamada «Guerra chiquita».

Perdonadme, señores, esta digresión. Sigo, pues, el estudio de la personalidad de Maceo en la Invasión de Oriente a Occidente, con ciertas consideraciones previas, a fin de fijar bien este concepto. Los dos actos bélicos del inmortal general Narciso López reciben el nombre de expediciones por todos los que han escrito de ellos, del mismo modo que las expediciones enviadas por los emigrados durante la guerra de los diez años y la de los cuatro, del 95 al 98.

Nosotros reservábamos el nombre de invasión para el acto realizado con una fuerza armada capaz de permitirnos éxitos más o menos seguro, según las condiciones de los jefes, oficiales y soldados, con la población civil, amiga u hostil, preparada a recibirnos bien o mal. Toda tentativa para ocultarla resultaba inútil. No se movía una columna española de un lugar a otro sin el aviso al jefe cubano, objeto de su ataque. Otro tanto sucedía a los españoles con los movimientos nuestros, aunque sus marchas eran más pesadas y más difíciles de ocultar. Por necesidad, acaso, nuestros jefes eran más discretos que los españoles, que todo lo hablaban.

Según ese concepto de la invasión, por la primera vez trató de ella el general Donato Mármol, muerto en San Felipe, en 1870. Preparaba su invasión —así la llamó— a Guantánamo, rico territorio sembrado de cafetales e ingenios, de preciosas fincas habitadas por sus dueños, cazadores o guerrilleros, franceses o hijos de franceses, en su mayoría, y contrarios a la Revolución. Pero muere Mármol, y toma el mando Máximo Gómez. Después de posesionarse del territorio de Guantánamo en el año 1871, vuelve a la jurisdicción de Santiago de Cuba, donde han quedado las fuerzas de Jiguaní y Holguín, a las órdenes del general Calixto García y parte de las cinco brigadas organizadas en Santiago de Cuba por Donato Mármol o, con más propiedad, por Antonio Maceo y su hermano José; por Policarpo Pineda *(Rustán)* y *Guillermón;* por Camilo Sánchez; José de Jesús Pérez, Crombet y Silva; Nicolás Pacheco y Silverio del Prado. Donato Mármol reunió esas fuerzas organizadas por sus jefes, que operaban independientemente; con ellas formó la División de Santiago de Cuba, y Céspedes le nombró general. Estas fuerzas dieron nombre a Mármol, a Gómez que le sucedió, y a Calixto García, heredero, a su vez, de Gómez. Esa División,

depuesto Gómez, la mandó el coronel Maceo —contra su voluntad, por su amistad a Gómez— interinamente, desde el 8 de junio de 1872. Tenemos, pues, al coronel Maceo, invasor, con Gómez, de Guantánamo, e invasor sólo de Baracoa, en 1871, a los veinticinco años, y coronel, con empleo de general de División, en 1872, a los veintiséis años de edad. En 1870, como acabáis de ver, se habla por la primera vez de invasión por Mármol; y de la verdadera invasión, impetuosa, rápida, sorprendente y vencedora, por Antonio Maceo.

A las órdenes del general Gómez se propuso realizarla en 1870; pero Gómez desistió, según Collazo, porque el enemigo se dio cuenta; la realiza a Guantánamo, bajo las órdenes de Gómez, en 1871, y la efectúa en dirección a Baracoa, por su sola iniciativa y bajo su sola jefatura, cuando el general Gómez le encargó del mando de Guantánamo, por la necesidad de regresar a Santiago de Cuba, Holguín y Jiguaní, cuyas fuerzas mandaba el general García en sustitución de Gómez, y, además, por que llegaron a la misma jurisdicción de Santiago el Gobierno y la Cámara y fue a saludarlos, en 1871. El coronel Maceo quedó al frente de las fuerzas de Guantánamo, por orden del general Gómez, y no tardó en invadir a Baracoa y posesionarse del territorio, tomando armas y municiones en abundancia. Sin embargo, el general Gómez, que sucede en el mando a Mármol, autor de la idea de invadir a Guantánamo; el general Gómez, que realiza esa invasión, escribe en su folleto *Convenio del Zanjón* lo que sigue (tomado del libro de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, titulado *Manuel de Quesada y Loinaz,* tercera edición):

> Poco tiempo hacía que me encontraba en la jurisdicción de Guantánamo (mes de julio de 1871), cuando el Gobierno y la Cámara de Representantes pasaron de Camagüey para Oriente... Con la mayor brevedad marché a ponerme a sus órdenes (a las del Gobierno), teniendo frecuentes conferencias con el Presidente Carlos Manuel de Céspedes; en todas ellas nos ocupábamos del estado de la revolución, que, en general, era poco halagüeño, pues la única porción del Ejército que se sostenía con aparentes ventajas sobre el enemigo era la que yo mandaba; porque habiéndose dado algunos golpes como los combates de La Demajagua, toma de Ti-Arriba, ataque de Jiguaní y la ocupación del rico territorio de Guantánamo, uniéndose al feliz desembarco de las expediciones mandadas por los coroneles Manuel Codina, Rafael Quesada y Melchor Agüero, se había levantado el espíritu público... En mis conferencias con el Presidente tratábamos del modo de hacer avanzar la revolución hacia Occidente, y recuerdo con placer las palabras del noble caudillo: «Un millón de

combatientes en Oriente no bastaría para devolver a la revolución sus días de esplendor, y se hace preciso que invadamos Las Villas. Desde entonces nació en mi ánimo el pensamiento de la invasión, y trabajé sin tregua ni descanso para la realización del plan», etc., etc.

De lo trascripto parece desprenderse que el general Gómez, como Céspedes, pensaba que invasión era la de Las Villas. Y puede ser así; ya se hablaba, a fines del 1871, de modificar la Ley de Organización del Ejército, sancionada en 1869, por los sucesos de Quesada y Jordan, y la principal reforma consistiría en dividir el territorio ocupado por la guerra en dos Cuerpos, denominados Oriente y Occidente, para combatir el espíritu localista, como se hizo más tarde, en 1873. De manera que invasión a Occidente no quiere decir a Matanzas, La Habana y Pinar del Río, sino «invasión a Las Villas con mucho cuidado, por partes, lentamente, prontos a retroceder si había dificultades», como sucedió en Loma del Jíbaro y había acontecido en Guantánamo, en 1870, no obstante, haber salido vencedores los cubanos en aquellos combates. En cambio, el coronel Maceo, jefe de Guantánamo, en 1870, no obstante haber salido vencedores los cua Baracoa con muy poca gente, con mucha rapidez y pocas pérdidas. En esa invasión de Baracoa, aprendió muchas cosas Maceo; 1ª) La invasión rápida de todo el país haría insuficiente al ejército español de Cuba para combatir a los cubanos con éxito en toda la Isla. 2ª) Aumentaría sus gastos de guerra hasta agotar el tesoro colonial. 3ª) No sería posible hacer la invasión lenta, con propósito únicamente de triunfo, dada la desproporción numérica que había entre ambos ejércitos, (los españoles, 200,000, bien armados; los cubanos, 8,000, en aquella época; 25 contra 1 sin armas ni municiones, o de 6 por 1, como resultaba en la Invasión del 95, más o menos). 4ª) Era preciso emplear otros recursos no cotizables en plaza, ni existentes en poder de nadie, para comprárselos o arrebatárselos, sino forjables sobre el mismo campo de batalla por el cerebro, el corazón y la voluntad de los jefes: la intrepidez, la rapidez, la formación en marcha rápida de infantería, como en Mal Tiempo, o de caballerías, como en Coliseo, por órdenes para requisar los mejores caballos de la provincia matancera. Martínez Campos halló los cansados que habían dejado los cubanos. 5ª) Atacar los pueblos defendidos por voluntarios para tomar armas y municiones de todas clases, siempre delante, nunca detrás del enemigo, si ataca sobre todo por vanguardia, y convirtiendo en auxilio poderoso el incendio de los campos de caña o sea la destrucción de la riqueza, auxiliar eficaz del exhausto Tesoro español y enemigo nuestro. Y 6ª) y última. Salir con las

cananas vacías, cuando no había un tiro, como en El Rubí, y parquear a sus héroes con las cananas del enemigo.

Vino a poco (1872) la deposición de Gómez por Céspedes. Interinamente le sustituye el coronel Maceo. Santiago de Cuba, Guantánamo y Baracoa son recorridos en todas direcciones. Habéis visto a Maceo, coronel, jefe de brigada, a los dos años de guerra, desde 1870. Lo habéis visto a las órdenes de Gómez todo ese año, haciéndole frente a las fuerzas feroces de Valmaseda, e impidiendo las presentaciones que habían extinguido la guerra en Camagüey y en Las Villas. Lo habéis visto en la toma de Guantánamo y en Baracoa (1871), jefe de esas dos brigadas; más tarde, coronel jefe de la División de Santiago de Cuba, de Guantánamo y Baracoa, por la deposición de Gómez por Carlos Manuel de Céspedes, el 8 de junio de 1872, por lo que resulta sustituto interino de aquel aguerrido general, y ascendido a brigadier después de recibir muchas heridas. Con Calixto García es el primero en todos los combates (mandaba las cinco brigadas de la División de Santiago de Cuba), de algunos de los cuales sale con seis balazos en el pecho y en el vientre, como en Los Naranjos de Mejía, cuando no se le puede retardar el ascenso, y luce por acciones de guerra y heridas graves las estrellas de general de División, y, en definitiva las de Mayor General en los años de 1876 a 77, antes de los treinta años; con dieciocho o diecinueve heridas graves, de soldado a Mayor General, aunque de *facto* fue tal caudillo desde junio de 1872, y movió, como flamígera potencia eléctrica, las fuerzas de la División de su mando (Santiago de Cuba, Guantánamo y Baracoa).

Maceo adquiere un concepto propio de lo que puede y debe ser la invasión: un viaje a la independencia por el camino de la muerte... Rápido, continuo, ofensivo, ruidoso, llegaría al epinicio; mientras que lento, en silencio, pasando precavidamente de un lugar a otro, de una región a otra, iría, como el arroyo al río o el río al mar, a la derrota inevitable de la Revolución.

En esa mismo época (1871-72) los villareños sin armas, sin municiones, sin calzado, vestidos ni alimentos, acordaron abandonar su territorio, y se dice que Eduardo Machado y Carlos Roloff emitieron la idea de invadir a Occidente. No se puede tomar en serio que un pueblo, llegado al último extremo de la desgracia, sin abandonar su fe en la independencia, acariciara esa idea sino como un suicidio sin objeto ni justificación.

IV

¡GRANDES DESGRACIAS!

a) Luchas entre Agramonte y Céspedes (1869-70-73). b) Donato Mármol muere en San Felipe, de enfermedad (1870). c) La Cámara depuso a Quesada y aceptó la renuncia de Jordan por el empeño de ambos de crear un ejército verdadero, un soldado disciplinado y aguerrido, acostumbrado a la vida del cuartel. d) Carlos Manuel de Céspedes depone a Gómez en 1872, sin haber pasado la crisis. e) La Cámara depone al Padre de la Patria cuando la Revolución había pasado por grandes peligros y estaba floreciente. f) Muere Agramonte; Céspedes lo sustituye con M. Gómez, mayo de 1873. g) Cae, 1874 C. García. h) Lagunas de Varona, 1874. i) Santa Rita, 1876. j) Desorganización de las fuerzas de Camagüey. k) Visita del falso obispo Pope al Presidente Estrada y a la Cámara.

Roloff y yo fuimos compañeros desde 1879 a 1886, y después en la guerra del 95. Era Roloff un hombre idealista en los negocios; con facilidad veía el modo de hacer millones de pesos. En la guerra, por el contrario, era muy ecuánime y tranquilo, y si aquélla hubiera sido su resolución con Eduardo Machado, oportunidad tuvo, cuando Gómez y Sanguily retrocedieron en Loma del Jíbaro, cafetal «González» (1876), y por la oposición de los villareños tuvieron que pasar a Camagüey de realizar el supuesto magno pensamiento. La invasión no se consideraba una empresa fácil en aquella época y no lo era para Roloff, ni lo fue tampoco después. Como es natural, siguen los villareños el consejo de la mayoría, de pasar a un lugar más próximo, en donde tenían a los camagüeyanos defendiéndose, reorganizándose con Agramonte, y en Oriente al Gobierno de Céspedes, a Gómez y a Calixto García. En cuanto a Quesada, hombre aguerrido y valiente, debía haber pensado en la invasión, mejor dicho, en la conveniencia de realizarla; pero la prueba de no haber actuado en eso la dan sus soldados permaneciendo en sus casas y reuniéndose cuando intentaban un «golpe», un asalto a un fuerte o pueblo donde poder aprovisionarse. Hay más: como agente diligente que fue, preparó entre otras, una gran expedición al mando de *Bembeta* (Bernabé de Varona), tercera expedición del *Virginius* (1873), para «la invasión de Las Villas». En general, cuando se trataba de invasión se sobrentendía de Las Villas, con excepción de Donato Mármol, que tuvo, desde 1870, el concepto más aproximado de invasión en Cuba, aunque no habló de invasión a Occidente, es decir, a Matanzas, La Habana y Pinar del Río. Insisto en que la invasión no merecía el mismo con-

cepto a todos. Nadie hubiera llamado invasión del Camagüey por los villareños a aquella marcha macabra, sin igual en nuestros días, de esos heroicos cubanos, dignos del conocimiento, de la admiración y la gratitud del pueblo cubano. Esa marcha fue señalada por los cadáveres de los que caían rendidos por el cansancio, por enfermedades o por el hambre ofreciendo un perenne banquete a la auras. Se había dado la orden de muerte contra los cansados o los rendidos por distintas causas, para impedir las denuncias al enemigo del paso de la columna famélica, y fueron tan bravos, tan patriotas, que cuando tenían dudas de su entereza, los cansados pedían que los mataran para no ser denunciantes de sus hermanos. Jamás se ha visto a hombres más abnegados, ni más patriotas, ni más sinceros. En aquella época pocos sabían de la invasión, y mucho menos de la invasión general de todo el territorio cubano...

Desde fines de 1871 al día 27 de octubre de 1873, fecha de la deposición del Padre de la Patria, sustituido por Salvador Cisneros, presidente de la Cámara, no se había vuelto a tratar de invasión. El general Máximo Gómez concibió la idea de llevar a Camagüey un contingente de infantería oriental, al mando del general Antonio Maceo, para combatir junto a la caballería camagüeyana. Esta fuerza se pidió para invadir Las Villas (Collazo). El general Maceo sería nombrado jefe de los villareños. Llegadas las fuerzas a Camagüey, no emprendieron la marcha invasora. En vez de rehuir combates, para no debilitar dichas fuerzas, se aceptaron, y solamente añadieron unas páginas más de gloria a nuestro Ejército, pero impidieron la invasión. (Collazo.)

Maceo consideró hacedera la invasión a Occidente, mas se negaron a ella los villareños, y en vista de esto, Gómez dio por imposible el avance occidental después de Las Guásimas. Con el resto del contingente militar, tuvo que regresar Maceo a Oriente. Ya el general Maceo, con la enseñanza adquirida en Guantánamo y Baracoa y en Camagüey, con sus constantes razonamientos sobre ése para él único modo, desde 1871, de obtener la independencia, volvió profundamente contrariado a su base de operaciones, sin haber obtenido ninguna ventaja y habiendo dejado sepultados, sin resultado favorable para Cuba, a varios de los mejores jefes y oficiales de las fuerzas de Oriente. El Presidente Cisneros puso en juego todas sus influencias para obtener un segundo contingente en el mismo año de 1874. Se organizó en Oriente, al mando del coronel Francisco Borrero. En esos instantes tuvo lugar el crimen de las Lagunas de Varona. El contingente de Oriente, con su jefe a la cabeza, se unió a la *desobediencia*. Y cabe preguntar: ¿por qué no dejó el Gobierno en Camagüey el primer contingente, mandado por Maceo, único jefe que estaba dispuesto a mar-

char a Occidente, desde 1871?. ¿Por qué devolver, en 1874, esas fuerzas a Oriente, descontentas, para emprender la organización de otro contingente, el mismo año, en condiciones más desfavorables? Ese segundo contingente se organizó, y murió en las Lagunas de Varona, como hemos visto, con descrédito de la invasión y de la disciplina, y el Presidente Cisneros, impotente para dominar la indisciplina de Vicente García, presentó su dimisión y le fue aceptada, en 1875, por la Cámara.

Juan Bautista Spotorno (1875), sucesor legal del marqués de Santa Lucía, estuvo poco en el Poder Ejecutivo. Su decreto de 30 de junio de 1875, imponiendo la pena de muerte a todo portador de proposiciones no basadas en la independencia, defendió la Revolución mientras subsistió; pero Spotorno premió al general Vicente García nombrándole jefe de Camagüey. Estrada Palma logró por fin, organizar el tercer[1] contingente destinado a Las Villas; pero no hubo invasión, a pesar de que se reunieron 2,000 hombres (Collazo). Dos cosas se deben hacer notar: primera: a Maceo, que deseaba hacer la invasión, no se le vuelve a llamar por Spotorno ni por Estrada Palma; segunda: a Vicente García, que se subleva contra los Poderes constituidos se le premia por Cisneros, nombrándolo jefe de Oriente; por Spotorno, jefe de Camagüey; por Estrada Palma, jefe de la invasión por él combatida; y por la Cámara, Presidente de la República. Mientras más grave era la herida infligida por él a la Revolución se le ofrendaban los más importantes cargos: la primera vez, por la sedición de las Lagunas de Varona; la segunda, por la de Santa Rita, y la tercera, por disolver las fuerzas camagüeyanas, que se encontraban en brillante estado, ante el enemigo. En momentos en que entraba en Camagüey Martínez Campos, con sus soldados, le nombra la Cámara Presidente de la República, después de la prisión de Estrada Palma.

A fines de 1874, Gómez, esta vez sin contar con el Gobierno temeroso de que se enterara el enemigo, probó el paso de la trocha de Júcaro a Morón, tenida por inexpugnable. Mandó al coronel Francisco Jiménez, con una pequeña escolta villareña, que la pasó sin disparar un tiro; después despachó al teniente coronel Francisco Carrillo, quien no halló resistencia ni tuvo heridos, y el 4 de enero de 1875 la pasó el mismo Gómez, con fuerzas de Las Villas y de Camagüey, sin novedad. Todo el mundo quedó convencido de que la trocha era un espantajo. Si Céspedes hubiera vivido, habría quedado admirado de la enorme importancia que él y los demás habían concedido a la lla-

[1] Se le llama 2o. contingente siendo así que el 1o. al mando de Maceo, de fines de 1873 al 74; el 2o. al mando de Borrero, quedó disuelto en Las Lagunas de Varona en 1874; y el 3o. conducido por Borrero y Domínguez, en 1876.

mada *ratonera* de Valmaseda. Queda Gómez en Las Villas; en Camagüey, de comandante en jefe, Reeve, el bravo norteamericano, uno de los más brillantes oficiales de la caballería de Agramonte.

El Presidente Cisneros insiste en mandar a Las Villas un tercer contingente; pero dimite y cesa en su empeño.

Mayor importancia tuvo la invasión de Guantánamo y Baracoa, por su resistencia y por habernos dado la posesión de dos extensos territorios muy ricos. La de Las Villas no nos dio una pulgada más de territorio del que tenían los villareños cuando tuvieron necesidad de emprender su marcha a Camagüey y Oriente, pues Reeve, que se atrevió a acercarse a Colón, cayó gloriosamente, en Yaguaramas, el 4 de agosto de 1876. Reeve dejó la jefatura de Camagüey, atravesó Las Villas, y pidió marchar a Occidente y con una pequeña escolta se acerca a Colón, y manda parejas a Cárdenas. Gómez y Sanguily, en vista de eso, intentan la marcha. Jovellar les presenta batalla en el cafetal «González», con 5,000 hombres (Collazo). La caballería cubana se lució, y obligó a la española a coronar la loma del Jíbaro y formar trincheras con sus caballos; pero Gómez y Sanguily, después del triunfo, se vieron en la necesidad de desistir de su intento invasor, retornando a Sancti Spíritus (Collazo).

No se ha explicado por nadie la causa del abandono invasor en la loma del Jíbaro, ni se tiene la menor noticia de que fuera llamado el brigadier Henry Reeve, al abandonar Las Villas, por los camagüeyanos; pero es lo más probable que se debiera al modo lento de invadir, observado en esa época; y en cuanto a Reeve, al hecho de haber abandonado Gómez y Sanguily Las Villas, de prisa, por la hostilidad armada de los villareños contra Sanguily, Gómez y los oficiales camagüeyanos. Eso puede dar la clave.

Desde esa infausta fecha del retroceso de Gómez de Las Villas, ni el Gobierno ni la Cámara vuelven a pensar en la invasión. Por todo remedio contra los insubordinados, llamaron a Vicente García, al hombre funesto de las Lagunas de Varona, al enemigo de la invasión, al enemigo del Gobierno y de la Cámara, para darle el mando de lo que venía combatiendo, el mando de las fuerzas de Las Villas, y con ello la oportunidad de asestar otro golpe mortal a la Revolución con su segundo golpe de Estado en Santa Rita, y la disolución de las brillantes fuerzas del Camagüey, sin llegar a ocupar su puesto de jefe del ejército villareño.

En ese estado agónico de la Revolución, únicamente le faltaba la *extremaunción*, y se la administró el falso obispo Mr. Pope. Este individuo, autorizado por Martínez Campos, no obstante el Decreto Spotorno, fue enviado a buscar a Santa Cruz del Sur por el Presidente Estrada Palma y los miembros de la Cámara, y celebraron una confe-

rencia inescrutable, según Collazo, presente en el lugar. Hasta la fecha, sigue diciendo Collazo, no se ha transparentado nada de lo que allí se habló. A poco se le ocurrió a Estrada Palma dirigirse a Oriente, con una pequeña escolta, y fue hecho prisionero, sin que los españoles intentaran nada contra su vida, afortunadamente. Lo demás ya lo sabéis: vino el Zanjón, como un alud sobre la revolución, en Camagüey, y vino también la protesta de Baraguá, que hizo del Convenio del Zanjón una tregua.

El Mayor General Maceo, jefe de Oriente, salió, en 1878, como he dicho antes, por orden del Gobierno cubano, hacia Kingston (Jamaica), y allí aguardó los acontecimientos, impulsándolos hasta 1879, en que apareció, en New York, Calixto García al frente de un nuevo movimiento. Este jefe prestigioso, preso en fortalezas españolas (Prisiones militares de San Francisco, en Madrid, y Castillo de Pamplona), desde 1874, fue puesto en libertad en 1878. De Madrid partió a París, y de París siguió a New York, donde fundó un club patriótico, del que eran afiliados Pío Rosado, Carlos Roloff, José M. Aguirre, Argenta, Insua, español; Leandro Rodríguez, tesorero; José Francisco Lamadrid, presidente; José Martí, Juan Arnao, el que habla y otros muchos notables cubanos de la emigración revolucionaria.

Merece una reseña, aunque sea breve, ese período heroico de nuestra Revolución, casi desconocido.

El año 1878 ocurrió la tregua del Zanjón, la libertad del general Calixto García y su traslado a New York, como acabamos de decir; sale el Mayor General Maceo, por orden del Gobierno cubano, también el 78, para Kingston (Jamaica); empiezan a conspirar, en la Isla, el coronel Pedro Martínez Freyre, el brigadier Flor Crombet, el coronel José María Rodríguez *(Mayía)*, en Santiago; José Antonio Aguilera, Mayor General Carlos Roloff, Azpeitía, José Martí, Cirilo Pouble, y otros, en La Habana; Arias, Cecilio González, Matagás y otros, en Matanzas; Brigadier Angel Mestre, coronel Francisco Carrillo, teniente Emilio Núñez, y sargento, en aquella época, Braulio Peña, en Las Villas; y en Kingston, Maceo, Gregorio Benítez, etc. Máximo Gómez no tomó parte en aquella conspiración. Todos esos patriotas estaban de acuerdo con Calixto García, mejor dicho, a sus órdenes. Además, el famoso guerrillero hispano-cubano Santos Pérez, jefe de las guerrillas de Guantánamo, y el que luego fue jefe del partido Autonomista en Santiago, el insigne abogado Urbano Sánchez Hechavarría, ofrecieron su concurso, si Antonio Maceo se ponía al frente de las fuerzas de Oriente, como lo estuvo en la famosa protesta de Baraguá.

El Gobierno español descubre esos trabajos; reduce a prisión a Martínez Freyre, en Jovellanos, de regreso de un viaje como mantenedor en La Habana, de las relaciones entre Oriente y Occidente;

en Santiago, en la misma fecha (fines del 78), fueron presos *Mayía* Rodríguez, Flor Crombet y Beola, vocal del Gobierno de la protesta de Baraguá. Estos patriotas fueron enviados a prisiones de España, y el general Calixto García escribió a Eusebio Hernández recomendándoselos. El diputado a Cortes años después, Bernardo Portuondo Barceló; el senador Labra y Hernández gestionaron y obtuvieron que se les concediera a Madrid por cárcel. Había quedado en Santiago de Cuba y la conspiración bajo la jefatura de los coroneles José Maceo y Quintín Banderas y del brigadier Guillermo Moncada *(Guillermón)*. Los presos de Madrid y Eusebio Hernández acordaron que éste saliera para Santiago de Cuba con el fin de advertir a los citados conspiradores de esta ciudad que no se dejaran prender, y Hernández llegó en agosto de 1879. Urbano Sánchez y el brigadier Santos Pérez, repitieron que ellos saldrían después del desembarco de Maceo. El general Calixto García, en viaje a Kington, acordó con éste la conducción de la primera expedición, y por una determinación inconsulta, deshizo su compromiso con Maceo y mandó al brigadier Benítez, contra la opinión del país y de los revolucionarios. Mientras Maceo estuvo nombrado jefe de la expedición escribió una proclama y envió órdenes escritas a los jefes de Las Villas, Matanzas y La Habana, con miras invasoras. En los momentos en que llegan esas órdenes a Santiago estalla la sublevación, en dicha capital, en la noche del 26 de agosto de 1879. José Maceo, Quintín Banderas y Néstor del Prado comisionan a Eusebio Hernández para llevar esos documentos a La Habana. Hernández los entrega a José Antonio Aguilera, en una casa de Chaves, de la patriota Anita Pando, y unido a él, comenzó los trabajos de expedición de armas y municiones para Las Villas, Matanzas y La Habana. Había cinco mil hombres sobre las armas; Urbano Sánchez y Santos Pérez, listos para salir a la llegada de Maceo, y en vez de Maceo llegó Benítez, y los sublevados de toda la Isla se desilusionaron y aunque desembarcó en Oriente Calixto García, con Pío Rosado y otros patriotas, después de haber arribado el brigadier Benítez, comenzó el desfile y murió la guerra llamada «Chiquita» por su duración, aunque ninguna guerra en Cuba, antes ni después, ha comenzado con la fuerza de la del 26 de agosto del 79.

En esas proclamas de Maceo y en esas órdenes a Las Villas, Matanzas y La Habana volvía a aparecer el jefe natural de la invasión, idea que Maceo no abandona desde 1871, pero de la invasión como él la concebía y como la ejecutó en Guantánamo y en Baracoa en 1871: con una columna de héroes, rápida, arrolladora, despreocupada del número de soldados de cada columna española o del número de las mismas columnas dispuestas a cerrarle el paso. ¡Era la independencia que, por el camino de la muerte, determinaría la victoria!

Mientras en Kingston se desenvolvían los acontecimientos como acabamos de indicar, en La Habana y Matanzas ocurrían sucesos graves. Hernández consiguió de su cuñado, el hacendado Tirso Mesa, gran contribuyente a la independencia Patria con su dinero, el consentimiento para el envío de armas al ingenio «La Vega», de su propiedad, donde quedarían en depósito para distribuirlas cómodamente y sin peligro. Las cajas de armas y municiones iban por tren a Manguito. Allí las tomaban carretas de la finca, de acuerdo con los hermanos Betancourt, empleados del ingenio, soldados del 68. Al desembarcar en Manguito, una de las cajas se abrió en el andén por un extremo, y salieron algunas cápsulas. El gobierno ordenó la prisión de José Antonio Aguilera, Martí, Roloff y Hernández. Roloff y Hernández escaparon a New York, y los demás fueron enviados a España presos, y Anita Pando a la isla de Pinos.

Maceo, con la ida del brigadier Benítez a Cuba y la falta de recursos en que le dejó el general García, quiso salvar la «Guerra chiquita» del desastre en que la precipitó el odio del coronel, y se entrevistó con el general Salomón, Presidente de Haití; pero en vez de un amigo, halló en éste un contrario, dispuesto a entregarlo a los españoles, vivo o muerto. A duras penas pudo el héroe de Baraguá salir de ese via crucis, protegido por cubanos y haitianos, en una goleta inglesa. En esa fecha se reunieron, en New York, con el general García los miembros del Club Patriótico, presidido por Lamadrid, del que ya hemos hablado, y Roloff, Hernández y Aguirre pasaron a Kingston a preparar una expedición.

Al mismo tiempo regresaba Maceo de su aventura haitiana, o con más propiedad, *salomónica*, y Máximo Gómez de Amapala (Honduras) a buscar a su familia. De esa manera nos encontramos reunidos en Kingston, y pensamos en establecer el Cuartel General en Honduras.

Así terminó en Jamaica la «Guerra chiquita», y hemos visto a Maceo atento especialmente al plan de la invasión, mientras su propio jefe, Calixto García, se preocupaba por la campaña de Oriente. Maceo dio las órdenes preparatorias de la invasión, y la hubiera acometido en el momento antes posible contando, como hubiera podido contar, con las antes enemigas «Escuadras de Guantánamo» y con muchos y nuevos elementos juntos con los elementos viejos que tanto le admiraban y le querían. En esa época Maceo hablaba, contra su costumbre, de la necesidad de la invasión como él la concebía, afirmando que de otro modo no podíamos independizarnos. Es una labor de sacrificio ingente en la que él ocupa el primer puesto.[1]

[1] Ese heroico período es desconocido por la actual generación. En el mismo año de 1878 ocurrieron los acontecimientos siguientes: Convenio del Zanjón, Protesta de Baraguá por A. Maceo, Protesta de Calixto García

A fines del año 1881 nos hallamos, en Honduras, Máximo Gómez, Antonio Maceo, Flor Crombet, Manuel Morey, Rafael Rodríguez, Juan Masó Parra, Carlos Roloff, A. González, José Joaquín Palma, Tomás Estrada Palma y yo. He dicho, en otro lugar, que salimos de Honduras a fines de 1883. De manera que una parte del tiempo que media entre 1881 y 1883 lo pasé junto con Maceo, viviendo en la misma habitación, y con frecuencia le hablaba de lo conveniente que sería para nosotros lograr, por educación, por razonamientos, convencer a nuestros compatriotas occidentales de que todos los cubanos debíamos ponernos de acuerdo contra el enemigo común. Él consideraba esa labor sin resultado, porque sería muy larga y dudosa, por no concebir bien el pueblo cubano la posibilidad de una lucha con éxito de 1 contra 10 ó 1 contra 25. —«Nos vemos forzados —decía el gran caudillo— a tomar soldados orientales, camagüeyanos y villareños completamente resueltos, sin temor a la muerte y con la convicción de un triunfo seguro. Ese estado de ánimo tiene que infundirlo el jefe. Si éste teme a la muerte, no debe contar con la completa resolución de sus soldados. Nadie puede en la guerra realizar una obra grande si no empieza descontándose. Pensar en el triunfo personal, es despertar el deseo de vivir en el subalterno, y debe pensarse solamente en el triunfo nacional, cueste lo que cueste, y sugerir esa idea al subalterno sin vacilación. Tenemos un ejército valeroso, capaz de ir sin vacilación a la muerte, con su jefe a la cabeza, y con tanta resolución y firmeza que puede hacerse irresistible. En La Indiana salió Pepe Cortés al frente de dos o más pelotones a tomar la casa blindada, guardada por cincuenta grandes tiradores, y a pocas varas del punto de partida cayó muerto, y sus soldados también cayeron a granel. Inmediatamente ordenó Gómez el asalto al siguiente jefe. Era mi hermano José, y tuvo la desgracia de caer cerca de la casa, al tomarla. El fuego era terrible, Gómez mandó tocar retirada. —General, tengo allí a mi hermano, muerto o herido grave, y no lo abandono en poder del enemigo, le dije a Gómez. Y enseguida tomé el mando, ataqué al frente de mis soldados, y en menos tiempo del que pensaba, cortamos alambradas, saltamos fosos, destruimos reductos y parapetos, y con alcohol dimos fuego a la casa. Uno de sus defensores se arrojó del segundo piso sobre nuestros soldados, rifle en mano. No pudimos herirlo, y se escapó. «Ése era todo un hombre».

---

contra el Zanjón, conspiración de Roloff, Martí, Pepe Aguirre, José Antonio Aguilera, Azpeitia, Pouble, en la Habana. En 1879, después del 26 de agosto, Hernández, en la Habana; Carrillo, Angel Mestre, Emilio Núñez, Serafín Sánchez, Braulio Peña, en Las Villas; Otazo, Pascual Arias, Cecilio González, Matagas, en Matanzas; en la Habana, en la provincia, algunas intentonas; y desde esa fecha hasta el 95, no cesaron otros movimientos que se enlazaron de tal modo, que no hubo reposo entre el 79 y el 95, o sea entre el 26 de agosto de 1879 y el 24 de febrero de 1895.

Las balas y el fuego lo respetaron. Y la casa quedó destruída. Y es que si los sitiados eran bravos, cada uno de mis soldados se sentía superior. Pepe Cortés estaba muerto; José, gravemente herido; si lo dejo lo rematan. Lo retiré, lo curé, y salvé a uno de los hombres más valientes que ha dado la Revolución cubana. A Pepe Cortés le enterramos. Pues de esa manera hay que hacer la invasión, a paso de vencedores siempre, sin contar el enemigo cuando se nos pone delante dejarlo cuando está distante y tímido; convencerlo a tiro de rifle o filo de machete de que somos invencibles, y que en cada choque con nosotros encontrará la muerte. Nuestros soldados comen lo que encuentran y cuando pueden, hacen fuego cuando tienen cartuchos, y en su defecto, tienen el machete, que siempre les inspira confianza, y a veces, mayor confianza que el fusil; duermen poco, se visten en los pueblos guarnicionados, y les toman armas, municiones, víveres, y cuanto les hace falta, si lo tiene, al enemigo. De esa manera hay que hacer la invasión, empezando por hacer soldados de esa clase».

Un ejemplo realizado en el mayor silencio, cuando es grande, heroico, emocionante, enseña más al hombre que un mes o un año de explicaciones sabias.

Salimos de Honduras a fines de 1883 (Hernández para Guatemala y El Salvador), y nos reunimos todos en New York. De allí fuimos a México, al Canal de Panamá, a Jamaica, a París, a Santo Domingo, a Filadelfia, a Cayo Hueso, New Orleans, etc., etc. Preparadas las expediciones en 1885, ocurrió la prisión de Gómez, que duró ocho meses, y el reparto de las armas de su expedición a los soldados de *Lily* Hereaux, entonces Presidente de la República Dominicana. Sobrevino el fracaso de aquel gran movimiento: expediciones de Limbano Sánchez, de Bonachea, de Maceo, Hernández y Crombet, de José Maceo y Agustín Cebreco, Emilio Nuñez y Braulio Peña, de Rafael Rodríguez, etc., etc. A fines del año 1886 todo había terminado. Las emigraciones se opusieron a que fuéramos en botes, y tuvimos que separarnos. En esas circunstancias, Maceo gestionó un permiso del Gobierno español para venir a La Habana, pero no pudo lograrlo entonces. Su objeto era conocer a Occidente para cuando realizara la invasión; él tenía la seguridad de comandarla.

En el año de 1890 obtuvo el consentimiento del general Salamanca, y conoció La Habana, Matanzas y Pinar del Río cuanto pudo, pensando siempre en su grande obra. Era Maceo un hombre discreto; sus generalizaciones eran el producto de su observación, y su poder sugerente, ínsito en su volutad. La invasión era un hecho inconcebible, a juicio del enemigo, e irrealizable para muchos de nuestros jefes, y hoy mismo, poco estudiado por la presente generación y poco comprendido por no haber comprendido a su jefe.

Insisto en el que considero punto de partida del estudio de este hombre completo, y por completo, extraordinario. ¿Era posible la independencia de Cuba sin la invasión de Oriente a Occidente?

Sí, repite Maceo desde 1871, fecha de las de Guantánamo y Baracoa. Porque la guerra reducida a Oriente, Camagüey y Las Villas podría sostenerse cuatro, cinco, diez años, para caer en otra tregua como la del Zanjón, y en un período muy largo llegaría a cansar a España; pero la independencia no debía ser el resultado de esa clase de lucha heroica e insuficiente, de repetidas treguas de muchas generaciones de cubanos resueltos al sacrificio, sino a una campaña desconocida en las páginas de la historia del mundo (Pastor del Río) y dirigida por un hombre de tan alta inteligencia y moral tan elevada (Miguel Angel Carbonell) como la del Lugarteniente general Antonio Maceo.

V

Expulsado Maceo el año 1890 de Santiago de Cuba por Camilo Polavieja, Gobernador General de la Isla, después de la muerte del general Salamanca, celebró con el Gobierno de Costa Rica un contrato de colonización, titulado «Contrato Lizano-Maceo». Enterado el Gobierno español, por sus agentes, de que el lugar escogido para establecer la colonia estaba en el Departamento de Talamanca sobre la costa del Atlántico, envió una nota al Gobierno de la República hermana diciéndole: «Que la estadía de Antonio Maceo, con una colonia compuesta de familias cubanas, en la costa del Atlántico, la consideraba el Gobierno de Su Majestad Católica como una amenaza constante para la paz de Cuba.» *(Memoria Revolucionaria,* por Manuel J. de Granda, 1926.) El Gobierno costarricense, de acuerdo con Maceo, le señaló a Nicoya, sobre la costa del Pacífico, para que en tal punto fundara el héroe cubano su proyectada colonia agrícola. Y siguió el obsequio de condecoraciones del Gobierno de S.M.C. al señor Presidente de Costa Rica por el gran servicio que le prestó retirando a Maceo de Talamanca, es decir, de las costas atlánticas. Ese honor sólo Maceo lo ha recibido entre los grandes capitanes de América: el temor de una gran nación al prestigio de un hombre solo. Ese hecho hizo que nuestro héroe, conocidísimo en toda América, se popularizara de tal modo, que en los pueblos más pequeños de Centro y Sur América se conociera y se admirara más al futuro glorioso jefe de la invasión libertadora, como en muchas naciones europeas, en Italia (Falco) y en la misma España, por ejemplo, se conservan sus retratos con devoción.

Cuando Martí dijo: «Maceo, de una sola mirada, se bebe un campamento», no expresó una hipérbole, como de él, elocuente, sino aludió

a la realidad maciza del hombre evolucionado biológicamente y regido por la eugenesia ancestral.

VI

Llega el día fatal para España. El fracaso de Feranandina no amilana a la emigración. El pueblo de Cuba desea y pide la guerra. La burla reformista ha traspasado los límites de la mayor tolerancia y mansedumbre. Los autonomistas, equivocados, sirvieron, en manos de los integristas y de los capitanes generales, de elementos de contención. Pero esta vez, en ninguna forma admitieron de sus comisionados tratos con ellos sus hermanos los separatistas. Las autoridades españolas, cada vez más torpes, fusilaban y llenaban sus presidios y sus fortalezas de presos cubanos. Los revolucionarios de la emigración más decididos tomaron las armas sin esperar órdenes ni la guerra importada, y pidieron el señalamiento de un día próximo para la sublevación general. Juan Gualberto Gómez recibe, al fin, la orden, mil veces pedida; la comunica, y responden hasta los grupos indefensos de Ibarra y Jagüey Grande, altamente comprometidos. Moncada, Masó, los Lora, Periquito Pérez, Rabí, todos acuden al campo y se aprestan a la lucha. Se organizan comisiones autonomistas para disuadir al irreductible patriota Masó, y se sublevan Reyes, Zayas y Casañas. Nadie cede, pero hay desconfianza; no han llegado aún los Maceo, Crombet, y Cebreco, ni Máximo Gómez, ni Martí. Si no llegan, el pueblo que no ha salido todavía permanecerá en sus casas, y el pueblo armado, el mantenedor del estado de guerra, volverá a sus hogares, como hizo cuando la «Guerra chiquita».

¡Llega Maceo! ¡Se salvó la Revolución! —fue el grito general, y el pueblo de Oriente se conmovió, y se lanzó a la guerra entusiasmado y confiado. ¡Ahí está el héroe del cafetal La Indiana, el héroe de la crisis del 70 al 72, el héroe de Guantánamo; el sustituto de los generales Gómez, en 1872, y Calixto García, en 1874; el caudillo de la protesta de Baraguá! ¡Ahí está el sargento Maceo! —gritaban los viejos soldados del héroe de mil batallas, que salieron con él el año 68. ¡Ahí está el vencedor de Martínez Campos, el más alto representante del Ejército español, en 1878!

La situación en Costa Rica había variado mucho. Maceo, callado, discreto, mantenía desde 1894 constante inteligencia con las personalidades principales de Cuba y con las distintas personalidades extranjeras residentes en el país amigo, gustoso en abrirle sus brazos. Colombianos prestigiosos, venezolanos aguerridos, hondureños, de antiguo amigos nuestros, se disponían a venir con él a pelear por nuestra inde-

pendencia. No se sabía del plan de expediciones de Martí detalladamente, pero no se ignoraba la llegada a breve plazo de un vapor con armas y municiones a recogerlos de la costa o de algún puerto para dejarlos sobre una playa cubana de Oriente. Maceo, claro, esperaba una gran expedición, como Martí le había ofrecido, con elementos suficientes para entrar en acción con bandera desplegada y marcha vencedora. Conocía como pocos los secretos del triunfo y los cultivaba. Alejandro González *(Gonzalito)*, de todos los cubanos del exterior queridísimo, llegó a Costa Rica, enviado por Martí a Maceo a comunicarle los últimos toques del cuadro admirable pintado por el Delegado del Partido Revolucionario, a principios de enero de 1895, y quedamos *con el pie en estribo.*

Inesperadamente como sucede a veces con los preparativos de una o más expediciones, llegó la fatal noticia de la denuncia en Fernandina a las autoridades americanas, tan perseguidoras nuestras como las españolas, de los vapores «El Lagonda», «El Amadis» y «El Baracoa», cargados de armas y municiones a punto de salir a sus respectivos destinos, cuyas autoridades americanas se incautaron de todo el material de guerra.

¿Y la gran expedición de Maceo? ¿Qué haría con las personalidades ya comprometidas? Proceder como siempre, sereno, animoso, callado.

¡Unico dinero de la Delegación! ¡El fracaso! La desesperación de Martí! La impavidez de Maceo! En Costa Rica: «Los ánimos estaban muy decaídos. El único hombre, dice Granda, lleno de fe e impasible era el general Antonio Maceo. Cuando todos lamentaban el desgraciado suceso, él trataba de quitarle importancia a la noticia y de hacer ver que esas armas no estaban destinadas a la revolución cubana sino al general Vázquez, expresidente de Honduras, ocupado por aquellos días en hacer una revolución para derrocar al Gobierno de su país». (Manuel de Granda). Collazo, Mayía, Martí se reúnen el 29 de enero de 1895, en New York, al conjuro del pueblo cubano, el primero representando al general Máximo Gómez, General en Jefe, Martí representaba al Partido Revolucionario Cubano, y Collazo, enviado de la Isla, daba fe de los acuerdos del alzamiento autorizado en Cuba, trasmitido a Juan Gualberto Gómez y con él a todos los grupos de Occidente por la orden allí redactada, considerando peligroso y de ningún modo recomendable todo alzamiento en Occidente que no se efectúe a la vez que los de Oriente y con los mayores acuerdos posibles en Camagüey y Villas. Tomados los anteriores acuerdos salen Martí, Mayía y Collazo para Santo Domingo el 31 de enero de 1895. El 24 de febrero de 1895 estalla la revolución en Cuba y el 26 del mismo febrero de 1895 escribe Martí a Maceo ofreciéndole dos mil pesos para la expedición. Única suma disponible. Maceo, más conocedor de la vida que Flor, le

pidió a Martí mayor cantidad, él quería llevar armas y municiones para asegurar la llegada hasta Cuba o Guantánamo. El 25 de marzo de 1895 embarcaron ¡con los 2,000 pesos! en Puerto Limón para New York. En las primeras horas de la mañana del 27 de marzo de 1895 entró el «Adirondack» en Kingston, Jamaica. «Los expedicionarios, dijo el Capitán, a la bodega.» A las dos horas salió rumbo a New York después de haber dejado a la señora del general José Maceo con su familia en Jamaica y de haber recibido a bordo cincuenta pasajeros de primera. Por esos 50 pasajeros faltó el capitán al compromiso de dejar a Maceo y los suyos de pasada en Cuba, temeroso de la denuncia de los pasajeros y de la pérdida de su carrera.

Crombet le había dado su palabra de honor y de masón, exigida por el capitán antes de salir de Costa Rica, de no emplear la fuerza en ningún caso. Enterado Maceo no habló más del asunto. El 29 de marzo, 1895, a las 7 p.m. llegó el «Adirondack» a la isla Fortuna, una de las Bahamas, vino a bordo Mr. Farringtong, amigo del capitán Sempson, y quedó comprometida la pequeña goleta «Honor» por cesión espontánea de Mr. Farringtong, su dueño. Al siguiente día, a las cuatro, ofreció un banquete a los expedicionarios, Mr. Farringtong, por haber escapado del peligro corrido en el «Adirondack» durante ocho horas de persecución de un vapor de guerra español, y como un voto porque salieran con bien del nuevo peligro acabado de iniciar a bordo de la pequeña goleta en camino ya de las costas antillanas.

A razón de siete millas por hora navegó la «Honor» la noche del 30 de marzo de 1895. El 31 hubo tempestad y puso en peligro varias veces la vida de los atrevidos expedicionarios, en una goletilla de 13 toneladas de desplazamiento. Semejante al «canto de una uña (Martí), o a un cascarón de nuez, deslinzándose sobre las olas enfurecidas».

Tras de la tempestad vino la calma. No había brisa. Esa angustiosa situación duró largas horas. El horizonte limpio de enemigos. Al fin volvió y a poco se encontraban frente a Inagua. Flor mandó a Agramonte a decir al capitán su propósito de desembarcar en Cuba. El capitán consultó a sus dos compañeros. Conformes, pusieron proa a la Perla amada. Por el buen comportamiento recibieron cien pesos m.a. cada uno. La goleta se detuvo nuevamente por la calma, mas la caída de la noche proporcionó suficiente viento para hinchar de nuevo las velas y lanzarla «viento en popa». Maceo, cuando oye decir: estamos frente a las costas de Cuba, se pone de pie, ordena echar los dos botes al agua para explorar la costa. Salen en uno Flor, Agramonte, Manuel J. de Granda y un marinero con los remos. A poco advierte el marinero el enorme peligro de acercarse a la costa por la rompiente furiosa y no poder por falta de un bote, volver a la goleta. Se viró en redondo para comunicarlo al general Maceo. Éste ordenó lanzar la goleta sobre

la costa y echarse al agua tan pronto diera fondo. Era por fortuna playa arenosa, la noche oscura impidió verla. La goleta se inclinó a babor y apenas la dejaron con gran peligro los expedicionarios, la convirtieron en pequeños fragmentos las olas embravecidas. Nadie conocía el lugar donde estaban. Después de andar un rato, un trillo los condujo al bohío de Santos Rodríguez, buen cubano; éste les dio café, y dijo al general hallarse en la desembocadura del río Duaba, a la vista de Baracoa y de un vapor de guerra español. De allí salieron, enterrado el capitán, y a poco llegaron al poblado de Duaba. El taumaturgo escogió en el acto la tienda de Godoy, situada en una loma, como Estrado de la Justicia en donde se proponía recibir la visita de los enemigos de la libertad de Cuba. Coloca sus once tiradores frente a la tienda, monta un caballo para dirigir la acción, y un buen cubano, situado espontáneamente sobre una loma más alta, anuncia la salida de Baracoa de la columna, su avance, el cruce del río, su proximidad. A tiro de fusil, grita Maceo: ¡fuego! La primera descarga derriba tres soldados españoles; las descargas se suceden, los españoles retroceden. El jefe que los manda tiene once bajas y dos muertos y se retira a Baracoa. El efecto es soberbio para los cubanos invasores, depresivo para los españoles.

Accidentes ocurridos al Jefe de la Invasión desde Puerto Limón a Duaba.

1º.—El 25 de marzo de 1895, día del embarque de Maceo y los suyos, estaba Puerto Limón lleno de españoles, allí presentes para despedir al Cónsul de su nación declarado persona no grata desde el intento de asesinato de Maceo y su actitud incorrecta con el señor Presidente de la República.

2º.—El día 26, sin novedad.

3º.—Marzo 27 de 1895. Muy temprano entra el «Adirondack» en Kingston. Expedicionarios a la bodega (Capitán). A las dos horas del mismo día salió de Kingston rumbo a New York (Maceo y los suyos a Cuba).

4º.—Marzo 28 de 1895. Se pasó bien en el «Adirondack».

5º.—Marzo 29 de 1895. Entre las diez y las once de la mañana comenzó a darles caza un vapor de guerra español cerca de las costas de Cuba. El capitán del «Adirondack» ordenó acelerar la marcha hasta la entrada de la noche, y burlada la persecución no se le volvió a ver. También se negó el capitán a echar dos o tres botes como se había convenido para dejar la expedición en tierra. Arreglo hecho entre el capitán Sempson, Flor y Agramonte, y entre Sempson y Mr. Fa-

rringtong más tarde para llevarlos a Cuba. El 29 por la noche durmieron en casa de Mr. Farringtong en Isla Fortuna.

6º.—El 30 de marzo de 1895 salieron de Fortuna en la goleta «Honor» a siete millas por hora, a veces menos, pero sin peligro notable.

7º.—El 31 de marzo de 1895, por la mañana negros nubarrones cubren el horizonte, mar agitado, marineros recogen velas y las aseguran, muchas veces parece en inminente peligro de hundirse la goleta. Nadie teme.

8º.—El día 1 de abril de 1895, a la una de la madrugada, José Maceo abre el baúl y reparte los once rifles Winchester y Relámpago a los buenos tiradores, y machetes y revólveres a los demás. La rompiente es furiosa, la goleta fue lanzada a la playa arenosa y los salvó. ¡Ya están en tierra!

Unos cuantos armamentos, sin pertrechos, los pocos que había, se gastaron en el combate del poblado de Duaba: once hombres acabados de desembarcar contra setenta y cinco soldados veteranos bien armados les hacen once bajas, dos muertos y nueve heridos. Después del combate, 1 de abril de 1895, Maceo marcha al Juncal, a las 12 m. Se incorporó Félix Ruenes por la tarde con bastante gente. Mucha había venido por su cuenta a saludar al General, pero todos estaban desarmados. En el Juncal conferenciaron Ruenes, Contreras y otros jefes de Baracoa con Maceo.

Temprano (2 de abril) en marcha para la finca Muñoz a donde llegaron a las 12 m. Después del almuerzo llegó la noticia de la salida de Baracoa de otra columna. El general Maceo dispuso esperar al enemigo allí. Con vista de su demora envió exploradores asegurando éstos no haber visto ni huellas de ella, y sí oído la relación de varias personas de haberla visto salir y volver a entrar en Baracoa. Siguió la marcha acompañado de Ruenes y su gente hasta la finca los Pitises donde pernoctaron. Consejo de jefes sobre el plan a seguir. Se acordó por Maceo destacar al coronel Arcil Duverger con tres prácticos a Periquito Pérez, y a poco salió el general con los expedicionarios; dos hombres de Baracoa, Manuel Cabrera y Rafael Lavañino, el 3 de abril de 1895. Desiderio Lara incorporado con grandes ofrecimientos al general iba en calidad de práctico. Marcharon todo el día y salieron al bohío de Ramón de Armas, excelente cubano. Allí pasaron la noche después de una gran comida, y descansaron de la fatiga enorme proporcionada el día anterior. El General mandó devolver el 4 de abril de 1895 los caballos prestados. Después de marchar el día entero sin trillos por un bosque tupido y peñascoso, húmedo por la constante lluvia, salieron a un lugar de bosque más claro denominado «Los Ca-

narreos». Abandonado «Los Canarreos» sin haber descansado entraron nuevamente en monte firme, tupido, donde se oían los trinos del ruiseñor, sinónimo de hambre en jerga mambisa. La marcha era constante del amanecer al anochecer, sin alimentos. Amanecieron hambrientos, sedientos, hinchados, heridos los pies y empapados. La marcha cada vez más penosa. Solamente el peligro inmenso de todos conocido si se detenían, los hacía marchar. Llegaron a la separación de las aguas de Guantánamo y Baracoa. Allí descansaron y muy temprano, 4 de abril de 1895, emprendieron de nuevo la marcha más desfallecidos y hambrientos y empezaron a bajar las lomas subidas el día anterior. Ramón de Armas llamó la atención del general Maceo sobre la dirección que llevaban hacia Yateras, en donde estaría Garrido esperándolos con sus indios. El General con su calma acostumbrada y la necesidad de evadir la persecución mayor, final, le contesta: «precisamente, por ahí vamos a pasar, entre los guerrillerros». Próximamente a las 2 p.m. acabaron de bajar y tomaron una vereda llena de cajetillas, varias latas de sardinas vacías y restos alimenticios. Una hora después el canto de un gallo los aproximó al lugar donde lo oían, una casa de familia con mujeres solas. Les informaron hallarse en Dos brazos, adonde el comandante Garrido no tardaría en llegar con los voluntarios. El General mandó cubrir los caminos con los pocos expedicionarios presentes y apenas cumplida la orden, empezaron a sonar los tiros de los centinelas cubanos anunciando la presencia del enemigo. Desalojaron la casa con rapidez y cambiando algunos tiros se pudo efectuar la retirada. Maceo montó en un caballo blanco en pelo, con una matadura en el lomo. Flor, Cebreco y otros llegaron en ese instante; venían resueltos, y Flor dijo: ahora va a pelear la retaguardia. El general Maceo le ordenó la retirada a mejor posición. Garrido con sus voluntarios hizo algunas descargas y viendo las disposiciones del general Maceo parecidas a las de la tienda de Godoy en el anterior combate, dividió su gente en pequeños grupos para atacarlo, pero ignorando en ese momento todavía la verdadera situación de Maceo dispuesto a batirse según sus disposiciones, ordenó la reconcentración y retirada de sus guerrilleros. Aquí se fue el práctico Desiderio Lara, ofrecido en calidad de tal, para sacar al General de la zona peligrosa y acercarlo a Guantánamo. Enteró a Garrido del estado lamentable de Maceo y sus hombres. En otros encuentros no tendrían temor Bosch ni sus soldados de Simancas, el «Cuarto peninsular», ni las guerrillas montadas, ni Garrido y sus escuadras; no tendrían desde ahora dificultades sino cinegéticas de hombres desarmados, hambrientos, rendidos por el cansancio y el agotamiento. ¡Pero era Maceo! En este encuentro se dispersó José María Arseno e hicieron prisionero a Luis Henríquez y a Lavañino y Cabrera, de Baracoa. Rodeados completamente por el enemigo durmieron esa

noche en la cima de una loma situada en el centro de aquel distrito enemigo. El General se acostó sobre una parte de la hamaca de Granda tendida en el suelo, y éste le preguntó por qué había montado en pelo un caballo con una matadura en el lomo. Contestación: «Para alimentarnos chupándole la sangre». Lo mismo sucedía con los espías españoles, él sabía que esos prácticos eran espías y en el difícil trance en que se hallaba, concibió la idea de convencer a los españoles de su resolución de salir a Guantánamo donde le esperaban las fuerzas de Periquito Pérez. Trataba a los espías como si los creyera honrados y con el empeño indudable de sacarlo de los montes de Baracoa y acercarlo a Guantánamo. La traición del último la premió con una moneda de $20.00 oro americano, con el profundo disgusto de los expedicionarios que llegaron a creer que el cerebro de Maceo no andaba bien, supuesto que no se daba cuenta de que esos malvados merecían otra recompensa.

Además las fuerzas que lo persiguen y acabamos de enumerar, fraccionadas en el corazón mismo de las cuchillas de Baracoa, buscándolos habían situado en todos los lugares estratégicos, veredas, ríos, arroyos, fincas de labranza, de crías de cualesquiera clases donde pudieran alimentarse con el propósito de impedir el paso a Guantánamo del general Maceo, el mayor contingente de fuerzas disponibles de Baracoa, Guantánamo y Cuba del gobierno español. Éste creía saber por sus espías que Maceo no abandonaba por nada la ruta al sur y ahí moriría o lo capturarían. Los días 6 y 7 fueron de una persecución incesante. Por donde asomaban la cabeza dentro del monte recibían una descarga; la sed y el hambre los tenían desesperados y débiles; naranjas agrias, y los caracoles mencionados varias veces constituían la base de su alimentación.

Así llegaron el día 8 de abril de 1895 al cafetal La Alegría. Se reconoció cuidadosamente por Flor, José, Cebreco, y al parecer no había novedad. Se presentaba a sus ojos, hambrientos y sedientos, una huerta llena de viandas y de frutas y un cerdo en el corral. Los expedicionarios contentos se regaron en busca de provisiones y se dio por el General la orden de matar el cerdo, con la mayor presteza. En ese momento por fortuna se le escapó a un guerrillero un tiro y a continuación una descarga de los voluntarios de Garrido, emboscados anticipadamente con el propósito de coparlos en el momento oportuno. El tiro escapado a destiempo hizo fracasar el plan del astuto guerrillero.

Garrido sabía que estaban hambrientos y extenuados los expedicionarios y les preparó esa huerta con todo lo necesario para alimentarlos bien y pasar una noche plácida, descansando para continuar al siguiente día la marcha macabra larga y penosa hasta la tumba oscura reservada a los grandes patriotas sacrificados con energía por la patria adorada.

Pero... ¡No! ¡Al frente está Maceo! Si no lo acaban pronto él se posesionará del triunfo con la misma guadaña de la muerte.

El tiro escapado hizo imposible la posibilidad del copo, y ya desencantados siguieron haciendo descargas sin el resultado perseguido; pero imposibilitaron la reunión de los expedicionarios, divididos a partir de ese instante en tres grupos de a seis: el de Maceo, llevaba uno armado; el de Flor, cuatro armados; el de Cebreco dos o tres armados, pero todos sin municiones. El grupo de Maceo quedó sin práctico, sin defensa, sin alimentos ni reposo. El práctico Lara enteró a Garrido de la verdadera situación del General. Fraccionaron sus guerrillas de Yateras, los soldados de Simancas, los del cuarto peninsular, guerrillas montadas, y los jefes en alpargatas, andaban a pie buscándolos palmo a palmo por aquellas abruptas montañas, caminos de aves casi imposibles al paso del hombre. Dormían variando de lugar cuatro y cinco veces por la noche, porque a toda hora los perseguían sin tregua.

Ya tarde, de 5 a 6 p.m. llegaron el día 11 de abril de 1895 a una casa, oscura, y saltaron la cerca dirigiéndose a un cañaveral. El General les cortó cañas; a poco el dueño reconoció a Maceo y le dijo que sabía su situación difícil. Lo llevó a la casa de un colono, del jefe de los guerrilleros de Yateras, ¡rarezas de la guerra! y los atendieron muy bien. Un hermano del jefe de los guerrilleros fue de la escolta de Maceo en 1868. A las nueve apareció como práctico un hombre de alguna edad dispuesto a volver de madrugada. A las doce reapareció con la noticia de la muerte de Flor y otros, y heridos y prisioneros.

—Los guerrilleros —dijo— les siguen a ustedes de cerca y es un peligro permanecer aquí una hora más. Salieron guiados por aquel hombre comisionado para rendirlos, marchando sin cesar toda la noche y el día siguiente sin un momento de reposo. A las tres de la tarde del 12 de abril de 1895 tomaron una vereda, a poco se bifurcó y el práctico se detuvo diciendo «hasta aquí sé yo». Marcharon después de la retirada del práctico cierta distancia más allá de ese lugar para acampar. El General ordenó la construcción de un rancho, mandó de centinela con una carabina de un solo tiro a Granda, con el encargo de que se colocara bien lejos del vivac. A la media hora el centinela oyó ruido, dio el «quien va» y se le echaron encima los voluntarios de Yateras, disparó su carabina y salió a carrera tendida para el campamento. Los voluntarios formaron en dos alas con objeto de encerrarlos a todos. El General hacía fuego desde una peña y cuando estrecharon el círculo formado por los dos flancos quedaron comprendidos en él Jesús María Santini, Agramonte y Manuel J. de Granda. Maceo había desaparecido. Locos los guerrilleros se dividieron en grupos de tres a cuatro hombres para buscarlo con resultado negativo. ¿Y Maceo? No hallaron la menor huella de su dirección. Maceo había

logrado convencer a los españoles y a los mismos expedicionarios de su firme propósito de salir de Guantánamo, pero se internó en el monte cuando quedó solo con dos novicios valerosos, borró las huellas y tomó la dirección de Mayarí Arriba.

El jefe de la invasión ignoraba la suerte corrida por su hermano José y no dijo una palabra durante su adversa odisea. Un inmenso dolor debía pesar sobre su alma y no lo reveló. Era impropia de su carácter una queja, menos aun la expresión de un dolor moral, habiendo peligro susceptible de engendrar vacilación, duda en el ánimo de los menos aguerridos y acaso, decaimiento moral en todos. Contaba con Flor Crombet para la campaña invasora y después de su muerte no volvió a nombrarlo. El último día que le mencionó fue el 10 de abril de 1895 con motivo de un tiroteo lejano: «Ese es Flor que se bate», dijo. Efectivamente Flor se batía y moría a manos de los guerrilleros de Yateras.

Dice Manuel J. de Granda en su *Memoria Revolucionaria* y a propósito del desembarco de Maceo y sus expedicionarios: «Antonio »Maceo y Flor Crombet eran la bandera que traía aquel puñado de »hombres. Bandera que como el sol salía en el extremo Oriente y se »iría a poner atravesando todos los obstáculos y rompiendo todos los »valladares, del poderío español en los Remates de Guane y Mantua, »extremo occidental de la Patria irredenta». Observad que la Invasión viene con ellos.

«La suerte estaba echada. Ahora había que hacer de manera que »el país entero tuviera conocimiento de la llegada de la expedición con »sus preclaros jefes». Véase como hallamos siempre al jefe convencido del triunfo rápido de la Independencia por la Invasión y convencido igualmente contra la opinión general, de que los *llanos de occidente* constituyen la parte *más fácil* de la prodigiosa marcha invasora. Maceo había hecho de la Invasión una especialidad.

Bastaba vencer de un modo inusitado, destruir, aniquilar la primera resistencia opuesta por el enemigo y se presentó el combate del poblado de Duaba y tras él su odisea sin armas, por los montes de Baracoa, sin municiones, sin alimentos y sin reposo, pero vencedor.

El combate del poblado de Duaba es uno de los más brillantes de la historia militar de Maceo: once hombres, mareados algunos, entre ellos Maceo, aguardan tranquilamente, una columna preparada ad hoc bien armada; Maceo la recibe «pecho al agua», dirige el combate a caballo, el enemigo avanza impetuosamente, pero a poco retrocede, en quince minutos tiene once bajas por ninguna, y se declara en derrota. Esa acción le libran a él y a los acompañantes mientras no se separaron, de la muerte o de la captura por el temor que inspiró, y lo presentó entre los suyos como un vencedor de todas las situaciones difíciles. En efecto,

mientras el práctico Lara no desertó para enterar a Garrido de la verdadera situación de Maceo, aquél no se atrevió a librar combate con el *invisible* personaje desvanecido en el instante mismo en que hace fuego a los guerrilleros de Yateras desde una peña que le sirve de pedestal, en que creen haberlo encerrado entre los dos flancos del enemigo. ¿Por dónde se escapó? ¿Dónde están las huellas impresas inevitablemente en aquel terreno húmedo por las incesantes lluvias que caían? ¡Ninguna huella! ¡No hemos encontrado la menor señal!, responden asombrados a su jefe, parecido —dice Granda, testigo presencial— a un venado herido y furioso dentro de un círculo sin salida. ¿Dónde está Maceo?, preguntaba a los expedicionarios señores doctor Frank Agramonte, Jesús María Santini y Manuel J. de Granda, comprendidos dentro del círculo formado por numerosos guerrilleros. Maceo ha burlado a todos los perseguidores. Su persecución ha seguido con mayor intensidad sin el éxito esperado. Le acompañan Domingo Guzmán y Juan Bautista Limonta, dos bravos oficiales desarmados. Y es que el general mantuvo *la dirección a Guantánamo sobre todo en presencia de los prácticos enviados por los españoles,* por él aceptados para asegurar en ellos la creencia firme de que se dirigía siempre al Sur. Todas las fuerzas disponibles de España las situaron en Guantánamo, como hemos dicho, mas desde el último encuentro, el prócer invasor se internó en el monte borrando tras de sí las huellas denunciadoras y abandonó su anterior dirección a Guantánamo por la de Mayarí Arriba, y en Vega Bellaca encontró el General algunos de los cubanos enterados de su llegada a Baracoa, cuyos nombres hemos pronunciado anteriormente, con verdadero regocijo.

VII

La llegada a Vega Bellaca tuvo lugar el 18 de abril de 1895. Fue aquel un momento emocionante. Todas aquellas fuerzas lo proclamaron jefe como lo habían hecho los expedicionarios en mar y tierra y momentos después los soldados de Ruenes en El Juncal. Dice Granda: «Indescriptible fue el regocijo que hubo en el campamento por haber encontrado al hombre que simbolizaba la bandera cubana. Ahora se podía decir que la gran obra de la Revolución estaba en marcha. La causa de la libertad de Cuba se había salvado. La fe y el entusiasmo brillaron con todo su esplendor. La guerra iba a empezar con todo el empuje y la acometividad que le iba a imprimir el gran héroe cubano. En aquel campamento se gritó con todo el esfuerzo de los pulmones y con todo el ardor de que son objeto las grandes obras patrióticas cuando están encauzadas *por la viabilidad:* ¡Loor a

Maceo! ¡Viva Cuba Libre!» Las tres palabras subrayadas lo han sido por mí. Dice José Miró: «Al saber los españoles que Maceo se hallaba entre los suyos ileso se prepararon para el combate formal comprendiendo que la cosa iba de veras, y el general Martínez Campos se dispuso a dirigir personalmente las operaciones militares estimando como negocio secundario la acción política, en la que había cifrado hasta entonces sus lauros de Pacificador: efectivamente, la guerra cambió de aspecto bajo la dirección del caudillo cubano, e imprimió a la campaña el sello de su rara actividad y las manifestaciones de su genio emprendedor. Los tiroteos cobraron intensidad y se multiplicaron; las plazas españolas se creyeron inseguras, se peleó en campo raso, hubo choques terribles; en los que jugó el arma blanca, vinieron a las filas los viejos soldados que sólo esperaban la llegada del capitán, todo el mundo ocupó su puesto y aquellos antiguos soldados del 68, que lo admiraron a los veintitrés años sobre el campo de batalla de Baraguá, volvieron a sentirse emocionados en presencia del *¡sargento Maceo!*

La hoja de servicios de Maceo en marzo de 1878, después de la protesta de Baraguá, constaba de 800 acciones de guerra. Tenía veintidós heridas de balas españolas, era mayor general jefe de Oriente y contaba treinta y tres años de edad! Al llegar a Vega Bellaca, hambriento, con los pies heridos e hinchados, tenía cincuenta años de edad, veintitrés heridas con una que le hicieron los españoles en Costa Rica poco antes de salir para Cuba en el «Adirondack», y ochocientas una acciones de guerra contándole la brillante del poblado de Duaba el mismo día del desembarco.

Con esos títulos y los excepcionales de la protesta armada de Baraguá, el único consagrado como irreductible para ostentarlo donde fuere oportuno, llega el primero a tierra cubana y procedió a dictar una orden general dándose a conocer como jefe de Oriente, y autorizando a todos sus subalternos para fusilar sin formación de causa a todo emisario procedente del campo enemigo con proposiciones no explícitas en el reconocimiento de la independencia absoluta de Cuba. Quiso *cortar* incontinenti toda comunicación con el bando contrario y sus auxiliares liberales, autonomistas, como lo acreditan las siguientes palabras tomadas de una carta dirigida a Enrique Trujillo a bordo del «Adirondack», perseguido en ese momento por un vapor de guerra español: «Ya voy camino de mi patria, a servirla, libre del contagio de ambiciones personales, y sólo *impediré con energía* y resolución las transacciones inútiles con España». No perdió un instante. En Vega Bellaca, sin darse al reposo, se dio al deber de dictar esa primera disposición, carente de todo sentido si no empezara declarándose con

autoridad para exigir la consiguiente responsabilidad por incumplimiento.

¿Cómo había de pensar el héroe preocupado solamente de los grandes problemas de su patria, que habría quien perdiese su tiempo en censurar una medida salvadora de la revolución, como lo fue, mientras subsistió con fuerza y vigor, el decreto de Spotorno de junio 30 de 1875?

Se ha censurado, dice Miró, que Maceo hubiese asumido el mando de las tropas orientales al venir de la emigración para tomar parte en la nueva lucha por la independencia de Cuba. ¿Cuál otro con más títulos? Los que reprobaron aquella resolución debieron, ante todo, haber rivalizado con Maceo en aptitudes militares; bregar como él, como él hacerse temible de los españoles, como él conocer los resortes de la guerra y manejarlos con el arte singular que le ha valido la reputación de gran capitán. Y de no sentirse con bríos para tanto, haber tenido al menos el valor suficiente para oponerse a la dicha resolución, si es que ella acusaba arbitrariedad o sed desmedida de mando. No han meditado, seguramente, que si Maceo no se proclama jefe de la región oriental, al encontrarse con el primer cuerpo de guardia de los cubanos, yendo errante por el bosque, las tropas mismas lo alzan por caudillo. Y así sucedió, como lo he demostrado en párrafos anteriores.

Pero, además de esas razones, no se proclamó a Martí, Mayor General y Jefe Supremo de la Revolución? y al general Gómez, General en Jefe? No designaron jefe de la invasión a Maceo? No consideró el General en Jefe a Salvador Cisneros Presidente de la República desde su llegada a Camagüey mucho antes de la reunión de la Cámara de Jimaguayú? No se le hicieron al gran patriota Masó toda suerte de trabajos políticos para dejarlo sin la presidencia de la República, cargo el más compensador, dice Collazo, si se querían premiar sus servicios del 24 de febrero? Masó no era militar, era patriota, y como a un gran patriota lo recomendó Maceo, patriota de esos enamorados de la independencia absoluta de Cuba, de esos pocos que debimos tener siempre en la presidencia de la república en armas, de esos que lo merecían todo, y sobre todo la confianza de sus conciudadanos.

Y sin embargo, los amigos de la justicia debida a Maceo nada han censurado de esas proclamaciones. Y si las hubieran censurado estando vivo Maceo, se hubiera opuesto a ellas.

Era el primer momento, no había organización Constitucional, no se debía perder tiempo para asegurar la Revolución, y los primeros llegados, precisamente los tres de mayor representación, debieron proceder como lo hicieron a reserva de lo que después acordara la Asamblea.

Hay dos hechos demostrativos de la caballerosidad de dos hombres llamados a marchar por el mismo sendero en busca de la felicidad de la patria, no sólo con el pensamiento sino por la acción cotidiana y común. Maceo y Masó estuvieron distanciados un momento. Oíd. En un instante de ansiedad en la batalla de Peralejo, el teniente coronel Saturnino Lora, jefe del campamento de Maceo, anuncia al General la aproximación de numerosas fuerzas de caballería. Lora sale a reconocer la tropa, mientras Maceo queda inmóvil buscando sobre el terreno la clave del triunfo que parecía imposible. A su regreso, Lora comunica al General buenas nuevas: la caballería es cubana. Un jinete de la misma se aproxima al galope, con el machete desenvainado; el teniente coronel Alfonso Rivero, al frente de dos escuadrones, saluda «grave y marcialmente» con estas palabras finales: «General, ¿por dónde cargo?» Otro escuadrón aparece al instante, al mando del coronel Salvador Ríos jefe de la zona de Manzanillo. Ambos vienen de la comarca de Campechuela, en virtud de órdenes enviadas por el general Bartolomé Masó de hallarse puntuales el 12 de julio en el distrito de Bayamo ¡Ese es Masó!

En carta dirigida por Maceo al señor Salvador Cisneros Betancourt, en Camagüey, carta fechada el 8 de septiembre de 1895, en campaña, se leen estas palabras: «...en nada he variado de mi antigua conducta política, y lo acredita mi proceder con la comisión de representantes de Oriente a quienes dejé —como era mi deber— en completa libertad de acción respecto de cuanto ahí debía tratarse para la formación del Gobierno, indicándoles únicamente al general Masó para Presidente de la República.» ¡Ése es Maceo!

¡Qué distinto hubiera sido el resultado de la gloriosa Invasión, si Masó hubiese sido el Presidente de la República! Masó era partidario de la independencia *absoluta*. Masó creía en los indiscutibles resultados de la Invasión para hacer a Cuba libre e independiente de todo poder extraño. Masó hubiera estado siempre preocupado del ejército de Occidente, el llamado a conmover de nuevo al mundo con el segundo Ayacucho, o sea el Ayacucho cubano.

Pero ese ejército occidental no recibió un solo tiro, según Maceo, desde su salida de Baraguá hasta el Rubí, o sea hasta el séptimo u octavo mes después de su salida, cuando estaba Maceo herido y sin un cartucho. Se dio el caso de ordenar el General una exploración y de responderle el oficial: «¡General, la respuesta se sabrá aquí por el fuego del enemigo; mi gente no tiene un solo cartucho!»

Dice Collazo:

«La constitución del Gobierno de la nueva República había sido tanto fuera como dentro de la Revolución un manantial de esperanzas e ilusiones que poco a poco fueron disipándose.» Me refiero, al hablar

del Gobierno, al Presidente. Nadie puede negar, ni nadie intentaría negar al marqués de Santa Lucía constancia, valor, buenas intenciones y un nombre glorioso acreditado en los cargos que había ejercido. Pero ¿podía él concederle la misma importancia a la Invasión que Maceo, Masó y la mayoría de los elementos jóvenes que le rodeaban?

Al que no le conociera, Masó podrá parecerle distinto de como lo presento aquí; mas llegada la hora del patriotismo, se revelaba como el primero y como el primero exponía su vida por Cuba, pero por Cuba *absolutamente* independiente, cosa que no podía afirmarse de otros, aunque todos eran patriotas. No creo necesario ahondar más en esta cuestión, puesto que sólo he querido hacer notar la influencia perniciosa desplegada desde los más altos puestos en contra de las obras nobles y patrióticas por el solo hecho de pensar de otra manera en cuestiones vitales y de ocupar los primeros cargos. ¿Cómo hacer una invasión para dejar después abandonado el ejército invasor? Oíd estas palabras de una carta de Maceo al coronel Federico Pérez Carbó, dirigida a New York y fechada, en El Roble, el 14 de julio de 1896: «...La falta de elementos no me llevó a la desesperación porque la suplí con otros no menos importantes para el caso.[1] Por eso gestiono ahora el envío de cuanto tengo pedido; no quiero verme nuevamente en las astas del toro. Parece que ni el Delegado ni el Gobierno han tenido en cuenta la importancia de la invasión para favorecerme a tiempo; pero sí lo han hecho con los hijos mimados de la fortuna, con los cuales siguen los privilegios y desaciertos preparando disgustos».

Maceo, siempre previsor, recaudó entre los hacendados de Guantánamo y Santiago de Cuba unos ochenta y ocho mil pesos, escrupulosamente comunicados al Gobierno para no carecer de armas y municiones en la campaña de Occidente; pero las expediciones fueron a Oriente, a Camagüey y a Las Villas, donde menos se necesitaban, por orden del Delegado. Oíd ahora estas palabras tomadas de una comunicación de Estrada Palma a Collazo, impidiéndole cumplimentar una orden del General en jefe, de desembarcar con su expedición en Vuelta Abajo:

> «Partido R. C. —Delegación —New York, 20 de agosto de 1895. —C. Mayor General M. Gómez, General en jefe del Ejército Libertador, Camagüey.— ...«El comandante Collazo, basándose en las instrucciones que usted le diera, había puesto la mirada en Vuelta Abajo, comarca que desde luego pensaba invadir, para aumentar el campo de acción de nuestras armas, distraer la atención del enemigo y revolucionar la región refrac-

[1] Se refiere al uso del machete en los combates. Eso mismo hacía el año 78 mientras en Camagüey preparaban el Zanjón.

taria por excelencia a todo movimiento por la independencia»... «Como yo no compartía el punto de vista en que se había colocado el comandante Collazo, tan luego como, según llevo dicho, pude consagrar con desembarazo toda mi atención a su empresa, le llamé a esta ciudad para cambiar impresiones y exponerle con franqueza y lealtad mi parecer, al que debía dar y di en efecto carácter de disposición que el señor Collazo acataría asumiendo yo en absoluto (?) la responsabilidad en lo que hacía al cambio de destino de la expedición.

La Delegación estableció las siguientes condiciones: Que atendiendo a los planes del gobierno español, a la necesidad de armas y municiones que sentía vuestro ejército, a que la región en que usted había fijado su cuartel general era la más desprovista de elementos de guerra, era un bien para la revolución y un deber que se imponía a todo propósito y a todo compromiso anteriores, aplazar la *invasión* de Vuelta Abajo y precipitar el auxilio al Camagüey, máxime cuando Las Villas acaban de ser reforzadas»... EL DELEGADO SE CREE EN EL CASO DE ADVERTIR: «El acuerdo que va a efectuarse no implica que la Delegación sea hostil al plan de la invasión de Vuelta Abajo.»

El Delegado, como veis, asume el carácter de general en jefe, es decir, de jefe superior de la revolución. ¡Bajo qué auspicios condujo Maceo la invasión!

Notad que el Delegado escribe el 20 de agosto de 1895, y la reunión de *La Mejorana* fue el 5 de mayo de 1895. ¿No sabía, por tanto, el Delegado que estaba acordado ya el plan invasor? Mas oíd todavía: ...«Pero como la Delegación entiende que esa invasión sería refuerzo y auxilio eficaz cuando la guerra haya alcanzado su pleno desarrollo en Las Villas occidentales, o cuando una campaña enérgica iniciada por los españoles haga necesario llamar su atención, dividiéndola hacia el extremo occidental de la Isla, no sólo ha optado por el cambio de destino sino que ha pedido al comandante Collazo que deje en Tampa al grupo de vueltabajeros que allí le rodeaba y estimulaba en sus planes... En la época que se señala como la más oportuna podría ser ésta a que aludo decisiva campaña de auxilio, *en tanto que ahora podría quizás ser contraproducente para los más vitales intereses del P. R. C. que acaso tendría que arrastrar una crisis gravísima una vez revolucionada la comarca productora del tabaco.*»

Y cierro estas citas con las siguientes palabras de Collazo a propósito de la *disposición* del Delegado, que yo transcribo casi sin comentarios. Dice Collazo: «En sólo dos líneas *se vislumbra un hecho real que tal vez fuera la norma de conducta seguida*» (el subrayado

es mío). «Había —sigue Collazo— que sacrificar los intereses de la revolución *«a la industria del tabaco»* (subraya Collazo). Huelgan —sigue Collazo— los comentarios; la lectura de la comunicación es bastante.»

No la leo íntegra por ser muy larga, y porque mi único objeto es probar las grandes dificultades de *casa* con que tropezaba Maceo. Si el héroe no hubiera sido tan grande habríase cansado. Pero él sabía que Cuba podía ser libre e independiente por sus solos esfuerzos, obligando al enemigo a fraccionar su ejército y a gastar enormes sumas, que España no poseía, teniendo por campo de batalla permanente la Isla entera.

Y dejo a Maceo salvado de su terrible odisea de los montes de Baracoa. Los prácticos españoles, utilizados por él, con el propósito de entregarlo en riña cinegética, y Garrido con sus guerrilleros, seguro de su presa indefensa, dejaban pasar los días, y cuando llegó para ellos el instante de flanquearlo, sin exponerse a sus certeros disparos desde la Peña encantada, estrecharon el círculo, y el coloso, hasta ahora defendido con el propio enemigo, se desvaneció como un sol detrás de un horizonte tempestuoso.

Y torciendo el rumbo de Guantánamo con que los vino entreteniendo, salió a Mayarí Arriba, al antiguo campamento de Vega Bellaca, el 18 de abril de 1895. Sin dar reposo a su cuerpo y, sobre todo, a sus pies despedazados, redactó la orden dándose a conocer como jefe de Oriente y autorizando a sus subalternos para fusilar sin formación de proceso, a todo emisario del campo enemigo que no viniera a tratar explícitamente de la independencia de Cuba.

El 20 de abril de 1895 está en Jarahueca organizando las fuerzas, y el 23 de abril de 1895, al frente de ellas sobre la línea de Sabanilla a Maroto, hace fuego a los fuertes, amenaza a las poblaciones, ninguna plaza enemiga se cree segura, y como dice Miró, se abandona por Martínez Campos el plan político del engaño, como en el Zanjón, para adoptar el de guerra, con el mismo Martínez Campos al frente de sus cincuenta mil soldados recién desembarcados por Guantánamo, con los que pretendió el gobierno de Cánovas encerrar en Oriente la revolución.

Los españoles recuerdan a Maceo al frente de sus soldados el 68. Maceo, frente a sus orientales, sano y salvo como salió de las Cuchillas de Baracoa, hará una guerra seria; no sólo deshizo el plan del enemigo, sino tomó la iniciativa en el ataque, y ya no había nada seguro ni en los campos ni en las ciudades ante la impetuosidad y la sugerencia del jefe de los empecinados cubanos.

El día 3 de mayo de 1895 llegaron a Jarahueca el general Máximo Gómez y Martí. Días antes, el 15 de abril, en consejo de Jefes y

oficiales, había proclamado Gómez a Martí Mayor General Jefe Supremo de la Revolución, en su carácter de General en jefe.

Maceo, a su vez, publicó su orden dándose a reconocer como jefe de Oriente, para poder autorizar a todos sus subalternos a fin de que fusilaran, sin formación de causa, a todo emisario del campo enemigo si no venía a tratar explícitamente de la independencia de Cuba.

La orden fue aprobada, al menos, no objetada, por Martí ni por Gómez. Era el restablecimiento del decreto de Spotorno de 1875, en lo esencial, y para Maceo —protestante de Baraguá— vigente. Y no podía restablecer la esencia de ese decreto si carecía de la autoridad de jefe de Oriente, la categoría suya —de Maceo— cuando salió, en 1878, por orden del Gobierno cubano para el extranjero. De esa manera, al regresar, en 1895, al mismo teatro de sus hazañas, y habiendo sido el primero en pisar tierra cubana, debía considerarse en su puesto; mas no pensó así, porque su preocupación en el viaje de mar y en su peligrosa odisea por las Cuchillas de Baracoa, fue, en primer término, *cortar* incontinenti toda comunicación con el enemigo, y para poder exigir responsabilidad por la falta de cumplimiento de sus órdenes, necesitó toda la autoridad de jefe de Oriente, sin lugar a discusión, a vacilaciones ni a dudas en los encargados de cumplirlas.

Después de esas importantes generalidades relativas a la autoridad, a la representación de cada uno de aquellos tres grandes hombres de la Revolución, en aquel momento histórico (5 de mayo de 1895), planteó Maceo con franqueza la urgencia de la invasión al extremo occidental, a la mayor brevedad, ruidosa, rápida, aplastante, destructora, con soldados que no ha mandado ningún capitán de la antigüedad, con una táctica y una estrategia nuevas, una disciplina muy estricta y un cuidado esmerado del soldado; y todo eso sin hospitales, sin fuerzas en qué apoyarse en su avance, sin avituallamiento, sin armas ni municiones y organizando infanterías y caballerías en las marchas y en los combates. Martí apoyó a Maceo sin reservas, no obstante la novedad de este aspecto de la guerra para él. La invasión del momento era cosa nueva para el Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

«La impresión —dice Collazo— que causó a Martí la vista del Ejército debió ser desconsoladora: el que no ha visto las fuerzas revolucionarias no puede formarse idea de ellas, sobre todo aquellas masas de gentes mal vestidas, desarmadas en su mayoría, sin organización alguna, y con armamentos de todos los sistemas y escasos de parque; aquel desorden natural en una gran agrupación que engrosaba por

horas, era un espectáculo más parecido a un ejército de locos que de hombres cuerdos.»

Dice más Collazo: «Gómez combatió el proyecto en parte. Según su criterio (de Gómez) era preciso fortalecer la revolución en Oriente y hacer el avance del modo más lento pero más seguro, pues creía, dijo, que con dificultad pudiera pasar la invasión de Sancti Spíritus si no se hacía en condiciones especiales.» Pero Martí, con su claro talento, se dio cuenta de que con aquellos hombres y ese jefe, Maceo, se podía vencer, sabiendo aprovechar las condiciones del cubano mil veces evidenciadas en las guerras de independencia por su resistencia física máxima, su valor sin límite, si lo tiene el jefe sugerente que los conduce. Soldado de caballería e infantería, según lo exijan las circunstancias, de la sierra y del llano; frugal como pocos y héroe del machete y del fusil, porque ese hombre de palabra reposada y serena, ese Maceo, sentado delante de mis ojos, aquí, es muy parecido al Maceo de Costa Rica en lo físico, pero inmensamente superior en el orden bélico, moral y patriótico, y es la encarnación de la cordura y de las grandes resoluciones. Martí puso su enorme cerebro a tono con el de Maceo biológicamente completo, y lo apoyó de todo corazón. Desde ese instante era para Martí más grande que su brazo poderoso el cerebro de Maceo. Si no hubiera muerto, Maceo y él habrían sido muy amigos, y él —Martí también— decidido apoyo de la invasión y de la campaña de Occidente (Las Villas, Matanzas, La Habana y Pinar del Río), según lo anunció Maceo al General en jefe, hablando de la dirección de Occidente.

Por fortuna, el viejo león dominicano era también, como Martí y Maceo, amante de la independencia absoluta, y sabía cuán imposible era obtenerla sino al precio de una lucha sin precedentes en la historia de las guerras emancipadoras, y se sacudió de las trabas que le ataban. Por eso, aceptada por todos la opinión de Maceo, las pequeñas diferencias se borraron, y el General en jefe y el jefe de la Invasión, puestos de perfecto acuerdo, convinieron en firme lo único posible en aquellos momentos, o sea la época de la marcha heroica en el mes de octubre próximo y la consolidación de la revolución en Oriente, facilitando el paso a Bayamo y a Camagüey de Martí y de Gómez.

Si estos acuerdos —dice Collazo— se hubieran respetado no habrían ocurrido dificultades; pero Gómez, que acababa de dejar a Maceo jefe de Oriente, reduce el mando de Maceo al primer Cuerpo, y hace jefe a Masó del segundo al encontrarse con él. No le dijo a Masó que tenía necesidad de facilitar los elementos de la invasión por Maceo escogidos, según se había acordado, ni a Maceo le comunicó su última disposición, de donde resultaba Maceo jefe de Oriente

desobedecido por Masó, jefe del Segundo Cuerpo, dependiendo directamente del General en jefe. Coincido con Collazo en que las responsabilidades de los rozamientos habidos entre esos dos hombres y las primeras pequeñas dificultades para organizar la columna invasora dependieron del general Gómez, obedecido por todos los elementos revolucionarios, y principalmente por Maceo y Masó. A Maceo lo que más le preocupaba era conservar su patriotismo inmaculado y su respeto a la disciplina fuera de dudas; a Masó, su patriotismo sin tacha; y a nombre de esos principios hubieran cedido los dos y quedado amigos y contentos. Pero en realidad no hubo retraso en la organización. Maceo, aunque se quejó al General en jefe de la situación difícil en que Masó lo puso en el asunto, quería de antiguo al «Viejo», como en la intimidad le llamaba, y sin saber lo ocurrido con certeza en ese asunto, sólo se preocupaba de vencer las dificultades puestas a su alcance y de realizar la invasión en la *época acordada* (octubre de 1895). «Y no podía ser de otra manera —dice Miró—. Maceo se ocuparía del contingente del primer y segundo Cuerpo, de seleccionar los hombres de la invasión, los jefes, el Estado Mayor y el total ascendente a *dos mil cien*, después de un estudio hecho en campaña, pues hacía las dos cosas a la vez, se batía y organizaba la invasión. Y nadie más capacitado para aplicar la higiene moral del Ejército llevándose en la columna —bien llamada en ese sentido *reformadora*— a todos los descontentos y desordenados para utilizarlos y, acaso, transformarlos, con la distancia del terruño y el peligro de los rudos combates. «*Me propongo con esta medida depurar las fuerzas que han de quedar aquí de un sedimento pernicioso, y aprovecharlo para lejanas tierras, a las que pretendo llegar por tenaz que sea la oposición del enemigo.*» Esas palabras de puño y letra de Maceo, tomadas de unas órdenes privadas circuladas entre jefes de toda confianza, son de un estilo lapidario. Maceo tenía la seguridad de llevar a cabo la invasión desde 1871; la había estudiado mucho, y era —como he dicho en otra parte— su especialista: no había lances, sorpresas ni grandes resistencias del contrario por el número o el armamento, que no tuviera previstos y resueltos. ¿El valor? Era la cualidad más intensa y consciente de los soldados de Maceo; considérase siempre más valiente cada uno que su opuesto, y todos juntos, irresistibles.

¿Dónde adquirió Maceo esos grandes conocimientos aplicados en la invasión?

En 1870, en el intento de Gómez y Maceo de invadir a Guantánamo, fracasado por el deseo de no enterar al enemigo, aprendió que ninguna invasión puede hacerse silenciosa, lenta, subordinando las resoluciones a la acción del enemigo.

En 1871, en la invasión de Guantánamo, aprendió a vencer las mayores resistencias con resoluciones o ataques superiores, perdiendo por completo el *temor a la muerte*. Bravos eran los defensores del cafetal *La Indiana*, pero eran más bravos los soldados de Gómez y Maceo.

En 1871, en la invasión Baracoa, aprendió que la rapidez suple la falta de hombres y de armas, y que si se toma la *iniciativa* en el ataque, el enemigo no siempre se dará cuenta de los opuestos planes y propósitos. He ahí la causa principal del fácil triunfo de la invasión. Menos de tres mil hombres, bien armados, contra más de doscientos mil de todas las armas, inmensos recursos de guerra y boca, pueblos guarnecidos, ferrocarriles, telégrafo y puertos a su entera disposición y una propiedad nacional hostil a la independencia y eficaz ayuda del Gobierno español. Por eso fue preciso destruirla. Maceo era opuesto a ello, equivocadamente, a mi modo de ver, en Occidente, al menos; pero el general Gómez, con su experiencia del 76, la hizo aceptar, y bien hicieron los caudillos invasores en anunciar, con el humo de los cañaverales, el paso triunfal de la invasión y la derrota inconcebible del Ejército español, casi sin defenderse, aunque leída con atención esta conferencia, se hallará, en el decurso de la lectura, la verdadera causa de la derrota y de la parálisis de las columnas españolas.

VIII

El 6 de mayo —como he apuntado antes— empezó Maceo a cumplimentar los acuerdos de consolidar la revolución en Oriente y facilitar el paso de Gómez y Martí a Bayamo y Camagüey. Maceo debió hacerse esta reflexión: «Si en 1874 la invasión a Occidente (a Las Villas) no pudo efectuarse porque los españoles presentaron batalla en Naranjo y Las Guásimas, ¿cómo debo yo ahora batirlos con los mismos hombres que he de llevar en la invasión de octubre? Afortunadamente Maceo tenía su plan trazado desde hacía muchos años: invadir el extremo occidental atravesando la Isla con una columna más fuerte o más débil, pero dispuesta «a morir o a vencer». Y se propuso aprovechar la oportunidad presente para hacer *dos* lecciones prácticas: imponerse a los españoles sirviéndose de recursos propios acumulados en su bregar continuo. Por el solo hecho de moverse, se conmueve la línea férrea entre Sabanilla y Maroto, ataca y toma El Cristo, provoca en la ciudad de Santiago la alarma consiguiente; desaparece después de hacerles tomar a los españoles medidas varias en los lugares estratégicos de la capital; la infantería guarda los edificios principales; la caballería recorre las calles y la artillería

cubre las plazas y las entradas peligrosas. Y el coloso se eclipsa repentinamente, para reaparecer en Guantánamo frente al coronel Bosch, jefe de una fuerte columna, y a Garrido, jefe de las antiguas famosas «Escuadras» o guerrillas de aquella jurisdicción.

Bosch, según Miró, era uno de los jefes de más prestigio del Ejército español, y Garrido, el guerrillero más temible de las «Escuadras», de Santos Pérez, de quien vino a ser en justicia sucesor por la hábil y audaz retirada del «Jobito». Bosch y Garrido fueron los perseguidores incansables de Maceo en los montes de Baracoa; dividieron sus fuerzas de «Simancas» y voluntarios de Yateras, guerrillas montadas, etc., en grupos de tres o cuatro hombres, convencidos de la soledad en que se hallaba el héroe, sin obtener ningún resultado. Maceo se esfumó, como he repetido, y *al mes* reapareció *frente* a los *dos* con fuerzas inferiores, pero con acometidas de titán. El choque fue rudo. Bosch cayó herido de muerte; Garrido, sereno, conocedor de aquellos lugares como de la palma de su mano, sostuvo una retirada peligrosa y difícil, y no sucumbió también por la falta de municiones de las fuerzas de Maceo. El combate del «Jobito», en que cortó Maceo el hilo de la vida a su formidable perseguidor Bosch, tuvo lugar el 13 de mayo de 1895, cinco días después del encargo dado por el General en jefe de facilitarle paso franco al Camagüey, llamando sobre él los cincuenta mil hombres desembarcados con Martínez Campos por Guantánamo. A su regreso de la acción del «Jobito», simple incidente en el eterno dinamismo del héroe del poblado de Duaba y del Jobito, aprovechó Maceo la oportunidad de imponer contribuciones a ciertos hacendados guantanameños y de Santiago de Cuba por valor de ochenta y ocho mil pesos, enviados a la Delegación, previa cuenta detallada al Gobierno y al General en jefe.

Aquí tuvo lugar un doble fenómeno bélico, imposible de dejar pasar en silencio, si he de dar una idea de la personalidad extraordinaria de Maceo en la invasión.

En *La Mejorana* le dice el General en jefe que llame sobre sí la atención del enemigo, y Maceo piensa en imponerse resueltamente a los españoles al mismo tiempo; pero nadie lo ataca desde la acción del poblado de Duaba. En Guantánamo pasó cerca de la población y no se movieron las columnas españolas. Emprende una excursión por el territorio de Holguín; a dos kilómetros de la población, en extensa sabana, despliega la caballería, y en vano aguarda el ataque de la División mandada por Suárez Valdés. Maceo dió orden a los suyos de atacar y tomar, como lo hicieron, en Guabajaney, Yabazón y Fray Benito, y ni por esas fue acometido. Gibara había sido siempre centro de gente reaccionaria, enemiga de toda tendencia libertaria, y no obstante, ese «cantón», como le llama Miró, no pudo evitar el

levantamiento de muchos de sus barrios, conjuntamente con los numerosos de la comarca holguinera. No en balde el caudillo epónimo acababa de derrotar la columna de Bosch en el Jobito, con la muerte de su valeroso jefe. Maceo logra acentuar su imposición a las columnas más fuertes, acostumbra a sus soldados a no darle importancia al número, y éstos tienen absoluta confianza en su jefe, y van con él adonde les mande o adonde les lleve. En Aguas Claras destruyeron un tramo de vía férrea y acuchillaron un retén español. En Holguín el avituallamiento fue abundante para los cubanos, y el campo, libre de enemigos, quedó en su poder.

Maceo pasa de Holguín a Tunas, distrito, o más propiamente, cantón de Vicente García en 1868. Hace una ruidosa excursión sin lograr que se den por notificadas las columnas españolas, que parecen ocupadas en proporcionar descanso a sus soldados, en vista de la invasión, y cuidadosas de economizar su inmenso arsenal y rico armamento; es decir, lo que parece que debía estar haciendo Maceo, desprovisto siempre de armas y municiones: imponerse; lo consiguió; llamar sobre él la atención de las columnas enemigas, no del todo, en forma de sorpresa, las columnas españolas quedaron paralizadas ante la acometividad sin precedentes de Maceo, y quedaron inutilizadas contra él. Regresa por Loma de Jagua a Sagua de Tánamo, y amenaza a esta villa; dirígese a Santa Isabel de Nipe, donde se apoderó de una imprenta para restablecer el periódico fundado en el período presidencial de Céspedes, en 1868, *El Cubano Libre*. La imprenta se establece en San Felipe. Rafael Pullés es su primer director; después Mariano Corona, ayudante de Maceo, lo es durante toda la guerra, y finalmente sigue a su frente en Santiago de Cuba, en la paz de la República; Maceo nombró regente y jefe del material a José María Heredia, periodista holguinero. El primer número vió la luz pública el día 3 de agosto de 1895. Ese periódico no tuvo carácter local; no era oriental, sino de los revolucionarios, de la Revolución, y no obstante esas aclaraciones, le faltaban a *El Cubano Libre* las notas oficiales, y la colaboración de los elementos directores. Como se ve, en todo se ocupaba Maceo; ya se había preocupado, en Bijarú, de la organización política y militar conveniente al País; los cuatro representantes de Oriente se pusieron de acuerdo.

Afirma Miró —y sin necesidad de su afirmación, importantísima, como de testigo presencial, podía evidenciarse el hecho— que la superioridad de fuerzas y elementos de guerra, de todas clases, del general Suárez Valdés sobre Maceo era suficiente para poderle batir, y no se atrevió a aceptarle combate ni en las sabanas de Holguín, ni en los potreros de Guaramanao, ni en las proximidades de San Agustín de Aguarás.

Todo el mes de junio de 1895 lo invirtió en esa brillante campaña de Guantánamo, Holguín, Tunas, Santiago, incluyendo la excursión a Mayarí, la fundación de *El Cubano Libre*, en su segundo período, y la recaudación de los ochenta y ocho mil pesos que envió al Delegado para que los invirtiera en la compra de elementos de guerra para la campaña de Occidente (elementos de guerra que no recibió Maceo). «Realizadas con brillante éxito las excursiones por los distritos de Holguín y Santiago, en las que se empleó todo el mes de junio, el insigne capitán de la milicia cubana, tan famoso por la bravura como ilustre por sus talentos, se encaminó a Bayamo». (Miró).

Calmada la tragedia descripta a grandes rasgos, Maceo volvió a Baraguá, lugar convertido en sus «famosos cuarteles» de ese nombre, en «urna» de sus grandes hechos, y en «depósito» sagrado de la protesta homérica y de los fragmentos del convenio del Zanjón por él rasgado en demostración, ante el país revolucionario del 68 y ante la Isla toda, de la posibilidad de continuar la guerra y de lo injustificado del pacto del Zanjón en aquellas circunstancias, si las tres provincias en armas, Camagüey, Las Villas y Oriente, se hubieran puesto de acuerdo, como procedía. Maceo no da por terminada su labor instructiva preparatoria de la invasión, no puede dejar sus fuerzas sin movimiento. El entusiasmo entre los soldados cubanos, por otra parte, es inmenso; la confianza en su jefe crece por momentos en sus corazones; las acciones prácticas del «¡sargento Maceo!» no han cesado y él desea suplir la falta de armas y municiones en la invasión, donde desgraciadamente la esperan con otras cualidades nacidas del dinamismo bélico, asombroso en él. A los sesenta y siete días de cruzar y recruzar Oriente en todas direcciones, con los mismos hombres, con su columna volante, o sea con su único ejército, el mismo que antes de tres meses sería el *Ejército Invasor*, sin un soldado más, sin un rifle más, Maceo ha recorrido más de las dos terceras partes de la distancia intermedia entre los famosos Mangos de Baraguá y la hoy histórica Mantua. Él está haciendo ese estudio: ¿si puedo vencer a los españoles en las sierras y los llanos orientales, por qué no habré de vencerlos también en las llanuras de Occidente? ¿No hemos derrotado columnas y dado muerte a sus jefes en franco combate?

Maceo está acampado en las Vegas de Yao, mientras hace esas reflexiones, el día 12 de julio de 1895. Circulan rumores de hallarse en Manzanillo, a punto de conducir un convoy a Bayamo, el general Santocildes, y se agrega con insistencia la noticia de la próxima llegada del general en jefe del ejército contrario, para emprender la marcha a Bayamo también, en la misma columna comandada por el general Santocildes. El doctor José Nicolás Ferrer llega al campamento del

general Maceo, ya entrada la noche, con la confirmación de esa noticia, y sin perder tiempo, quiere poner Maceo en práctica el plan «que concibió en el acto». A las doce de esa misma noche manda tocar diana, y a la una —dice Miró— emprende la marcha a media jornada de Yao. Al amanecer, ordena la colocación de las fuerzas, en el supuesto de que los españoles vienen por el camino indicado. Cinco o seis horas han transcurrido; son las once a.m. Suenan los primeros tiros, no en el camino por donde los esperaba Maceo. Entáblase el combate en condiciones desfavorables para los cubanos, parqueados sólo para un combate de tres horas. Los españoles, enterados, por dos espías, de cuáles son las posiciones insurrectas, atacan por sorpresa el campamento por el lado de la impedimenta, defendida por pocos valientes al mando del coronel Goulet, bravo y fiel al General. Del sitio más resguardado —tal como debió desarrollarse el combate— conviértese en el sitio más peligroso por un simple detalle no tenido en cuenta, y un hombre de toda la confianza del esforzado capitán pierde heroica y bravamente la vida, aunque salvando a los reclutas confiados a su pericia y entereza. Sigue el combate con la vanguardia muy nutrida; el General mueve sus emboscadas de infantería para impedir la unión de la vanguardia con el resto de la columna. En esto se oyen tiros por el lado opuesto del camino; es el grueso de la columna empeñada en avanzar para unirse con la vanguardia y marchar a tambor batiente a Bayamo. La situación se agrava, los españoles reciben un gran refuerzo con el resto de la columna, mil quinientos hombres de pelea, de los que setecientos u ochocientos no han entrado en fuego. Maceo tenía setecientos hombres disponibles. No sabemos de cuántos dispondrá ahora; las municiones se agotan; hace rato se baten los cubanos con armas y municiones cogidas al enemigo. En medio de esa ansiedad aparece el jefe de una fuerza de caballería ya mencionada, saluda con el machete desenvainado, y dice: «General, ¿por dónde cargo?» A partir de aquel momento la expansión del ánimo es más completa. Rápidamente varía la escena, suenan las cornetas enemigas, y el cornetín de órdenes de Maceo anuncia «muerte de jefe». Era el general Santocildes, desplomado sin vida. Martínez Campos, de quien no se sabía que viniese en la columna, se pone al frente de ella e inicia una retirada confusa, precipitada, dejando a su paso armas, municiones, acémilas, vituallas, fornituras, muertos, heridos guiado por un vecino muy práctico conocedor de un paso del río Mabay, sin retén cubano en la margen opuesta, en donde hubiera quedado Martínez Campos muerto o prisionero, asegura Miró. Los prácticos del lugar son los responsables.

Cuando Maceo adquirió la seguridad de que Martínez Campos había ocupado el lugar de Santocildes, era tarde e inútil todo intento. El caudillo español entró en Bayamo en completa derrota, al obscucurecer. Ocho días estuvo encerrado allí, sitiado por Maceo «con humo».

Según Miró, Martínez Campos hizo venir cinco mil hombres para atreverse a salir, y el titán cubano, jamás ocioso, mientras tiene sitiado al general en jefe del ejército español, manda a Rabí sobre Baire que fue tomado, saqueado y destruido, después de obtener un buen botín.

Se ve al hombre de cerebro completo, preocupado del más insignificante detalle. Todo lo piensa, todo lo calcula; sus teoremas son por él mismo demostrados, y es tanta la fuerza de su palabra pausada, analizada, calculada, como lo sabe toda persona a sus órdenes, que sus disposiciones se cumplen, no por disciplina solamente, sino por absoluta confianza en él y por una sugerencia especial, no nacida de su palabra, ni de sus gestos, sino de la seguridad que adquieren los hombres de su séquito y de su columna en la exactitud de cuanto piensa y de cuanto ordena. Su lenguaje es simplemente de mando, breve, enérgico, sin réplica. En la intimidad no es más expansivo. Él no es un sugestionador; jamás ha intentado esclavizar —o someter, si la palabra es dura—, a ningún hombre. Son los hombres, al contacto de él, los convencidos. Cuando afirma mayor seguridad para la vida no temiéndole a la muerte, veinte o veinticinco heridas lo respaldan. Cuando dice que la falta de hombres, de soldados, la suple con la fiera acometividad y el propósito firme de vencer, viene el recuerdo de todos los combates: Duaba, Jobito, con la muerte de Bosch; Peralejo, con la muerte de Santocildes; es decir, de los jefes de las columnas, o sus derrotas inconcebibles, para hablar solamente de los combates de ahora.

Cuando el enemigo teme al adversario, no lo ataca, o lo hace débilmente. Ésa será la fuerza irresistible de Maceo en la invasión: el haberse hecho temer de los españoles. Él no cuenta el número de hombres, ni los elementos de guerra de su adversario; él sabrá sacar partido de todo, hasta del azar, para vencer, dicen sus soldados movidos por la fe de él. Después de Peralejo estaba bien cumplida la orden de remover a Oriente; pero Maceo prosigue sus lecciones prácticas y opera sobre la línea de San Luis a Santiago: el 21 de julio atacó el ingenio *Unión;* el 22, se batió en Montompolo; del 23 al 28, en Banabacoa; el 28, atacó el tren de San Luis, entre San Vicente y Boniato, hiriendo al coronel Zibikowski. Maceo acampó en las alturas de Escandell, conducentes por Ti Arriba a una zona de cafetales, y reunió la primera División de Santiago de Cuba, compuesta de las

fuerzas de Silverio Sánchez Figueras, Pedro Pérez, Agustín Cebreco, Vicente Miniet, Prudencio Martínez, Gil y Cartagena. En total seiscientos hombres de combates y mil quinientos de impedimenta —aunque reclutas— por falta de armas. Miró advierte la necesidad de recordar ese hecho a cada paso. Y estamos a 30 de agosto; se escoge un lugar adecuado y seguro para acampar esa noche, cuando a las seis de la tarde recibe el general Antonio Maceo un aviso de su hermano José, previniéndole de los sucesos de Guantánamo, de la salida del coronel Canellas, al frente de una columna española de 900 plazas, y de su situación física y militar. Físicamente está José Maceo postrado, con una doble ciática, sin movimientos y con intensos dolores; militarmente, con una pequeña escolta insuficiente para el resguardo de su persona del campamento y del hospital. Antonio Maceo ordena la marcha para Ramón de las Yaguas, «marcha fenomenal, célebre entre las marchas de la milicia cubana, la más andariega y la más fuerte del mundo, pues hubo de andar nueve leguas más en noche tenebrosa, por caminos horribles, sin un minuto de descanso; quedaron caballos y acémilas por las quebradas y los senderos del monte; se extraviaron algunos jinetes mientras trataban de recuperar lo perdido; todo el que no iba montado en recia cabalgadura hubo de seguir a la peonza —dice Miró—; pero el animoso capitán dió cima al propósito de su voluntad inquebrantable: llegar a tiempo, y con tal oportunidad llegó, que tuvo ocasión de comprobar sobre el terreno la exactitud de los informes facilitados por el correo mambí. Eran las tres de la madrugada».

Esparcía el alba su tenue claridad sobre las ruinas oscuras del campamento de Canellas, en Ramón de las Yaguas, asiento de león de Baconao, y la tropa del Empecinado iba a ser revistada, reorganizada y preparada para la pelea, sin haber descansado de las fatigas de las catorce o quince horas de marcha que acababa de rendir y sin haber desayunado todavía. Un mensajero del hermano le anuncia al general José Maceo la llegada del rápido auxilio, cuando siente el fuego a retaguardia del enemigo.

José había abandonado su hamaca de inválido desde el 30 de agosto de 1895 para montar, en pugna con el dolor, su caballo de batalla. Un gran esfuerzo de voluntad le permitió ese supremo triunfo sobre una doble ciática, dolores de los más insoportables al hombre, al menor movimiento. Tiroteó el campamento del coronel Canellas, jefe de la columna, y no cesó el tiroteo hasta el 31 de agosto, hora de la diana española. Ambos ejércitos desayunan. Los españoles toman el camino de la Pimienta a La Casimba, donde se alojan algunos inválidos convalecientes de la guerra. De pronto, inesperado fuego por el flanco derecho, fuego por el flanco izquierdo, el enemigo retrocede,

se rehace y avanza para ser de nuevo rechazado; la tropa cubana acomete por retaguardia con verdadera bravura; la columna española pretende defenderse de tanto ataque inesperado. Son como novecientos hombres, según Miró; mil quinientos a dos mil hombres, según Collazo, que se sienten batidos por los seiscientos fatigados de Maceo; de pronto, Maceo ataca el centro; la columna retrocede y se ve obligada a cambiar de ruta. Cuando espera haber encontrado un camino de escape, estalla bajo sus plantas una bomba terrible, colocada anticipadamente en punto bien calculado, sobre el cual se encargaría Maceo de lanzar a su malintencionado enemigo, venido de Guantánamo a destruir un hospital de inválidos y dar muerte a sus inermes ocupantes, entre los cuales se encuentra su hermano. El enemigo está derrotado. Han transcurrido nueve horas de combate. Defienden la retirada de la columna de Canellas los voluntarios de Yateras. La columna se retira precipitadamente, llena de pánico, y la derrota no es absoluta porque Garrido, después de quince horas de persecución mambisa, aprovecha la oscuridad de la noche y el cansancio, superior a todo esfuerzo humano, para escapar con los restos de la columna por «senderos, veredas, caminos del monte» y de la sabana, a media noche.

Cuando la tropa cubana, al amanecer, se preparó a consumar la victoria completa, la columna hallábase cerca de los fuertes de Guantánamo, y solamente pudo «picarle la retaguardia». Y llevaban treintiséis horas seguidas de batalla los españoles, y cuarenticuatro los cubanos. Total: la sorpresa de Canellas y Garrido al hospital de La Casimba, donde se hallaba José Maceo con doble ciática y con él varios convalecientes e inválidos, «truécase en batalla, y la batalla en carnicería», dice Miró. Los cubanos se apoderaron del botiquín de la columna, de algunos bagajes y acémilas, y a punto estuvieron de posesionarse de una pieza de artillería, habiendo llegado a arrollar a las fuerzas de esta arma y a las de defensa o custodia de la misma columna.

La lucha encarnizada, en las condiciones desiguales de ambas tropas, y el triunfo brillante de esa infantería cubana incansable, dejan como conclusión: para los españoles, la inseguridad y gravedad de tratar de sorprender a Maceo; para los cubanos, mejor dicho, para Maceo, continuador de sus lecciones prácticas, la seguridad de que, a su voz y su ejemplo, puede contar con soldados invencibles en la invasión, que no necesitan armas ni alimentos, ni descanso, como no los necesitaron los vencedores de Sao del Indio.

Los españoles tuvieron doscientas bajas, entre muertos y heridos, y en el número de estos últimos figuraba el jefe de la columna. Los cubanos, ochentinueve, entre heridos y muertos. La columna de Canellas

estaba fresca, bien armada, reforzada y guiada por las guerrillas de Guantánamo, compuestas de cubanos, y constaba de novecientas a dos mil plazas, con una pieza de artillería. Además, estaban en su propio territorio esas guerrillas de Santa Catalina.

Los cubanos, en aquella ocasión, eran menos de seiscientos hombres, y llevaban más de cuarenticuatro horas de brega sin descanso. Esos soldados eran hechura de Maceo; hacían todo lo que su jefe hacía. ¿Podría Maceo aventurarse en la invasión con otra clase de soldados? ¿Harían lo mismo esos soldados con cualquier jefe?

Recordad la preparación de Maceo; comienza en 1871. Desde esa época viene probando la resistencia creciente de sus hombres, el desarrollo del valor en relación directa con el menosprecio a la vida; los soldados de Maceo, como Maceo, no piensan sino en la victoria en cada combate nuevo. He ahí un triple estudio de física, de psicología y de fisiología, realizado en medio del combate, en el reposo de su tienda de campaña y siempre por ese hombre en parte aun desconocido; estudio, sin embargo, que, a pesar de la enorme acumulación de hechos y datos, y, después de un examen minucioso como el efectuado en este examen intelectual mío, aun resulta solamente bosquejado, y desenvuelto plenamente formaría un libro voluminoso, acariciado en mi mente desde hace tiempo, y al que no he renunciado.

Sao del Indio es una de las batallas más gloriosas del Ejército Libertador cubano, por su prueba de resistencia de más de cuarenticuatro horas de rudo combatir; por su bravura en el ataque múltiple a la columna de Canellas, que estuvo a punto de perder la pieza de artillería en un momento de entusiasmo de los héroes de Maceo; una columna expedita, fresca, preparada únicamente para esa sorpresa a tiro hecho, y una gran práctica del lugar de la acción y de todo ese distrito. La de Maceo no tenía preparación ni descanso. El dinanismo sin reposo del soldado disciplinado y patriota desde su salida de Costa Rica «en el canto de una uña», debía haber rendido mucho antes su cuerpo de acero. Los médicos le impusieron el reposo ante una grave enfermedad, «y los miembros del Estado Mayor, jefes y oficiales, llegaron a temer por su vida». No obstante, preséntase una columna española y abandona el lecho, con fiebre muy alta, y lo trueca por su corcel de batalla, para dirigir el combate de San Fernando, hasta obligar al enemigo a abandonar el campo de la acción, el 25 de septiembre de 1895.

IX

Las lecciones de Maceo no son tan sólo de prueba de valor y de prueba de resistencia, sino también de inmunidad contra las enferme-

dades; sus soldados, y principalmente sus jefes y oficiales, rivalizan en salud con su jefe amado, admirado y respetado por todos.

Aprovechó un momento de calma bélica para reponerse, y lo consigue sin dificultad. Su enfermedad era el agotamiento; descansó unos días y recobró su admirable equilibrio físico; del moral e intelectual, nada digo; no los perdió un solo momento. Maravilloso cerebro el de ese compatriota nuestro destinado a colocar el nombre de la invasión de Oriente a Occidente en el pináculo de los grandes hechos heroicos de la humanidad, ¡superando a veces todos los grandes capitanes de todos los tiempos! Miró, estupefacto, obligado a creer lo que estaba viendo en la marcha asombrosa de Escandell a Ramón de las Yaguas, proclama «que es la milicia cubana la más andariega y la más fuerte de todas las milicias del mundo». «Nos reímos nosotros —dice— y no sonrían los entusiastas de las cosas extranjeras, de las marchas de Napoleón, de la solidez del ejército británico, de la resistencia del ejército ruso, del vigor del ejército prusiano y todas las demás categorías que ilustran las páginas de la historia universal.» Esas palabras están sentidas y escritas en marcha esa misma noche. ¿Por qué no se le ocurriría a Miró separar, con el pensamiento, momentáneamente, a Maceo del frente de sus héroes en esa marcha, a ver si seguía admirando a esos mismos soldados? Esos soldados, preparados por Maceo para la invasión, formaban un todo de granito. Maceo con ellos y ellos con Maceo eran inseparables. Y ese cemento moral que los unía constituye precisamente la superioridad del jefe, de ese cerebro completo, carente de recursos en el campo de batalla, donde sólo cuenta con sus soldados y, llegada la hora, le sobra todo para vencer.

Collazo, discurriendo sobre la próxima marcha homérica de Maceo, todo visto y dicho con bastante confusión, no sale de su asombro contemplando al ejército cubano próximo a emprender esa marcha, sin armas, sin municiones, sin ración alimenticia, sin reposo jamás; con indumentaria multicolor, rasgada y sin repuesto; calzados unos, descalzos los más; con las cabezas descubiertas o cubiertas con toda clase de sombreros por su forma, su material y uso. «Era —dice— causa bastante para dar a cualquier jefe pocas esperanzas de éxito para empresa alguna, y mucho menos para una tarea ardua como la que pensaba realizar.»

Y en un momento de fascinación ante el héroe, ante su aplomo, ante su resolución y ante su seguridad de triunfar al frente de su *lujoso* ejército, escribió este párrafo, luminoso en sus labios, destinado, sin duda, a dar una satisfacción a la justicia y a rendir un homenaje al jefe de la victoria, al partir de Mala Noche, al frente de mil cuatrocientos tres, únicos hombres armados contra un ejército europeo, poseedor de

todo y de más de doscientos mil hombres;[1] escribió Collazo, repetimos: «Para iniciarla (se refiere a la invasión) en aquellas condiciones, con ese ejército, era preciso tener el gran corazón de Antonio Maceo, su indomable voluntad y su inmenso valor, así como la fe ciega del soldado cubano y la confianza que le inspiraba el jefe que los mandaba.» Efectivamente, ése era el tipo eugenésico formador de esos soldados, harapos por nuestra miseria económica, pero moralmente ricos, y ricamente ataviados de rasgos espléndidos. En el fondo de esos corazones en flor y de esas almas encendidas por el patriotismo radica la fuerza incontrastable del soldado invasor, sin más elementos de guerra fijos, constantes, que su valor, dispuesto a emprender una lucha de *veinticinco* hombres, poseedores de todo, contra *uno*, carente hasta del alimento de cada día. La taumaturgia de este ejército, único en la historia del mundo, le permite marchar por el camino ancho, franco, de la muerte, sin vacilaciones, con su jefe a la cabeza, y por ese camino no suelen encontrarse los adversarios aun los más valerosos, amantes como son de la vida, por la que luchan casi todos los hombres en casi todos los casos. Maceo es una excepción, como lo es su cerebro director.

El lector, ansioso de conocer las causas del fácil triunfo de los invasores, las irá encontrando en la narración de sus hazañas. Ese hombre extraordinario, de fulgurante inteligencia, de acción rápida y de absoluto dominio de la colosal empresa acometida, no le *temía a la muerte*, y entraba en acción convencido de la victoria; sus soldados sentían y hacían cuanto él hacía y sentía, lo repetimos.

¿No veis reflejada en sus semblantes la alegría de figurar en la marcha invasora? Ni su querido Oriente, ni sus seres más amados le preo-

[1] Llegaron de España	119,386
Guerrilleros cubanos	35,000
Voluntarios	63,000
Aproximadamente	217,386 hombres

Esta cifra no debe sorprender; el brigadier Ochando dijo en el Congreso español, en 1886, en la sesión del 11 de diciembre, que al terminar la guerra del 68 había en Cuba un ejército de 200,000 hombres armados, más 70,000 voluntarios no mandados por oficiales ni jefe del Ejército. Resultan 270,000 hombres.

El coronel Camps y Feliú, en *Españoles e Insurrectos,* descompone esa cifra como sigue:

1).—Soldados del Ejército según el ministro Elduayen	103,759
2).—Voluntarios, milicianos y bomberos nacidos en la Península, en Baleares y en Canarias	50,000
Total	153,759
3).—Voluntarios, milicianos, bomberos guerrilleros, jíbaros, Escuadras de Guantánamo, nacidos en Cuba	116,241
Total exacto	270,000

El general M. Gómez calcula en su folleto *Convenio del Zanjón,* poco más de 7,000 insurrectos, y, en cambio, 30,000 guerrilleros cubanos. El coronel Camps y Feliú calcula 116,241 cubanos al servicio de España, como hemos visto en el núm. 3.

cupan, Maceo está satisfecho, y ellos lo están. Maceo está seguro, y ellos tienen por cierta la victoria. Esta bandera de Baraguá será izada en Mantua por la mano vigorosa del guerrero sin par, y soldará la solución de continuidad por el tiempo hecha entre el 68 y el 95. Es la brillante bandera de Céspedes guardada en la urna de Baraguá y desplegada por la misma mano, bajo los mismos mangos, que impidió que sirviera de sudario en el Zanjón. Los revolucionarios del 95 se cubrieron con la misma enseña de López, adoptada por la asamblea de Guáimaro y mantenida insuperablemente por el gran Carlos Manuel. La asamblea de Jimaguayú declaró la revolución del 95 continuación de la del 68, y la bandera de Baraguá, paseada en triunfo de un extremo al otro del país, hará efectiva esa declaración y unirá los dos actos del drama heroico de nuestra independencia, separados por una tregua de diesisiete años de constante protesta.

Cerrada la campaña de Oriente con la acción de San Fernando el 25 de septiembre de 1895,[1] dio Maceo orden de acuartelar los contingentes de Santiago de Cuba y Holguín, ya preparados en los cuarteles de Baraguá en la primera quincena de octubre, y aguardó en Bijarú el ataque de las columnas españolas inútilmente.

X

Las principales de esas acciones y grandes batallas las dirigió personalmente Maceo, y todas lo tuvieron en constante movimiento. Ése era el modo de convalecer de ese hombre extraordinario, que enseñaba a sus soldados ejemplarmente, y al mismo tiempo infundía pavor al enemigo, otra enseñanza no menos provechosa a sus centauros. Si os habéis fijado en la acometividad de este guerrero, veréis que tiene la tendencia a la acefalia de las fuerzas contrarias. La muerte del jefe le da generalmente la victoria material, la sugerencia moral sobre los suyos y sobre los contrarios, y el temor de los otros jefes de columnas españolas, reconocedores de sus extraordinarias condiciones militares, aunque no le declaren ni entiendan aquéllas en muchos casos. Por no entender

1 La campaña de Oriente se abrió y se cerró con las principales acciones siguientes: Poblado de Duaba.—Ataque a la línea de Sabanilla y Maroto.—El Rosario.—La Breñosa.—Los Moscones.—Yuraguana.—Los Negros.—El Iguanábano.—El Silvial.—Paso del Muerto.—El Jobito.—Excursión a Holguin.—Ataque y toma de Guabajaney.—Ataque y toma de Yabazón.—Ataque y toma de Fray Benito.—Ramón de las Yaguas.—Aguas Claras.—Retén español acuchillado.—Ataque, toma y destrucción de Baire, previo saqueo y toma de armas y municiones.—Peralejo.—Sao del Indio.—Excursión a Mayarí.—Toma de Santa Isabel de Nipe, donde fue ocupada una imprenta, guardada después en San Agustín, en lugar seguro, y que finalmente sirvió para reanudar la publicación de *El Cubano Libre*.—Combate en el ingenio *Unión*. Combate en Motompolo.—En Banabacoa.—Ataque al tren de San Luis y herida del coronel español Zibikowski.

esas condiciones del capitán cubano dudaron de la posibilidad de la invasión a Occidente, y se vieron sorprendidos, arrollados, anonadados y vencidos.

Oigamos sobre esto a Martínez Campos en la prensa española. «La nota saliente —dice— en estos instantes de la Revolución es el cruce de orientales a Las Villas, movimiento que *hasta hoy no sé a qué obedece.* (El subrayado es mío.) —De todas suertes, ratifico lo dicho en anterior correspondencia: la invasión de Maceo es la mayor esperanza que el gobierno puede concebir de que termine pronto esta guerra.»

¡Ve la invasión y no la comprende! ¡Ha pasado Maceo el Jobabo, ha recorrido Camagüey, ha pasado la Trocha, e ignora aún el caudillo español qué pretende el héroe cubano!

Constituído el Consejo de Gobierno, juraron fidelidad a la Constitución y al Gobierno de la República las fuerzas organizadas en Camagüey por el general Máximo Gómez. Poco tiempo después de la muerte de Martí partió el general en jefe para la tierra de Agramonte, sin ninguna dificultad, gracias al llamamiento de Maceo sobre sí mismo de los cincuenta mil hombres dirigidos por Martínez Campos. Cuando los contrarios se dieron cuenta de la situación bélica, sintieron a Gómez en el Departamento Central organizando las fuerzas sublevadas a su paso por todas las zonas que en otros días había recorrido, regándolas con lágrimas y sangre, el héroe de Palo Seco y de Las Guásimas.

El inquieto león dominicano empleó escasamente dos meses en reorganizar su antigua caballería camagüeyana, siempre victoriosa, y al frente de ella cayó inesperadamente sobre un poblado situado sobre la línea del ferrocarril de Puerto Príncipe a Nuevitas, denominado Altagracia. Recoge un buen botín de guerra, armas, municiones, vituallas, y prisioneros más tarde puestos en libertad. En ese ataque murió el general Francisco Borrero, a quien se le llamaba cariñosamente «Paquito».

Paquito era valiente, gran tirador, simpático y de arrogante presencia. Era leal, y aunque no carecía de cultura, no siempre tenía seguridad en lo que debía hacer como soldado disciplinado. En 1875 fue nombrado, por el gobierno de Cisneros, jefe del segundo contingente invasor. Al llegar a Tunas se unió a los sublevados en las Lagunas de Varona, capitaneados por Vicente García. Vaciló entre dos influencias, la del presidente Cisneros, la legal, aunque muy quebrantada, y la del general Vicente García, obedecido por los suyos. Cayó del lado del que parecía más fuerte. Era noble y patriota. Como Borrero había muchos hombres valientes en Cuba, y él lo era como el primero.

El general Gómez no se detuvo en Altagracia. El Mulato, La Larga, y San Jerónimo fueron otros tantos triunfos y nuevos estímulos para levantar en masa al pueblo camagüeyano.

La revolución quedó asegurada, y tomó la ofensiva en Oriente, país de las montañas; en la provincia central, país de las interminables llanuras; sin que por esto se entienda que no hay llanuras en Oriente, donde existen algunas como la de Baraguá, y sierras y montañas en Camagüey, como las de Cubitas y las de Najasa, lomas pintorescas éstas, tanto más pintorescas cuanto más pobre es la orografía de aquel suelo.

Esta vez, Camagüey no se movió; se dio el caso insólito de permanecer indiferente entre dos reacciones vigorosas: la de Oriente, sin temor a todo el poder de España, y la de Las Villas, extendida rápidamente por todo su extenso territorio.

En Camagüey se sublevaron algunos jóvenes, como Montejo, Oscar Primelles, Agüero y otros. Su esfuerzo debe considerarse tanto más digno de aplauso y de premio cuanto menores eran sus medios de defensa y mayores los peligros. El aplauso lo obtuvieron; el premio, no a la altura de sus merecimientos. ¡No hay ser más ingrato que el hombre! llegó inesperadamente el general Máximo Gómez, se le unio el Marqués de Santa Lucía, y el pueblo se conmovió. La Sacra, Naranjo y cien combates más, gloriosos recuerdos, poblaron la mente de los viejos del 68, y transformaron el palimpsesto a los jóvenes del momento, para que el león dominicano escribiera con la punta de su machete corvo los rasgos más vigorosos en sus corazones rebosantes de bélico entusiasmo.

Constituido el gobierno y jurada la Constitución en medio del mayor entusiasmo, el Presidente y sus Secretarios se dirigieron a Oriente, acompañados por el general en jefe hasta San Juan de Dios de Portillo, de donde éste regresó a Camagüey. El lugarteniente general fue al límite de la jurisdicción de Holguín, a recibir la comitiva gubernamental. Juntos volvieron por la ribera del Cauto, y llegaron a Baraguá a mediados de octubre de 1895. El Gobierno descansó unos días, y haciendo honor a los nombramientos recibidos de la Asamblea de Jimaguayú, quiso acompañar —dice Miró— a los soldados invasores hasta Las Villas, corriendo con ellos los peligros esperados por todo el mundo en la única odisea realizada hasta nuestros días por un grupo de patriotas de mil hombres, a la salida, el 22 de octubre de 1895, de Baraguá, mal armados y escasos de municiones, sin alimentos y una indumentaria de «locos», dice Collazo, mandados por Maceo, orgulloso del *lujo* de sus soldados harapientos a la mirada superficial, y personajes de la nueva odisea que cantará algún día un Homero cubano.

El día 22 de octubre, fecha convenida con el general en jefe y con Martí, en «La Mejorana», el 5 de mayo de 1895, partió el primer contingente invasor, y «el sol fulgura con resplandores de victoria sobre las cumbres de la Sierra», dice Miró, tan bien dicho, que repito sus palabras; y el patriotismo —digo yo— resplandece en las cumbres de los corazones de aquellos héroes, seguros, como su jefe, de la victoria final.

Maceo, desde las primeras marchas, debía oponerle al enemigo dificultades en el ataque, y evitar el combate hasta lo inevitable, y emprendió un camino desconocido en el terreno práctico a los españoles, aunque fuera el más corto para llegar al Camagüey. Tomó la margen derecha del Cauto, camino intransitable, e hizo alto en El Júcaro, donde pernoctó sin ser molestado: habían marchado sin reposo nueve leguas.

Al siguiente día no se abandonó la ruta del Cauto, y por su ribera se rindió otra marcha desastrosa para cualquier ejército, menos para esos soldados de voluntad inquebrantable y de resistencia de acero.

En Guayacán hubo un necesario reposo; se habían andado seis leguas más. De Guayacán a Sabanilla cinco leguas y sin novedad. La siguiente marcha, también de cinco leguas, fue de Sabanilla a Pestán, donde debieron unirse a la columna algunas fuerzas de infantería. De Pestán a Tranqueras, siete leguas, sin novedad, rendidas el día 28 de octubre, y el 30 salió la columna, en marcha de seis leguas, para Mala Noche, donde se reúnen tres caminos: Bayamo, Tunas y Holguín. En Mala Noche se incorporaron trescientos cincuenta hombres, y la columna logró sumar en sus filas mil cuatrocientos tres hombres armados, de conformidad rigurosa con una revista ordenada por el Cuartel General, según Miró, pero con poco parque: ¡quince mil tiros para la epopeya libertadora!

La estancia en Mala Noche habría sido de cuatro o seis días, si Maceo no se hubiera sentido contrariado por una información de *El Cubano Libre* en sus propósitos de aguardar la incorporación del segundo contingente. El 3 de noviembre de 1895 toma la columna cubana el camino de Tunas, y contra la intención de Maceo de hacer una larga marcha, hizo alto en Río Abajo, por haberse anunciado la presencia de fuertes columnas españolas en Vista Alegre, a media jornada, preparadas a cerrar el paso a las fuerzas invasoras. Maceo persistía en su propósito de evitar combates; además, tenía el compromiso con el general en jefe de hacer lo posible por estar en Camagüey a principios de noviembre, y él, modelo de disciplina, quería estar en la primera decena de dicho mes en la tierra de Agramonte, mientras no hubiera razón mayor para proceder de otro modo como jefe de la invasión y

responsable, en primer término, de ella. Puesto el brigadier José Manuel Capote en contacto con otra columna enemiga, procedente de Holguín, auxiliar de las acampadas en Vista Alegre, avanzó Maceo el 5 de noviembre de 1895 de Río Abajo a Vista Alegre.

A las dos de la madrugada del 6 de noviembre partió la legión invasora para Soledad, y acampó a las nueve de la noche en pleno llano, donde soportó un temporal deshecho desde media noche, habiendo rendido nueve horas de marcha. Ésa, según los mismos empeñados en esta proeza, fue una de las marchas cubanas más difíciles, llamándoles cubanas por no haber otras comparables a ellas en la resistencia de los combatientes sin alimentación suficiente y regular, descalzos y desnudos. Esa noche dormían en la pradera de Soledad con la mitad del cuerpo dentro del agua. ¡Tan rendidos estaban! En la mañana del 7 de noviembre, la columna española estaba a legua y media del cuartel general de Maceo, y éste, con su habitual facilidad en la solución de las funciones de guerra, en el ataque o en la retirada, emprendió ésta, después de tomar sus medidas para impedir el avance violento de la vanguardia enemiga: la cansó, la rindió y obligó a acampar en la sitiería de Las Lajas a las once de la mañana del mismo día 7.

Esa retirada ante numerosas fuerzas enemigas, sin precipitación y sin abandonar su ruta invasora, ni perder la medida de su tiempo por las maniobras contrarias, es uno de los más bellos triunfos del coloso invasor.

Y tal empeño tenía el enemigo en interrumpir la marcha, objetivo fundamental de los españoles, que esa columna enemiga, con siete horas de brega continua —¡un juguete para los nuestros!— y siempre burlada por nuestro gigante, se detiene en Lajas el tiempo escaso para desayunar y proseguir en marcha sobre los invasores, ahora reposando en Guaramanao, donde pensaban desayunar sin la preocupación de este avance. Los nuestros no pudieron alimentarse; la columna enemiga avanzó sobre el campamento por dos distintos lugares, y Maceo, en orden de batalla, la esperó. Era preciso recordarle a ese enemigo cuán peligroso era batirse con Maceo cuando ése no era su objetivo. Las posiciones de las fuerzas de Maceo, de caballería e infantería, los hicieron vacilar y temer. Maceo aprovechó ese instante de turbación de un enemigo hasta ese momento entero, crecido, acometedor, para ordenar la continuación de la marcha invasora, o sea otra retirada admirable ante un enemigo tres o cuatro veces superior, a las doce del día, dejándolo petrificado. Maceo retiró la caballería del sitio por ella ocupado, y reapareció sobre una loma dominadora del campo de batalla. Al mismo tiempo facilitaba el cambio de posiciones a la infantería cubana, para proteger el paso de la división mambisa. En esos combates, nacidos de la necesidad de expeditar el paso al Camagüey, se

distinguió el general José Manuel Capote, jefe de la retaguardia, herido en la última acción.

Maceo, saliendo del centro de enemigo tan numeroso, valiente e interesado en evitar a toda costa su paso al Camagüey, dejándolo petrificado, como antes he dicho, sin saber cuál sería su intención con el movimiento de la caballería cubana, se ha cubierto de gloria una vez más, en la retirada como en la acometida, sin olvidar la determinación firme del caudillo invasor de evitar combates. En estas retiradas se ha mostrado tan buen estratega como táctico.

Entre 2 y 3 de la tarde del 8 de noviembre de 1895 pasó triunfante la columna invasora el río Jobabo, límite de Oriente por su lado occidental, y acampó en La Caridad, a cuatro leguas de Lavado, sitio del último combate con el coronel Nario, jefe de la antedicha columna española. Las demás columnas enemigas, reunidas en Vista Alegre a diecinueve leguas de La Caridad, no salieron al encuentro de Maceo, ni la de Holguín, ni la de Cauto. ¿Causa? Entre otras, las batallas de Jobito, con la muerte de su jefe, el coronel Bosch; de Peralejo, con la muerte del general Santocildes y el sitio de Martínez Campos en Bayamo, «con humo»; de Sao del Indio, con treintiséis horas de rudo combate y derrota de la columna y herida del coronel Canellas, su jefe. Ése es el resultado de las lecciones prácticas del jefe de la invasión y de su experiencia desde el año 1871 al año 1895, ¡veinticuatro años dedicados a la realización de esa marcha asombrosa!

En Camagüey la topografía del terreno es difícil para las columnas españolas, pero fácil para un jefe como Maceo y unos soldados como los orientales, infatigables en la infantería y terribles en la caballería, o como Máximo Gómez, después de sostener la campaña del inmenso llano donde tantas veces descargó el machete sobre la infantería y la caballería españolas.

El coronel español Francisco Camps y Feliú señala los peligros de un terreno llano e inmenso, con forraje inagotable para la caballería, completamente despoblado, sin base o apoyo para las columnas volantes, lanzadas, sin más amparo que su bravura, contra un enemigo infatigable, de infantería o de caballería, según convenga, acostumbrado a las cargas al machete, soldados de marchas prodigiosas de doce y catorce leguas por jornada, y con alimentación abundante para la tropa. Según el citado coronel español, el abastecimiento de las líneas militares por medio de convoyes conducidos en acémilas, entraña el peligro, muy conocido por los militares españoles, de regresar precipitadamente con las acémilas descargadas y las camillas llenas de heridos. Parece, pues, que el enemigo no se atrevió a atacar a Maceo en su marcha, observando la prudente indicación de Camps y Feliú.

De manera tal se repiten esos hechos, que en esta guerra del 95, en Camagüey, casi no hubo lucha entre cubanos y españoles; los campesinos permanecieron en sus propiedades, algunas industrias seguían su labor como en la paz, y todo el mundo conocía la imposibilidad de moverse una columna española sin saber la dirección que llevaba y sin recibir el fuego de nuestras fuerzas. El gobierno cubano tenía para su custodia una pequeña escolta, y nuestros depósitos de ganado y nuestros prefectos y subprefectos formaban para su defensa pequeñas guerrillas, excelentes auxiliares de nuestras fuerzas armadas. No era, pues, infundado el juicio del coronel Camps y Feliú, ni el de Miró, calcado en el suyo como gran conocedor de la guerra de Cuba.

En cuanto a Maceo, hubiera sido su gusto hallar allí al general en jefe, aunque estaba enterado de su paso a Las Villas, al frente del contingente tercero, con el laudable deseo de evitarles a los invasores encuentros con el enemigo. Maceo hizo sus marchas cortas para dar descanso a su fatigado ejército, y es tan duro el soldado mambí, que le aburrían las marchas cortas y la vida tranquila. Anhelaban —dice Miró— chocar con el enemigo, o cuando menos, correr, salir de la monotonía de la vida igual de una marcha a la otra.

Sin ser molestado por los españoles, Maceo atravesó todo el Camagüey. Una sola columna mandada por el general Serrano Altamira, se colocó inadvertidamente a retaguardia, y al darse cuenta del peligro inmenso que allí corría, emprendió la retirada a Camagüey apresuradamente, dando como excusa a su jefe, el general Mella, el temor de un ataque del jefe invasor a la ciudad de Puerto Príncipe, que no había sido proyectado, aunque Maceo pensó en ello, dice Miró.

En Antón aguardó Maceo la incorporación del segundo contingente, y en vez de ochocientos hombres llegaron solamente doscientos treinta armados, pero mal municionados.

Se recuenta, en los momentos de partir la columna invasora, el total de hombres mandados por Maceo en toda la provincia oriental, del 23 de abril al 22 de octubre de 1895: no pasaban de tres mil doscientos. Collazo habla de miles de hombres a las órdenes de Maceo en la campaña de Oriente, haciendo subir el ejército cubano a veintiocho mil hombres en todo el país; pero eso no es así, ése es un error. La mayoría de los tres mil doscientos de Oriente carecían de parque en absoluto. A Maceo, en la campaña de Oriente, le fue difícil reunir más de setecientos hombres armados. En Peralejo empezó el combate con setecientos, y cartuchos para dos o tres horas; en Sao del Indio, con seiscientos, y en los demás combates grandes, como Jobito, El Rosario, San Fernando etc., etc., no pasó de quinientos el total de luchadores.

Se había convenido en escoger de cada cuerpo, mil hombres, de manera que a la Trocha llegara Maceo con tres mil. Pues ya está en la Trocha con sólo mil quinientos treintiséis invasores, restando las bajas por distintos conceptos ocurridas desde la salida de Baraguá, y con las cananas casi vacías. Así se efectúa la marcha homérica de Maceo, y Gómez desde ahora.

Estos dos hombres están unidos, desde 1870, por lazos espirituales y afinidades de la campaña de Cuba. Determina el acercamiento de ambos la muerte de Donato Mármol en plena juventud: valiente, resuelto, de figura simpática y atrayente, acaso hubiera llegado a ser el jefe del Ejército y de la nación (Camps y Feliú). La Cámara no hubiera podido destituir a Céspedes, como no hubiera sido para nombrarlo a él, dueño de Oriente, sostenedor de la División de Santiago de Cuba en los momentos de crisis en contra de Valmaseda, y sobre todo, organizador excelente sin haber tenido educación militar. En otro lugar he enumerado las brillantes brigadas a sus órdenes. Con motivo de la destitución de Céspedes no hubieran tomado las riendas del poder los intrigantes de haber vivido Mármol.

Una de aquellas brillantes brigadas la mandaba el coronel Antonio Maceo, en 1870, al morir Donato Mármol, y vino a sustituir a Mármol el general Máximo Gómez. El general Calixto García era, en esos momentos, jefe de Estado Mayor de Gómez. Al realizarse la invasión de Guantánamo, el general García sustituyó a Gómez en el mando de Jiguaní y de las brigadas o de la parte de las brigadas que aquél no llevó consigo. La toma o invasión de Guantánamo, en 1871, planteó un problema: Calixto García aprovechó el mando de las fuerzas de Santiago de Cuba, Holguín y Jiguaní para operar con actividad. Ya no era el jefe de Estado Mayor, era el segundo de Gómez, y procuró distinguirse. Gómez, a su vez, deseaba pasar revista a las fuerzas de su mando y ver al Gobierno; determinó regresar a Santiago de Cuba y Holguín, y en su lugar dejó a Maceo de jefe de las fuerzas de Guantánamo que no llevó consigo. Con las pocas fuerzas a su mando se atrevió Maceo solo a efectuar la invasión de Baracoa. La falta de armas y de municiones las suplió con la acometividad y la movilidad. Su éxito fue completo, con pocas bajas.

El general Gómez quedó muy sorprendido y muy satisfecho de las gestiones de Maceo y de su leal proceder, y la amistad de ambos, fundada en la confianza mutua entre ellos existente, se consolidó en ambos guerreros, poseedores de muchas cualidades idénticas.

Así continúan hasta el 8 de junio de 1872, en que Céspedes destituye a Máximo Gómez y ordena a Maceo que le sustituya. Maceo lucha entre la amistad a Gómez y la disciplina; muestra respetuosamente su disgusto al Presidente por la obligación en que está de

ocupar el cargo de su amigo y jefe; pero el Presidente no admite réplica de ninguna clase, y el coronel Maceo queda provisionalmente al frente de la División de Santiago de Cuba. Gómez marchó en las fuerzas, durante un año, sin mando, y Maceo, en el tiempo en que las mandó, conservó y probó su amistad al amigo caído como en los días de su mayor actividad y gloria.

A la muerte del mayor Ignacio Agramonte, ocurrida el 11 de mayo de 1873, en Jimaguayú, Céspedes nombró al general Máximo Gómez para el mando del cuerpo del ejército de Camagüey.

Pensó Gómez en la invasión de Las Villas, empresa difícil, según se pensaba en aquella época. Cisneros Betancourt, sucesor de Céspedes, se interesó en el paso a Las Villas, llamadas, junto con Camagüey, Occidente, por la división territorial nacida en la nueva Ley de Organización del Ejército, de 1º de diciembre de 1873, hecha para combatir el localismo desorganizador. Jordan se marchó a los cuatro meses de estar en Cuba siendo general en jefe. A Quesada le hemos visto dimitir por el mismo motivo. Agramonte, más hábil, según parece, o de más carácter, o mejor visto por la Cámara, logró una magnífica organización y creó fuerzas de caballería valientes y disciplinadas.

Ésa fue la herencia recibida por el general Gómez. Y como estaban en Camagüey las fuerzas de Las Villas, deseosas de pasar a su territorio, surgió con exultación el proyecto de invadirlas.

El general Gómez pidió, en 1873, un contingente de orientales, mandados por el general Maceo, brigadier jefe de Holguín. No hubo dificultad; se trataba de Maceo, preocupado, además, de otra invasión más allá de la región villareña, y volvieron a abrazarse esos dos hombres en Camagüey.

Esta intentona terminó en Naranjo y Las Guásimas, y en 1874 (el mismo año) regresó Maceo con los orientales sobrevivientes y sanos.

No se vieron durante cuatro años, y al final de ellos tuvieron una breve conferencia de despedida, el 19 ó el 20 de mayo de 1878, en los días tristes del Zanjón. En Kingston (Jamaica) se abrazan nuevamente, y desde 1878 hasta 1886 permanecen juntos en el extranjero los mismos amigos de siempre, en Honduras, Kingston, y demás centros de emigración de importancia. En cuestiones militares no tuvieron diferencias.

Después de 1886 los separaron las necesidades de la vida; Gómez volvió a su hogar de Santo Domingo; Maceo se instaló en Costa Rica; pero la revolución del 95 los vuelve a reunir: Maceo sale de Costa Rica, Gómez de Santo Domingo; Maceo llega el 1º de abril de 1895 a Baracoa; el día 3 de mayo de 1895 llegan Gómez y Martí

a Jarahueca, campamento de Maceo, y se abrazan los antiguos amigos y compañeros. En «La Mejorana» conferencian el 5 de mayo de 1895, se ponen de perfecto acuerdo y se despiden: Martí, para la inmortalidad; Gómez para Camagüey; Maceo queda en Oriente para empezar su campaña el siguiente día, 6 de mayo.

XI

Dejamos a Maceo en Antón recibiendo doscientos treinta hombres del Segundo Cuerpo, conducidos por Esteban Tamayo, únicos armados que pudo reunir. A marchas cortas siguió hasta la Trocha, sin una sola baja. Un solo fuerte hizo fuego, contestado por los nuestros con el Himno de Bayamo, bastante a silenciar el fuego enemigo. Pasó Maceo la Trocha, como el Jobabo, sin un herido ni un contuso.[1]

En Morón estaba el general español Suárez Valdés con una división de doce mil hombres; en Ciego de Avila, Aldave, con una columna de tres mil hombres. El *Titán* pasó cerca de Ciego de Avila, con las precauciones del caso. ¿Qué fuerzas, de los doce mil hombres de su división, tenía Suárez Valdés preparadas contra Maceo? ¿Operaría en combinación con Aldave, como era lógico suponer? Maceo llevaba veintiún días marchando por Camagüey, y Serrano Altamira vio muy bien su retaguardia, causa de su retroceso precipitado a Puerto Príncipe. Suárez Valdés debió haber recibido el informe de tres rezagados de nuestra infantería, creídos de hallarse la noche del 28 en una casa de familia donde solicitaron hospedaje. Era el fuerte «San Nicolás», de la Trocha. Enterado el jefe de la clase de personas equivocadas que pedían hospitalidad, cuidó de tratarlos bien, y así supusieron los españoles «que Maceo estaba muy cerca con cuatro o cinco mil hombres». Ese parte tuvo que haberse dado a Suárez Valdés esa misma noche, o el 29, día del cruce.

En fin, Maceo debía hacer saber su cruce oficial al General en jefe, y despachó correos a corta distancia de la Trocha, no más de una hora, y no tardó en enterarse de que estaba acampado en Lázaro López. Volvieron a abrazarse ante ambas fuerzas entusiasmadas, sin pensar un momento en el cómputo de la columna invasora. Sumados a los mil quinientos treintiséis llegados de Oriente, mandados por

[1] Es que Peralejo no se ha olvidado y se han recordado (coronel Camps y Feliú, relación), la toma de un convoy con 28,000 tiros, muerte de casi todos los oficiales y soldados, en la convalecencia de siete heridas recientemente recibidas, 1877, y a continuación la derrota de una numerosa columna y muerte de su jefe teniente coronel Ramón Cabezas, con más de trescientos muertos y heridos, forzados a abandonarlos. Tres días después se presentó una columna volante de infantería de San Quintín, de cuatrocientos hombres,

Maceo, los quinientos treinticuatro presentes, al mando de Serafín Sánchez, y los doscientos, aproximadamente, de la escolta de Máximo Gómez, resultaba una columna de dos mil doscientos setenta héroes. En ese momento en que van a entrar en el presunto abismo de los llanos de Occidente, donde les esperan más de doscientos mil hombres veteranos, armados de todas armas, es en el que debió verlos Martí, en el que debió verlos también Collazo. Ésa era la columna formada el 30 de septiembre de 1895, a las siete de la mañana, para partir de Lázaro López a Río Grande, más conocido ese campamento por «La Reforma», y en el cual, adelantándose Máximo Gómez, impone —según Miró— silencio con un gesto, y de sus labios ardientes por el fuego de sus palabras brotan conceptos a veces conmovedores, en ocasiones de amenazas terribles del destino contra los arrojados patriotas habituados a jugar con la muerte, o invitaciones tempestivas a los débiles para retirarse. Todos aplaudieron frenéticamente al caudillo arrogante, rejuvenecido y en ocasiones patético, de cuya arenga deseamos destacar este párrafo: «Yo le auguro a Martínez Campos un fracaso cabal, que ya empezó para él en las sabanas de Peralejo.» (Pronóstico que había de cumplirse al llegar los invasores a las puertas de La Habana con la bandera victoriosa entre el humo rojizo del incendio y el estrépito de la fusilería.) «¡Soldados, llegaremos hasta los últimos confines de Occidente, hasta donde haya tierra española! ¡Allá se dará el Ayacucho cubano!»

Y siguió la marcha homérica. Habían llegado a La Reforma. En Trilladeritas está acampado Suárez Valdés, a tres leguas de Río Grande (La Reforma).

El General en jefe dio el mando del Cuarto y del Quinto Cuerpos del Ejército Libertador a Maceo. El Cuarto corresponde al Departamento de Las Villas, y el Quinto al Departamento Occidental, compuesto de Matanzas, La Habana y Pinar del Río.

Del mismo modo lo nombró jefe de la columna expedicionaria: de su organización, promociones, vida interior de los cuerpos en que se divide, o pueda dividirse; distribución del personal y todo lo anexo a la vida de ese organismo en el campo de batalla o en el campamento; y todo esto antes de pasar la Trocha de Júcaro a Morón.

---

al mando de su bravo coronel Pascual Sanz y Pastor; vino la noche y no se atrevía a salir —estaba derrotada— hasta que le enviasen un refuerzo. Etc. En todos esos combates llevaba Maceo de veintiocho a treinta y dos hombres, contando la oficialidad franca y los ayudantes, con sólo catorce armas largas y todos con revólveres y machetes, etc. En (Camps y Feliú, en su libro *Españoles e insurrectos)*. El machete fue el arma predilecta, y las acciones de las más brillantes y dignas de leerse. Esto ocurría del 1o. al 9 de febrero de 1878, y el Pacto del Zanjón, ignorado por Maceo, se firmaba el 10 de febrero de 1878, en Camagüey, es decir, al día siguiente de alcanzar esas victorias.

Están ya a un paso de Las Villas; el Jatibonico, límite occidental de Camagüey, les adelanta su murmurío, brindándoles sus aguas cristalinas.

Maceo ha vigilado su campamento siempre; ha querido hacer saber a sus ayudantes su constante cuidado en no ser sorprendido por el enemigo; pero ahora pone mayor empeño en sonochar sin interrupción. Su tarea, como se ve, es enorme; su espíritu no por eso decae; espera ver su pobre división reforzada a cada paso sobre el mismo campo del peligro, y si no sucediera así, se conformaría, como se conformó con sólo mil hombres a su salida de Baraguá, y cuando llegó a la Trocha con sólo mil quinientos treintiséis. ¡Ya tiene dos mil doscientos setenta!

¿Piensa Gómez más que él en la escasez de gente de pelea? No lo creo; son dos hombres negados a contar el número de sus adversarios, y si, no obstante, llegan a saberlo, no les preocupa mucho la mayoría enemiga. Es tal despreocupación una de las cualidades comunes de esos dos guerreros.

El día 1º de diciembre de 1895 transcurrió para ellos tranquilamente en Río Grande, en espera de Suárez Valdés, acampado mucho más cerca de La Reforma. En vista de la corta distancia del campamento enemigo y de su pasividad, se dio la orden a todos los Cuerpos de estar en situación de combate o de marcha a las cinco de la mañana del siguiente día, 2 de diciembre. Se esperaba el ataque temprano, a las cinco o las cinco y media. No se movió el enemigo hasta las ocho, después de haber pasado la vanguardia, el centro y parte de la retaguardia. Maceo se dedicó, no al combate presentado por el enemigo, sino a salvar su impedimenta tan afortunadamente como lo pensó.

Dice Miró que para Suárez Valdés hubo una batalla campal, despliegue de batallones, fuego de artillería, sin más de siete bajas por nuestra parte, entre heridos y contusos.

El general Gómez, muy conocedor del territorio y habituado a ocupar el campamento abandonado o perdido por el adversario, hizo dirigir la columna de Maceo a Trilladeritas, mientras Suárez Valdés ocupaba La Reforma.

Hizo conocer Maceo las disposiciones generales del Cuartel General de la invasión, a fin de advertir a las fuerzas en operaciones de todo Occidente el envío de guerrillas sobre las fuerzas españolas más próximas a la invasora, prenuncio o no de un combate; y el escalonamiento de parte de esas fuerzas cubanas a la defensiva generalmente a retaguardia y evitando combates a nuestra vanguardia, promovidos por esas fuerzas parciales, a menos de tener seguridad de triunfo. Ésas y otras disposiciones completaron las reglas generales de la invasión.

Las reglas particulares de cada combate se iban aplicando rigurosamente y produciendo el terror en el enemigo.

En la mañana del 3 de diciembre ordenó Maceo la marcha de la columna invasora de Trilladeritas a La Campana. A la vanguardia, con la caballería de Sancti Spíritus, mandada por Serafín Sánchez, iba el general Gómez, con su escolta y un flanco derecho, porque de ese lado estaba el destacamento de Iguará. En esas circunstancias informa un campesino al general Gómez que había pernoctado en Iguará una columna española, en marcha, en aquellos momentos, para Sancti Spíritus. Gómez envía un ayudante a Maceo —ocupado en dirigir el paso a través del río, del resto de la retaguardia y la impedimenta y parte del centro—, diciéndole su deseo de no desperdiciar la ocasión de batir esa columna, y, según Miró, dirige el frente de la vanguardia a una colina cerca del camino de Sancti Spíritus. El enemigo, en excelentes posiciones, rompe el fuego. Acude Maceo al campo donde debe librarse el combate, habla con Gómez, y ordena un ataque a la columna por su flanco derecho, único punto vulnerable, pero lleno de dificultades para la caballería, única arma en ese combate. La infantería del general Banderas, debía de estar cerca, sin poder acudir al debate, porque el general Gómez la había mandado a operar en Trinidad, y con caballería sola era necesario lanzar los jinetes del Apocalipsis invasor. La caballería, en los primeros quince minutos, tuvo treinta hombres fuera de combate, pero como fieras se lanzaron sobre una cerca protectora del contrario, y la despedazaron a machetazos; y sin hacer caso de las bajas, siguieron sobre la infantería española, y la despedazaron también. Desconcertado el enemigo, huyó, lleno de terror. El general Gómez acometió por el camino de la ciudad espirituana, y la derrota del enemigo no fue completa por la falta de infantería para tomar el baluarte del coronel Segura, en su huída, o sea el fuerte de Iguará, y entonces hubieran escapado muy pocos soldados españoles. En esa posición, donde no debió haberse librado combate, porque todas las ventajas eran del contrario, obtuvieron los caudillos invasores el triunfo del valor y del coraje.

Las pérdidas fueron muy sensibles y numerosas por ambas partes: lamentaron los cubanos la del jefe de la escolta de Maceo, calificado de «el bravo Andrés Hernández»; y la del comandante Teodomiro Torres, muertos; heridos de gravedad, el jefe del Estado Mayor de Gómez y el teniente coronel Enrique Céspedes y catorce oficiales, según Miró, y otras treintisiete bajas entre muertos y heridos de la División de Oriente, en el instante de la acometida general, decisiva de la victoria. El enemigo dejó sobre el campo dieciocho muertos y muchos heridos, y llevó consigo muchos más; dejó también acémilas, otros objetos de guerra y, sobre todo, cincuenta y cuatro fusiles y

numerosas municiones. Fue una acción sangrienta, sin más ventaja para la invasión que la seguridad, repetida al enemigo, de la resolución de «vencer o morir», de los invasores.

El siguiente combate fue una escaramuza en terrenos de un pueblo de cubanos españolizados. En esa acción de Los Indios (Fomento) tuvieron los invasores doce bajas, sin haber podido apreciar las de ellos: no dieron la cara ni una sola vez. Pero empezó la lucha a las nueve de la mañana y terminó, en Quemado Grande, jurisdicción de Santa Clara, a las seis de la tarde.

En cuatro jornadas se hizo el cruce de Sancti Spíritus y Remedios, la última jornada de nueve leguas.

La columna heroica emprende marcha, el día 10 de diciembre de 1895, de Quemado Grande a Manacal, en Santa Clara, en jornada de siete leguas, y en Manacal pernocta. En la mañana del 11 deja temprano este punto para acampar, a la legua, en el mismo territorio de Manacal.

En una jornada de siete leguas, por mal camino; llegó la falange invasora al valle de Manicaragua, extenso y pintoresco como pocos.

Tres columnas enemigas, correspondientes a las tres armas, respectivamente, y todas numerosas, obrando en combinación, se presentaron en Manicaragua a batir a los caudillos invasores por orden expresa de Martínez Campos. Mandaban esas fuerzas el general Oliver, el teniente coronel Manrique de Lara y el teniente coronel Palanca. Maceo tomó el camino de Manacal, cuyas alturas se prestaban para batir al enemigo y emprender la marcha que, victorioso o derrotado, debía de seguir.

La columna Oliver ataca con decisión. Maceo toma de sus fuerzas trescientos hombres, y el resto lo pone en marcha hacia La Siguanea. Se baten en Manacal hasta la caída del crepúsculo vespertino, y acampan en Boca de Toro los contrarios; se hacen fuego graneado toda la noche; no obstante el frío, los dos adversarios prescinden de fogatas. Ha habido dos combates ese día, y seguramente el segundo obedeció al refuerzo prestado por la columna de Palanca a la de Oliver.

Los trescientos combatientes invasores se unen al grueso de la columna en la montaña del Quirro, donde pernoctaron.

Los campesinos dicen haber visto retroceder a Oliver, con muchas camillas, al atardecer del 11 de diciembre, hacia Manicaragua, y subir otras fuerzas.

El día 12 de diciembre rompen el fuego las avanzadas enemigas y las nuestras, al amanecer.

Probablemente, la columna de Palanca y parte de la de Oliver, reunidas, promueven el nuevo combate. Las fuerzas de Maceo, escalonadas unas veces, desparramadas otras, en las emboscadas preparadas

por el Titán con anticipación, van haciendo bajas. Trescientos hombres se baten contra la División Oliver, fuerte de tres o cuatro mil hombres. ¿Qué puede perseguir ese jefe? Solamente hacer consumir las municiones a Gómez y Maceo, para impedir su avance por el distrito de Cienfuegos, sin recordar las lecciones de Maceo: «Donde se acaba el parque empieza el machete», y en el llano, el arma principal es el machete. «El machete es de monte y es de llano.»

A las cuatro de la tarde era ya de noche, y acamparon los españoles y los cubanos. Muy temprano retumba el cañón, todos los nuestros se preparan a descansar al amor de la artillería hispana, y lo consiguen durante una hora, más o menos. Debían ser los soldados de la columna de Manrique de Lara, su jefe, inadvertido por los combatientes del 11 y del 12 de la inutilidad de esa arma en aquel sitio, dirigido por Maceo, amante de lo nuevo, y generalmente lo nuevo era obra de él, como resultaba con aquellas emboscadas que ponía.

En vista de tanto esfuerzo perdido por la división española, del cansancio insoportable de su tropa y de su oficialidad, de la comodidad, en cambio, de la invasora, marchando fuera del alcance de las balas del combate, se retiraron los españoles definitivamente a las doce del día 13, quedando Maceo dueño del campo.

Los cubanos acampan en La Siguanea —sitio señalado con anticipación por los caudillos— cinco horas después de terminado el combate ocurrido en camino hacia aquel lugar.

Esa victoria de la división invasora es de las más brillantes alcanzadas contra tres o cuatro mil hombres: trescientos hombres en Manacal derrotan a la columna de Oliver; en el camino de Manacal a Boca de Toro derrotan a Palanca, y el día 13 de diciembre, en el camino de La Siguanea, a Manrique de Lara.[1]

¿Deben ser consideradas estas acciones como tres combates? En realidad, fue uno solo: el combate de Manacal a La Siguanea, o si se prefiere, el combate de Manicaragua.

Ha pasado Maceo las tres barreras de Martínez Campos, o sean el Jobabo, la Trocha de Júcaro a Morón y Manicaragua, donde se han llenado de gloria los caudillos invasores: Jobabo entre Oriente y Camagüey, la Trocha entre Camagüey y las Villas; Manicaragua entre las Villas Orientales y Occidentales, o entre Las Villas y Occidente.

Estamos en el período culminante de aplicación de las lecciones de Maceo, cuidadosamente señaladas por mí en la construcción del

[1] La prueba de que fueron tres columnas, de más de mil hombres cada una, en combinación para cerrar el paso a los cubanos, se halla en las noticias publicadas por la prensa española de aquellos días y en las relaciones de los campesinos que los vieron descender con sus muertos y heridos y ascender con los refuerzos.

relieve de su gigantesca personalidad, si no en su totalidad, al menos en una selección paciente y cuidadosa.

El general Serafín Sánchez procuró el número suficiente de cabalgaduras a los desmontados del 11 y del 12 en la tarde del día 13 de diciembre de 1895, y al salir la columna a las 7 de la mañana del día 14, de La Siguanea, iban todos montados como lo había ordenado el general Maceo. El descenso de La Siguanea al llano de Cienfuegos se hizo despacio por un mal camino estrecho, pedregoso y pendiente: una mala pisada haría rodar a cada caballero del valor por la pendiente berroqueña o caliza, pero mortal en algunos casos. Esos caballos de acero, como sus jinetes, descendieron sin un tropiezo, y entraron por Barajagua en el espléndido panorama de Occidente: pitazos de locomotoras lanzadas veloces por el llano; poblaciones tan próximas al camino, que hasta él llegaban los vivas de sus habitantes desde sus casas; un mar verde sin fin formado por los cañaverales; la ausencia de colinas, de lomas, de sierras, bien distantes; todo, en fin, distinto de lo visto en la larga marcha desde Baraguá hasta Barajagua, límite éste —dice Miró— del intento de invasión de Gómez a Occidente, en 1876, y no en 1875, como por error de imprenta, seguramente, se lee en las *Crónicas de la guerra*. Esa noche acamparon en Guamá de Cruces. Al romper el claror del día 15 de diciembre de 1895, se tocó —dice el mismo Miró— marcha de frente, en dirección a los cañaverales del ingenio «Teresa». Allí comenzó el incendio aterrador y proficuo, aunque parezca una paradoja.

En cada nueva función de guerra se evidencian más la táctica y la estrategia de Maceo. Sus soldados son los mismos, de infantería y de caballería a un mismo tiempo. Acaban de batirse en el monte, en la sierra; ahora están en el llano con tanta naturalidad como en la Sierra Maestra. El soldado español es valiente, pero no conoce esta clase de guerra, nueva y de una eficacia desconcertante para él. A Miró se le ve inclinación personal a lo que él llama «guerra científica», aunque la vea perder todos los días. La guerra debe considerarse más científica mientras mayores sean sus éxitos logrados con los menores elementos de combates. En ese sentido, tengo para mí, como cosa fuera de duda, la superioridad de Maceo, de Gómez y de Calixto García sobre la mayoría de los grandes capitanes de América. En cuanto al valor personal y a la acometividad, José Maceo es tan grande como Páez, y si no hubieran caído Donato Mármol e Ignacio Agramonte durante la tragedia de La Demajagua, y Flor Crombet[1] al comienzo de la tragedia de Baire, Dios sabe a dónde hubieran llegado.

1 El día 8 de abril de 1895 fue la sorpresa del cafetal «La Alegría», en Baracoa. Quedaron separados los expedicionarios de Maceo en tres grupos, de seis individuos cada uno, y otros quedaron solos. El grupo de Crombet y

Esta digresión era indispensable supuesto que mi propósito es mostrar, en sus distintas fases, la personalidad de Maceo.

Lo que él tenía en su plan invasor por tanto tiempo estudiado contra la primera columna española dispuesta a cerrarle el paso de su marcha triunfal en el llano, lo hemos dicho muchas veces, y fue lo que hizo a la vista del enemigo: «cargar al machete sin dilación y sin más órdenes». Los ayudantes y agregados al Estado Mayor invasor iban repitiendo esa orden de Maceo a todos los jefes de Cuerpo. El general Gómez se acercó a Maceo, y éste mandó a reforzar el fondo de la columna diciendo: «*Entró la nave en alta mar.*» En alguna parte de esta conferencia he comentado esa frase, mas la interpretación de Miró, es, sin duda, la más natural, estando el enemigo en Mal Tiempo. Y dice Miró «que como imagen no puede ser más oportuna, pues a los pocos minutos nos hallamos en Mal Tiempo, ¡tan borrascoso para las armas españolas!»

Al aproximarse nuestros exploradores a Mal Tiempo, rompen el fuego los españoles desde un terraplén; vacilan en el primer instante los nuestros, acude Maceo, levanta los ánimos y ordena: «¡Al machete!», y se lanza sobre el enemigo; su escolta, el regimiento Céspedes y la vanguardia le siguen; de un mandoble cae una cerca, que no obstante, permite al enemigo poner rodilla en tierra, formar cuadros y calar bayonetas; el caballo de Maceo salta sobre las bayonetas; al mismo tiempo que llega el general Gómez, al frente de los suyos, y deja sentir sobre los cráneos el filo de su alfanje, y a los quince minutos aquellos hombres, rigurosamente uniformados, armados científicamente, movidos por una táctica impecable y dirigidos por una estrategia europea, ruedan hechos pedazos por el machete de los orientales, villareños y camagüeyanos, «al grito heroico —dice Miró— de «¡Arriba Oriente! ¡Al machete! ¡Viva Maceo!», y el propio Miró agrega: «Por

---

José Maceo tenía, además, al comandante Juan Fustiel a vanguardia; el general José Maceo le seguía, más atrás iban el capitán Peñaló y los jóvenes Noriega y Sainz, y a retaguardia, Flor Crombet, como siempre.

Fustiel y los demás empezaron a descender el alto de Palmarito (Monteverde) por un camino en zig-zag, llamado camino francés, sin cuidar de hacer antes un reconocimiento, y no tardó Fustiel en retroceder a la carrera, para avisar a José Maceo de la presencia inesperada de los guerrilleros de Yateras. José Maceo hizo un disparo al enemigo, para prevenir a sus demás compañeros de expedición. A las descargas repetidas y certeras de los guerrilleros, José Maceo se lanzó, farallón abajo, al abismo, jugándose la vida, y se salvó; Peñaló se paró a pelear, y lo hirieron de muerte; Fustiel quiso auxiliarlo, y cayó pasado por el pecho; los jóvenes Noriega y Sainz cayeron prisioneros, y por último, *Flor,* como cariñosamente le llamábamos todos, disparó su rifle, y al momento cayó con el cráneo atravesado por una bala enemiga, *Flor,* cuando terminó la guerra del 68, era muy joven, y no pudo pelear más, como jefe, por su muerte, a su llegada el año 1895 con Maceo. Por eso, en el texto lo he citado junto con Mármol y Agramonte. Su último combate formal fue el de Duaba, el 1o. de abril de 1895.

los flancos la carnicería ha sido tremenda.» «Gómez, brioso y enardecido como en Palo Seco, ha roto el más fuerte núcleo de los españoles, siendo el primero en abrir boquete».

Muchos son los episodios dignos de ser descriptos, si no se prolongara tanto esta conferencia; mas hay dos, relacionados con dos de nuestros más jóvenes generales de hoy, muy jóvenes oficiales en Mal Tiempo, y no queremos silenciarlos.

Al hoy general Manuel Piedra Martel, ayudante de campo de Maceo en aquella época, después de una de las más famosas cargas al machete, se le paró el caballo frente a un grupo de diez o doce hombres, al mando de un capitán, que le hiere de tres balazos de revólver, sin darle tiempo para la defensa, por habérsele paralizado el brazo del machete. Un grupo de cubanos, percatados del peligro del ayudante, acude, y los machetea en un instante. Nuestro amigo el general Piedra es hoy Ministro de Cuba en China, y tiene su cuerpo condecorado por balas enemigas.

También nuestro amigo el general Loynaz del Castillo, actual Ministro de Cuba en Lisboa, estuvo a punto de perecer en Mal Tiempo. Tres soldados, ocultos en un matorral, fueron intimados por él a rendirse, con un revólver descargado en la mano. Dos presentan armas, el tercero le hace fuego con el máuser. Un machetazo de Loynaz lo para con el rifle. En esto un español desertor Victorino Alvarez, acude rápido y descarga sobre el agresor un machetazo mortal. Fue el soldado ascendido.

La espada, el uniforme y el equipo del jefe de la columna, teniente coronel Rich, quedaron en poder de los cubanos, y un soldado de la escolta del general Maceo, según Miró, vivo cuando él escribió las *Crónicas de la Guerra*, le aseguró haber matado al jefe de la columna. Un soldado español dice otra cosa; lo dicho por el soldado español no se comprobó en ningún sentido. A ese jefe, además, no se le vio durante el combate, y su espada, equipo y uniforme quedaron en nuestro poder, y el dinero para efectuar pagos, repartido entre nuestros soldados, así como las prendas.

Se oyen descargas hacia el ingenio «Teresa», y un fuego lejano, de fuerzas probablemente enviadas a restablecer el combate. Gómez acude al fuego distante; Maceo, al ingenio «Teresa»; Gómez destruye una locomotora y causa graves desperfectos; Maceo encuentra restos de la columna de Arizón y los cincuenta del destacamento, y entabla una lucha, interrumpida por el incendio de los cañaverales con viento desfavorable a sus fuerzas. Mandó Maceo dar contracandela, y al ver los españoles llegado el momento buscado por Maceo para repetir la carga al machete, abandonaron el campo con ligereza, antes de que se extinguiera el fuego.

En el primer combate de Mal Tiempo, tuvieron cuatro muertos y veintitrés heridos; los españoles, aproximadamente, doscientos cuarenta y siete muertos, perdieron mayor número de rifles, y una gran suma de heridos. Los fallecidos en las llamas, *retirados* por ellos, fueron más de noventa, según los partes españoles. Mas la pérdida máxima fue el quebranto moral del contrario, en proporción de la cual creció la confianza de los nuestros.

También cayeron en poder de los nuestros los caballos de los oficiales y soldados, las acémilas, botiquín y bandera, seis cajas de municiones los equipos y el archivo. La bandera dice: «Batallón de Canarias Nº 42». Además componían la columna de Rich dos secciones de Bailén, un escuadrón de Treviño y otras fuerzas sin constancia en el archivo del batallón de Canarias examinado por Miró.

Ése es el combate relámpago de Mal Tiempo, apoteosis de Gómez y Maceo. En el segundo combate del ingenio «Teresa» tuvieron tres bajas.

Organizadas las fuerzas, emprendió marcha la columna; cruzó sin novedad la línea de Cienfuegos y Santa Clara, e hizo alto en Aguada de Flores. Muy temprano marchó la columna, el 16 de diciembre, a Amalia; a Jagüeyes al siguiente día, 17, y de Jagüeyes a Cabeza de Toro. Parece Cabeza de Toro lugar limítrofe entre Las Villas y Matanzas. Un río de corriente impetuosa, en ciertas épocas del año, de aguas impuras, revueltas y sucias por momentos, con vado peligroso, detiene con frecuencia a los transeúntes más decididos y a las fuerzas armadas, como no vean de cerca la persecución. Con ese endeble fundamento tratándose de Maceo —dice Miró— esperaba el general en jefe del Ejército español el retroceso, o la demora en la margen villareña de la columna invasora; y en efecto, pasó la columna sin el menor contratiempo, y siguió hacia un lugar denominado La Colmena, en espera del coronel Pancho Pérez. Hacia la tarde se presentó el jefe de la caballería matancera, herido leve, después de haber sostenido dos encuentros con una columna ya próxima a este campamento; hubo incontinenti un encuentro, con el río La Colmena de por medio; y la impaciencia por cargar al machete de los orientales impidió un cuadro semejante al de Mal Tiempo. La columna, al ver la caballería, desenvainados los machetes, tocó retirada y desapareció. Doce bajas a Maceo y cinco a Pérez costó este breve encuentro por la buena posición del enemigo.

Maceo tenía la obsesión de hacer prisionero a Martínez Campos en Colón, y en vez de pernoctar en La Colmena, hizo rumbo a Colón por caminos desconocidos y poco transitados. De esa manera llegaron a El Desquite, finca enclavada en el término municipal de Palmillas, en pleno distrito de Colón.

En el manifiesto escrito de 1885 a 1886 por el general Máximo Gómez, visto después por José Francisco Lamadrid, que me entregara el general Gómez, para su corrección y terminación definitivas por una comisión, según acta levantada en New York, existente en poder mío, se consigna la opinión del que habla de que el Ayacucho cubano sería en Colón, probablemente. Con toda seguridad lo repetía al doctor Rafael Fernández de Castro, en carta de aquella fecha de 1885 a 1886.

Ésa era la opinión de Maceo, que tomó seguramente mayor ascendencia en su ánimo sobre el campo de batalla, y explica su interés en pernoctar en terrenos de Colón, cuando allí estaba Martínez Campos.

La marcha de Cabeza de Toro a Desquite fue de doce leguas. Ya Maceo se halla en el centro del distrito militar de Martínez Campos, a la vista de su Cuartel General, a dos kilómetros. El día 21 de diciembre de 1895, muy de madrugada, al ponerse en marcha la columna, según la organización ordenada por Maceo para el caso, enteramente posible y esperado por todos, de un ataque de Martínez Campos, asistido por diez o doce mil hombres al mando de los generales Suárez Valdés, Luque, García Navarro y otros, penetra equivocadamente haciendo un fuego intenso el retén de Jacán, en persecución de un pelotón de orientales desprendido, sin permiso de las fuerzas, para merodear. Los españoles en número de catorce, siguen haciendo fuego con una bravura poco común, y los más próximos números de nuestra caballería dieron cuenta de ellos al machete, después de intimarles la rendición por lo inútil del sacrificio. Ese grupo de hombres hizo ocho bajas, a los cubanos, en un instante.

Siguió la marcha por dentro de las líneas más poderosas, más formidables, del ejército español, y a un tiro de fusil —dice Miró— del observatorio de Colón, desde donde pudo Martínez Campos ver la caballería cubana desplegada en la llanura colonense, y cómo la invasión dejaba atrás al ejército enemigo nuevamente, poco dispuesto a romper lanzas con Gómez y Maceo, temiendo otro Peralejo u otro Mal Tiempo. Maceo ha pasado con su columna por el corazón de las más formidables fortificaciones del enemigo.

Tendía la tarde del 21 de diciembre su crepúsculo sobre las llanuras de Colón, y el punto de mira del general en jefe del ejército español se esfumaba en el horizonte, y aparecía borrosa la silueta de «Flor de Cuba». Colón se iba, «Flor de Cuba» se acercaba, pero hundiéndose en la noche.

La *tropa mambisa* fatigada por jornadas de quince horas seguidas, acarició la idea de darse al reposo. Pero las locomotoras de ida y vuelta de Colón a Cárdenas y viceversa se detenían en Retamal y pitaban estrepitosamente. El lugar era peligroso, y obligaba a seguir la marcha.

Maceo reconoció personalmente la estación antes de cruzar la línea, y a su regreso dio la orden de seguir la marcha en silencio, orden repetida por los ayudantes, sin notar dividida la columna.

A las dos horas alguien se dio cuenta de lo ocurrido. Más tarde se supo que la otra columna, con el general Gómez al frente, había acampado en el ingenio «España». El general Maceo acampó en el ingenio «Santa Elena», y a las ocho de la mañana trató de unirse con el jefe supremo del ejército. El ingenio «España» estaba cerca del «Santa Elena», en la zona más rica de Matanzas, y acaso de toda la Isla, en aquella fecha.

Maceo fue con el centro y la retaguardia, directamente al batey del «España», defendido por una guarnición. La vanguardia cubana estaba distribuida entre los destacamentos diversos para impedir la reunión de todos en un momento dado. Nadie se movió cuando se incendiaron los cañaverales y a nadie se le causó el menor daño. Maceo tomó rumbo al norte, a Cárdenas, sin salirse del triángulo de hierro de los españoles, porque Jovellanos, uno de los vértices, tiene cuatro líneas; Colón, tres líneas; de Macagua, de Colón a Cárdenas y de Colón a Sabanilla de Guareiras, y el triángulo de Cárdenas, numerosas líneas. Se marcha entre líneas en servicio, entre locomotoras encendidas y entre poblaciones hostiles, como si fuera una enorme ciudad disgregada con la tendencia firme de reunir sus barrios formados por las distintas poblaciones.

Maceo incendió todos los ingenios hallados a su paso, y siguió su marcha hasta colocarse muy cerca del Estado Mayor de Martínez Campos, al oeste de Jovellanos.

El general Gómez marchó resueltamente al sur, cruzó la línea de Colón a Jovellanos, y quemó cuantos ingenios le quedaban al paso; se dirigió al Roque, y en este pueblo entró triunfante. El pueblo lo recibió con el mayor cariño, y el alcalde se hizo cargo de tres heridos graves llevados en camillas. El Roque, sin guarnición ese día, estuvo expansivo.

Estos dos hombres han realizado la función guerrera más brillante de cuantas hasta ahora se han efectuado: penetrar en el distrito de Colón, campamento de Martínez Campos; recorrer todas sus líneas militares circundantes, atacar los destacamentos hallados al paso y desplegar la caballería cubana en las llanuras colonenses, primero, y en Jovellanos, después, sin ser atacados. El uno, Maceo, encaminado al norte a Cárdenas, sin salir del triángulo Colón-Cárdenas-Jovellanos, incendia los ingenios del norte de la zona azucarera más rica de Cuba, y viene expresamente a colocarse al oeste de Jovellanos el 22 de diciembre, en el Cuartel General del ejército español, compuesto de Suárez Valdés, Luque, García Navarro, Rubín, Segura, el coronel

Hernández etc. El otro, Gómez, se dirigió al sur dando fuego a derecha e izquierda ocupando triunfalmente El Roque, y en camino de Jovellanos el 22 de diciembre para reunirse con Maceo, su lugarteniente, camino de Coliseo; y todo eso sin tener tampoco ni un encuentro con el enemigo, aturdido, lleno de pavor, desconcertado.

De Sumidero —donde se encontraron Gómez y Maceo— siguieron en la dirección de Coliseo; descubrieron el pueblo; el destacamento les recibe a tiros; no hicieron, sin embargo, mucha resistencia los contrarios para rendirse. Los orientales tomaron el pueblo y entraron en él a saco. Se presenta el enemigo con más de seis u ocho mil hombres. Les hace fuego, Maceo, dentro de Coliseo, trataba de organizar las fuerzas, entregadas a posesionarse de cuanto les viene a mano. Gómez, en el centro de la columna, sin fuerzas bastantes para rechazar una acometida, propone a Maceo una retirada cerca, en espera de otro sitio y otro momento más oportunos. Nuestra retaguardia no ha oído el toque de retirada, y está a pie firme resistiendo el fuego de una columna, a cierta distancia del ingenio «Audaz», baluarte de la retaguardia insurrecta. Maceo nota que no había oído el toque de corneta, y envía cuatro ayudantes, uno tras otro, para que alguno llegara, ¡y llegaron sin novedad los cuatro! A tiro de fusil esperaron Gómez y Maceo al enemigo, camino de Coliseo, y el recuerdo de Peralejo y de Mal Tiempo parace que le impidió salir, del mismo modo que le impidió salir al encuentro de Maceo en las llanuras de Colón, y de Maceo y Gómez, divididos por una combinación maravillosa, genial, aunque no fuera el resultado de un plan estratégico de antemano y secretamente convenido por los dos caudillos, en vista de que unidos no pudieron hacer salir a Martínez Campos, «presente», (—dijo, en Colón—) para dirigir personalmente las operaciones españolas al frente de sus tropas.

Destruido el centro de la mayor riqueza, convertidos en juguetes de nuestra caballería las líneas férreas y los destacamentos, y lo que es más serio, las líneas militares siguiendo el contorno interno del triángulo férreo, inatacable, según Martínez Campos, y cruzado y recruzado impunemente por los invasores, y el cuadro bélico de Coliseo, en donde permaneció dueño de las cenizas de los cañaverales, aun de las del ingenio «Audaz», quemado dentro del mismo campo de batalla; y los escombros de Coliseo y de Sumidero, no distante uno de otro, en donde pernoctaron los cubanos, para romper el fuego muy temprano: tal era el cuadro en aquel momento de la invasión. Pero, ¡qué asombro!, Martínez Campos había abandonado sus fuerzas en mitad del combate. Una corazonada, acaso, le advirtió un Peralejo el 24 de diciembre de 1895, u otro día, si continuaba al frente, y regresó a La Habana para dirigir la campaña desde la capital.

Destruidos los ingenios del norte y del sur de Matanzas, nuestros caudillos concibieron el plan de quemar los del centro de la misma provincia y de buscar lugar seguro donde dejar los heridos de Colón y Coliseo; pero esto debía ser absolutamente reservado, y para lograrlo se corrió la noticia de que después de Coliseo la situación de los invasores era precaria, envueltos como estaban por infinidad de columnas españolas dispuestas a llevarlos a una batalla campal cuando y donde a ellas les conviniera.

Aquí, como en la división en dos partes iguales de la columna invasora en «Flor de Cuba», los nuestros fueron los primeros en creer llegado el término de la invasión a Occidente. El mismo Miró llegó a darlo como un hecho, demostrando todo esto la absoluta reserva de Maceo, cuando era necesaria, como en los montes de Baracoa.

Tomaron rumbo a Crimea desde Sumidero, y todo el día lo pasaron encendiendo cañaverales, en mayor número que los del norte y el sur, ya quemados. El general Lacret realizaba, en el valle de Guamacaro, igual destrucción en los pocos ingenios aún en pie en el norte de la provincia.

Temprano salieron en marcha para el Hanábana, pasando cerca de Jagüey y acampando en la colonia de Galdós. En Blanquizal dejaron al cuidado del doctor Alfonso los tres o cuatro heridos más graves. Pernoctaron en el Sabanetón, en la Ciénaga, donde quedaron dieciocho heridos. De Sabanetón pasó la columna al ingenio «Indio», donde se puso término al conato aparente del regreso a Oriente.

Maceo quería recibir el año de 1896 en la provincia de La Habana. Contaba con tres días, y decidió salir temprano del «Indio» para pernoctar en Calimete, a donde llegó cerca de medianoche. Era Calimete etapa de las columnas en operaciones por el sureste de la provincia, y había una en el pueblo, otra cerca, en el central «María», amén de las que pasaban en los trenes de subida y bajada.

Ese combate fue de larga duración. Tomaron parte en él tres columnas enemigas. No fue una victoria bélica para ninguno de los contendientes: los cubanos tuvieron dieciséis muertos y sesenta y nueve heridos. Los españoles publicaron cifras muy aproximadas. El combate fue sangriento, con pérdidas muy sensibles de oficiales inteligentísimos y valientes, distinguidos en Peralejo, en Mal Tiempo y en Calimete, su tumba: Andrés Fernández, por ejemplo, gran tirador, matador de Santocildes, uno de los primeros en romper los cuadros de Mal Tiempo, y el primero en romper solo, un cuadro de soldados veteranos, con bayoneta calada, en Calimete; para abrirles brecha a los orientales. ¡Y cayó como debieron caer los héroes de *La Ilíada!*

Una vez incorporados los números de servicios de la columna se emprendió la marcha y se acampó en la colonia «Reglita», a las nueve de la noche.

Había cierto estado de tristeza y de inquietud en los ánimos, aunque el combate de Calimete no sólo no había sido una derrota, sino —bien visto— una victoria: tres columnas españolas de las tres armas; soldados veteranos, bien municionados, dispuestos a cerrarles el paso a los invasores, y a pesar de todo esto, los invasores siguen su marcha triunfal hacia el centro, como antes al norte y al sur, incendiándolo todo, como ahora lo están haciendo. ¿Cuál es la gravedad? ¡La falta de municiones! Ya dijo Maceo, y lo enseñó en la campaña de Oriente o preparatoria de la invasión, cuál sería el arma predilecta en el llano.

Miró, aunque se muestra pesimista al finalizar el año de 1895, por el número y la calidad de las bajas en Calimete, así como por la enorme fatiga de los insurrectos, en constante movimiento, observa con asombro, cómo en esas marchas atrevidas y victoriosas o sangrientas, como Calimete, aumentan las fuerzas, al final de 1895, en quinientos hombres bien armados y equipados, con las armas, equipos, caballos, acémilas, etc., quitados al enemigo, y las fuerzas cubanas no invasoras, de los jefes de divisiones, brigadas y zonas, más nutridas aún, a pesar de no haberse recibido ni un solo tiro de los que debían adquirirse con el dinero enviado por Maceo a la Delegación Cubana de New York: los invasores se surtieron del arsenal enemigo.

El balance o cómputo de las fuerzas invasoras arrojan un total de dos mil ochocientos hombres armados: cuatrocientos de infantería, bien armados, y dos mil cuatrocientos de caballería, con armas de diferentes clases, cogidas en su mayoría al enemigo; y de las de infantería, las dos terceras partes eran también del enemigo.

Si al morir el año de 1895 están ambos caudillos —Gómez y Maceo— a las puertas de La Habana, en Estante, mandando el mismo o mayor número de hombres armados que los sacados de Lázaro López. ¿Puede alcanzarse gloria mayor, sin haber tenido una sola derrota, y habiendo obtenido victorias como las de Iguará, Manicaragua, Mal Tiempo, Coliseo, Güira de Melena, hasta el 4 de enero de 1896?

Miró, en el capítulo «Iberia», de las *Crónicas de la guerra*, traduce estados de ánimos que a él mismo le afectan; se cree por todos volver, retroceder a Oriente; todos lo desean y acarician la idea de abrazar a sus familias y verse de nuevo en el terruño; pero de pronto, desprevenidos, se hallan otra vez cara al poniente, y una marcha de doce leguas y un combate como Calimete, largo, con tres columnas, en el cual les hacen dieciséis muertos y setenta y nueve heridos. Maceo se da cuenta —dice Miró— y dejó entrever su pensamiento de saludar el año nuevo en la provincia de La Habana. Bastó esto para dar

ánimo a la tropa, y «la penetrante mirada del caudillo recorriendo el interior de todos, vino a ser el rayo de sol que aclara los horizontes plomizos de una mañana tempestuosa: ¡tanta era la fe que se tenía en aquel hombre extraordinario!»

Sigue Miró diciendo, en términos más elocuentes aún: «El corneta de órdenes tocó marcha, que prometía ser tan agitada y penosa como la del día anterior; pero al fulgor de aquellos ojos, todo el mundo se dio prisa, y empezó a desfilar la vanguardia con la marcialidad de una tropa que sale del cuartel después de largo descanso.»

Ahí tiene el auditorio que me dispensa el honor de oírme al hombre que vengo describiendo desde el punto de vista bioeugenésico, pintado por Miró, acaso sin darse cuenta de que describe un cerebro completo, porque no fuera ésa su intención. Maceo no ha hecho una alocución, no ha dictado orden del día, no ha hablado, y sólo con su actitud y su mirada, es decir, con su voluntad, se ha apoderado de aquellos heroicos hombres que, admirándole, olvidaron sus sufrimientos ante sus compañeros muertos y moribundos. Así se manifiesta la robusta y atrayente personalidad de Maceo.

Después de Reglita pernoctan en Nueva Empresa, y al pasar la línea de Sabanilla por la tienda «La Isabel», situada muy cerca de Cuevitas, hoy Agramonte, sostiene la columna invasora un combate de poca importancia, y acampa en Empresa o Nueva Empresa. Al siguiente día, temprano, 31 de diciembre, va hacia Manjuarí para colocar sus setenta heridos en lugar lo más seguro posible. Emprende marcha hacia La Habana, y en El Estante, cerca de la frontera habanera, hace alto antes de medianoche, dejando así cumplida la indicación de Maceo, del 30 por la mañana, de recibir el nuevo año en La Habana.

En El Estante fue la verdadera despedida del año 1895. El general Maceo, jefe de la invasión, dictó las órdenes oportunas para que fuera a ocupar su puesto de jefe del 4º cuerpo el general Serafín Sánchez. En su cargo de jefe de la caballería villareña quedó el brigadier Ángel Guerra. Libró nueva orden al general *Mayía* Rodríguez para que viniera a ocupar su cargo de jefe del 5º cuerpo, y otras disposiciones de menor importancia, e inmediatamente ordenó a Roberto Bermúdez, de extraordinario valor, que saliera para La Habana e hiciera una incursión muy sonada y atrevida por las márgenes del río Almendares, a guisa de prevención a Martínez Campos de la presencia de los invasores.

Ocho leguas separan El Estante, último vivac de la columna invasora en Matanzas, de Bagáez primero de la provincia de La Habana, el 1º de enero de 1896. Bagáez está cerca de Nueva Paz, y los invasores se sintieron felices esa noche, a un tiro de fusil de los españoles, sin

ser molestados. La retaguardia venía dando fuego a la caña, y los vecinos de San Nicolás salían el 2 de enero a presenciar el paso de la columna y la voracidad del incendio. El 2 de enero siguen de Bagáez a Coca, colonia donde pernoctó la invasora. Temprano, el 3 de enero, continuaron a Novo, y de Novo, el día 4, sin hostilidad, a Güira de Melena.

Hay que considerar en el más alto grado la habilidad de nuestros caudillos y el temor del enemigo. Sin embargo, Maceo estima perjudiciales los paseos militares, aunque dependan del enemigo cruzado de brazos, y frente a Güira de Melena, el pueblo más importante de La Habana y uno de los más importantes del país por su riqueza comercial, agrícola y territorial, guarnecido por trescientos voluntarios, con abundancia de municiones de guerra, estimó necesario acometerlo. «Surgió —dice Miró— un ligero debate entre los dos caudillos invasores: el general Gómez se oponía al asalto, considerándolo infructuoso; pero el general Maceo, cargando con la responsabilidad del suceso, no sin manifestarle a Gómez que el desarme de los voluntarios era indispensable y que en manera alguna debía dejárseles cobrar ánimo, adoptó todas las medidas que creyó oportunas para que la plaza fuera capturada, si el comandante militar no aceptaba buenamente la capitulación.

Maceo puso en juego sus grandes recursos en los casos supremos, y fue tan grande la acometida, que salieron el cura y varios vecinos influyentes a pedir el cese de la hostilidad de los cubanos, y le ofrecieron solemnemente que los voluntarios se rendirían a discreción. En efecto —dice Miró— se entregaron como prisioneros de guerra cien individuos. El destacamento se rindió al capitán Manuel Aranda. El pueblo ardía en la parte rica y estaba rodeado por buenos tiradores; los que intentaron escapar, murieron.

Maceo ordenó los llevaran a presencia del jefe del ejército; el general Gómez los puso a todos en libertad, no sin arengarlos previamente.

El botín permitió vestirse de nuevo a toda la columna. Los establecimientos comerciales bien surtidos quedaron vacíos, y cien mil pesos y otros valores fueron repartidos entre los soldados. También se apoderaron los invasores de elementos de guerra, trescientas armas de fuego y diez mil tiros, aunque se perdieron muchos miles más por el incendio de la iglesia, asegura Miró. En estos casos, la iglesia oculta las armas y las municiones.

Notad cómo en presencia de los grandes sucesos como éste, en que debe evitarse que estas guarniciones se envalentonen, Maceo encuentra el medio fácil de vencer a los enemigos, y sin pérdidas apreciables, como en este caso; y así, les sitió, hizo imposible la fuga de uno solo, y les acometió con tal energía, que no tuvieron otra salida sino ren-

dirse a discreción. Pero todo ese gran botín es insignificante ante las consecuencias morales de la rendición de Güira de Melena: que todas las demás guarniciones se rindieran sin disparar un tiro, entregando armas, municiones y vituallas.

Es por su fácil ejecución un extraordinario cuadro cinematográfico hablado el que ofrece la columna invasora hasta su frontera occidental, donde todas las poblaciones, generalmente importantes, a ejemplo de Güira de Melena, se fueron rindiendo, algunas vitoreando al jefe de la invasión, al general en jefe y a las heroicas fuerzas invasoras. ¡La Habana entera, de este a oeste, fue recorrida por la heroica columna, apoderándose de armas y municiones, sin haber tenido el menor encuentro con el enemigo!

En resumen, pasó la columna invasora de El Estante (Matanzas) a Bagáez (La Habana), donde pernoctó, el 1º de enero de 1896.

El día 2 pernoctó en Coca; el 3, en Novo; algunos destacamentos cubanos rindieron a los voluntarios y al pueblo de Guara, y tomaron a Melena del Sur, pueblo importante, recibiendo, en ambos pueblos, armas y municiones. De Novo marcha el 4 la invasora a Güira de Melena, lo ataca y toma, obteniendo un botín tanto o más importante que el del Mal Tiempo, con muy pocas bajas de una y otra parte, pero con la influencia moral —rápidamente aprovechada por Maceo— más extraordinaria y jamás vista en una guerra de invasión. El día 5 de enero salió la columna de Güira de Melena en dirección a Alquízar, cuya población entera se entregó con cariño, y los voluntarios, en correcta formación, entregaron armas y municiones, por lo que se respetó al pueblo.

Dice Miró: «La presencia del caudillo oriental en las calles de Alquízar produjo entusiasmo delirante.» De Alquízar a Ceiba del Agua ordenó proseguir Maceo. Había alrededor de Maceo y Gómez «no menos de diez mil hombres de infantería, ochocientos de caballería y alguna artillería, españoles». Acampan en Ceiba del Agua; casi en fuga, los voluntarios se fueron a Caimito, y allí mandó Maceo a Zayas para desarmarlos a todos. Hallan dos depósitos de armas en la iglesia y otras cosas, menos al cura.

El día 6 salió la columna de Ceiba del Agua, y se rindieron los pueblos y voluntarios de Vereda Nueva, Caimito, Guayabal, Punta Brava y el más importante, Hoyo Colorado. El vecindario aclamó a los caudillos y al Ejército Libertador. «¡Qué cosa más estupenda!» —exclama Miró, fascinado ante el poder sugerente de Maceo. La guarnición se entregó con sus armas.

Durante este recorrido de la columna invasora, de este a oeste de La Habana, tomó Maceo los siguientes pueblos guarnicionados: Guara, Melena del Sur, Quivicán, Gabriel, La Salud, Güira de Melena; Al-

quízar, Ceiba del Agua, Vereda Nueva, Caimito del Guayabal, Punta Brava y Hoyo Colorado.

Dice Miró: «Ningún himno glorioso puede interpretar este colosal triunfo.» ¡Sí, el himno eugenésico! Ése es el poder sugerente de este hombre. ¿Coloso? ¿Titán? ¡No, más sencillo, más real, más grande: cerebro completo!

En las bellas *Crónicas* de Miró se hallan esparcidos los conceptos nacidos de su admiración a Maceo, sobre el terreno, en acción, y reunidos todos, explicarían esa visión rápida: de un campo de batalla, por ejemplo, donde el caudillo cubano domina las posiciones del enemigo antes del combate y las suyas de una mirada. Eso le hizo decir a Martí: «Maceo, de una sola mirada, se bebe un campamento», o se bebe una división, como lo hemos visto después de Calimete con la columna invasora, disgustada y triste, y vuelta a la alegría y a la confianza al verle pasar revista.

«Poseía el general Maceo, el arte de producir grandes efectos en la imaginación de los hombres, por cuanto él mismo estaba dotado de exuberante fantasía.» Es raro oír al jefe del Estado Mayor de Maceo hablar de su exuberante fantasía. No era fantasía; cuando él afirmó, durante la campaña de Oriente, su propósito de llevar en la columna invasora a los de conducta dudosa, y afirmó *su seguridad* de llegar al extremo occidental cualquiera que fuera la *oposición* del enemigo, no fantaseaba; decía con naturalidad algo real para él, fantástico para los demás, para Collazo, por ejemplo, que así lo declara con franqueza, cuando supone la decepción de Martí a la vista de los libertadores. Cuando Maceo les dice a sus héroes orientales: «En el llano, el machete es el arma predilecta», no fantasea, y lo demostró con absoluta seguridad en Iguará, donde cogió cincuenta y cuatro rifles y parque; en Mal Tiempo 300 rifles y 10 mil tiros, y en Calimete, donde cogió cincuenta rifles al machete, y fue el peor —para los cubanos— de los combates librados en la invasión, por las bajas que les hicieron, aunque Maceo siguió su marcha, con bandera desplegada, hacia Occidente.

Al traspasar el linde entre Matanzas (El Estante) y La Habana (Bagáez) el 1º de enero de 1896, el total de la columna invasora era de dos mil ochocientos hombres; había un aumento pequeño, pero visible, proporcionado por Iguará y por el botín bélico de Mal Tiempo de Calimete y de algunos destacamentos, y después del recorrido triunfal y glorioso de la provincia habanera, tomando todos los pueblos con sus respectivas guarniciones, desde Bagáez, a Maurín, con escala en Baracoa, lugar éste donde se separaron, el día 7 de enero,

los dos caudillos, la columna invasora había aumentado del modo siguiente:

«El general Maceo hizo formar todas las fuerzas para la designación de los dos contingentes» —dice Miró—. «El general Gómez partió enseguida al frente de la columna que se le asignó, compuesta de los regimientos orientales «García» y «Martí», un regimiento de Matanzas, dos escuadrones de Las Villas y la brigada de infantería, además de su brillante escolta, formando un total de dos mil trescientos hombres.» Además, al general Gómez debía unírsele la brigada de infantería oriental incorporada a la primera división de Las Villas.

Maceo no tardó en salir con su columna, compuesta toda de caballería —dice Miró— en esta forma:

Cuartel General	40	hombres
Escolta del general Maceo	80	"
Regimiento «Céspedes»	490	"
Regimiento «Las Villas»	500	"
Tiradores al mando de Sotomayor	350	"
Asistentes y ordenanzas armados	100	"
Total de hombres armados	1,560,	¡con-

tando ordenanzas y asistentes!

El coronel Álvarez, con quien contaba Maceo, creyendo que estaba en Pinar del Río, se escapó de esa provincia, pero vino a sustituirle el coronel Zayas. El brigadier Bermúdez estaba al frente de sus hombres en Vuelta Abajo.

Del acuerdo tenido en Playas de Baracoa el día 7 de enero, de quedarse el general Gómez en La Habana y seguir Maceo hasta Mantua, resultó la marcha inmediata de Gómez, y a la media hora la de Maceo. Gómez estableció su base de operaciones en el centro de la provincia habanera. Maceo marchó al Noroeste, aproximándose a Pinar del Río. Llegó hasta Banes, de Pinar del Río, y retrocedió esa misma noche del 7 de enero a La Habana; mas no pudo dar un golpe de mano muy sonado sobre Marianao, y tuvo necesidad de abandonar la mala posición ocupada, por aviso expreso de don Perfecto Lacoste, y con el mar al frente y una columna española a la espalda, resolvió enfrentarse con ésta y sostuvo un serio combate entre el ingenio «Lucía» y el ingenio «Palomino». Allí fueron heridos de gravedad algunos jefes y oficiales, y entre ellos, el coronel Federico Pérez Carbó, quien quedó confiado al cuidado de los señores Lacoste por recomendación de Maceo.

Al despedirse Maceo del señor Lacoste para Vuelta Abajo, le dijo este gran cubano, según Miró: —«General: he oído decir a los del

cónclave autonomista que si usted pasaba el estrecho del Mariel, sería más grande que Aníbal.» A lo que contestó Maceo, aceptando con orgullo la felicitación: —«Yo no sé dónde está esa angostura de las tormentas, pero déme mañana por situado en Pinar del Río.»

Con motivo de la revelación diaria de la prensa y de las versiones oficiales sobre el carácter españolizado del vueltabajero y el peligro de operar en las *inmensas llanuras*[1] de Pinar del Río, donde Maceo tendría que hacer la guerra teniendo en contra de la invasión a los campesinos, y la indiferencia con que el héroe oriental oía tales relatos, dice Miró: «Admiremos una vez más el genio de Maceo, sus virtudes militares, su perseverancia, su tenacidad, su diligencia, su amor a la gloria, porque gracias a estas cualidades excelentes no se arredró ante ninguno de los formidables obstáculos de la naturaleza, ni se detuvo ante ninguna barrera alzada por el poderoso enemigo: no vaciló en atravesar las sirtes amenazadoras del estrecho tras el cual se hallaba el grandioso teatro de Pinar del Río, que el genio de Maceo convirtió en el más importante de nuestras luchas, inmortalizándolo con sus épicas hazañas».

¿No os parecen muchas y demasiado grandes cualidades para un arriero vulgar? ¿No os parecen condiciones morales e intelectuales rara vez vistas en los hombres más cultos, con tanta energía, con tanta segurridad y con visión tan real en situaciones en que él está solo en la creencia de lo que afirma?

Pues bien, en esos movimientos en que cruzaba el famoso estrecho de Mariel, estaban las provincias de La Habana y Pinar del Río ocupadas por una gran parte de los doscientos mil hombres a las órdenes de Martínez Campos, para oponerse a ese temible paso, y hubo, por el contrario, momentos parecidos a los gloriosos de la provincia de La Habana, en que villas importantes como Cabañas y Bahía Honda y los pueblos de San Diego de Núñez, Las Pozas, y La Palma se rindieron y entregaron armas y municiones. Cabañas, cuya guarnición, al rendirse, entregó doscientos rifles y quince mil tiros, y donde el saqueo fue completo, se defendió desde las nueve de la noche a la una de la madrugada, y en la acometida se distinguieron el capitán Manuel Aranda y el teniente coronel González Clavel. Las Pozas entregó sin resistencia cien armas de fuego. El administrador del ingenio «San Jacinto» fue fusilado, por espía, y destruido el ingenio. También fueron destruidos el batey y los cañaverales del ingenio «Gerardo», por denuncia del dueño a los españoles, y los embarcaderos «La Mulata», «Río Blanco» y «Verracos».

1 Desde su visita a La Habana, en 1890 sabía Maceo a qué atenerse respecto a la riqueza orográfica de Pinar del Río.

La versión tan antigua y generalizada del españolismo de los vueltabajeros, de las malas condiciones de su suelo para combatir contra una fuerza numerosa y provista de cuanto debe poseer un ejército regular, y los peligros de las corrientes impetuosas del estrecho del Mariel, ha estado oyéndolas Maceo de personas conocedoras del país e ilustradas, amigas de la revolución y admiradoras de él. Es más: entre nosotros prevalecía la misma opinión. El Delegado cubano, Estrada Palma, dice en una comunicación, hablando de Pinar del Río: «esa región siempre refractaria a toda idea de independencia y enemiga de la revolución».

Resueltamente llega Maceo al Mariel, pasa el estrecho, *respetado* por las sirtes poderosas, y toma el camino de Pinar del Río.

Recordaréis cuánto he dicho en el curso de esta conferencia sobre la especialización de Maceo en las enormes dificultades de la invasión, obra colosal de la que depende la independencia de Cuba, con ayuda y sin ayuda; con ayuda de los norteamericanos a cambio de nuestra ayuda, porque sin la invasión hubiéramos recibido peor trato; hubiéramos sido tratados como Puerto Rico y Filipinas, y los norteamericanos han respetado y admirado el medio siglo de nuestras luchas sin armas, sin municiones, sin abrigos ni alimentos, y han reconocido la grandeza de la marcha invasora como el más ingente esfuerzo de heroísmo y de patriotismo registrado en las páginas militares de la historia del mundo. Si Maceo hubiera querido evitar combates de invasión en Pinar del Río, habría llegado a Mantua realizando las mismas rendiciones de villas, pueblos y caseríos, sin más choques que simples escaramuzas;[1] pero tenía la visión clara de lo que sucedería si quedasen solos defendiendo su provincia los vueltabajeros que le habían sido pintados como integristas o sumisos al poderío español, y era indispensable repetirles las lecciones heroicamente aplicadas por los orientales desde 1870; mas el vueltabajero es llanero, montañés y jinete, como el oriental, centauro sobre su corcel, andarín de acero en sus altas e imponentes montañas, en sus tupidos bosques; y contra la propaganda del integrismo, referente a las adversas llanuras pinareñas y a la ignorancia y los hábitos de esclavitud material y moral de sus habitantes, se encontró Maceo con un pueblo culto, inteligente y amante de la libertad y de la justicia, dispuesto en su casi totalidad a derramar su sangre por estos ideales, y abundantes en apuestos jinetes. Como prueba de todo ello se incorporó a la columna invasora Perico Delgado con sus fuerzas; y entre San Diego de Núñez y Bahía Honda lo hicieron Socarrás, hombre valeroso, y el doctor Modesto

[1] Él provocó los combates de Paso Viejo, La Calzada y Las Taironas.

Gómez Rubio, amigo y compañero, hombre de grandes prestigios propios y de familia.

Engrosando sus filas, tomó el general Maceo la Sierra del Pinar, y pernoctó en Pilotos, en donde fueron cariñosamente recibidos y bien atendidos los invasores. El 17 hizo alto en Paso Viejo, a la vista de la capital. Allí tuvo lugar un combate reñidísimo, el combate de la Calzada, en el que todas las ventajas parecían ser propicias a los españoles, pero la victoria fue del bravo Maceo, puede decirse que en presencia de la población de Pinar del Río. De las sesenta y dos bajas que allí lamentamos tuvimos muchas especialmente sensibles, pero una causó más impresión por la juventud que atesoraba y los servicios que venía prestando el patriota caído: el doctor Federico de Latorre. Gravemente herido resultó en la acción el bravo Bermúdez.

El 18 se efectuó la segunda lucha de Las Taironas, sin importancia. Al paso por las Villas de Cabañas y Bahía Honda, siguió el efectuado por Los Palacios, Consolación del Sur, Paso Real, Alonso Rojas, San Juan y Martínez y Guane. Maceo salió el 20 de enero con dirección al término de Guane, donde se habían sublevado los principales habitantes, profesionales y hombres de negocios, arrastrando consigo a multitud de trabajadores, como el famoso Manuel Lazo, los prestigiosos hermanos Fajardo, Luis Pérez, de San Juan y Martínez, y el actual coronel Vidal, Caíñas y otros muchos, como los Rubio, descendientes de la gran cubana Isabel Rubio la heroica capitana, jefe del hospital y muerta a manos de un enemigo, que jamás respetó ancianos, mujeres y niños. Entró en Paso Real de Guane entre once y doce de la mañana. Allí se presentaron los sublevados con un regimiento, denominado «Primero de Vuelta Abajo». Maceo le dio el puesto de honor, la vanguardia, para la entrada en Mantua, última etapa de la invasión.

¡El sargento Maceo iba a izar tranquilamente, como era él, sereno, sin emociones violentas, desconocidas de su corazón, ecuánime, la bandera cubana bordada por las hijas del solar de Agramonte, y entregada a él por el Presidente de la República, Salvador Cisneros, en el instante de separarse el Gobierno de la Columna Invasora, en nombre de las heroicas y bellas camagüeyanas; al *¡Jefe de la Victoria!* Éste prometió clavarla en Mantua, y dejarla al cuidado de sus valerosos hijos y del amor de sus hijas, encantadoras y alegres como sus flores, sus montes y llanos, en medio de la exultación general del pueblo, del llamado «Continente negro», hoy, «Continente heroico».

Una comisión, compuesta de las autoridades y de las personas insulares y peninsulares, más significadas de Mantua, salió, a una hora de distancia, a dar al héroe la bienvenida. Eran las tres de la tarde. ¡Los amigos de la invasión, de todos los momentos, y los enemigos

hasta ayer, unidos hoy en la victoria común! Los cubanos estaban arruinados por sus ingentes sacrificios y el embargo de sus propiedades, y seguirían pobres en general. Los españoles estaban arruinados por las contribuciones de guerra de su Gobierno, y con la República prosperarían: el beneficio material de la victoria sería todo para ellos.

Los cubanos avisados sabían el resultado, y lo aceptaban; la independencia absoluta valía más que las riquezas. ¿No daban por ella la vida? ¿No abandonaban todos los amores creados por el hombre, los amores de la familia y los mil lazos espirituales que constituyen la trama complicada y fina de la sociedad y de la nación?

Intentemos un ligero balance de la invasión y pongamos así más de relieve la personalidad de Maceo. No volveremos sobre los hechos del 68, ni sobre los de la campaña de Oriente o preinvasora.

XII

> La protesta de Baraguá es el acto más arrogante de toda la campaña desde el grito de Yara.
>
> (Del libro *Españoles y cubanos,* por el coronel Francisco Camps y Feliú.)

El día 22 de octubre de 1895 salió Maceo de Baraguá, al frente de la columna invasora, de mil tres hombres, con ¡quince tiros cada uno! De Mala Noche partió con mil cuatrocientos tres. De Antón (Camagüey), con mil quinientos treinta. Pasó la trocha de Júcaro a Morón con este mismo contingente y casi sin parque. Salió de Lázaro López con dos mil ciento sesenta hombres y unos veinte mil tiros. Libró las batallas de Iguará, Manicaragua y Mal Tiempo con los dos mil ciento sesenta hombres citados. Llegó a El Estante, límite occidental de Matanzas, con dos mil trescientos cuarentisiete. Recorrida La Habana por Gómez y Maceo, llegó la columna invasora a la playa de Baracoa con tres mil ochocientos sesenta hombres. Aquí se separaron Gómez y Maceo; Gómez recibió dos mil trescientos hombres, y Maceo se quedó con mil quinientos sesenta ¡para invadir a Pinar del Río! Cruzó el estrecho del Mariel, y fue sobre Cabañas. Terminado el asalto, se rindieron los voluntarios refugiados en la iglesia al capitán Manuel Aranda, y los que ocupaban el Ayuntamiento, al teniente coronel González Clavel, entregándoles doscientas armas de fuego y quince mil tiros. En Las Pozas, Maceo recibió del Alcalde, sin resistencia de nadie, cien rifles. En Paso Viejo se incorporó el brigadier Roberto Bermúdez, con doscientos veinticinco hombres bien equipados, y en Guane se incorporó el regimiento «Primero de

Vuelta Abajo», con quinientos hombres bien armados y municionados, haciendo un total de dos mil quinientos ochenticinco combatientes, al llegar a Mantua, más de dos mil trescientos a las órdenes de Gómez, en La Habana, suman cuatro mil ochocientos ochenticinco, al regreso de Maceo a esta provincia. En cuanto a armamentos, descontando dos mil ciento sesenta que tenía la columna invasora en Lázaro López, no quitados al enemigo después de la salida de Baraguá, llegó a poseer aquélla dos mil setecientos veinticinco rifles arrebatados a las fuerzas enemigas en la marcha triunfal de la invasión.

Miró da la cifra de dos mil treintiséis rifles y setentisiete mil tiros, y agrega, que si se incluyen los rifles cogidos por las fuerzas fijas en sus territorios y por los exploradores de la columna, esas cifras ascenderían al doble: a cuatro mil sententidós rifles y a ciento cincuenticuatro mil tiros arrancados al poderoso enemigo.

¡Triunfo prodigioso!, se dice: ¡No es prodigioso; es eugenésico! ¡Es la obra de un cerebro completo! ¡Es el sargento Maceo! Es, como espera la eugenesia, el tipo del hombre del porvenir.

Oigamos sobre esto al jefe de su Estado Mayor, oigamos al autor de *Crónicas de la Guerra,* oigamos atentos a Miró:

> Sólo Maceo, primer soldado de América, nuestro Aníbal sin competidor, nombre glorioso que ya sonó en las campañas de Alejandro Magno, hubiera sido capaz de conducir a feliz remate empresa de tal magnitud, ardua y peligrosa como ninguna; únicamente él, batallador audaz, capitán intrépido, soldado infatigable, siempre delantero, podía abrir el *camino de la victoria,* (el subrayado es mío) e imponer su autoridad indiscutible a esos hombres de la Sierra de Guantánamo y de los pinares de Mayarí, —agrestes y bravos como los picos de aquellos montes.

Maceo tardó, según Miró, tres meses cabales en llegar de Baraguá a Mantua, recorrió cuatrocientas veinticuatro leguas en setentiocho marchas; tardó diecisiete días en cruzar Oriente; veintiún días en pasear el Camagüey; diecisiete días en batirse bravamente en Las Villas; trece en acabar de quebrantar a Martínez Campos y a sus cuarentidós generales, en Matanzas, y obtener el inmenso triunfo moral de Coliseo, y aun material,[1] de dos mil trescientos hombres contra ocho o diez mil a las órdenes directas de Martínez Campos; ocho días en tomar los veintidós pueblos habaneros, aledaños a su trayecto de Este a Oeste; catorce días en recorrer Pinar del Río y en destruir las fábulas arraigadas

[1] Quemó el pueblo de Coliseo y el ingenio «Audaz» dentro del campo de batalla; Sumidero fue igualmente incendiado; las fuerzas de Martínez Campos, desafiadas a corta distancia de Coliseo; y como resultado final, ocurrió la fuga del Jefe del Ejército español y la marcha triunfal de los caudillos hacia el centro de Matanzas, incendiándolo todo a derecha e izquierda.

sobre el suelo y el carácter del vueltabajero. Ha demostrado que las dos provincias más parececidas, por su constitución geológica, orográfica y guerrera, son Oriente y Pinar del Río. Le faltaba a Pinar del Río poner a prueba sus energías bélicas, «y Maceo ha inmortalizado sus montes y sus llanos con sus épicas hazañas».

He dejado al Forjador de la Victoria, con el valor de sus soldados, su voluntad y su inmenso cerebro, a una hora de Mantua. La Comisión cambió con él el saludo de estilo y las más francas simpatías con los miembros del Estado Mayor presentados por Maceo, y todos juntos, con el regimiento «Primero de Vuelta Abajo» al frente, vitorearon al Ejército Libertador, a la invasión triunfante y a la independencia absoluta.

La columna avanzaba con el deseo legítimo de rendir la última jornada invasora. Sería difícil describir el noble orgullo de los orientales de la Sierra Maestra, de Guantánamo, Baracoa, Bayamo, Manzanillo, Holguín, Santiago. Cada uno se siente un general dispuestos todos a contar con detalles los veintisiete combates de Gómez y Maceo en la invasión y los veintidós pueblos rendidos al asalto o espontáneamente, de donde principalmente tomaron las armas y municiones de que carecía Maceo.

Ellos, dice Miró, cambiaron de caballos en Camagüey, en Las Villas, en Matanzas, en La Habana y en Pinar del Río, y en la marcha se apoderaban de los buenos encontrados a su paso, más de tres mil en Matanzas y en La Habana solamente.

Los exploradores anuncian la vista de Mantua. Se oye un alegre y confuso rumor de epinicio; el pueblo, desbordado, aguarda al Ejército invasor con todas las alegrías de su corazón y todas las aclamaciones de su garganta. Las campanas al vuelo anuncian la presencia en Mantua de los vencedores. Lo que allí pasó no se puede referir con exactitud. Llegaron a las cuatro de la tarde, con el mayor orden echaron pie a tierra, y se fueron acomodando, sin causar molestias, según la expresa orden del jefe. Ese solo rasgo es bastante para comprender el enorme poder de aquel cerebro director. No hay un detalle en su obra invasora, hija de otra fuerza que la de su voluntad.

A la hora de los postres, el Alcalde ofreció champaña al gran militar. —«Gracias —contestó Maceo— no bebo ninguna clase de vinos ni de licores». —«Bien, General; pero le gustaría, como buen cubano, fumar un gran tabaco de Vuelta Abajo». —«Lamento no poder complacerlo, pero no fumo». Y todo eso dicho en tono amable y sencillo: al espectador sin antecedentes de aquel hombre, no se le hubiera ocurrido pensar en el vencedor del gran ejército español, en el Jefe de la Victoria. ¡Los españoles estaban sorprendidos!

Dice Miró que ni Gómez ni Maceo conocían a Occidente. Maceo estuvo el año 1890 en La Habana, y con el general Julio Sanguily, unas veces; con el coronel José María Aguirre, otras, y con «los muchachos de la Acera del Louvre» y otras personas, visitó algunos lugares de La Habana, Matanzas y Pinar del Río, y sin descubrir sus propósitos, trató de conocer el suelo de Pinar del Río, y el carácter de sus habitantes. Esa visita había querido hacerla en 1886; pero le fue negada la autorización por las autoridades españolas de aquella época. De La Habana pasó a Santiago, en el citado año 1890, y no fue para él, inútil, ese viaje a Oriente, donde pudo hablar con sus antiguos subalternos y ponerse de acuerdo con ellos. Muchos de aquellos hombres vinieron con él en la invasión. Los sobrevivientes, con él entraron cubiertos de gloria en Mantua, «último baluarte español del lejano Occidente».

El héroe ciñó moralmente su cabeza con la corona de laurel, y recibió la guirnalda de la victoria; pero nada ocupó su corazón como la satisfacción del deber cumplido: el esfuerzo ingente de la invasión, sin la cual era dudosa la Independencia de Cuba.

Maceo se había impuesto ese deber, como hemos dicho varias veces, desde 1871. En Tegucigalpa, capital de Honduras, escribí el siguiente soneto, relativo al mismo asunto, el año 1883, y el cual fue publicado en *El Yara* de Cayo Hueso, y reproducido, muchos años después, en la revista *Renacimiento*, de Marco Antonio Dolz:

A MACEO, EN SU CUMPLEAÑOS

Grato es nacer bajo dorado techo
y saludar la vida en blanda cuna,
el beso recibir de la fortuna
sin preocuparle el bien que hayamos hecho;

sentir más tarde —dilatado el pecho—
tranquilo goce sin zozobra alguna,
desconocer la punzadora tuna
y el día resumir en suave lecho;

pero es más noble levantar ceñida
de honor la frente que al nacer se hiriera,
sin otro techo, al recibir la vida,

que el duro techo que el Deber le diera.
Y ésa es tu gloria: ¡del Deber al Hombre!
¡Así se escribe en inmortal su nombre!

Tegucigalpa, julio 14 de 1883, fecha de su nacimiento en 1845

El acta histórica del final del acto más grande de la Revolución cubana, la invasión, se levantó en la Sala Capitular de Mantua el día 23 de enero de 1896, con asistencia de las autoridades, personas influyentes y público abigarrado de militares y paisanos, de aquellos soldados que —según Collazo— debieron decepcionar a Martí, y causaban en Maceo inmenso orgullo, y en aquel acto, profunda admiración, respeto y cariño a los concurrentes.

El programa de la fiesta fue obra —según Miró— de los pinareños reunidos en Guane y los caseríos limítrofes. En él consta el respeto de Maceo a la vida humana y a la propiedad y su voluntad de respetar en sus funciones a las autoridades puestas allí por los españoles, así como a los empleados públicos, para mantener con más eficacia el orden interior.

Firmaron el acta el general Antonio Maceo, su jefe de Estado Mayor José Miró, quien pidió copia certificada del documento; el brigadier Juan Bruno Zayas, el gobernador civil Oscar Justiniani, el auditor de guerra José Antonio Caíñas, por los insurrectos, y por los españoles presentes, el Alcalde, el Juez Municipal, un notario, y varios propietarios y comerciantes de Mantua.

EL PERÍODO REVOLUCIONARIO DE 1879 A 1895

Señoras y señores:

Esta conferencia debió haber tenido lugar el dos de marzo, día señalado por mis queridos amigos los doctores Evelio Rodríguez Lendián y Max Henríquez Ureña, en la serie por ellos organizada con maestría sobre historia contemporánea de Cuba; pero el período de dieciséis años que me designó el doctor Max Henríquez en vista de la participación que en él tomé, junto con mis llorados compañeros, los generales Máximo Gómez, Antonio Maceo, Calixto García, Flor Crombet, Carlos Roloff, José Martí, José Maceo, Serafín Sánchez, Mayía Rodríguez, Ramón L. Bonachea, Quintín Banderas y otros ilustres desaparecidos; y el marqués de Santa Lucía, Francisco Carrillo, Emilio Núñez, Agustín Cebreco y Rogelio Castillo, vivos aún para bien de la patria, creada con sus heroicos esfuerzos y los de los próceres surgidos el 95, no por más jóvenes menos esforzados titanes de nuestras épicas luchas; ese largo y movido período, digo, es poco conocido, y por el natural respeto que me inspira el público que aquí se congrega habitualmente, y que tan entusiástico recibimiento me acaba de dispensar al escalar esta tribuna, y por el interés que debemos poner en la mayor exactitud de la historia patria, hube de aguardar en vano algunos datos que se me ofrecieron, y buscar yo mismo en nuestra biblioteca nacional, sin mayor éxito, los comprobantes de los hechos que he de exponer.

Y heme aquí, a 27 de abril, obligado a confiar ese trabajo a mi memoria, no muy feliz de fechas y lugares, aunque bastante de los hechos culminantes que caracterizan esa época de mis mocedades, a través de la que he pasado con vida y con deseos de admirar y de referir a nuestro pueblo en días como éste de sinceridad histórica,

los fundamentos de nuestra independencia y de nuestra libertad, adquiridas al precio del más puro patriotismo, de ese sano y generoso impulso que congrega a los hombres desinteresados alrededor de una idea madre encarnación de la vida, de la familia, de la propiedad y del interés civilizado de un grupo social preparado para hacer obra propia, y para contribuir al mejoramiento y bienestar de la sociedad, como factor importante, principalmente de la parte que sufre, de la que todo lo ha dado sin recibir nada, en cambio, hasta estos últimos tiempos.

Pero antes de proseguir permitidme que hable de mi ausencia del banquete dado anoche por el presidente saliente en obsequio del general Menocal y de sus amigos y compañeros de gabinete, también amigos míos, y algunos muy queridos y todos muy apreciados por mí, referencia que hago por la significación que se le ha querido atribuir por algunos órganos de la prensa; y como me interesa que todo el que lo desee pueda discernir la verdadera causa de mi ausencia de ese banquete, me complazco en saludar al entrante presidente de la República, al vicepresidente y a los señores secretarios, y a fuer de liberal bien intencionado, en declarar que espero del nuevo Gobierno días mejores para Cuba, con la rectificación de la vida política y administrativa que nos agobia, y de la que en manera alguna se puede hacer responsable a la inmensa mayoría del Partido Liberal. Por otra parte, cubanos son como nosotros los que vienen, amantes como nosotros de la felicidad de la patria, y pasado el período de lucha electoral deber es de todos los ciudadanos, y principalmente de los que integran los partidos políticos, propender a que haya una buena administración nacional. Y como no soy pesimista, porque el pesimismo depende de alguna cualidad negativa, o del desconocimiento de las leyes biológicas, y mis cualidades en ese sentido son —permitidme que lo diga— todas positivas, supuesto que me encuentro siempre dispuesto a hacer todo el bien posible a la nación, me creo obligado a pensar que todos los cubanos (que no hayan demostrado después de la independencia lo contrario) están dispuestos a realizar, por lo menos, iguales esfuerzos por ella.

Saludo, pues, a esos nuevos gobernantes cubanos que de seguro pondrán su corazón, su inteligencia y su vida al servicio de la patria.

Cumplido este deber, entro de lleno en el tema de mi conferencia. Pensad que el esfuerzo de memoria que comienzo a realizar en este instante es grande; nos separan de 1879, 34 años. Era muy joven, casi un niño, como muchos de los fieles de aquel tiempo que veo sentados junto a esta tribuna, como los señores Fernando Figueredo, Teodoro Pérez y Néstor L. Carbonell; pensadlo para que seáis más benévolos, si cabe, aunque podéis estar persuadidos de que, si bien

notaréis inevitables y sensibles omisiones de hechos, de personas y de lugares, confirmaréis en todo tiempo la exactitud de cuanto salga de mis labios

Esta es, pues, una exposición testificativa, que podrá completarse en lo adelante por quienes tengan la oportunidad y el tiempo que a mí me faltan de reunir los datos de aquel crítico y por muchos conceptos interesante período.

El precedente histórico de 1879 está sintetizado en el convenio del Zanjón, convenio impuesto por la época y la organización social de la colonia, a los revolucionarios de la década histórica del 68.

Consistía aquella organización social en las facultades omnímodas de un Capitán General, de varios gobernadores y de multitud de capitanes pedáneos enviados por la Metrópoli para gobernar la isla, apoyados en un ejército de mar y tierra, en algunas audiencias sumisas, y en un clero siempre complaciente con el poder. Dividida la sociedad en dueños y esclavos o explotadores y explotados, en blancos y negros, y los blancos en españoles y cubanos, con distintos derechos, era fácil evitar una inteligencia entre los insulares contra sus dominadores. De ahí que los primeros revolucionarios antecesores y contemporáneos de Narciso López pensaran en la anexión como único medio de romper las cadenas metropolitanas, y de ahí que a las causas de las divisiones señaladas viniera a sumarse la anexión en contra de la posible inteligencia de los cubanos intelectuales, distanciando a reformistas y separatistas: los reformistas con Saco a la cabeza eran antianexionistas, y muchos de los revolucionarios con Narciso López al frente, anexionistas.

En 1868 no se podía hacer aún, como se ha visto, una revolución total con probabilidades de vencer, sino una revolución removedora de los obstáculos que impedían la franca inteligencia de los habitantes del país. Así lo comprendieron Céspedes y Aguilera que libertaron sus esclavos, y los inmortales miembros de la Asamblea de Guáimaro, cuyos nombres gloriosos deben repetirse siempre para grabarlos en la memoria y en el corazón de nuestro pueblo: la Asamblea Constituyente de Guáimaro reunida el 10 de abril de 1869, fue presidida por Carlos Manuel de Céspedes, actuando como secretario Ignacio Agramonte, y respondiendo a la lista de representantes Antonio Zambrana, Francisco Sánchez, Miguel Betancourt Guerra, Jesús Rodríguez, Antonio Alcalá, José Isaguirre, Honorato del Castillo, Miguel Jerónimo Gutiérrez, Arcadio García, Tranquilino Valdés, Antonio Lorda, Federico Betancourt y Eduardo Machado, que escribieron la página más gloriosa de la historia de Cuba, con un valor y un desinterés frente a los esclavistas que eran los dueños del dinero, comparable sólo a la convicción que tenían de que mientras no desapareciera la escla-

vitud, Cuba no podía ser libre; y contra la institución monárquica proclamaron la república, contra el gobierno personal establecieron el gobierno constitucional en plena guerra; contra la esclavitud proclamaron la abolición completa y la igualdad de todos los hombres ante la ley, y contra el régimen colonial y la anexión, la independencia absoluta y la república democrática.

A los cinco años de formidable lucha armada dentro, los revolucionarios de fuera empezaron —acaso sin darse cuenta de ello— a descuidar el envío de armas y municiones. Las expediciones despachadas fueron apresadas en su mayoría y fusilados los expedicionarios. El ejército separatista no *acometió la invasión* estimada por todos indispensable, sino para diezmarse en los gloriosos combates de «Las Guásimas» y «Naranjo», y producir las «Lagunas de Varona», síntomas de descomposición y de muerte que tuvieron su principio en la deposición funesta de Carlos Manuel.

En esa época, Occidente solo, producía tanto como antes del 68 la isla entera, y el gobierno colonial podía sostener la guerra con recursos de la colonia, además de los empréstitos que pudo contratar. Logró España aislar la revolución —organizada y potente en Oriente y Camagüey,— impedir la propagación de sus principios en Occidente, y mantener desde Las Villas hasta Pinar del Río inalterable *la esclavitud con todos sus horrores, el boca-abajo y el grillete, la venta separada de los padres y de los hijos, del marido y de la mujer.* Durante los últimos cinco años el ejército cubano se vio obligado a tomar las armas y las municiones necesarias para la defensa de su causa, en las fortalezas enemigas, sin calzado, sin sombrero, sin ropa, sin alimentos, sin medicinas sin refuerzos y lo que es más grave, sin que el resto del país se diera cuenta de la importancia de tantos sacrificios.

¿Cómo hacer en ese estado de la conciencia pública la propaganda de las doctrinas revolucionarias entre los pacíficos de Occidente, sustituyendo el hábito de sumisión por el gérmen de la rebeldía significadora? ¿Cómo lograr la abolición de la esclavitud en toda la isla? ¿Cómo obtener la inteligencia entre todos los insulares y los peninsulares identificados con las aspiraciones del país? De una sola manera: *estableciendo una tregua que permitiera y organizara la propaganda. Tal fue el convenio del Zanjón.*

¿Quién concibió ese convenio? ¿Las circunstancias? ¿La Providencia? Nosotros decimos que las leyes biológicas que por igual rigen los fenómenos de la vida social y los de la vida individual; que el hombre, eslabón de la cadena social, factor y fenómeno a la vez en la lucha por la existencia, orienta unas veces, otras es orientado, impone a ratos determinados hechos, ideas determinadas, y en otros se los im-

ponen a él, ¡que a tanto alcanza el influjo de la herencia, del medio y de la selección natural en acción constante sobre las multitudes, con o sin la mediación de la conciencia invidual!

Así se explica que los mismos que pactaban el Zanjón se mostraran disgustados, intranquilos, protestantes; que una parte numerosa de los jefes, y entre ellos los principales caudillos, prefiriera salir de la isla, y se irguieran otros en la hermosa protesta de «Baraguá», si no más aguerridos mejor municionados, y ajenos por esto a la necesidad inmediata del Zanjón, como lo demuestra la última batalla ganada por Pedro Martínez Freire, a Santos Pérez, terror éste de Guantánamo al frente de sus guerrillas, destrozadas, no obstante, como he dicho, al finalizar la guerra del 68. Prueba de que se trataba simplemente de una *tregua* fatal e ineludible.

Y si el pacto del Zanjón fue una tregua indispensable para conseguir la total abolición de la esclavitud, y llevar a cabo la propaganda de las ideas revolucionarias a la sombra de la legalidad resultante, tenían que surgir como corolario dos acontecimientos que llenaron el período subsiguiente de dieciséis años, del 79 al 95: primero *el agente* de propaganda legal, segundo *el agente* continuador de la labor revolucionaria que dificultara la paz completa en la colonia. De ahí la formación del Partido Autonomista, y la constitución de las Juntas Revolucionarias que mantuvieron sin descanso la amenaza de una nueva guerra, porque el Zanjón no era ni debía representar la *paz*, el Zanjón era una *tregua, interrumpible* el día en que la conciencia del país permitiera continuar sin obstáculos insuperables la lucha por la independencia.

Examinemos esos dos acontecimientos empezando por la constante labor revolucionaria, que hizo inútil la obra del Zanjón para la metrópoli y fructífera para Cuba. En 1874 ocurrió un hecho que pareció decisivo en contra de la revolución, que consternó a los patriotas ya quebrantados moralmente con la muerte de Agramonte en 1873 (11 de mayo), y la de Céspedes en 1874 (27 de febrero). Todos recordaréis que el general Calixto García Iñiguez, tuvo la heroica arrogancia de esculpir en su frente la estrella solitaria con la última bala de su revólver, y de ofrecerla con sus despojos al enemigo antes de ser su prisionero de guerra. Y ese coloso que cayó al parecer perdido para su causa, que arrancó lágrimas de eterna despedida de millares de ojos que en él veían una esperanza de redención, que debiendo haber sido fusilado se salvó por su estado moribundo, ese hombre glorioso que sobrevivió para encabezar en su día —como el más caracterizado de los jefes de aquel momento por no haber participado en el Zanjón— la protesta armada contra aquel pacto.

Hallábase en las prisiones militares de «San Francisco» el héroe de cien batallas, desesperado por las noticias que llegaban de un arreglo posible entre la metrópoli y la colonia; los jóvenes que vivíamos en intimidad con él (Antonio Rojas, Rafael Fernández de Castro, Varela Jado, Raimundo Menocal y otros muchos) teníamos el mismo estado de ánimo. Las visitas menudeaban, y al fin se concertó la fuga del general García, y por una imprudencia, como generalmente ocurre, se descubrió por el gobierno español. Fue, en consecuencia, trasladado a una fortaleza de Pamplona, y tratado con mucha severidad; su calabozo era oscuro y húmedo; en poco tiempo se había hinchado y debilitado en extremo, a tal punto que su pobre madre —a quien acompañé desde Madrid— perdió la esperanza de volverlo a ver; por fortuna los preparativos de la paz mejoraron su situación, y en 1879 fue puesto en libertad.

Algunos meses más tarde celebró José Antonio Cortina varias conferencias en Madrid con jóvenes de la colonia cubana, a propósito de afianzar en Cuba un partido eminentemente cubano, heredero de la revolución y propagador de la autonomía, un partido, decía, en el fondo separatista a larga fecha (declaración póstuma que hago porque Cortina fue siempre partidario de la independencia, tanto que cuando murió estaba en relaciones con Máximo Gómez, con Maceo y conmigo), *partido que uniera* a todos los amantes de la personalidad cubana dentro de la legalidad. Por aquellos mismos días habíame anunciado el general García desde Nueva York, la llegada a España, presos, del brigadier Flor Crombet, y de los coroneles Pedro Martínez Freire, José María Rodríguez y Beola. Con grandes dificultades conseguimos que los mandaran a Madrid con la ciudad por cárcel. Nos ocupábamos en comunicarnos con los jefes que quedaron en Santiago de Cuba para que si se veían amenazados se lanzaran al campo. De manera que, cuando Cortina hacía la propaganda por su partido, yo me entrevistaba con los jefes presos, y declaré a mi amigo José Antonio que no creía posible ninguna evolución política que tuviera por base la sinceridad del gobierno metropolitano, del que en aquella época jamás fui amigo; abrigando, en cambio, la firme creencia de que la solución del problema cubano estaba en la independencia, sólo realizable desgraciadamente por medio de la guerra. Y nos separamos, Cortina para Cuba legal, yo para Cuba revolucionaria.

Entre las telas de un puño de camisa, si mal no recuerdo, llevaba yo el documento redactado por Pedro Martínez y firmado por Mayía, Flor y Beola. Siguiendo las instrucciones verbales que me dieron, fui a mi llegada a Santiago a la botica del actual general Tomás Padró Griñán; me hice reconocer y fui presentado por él a los coroneles José

Maceo, Quintín Banderas, el capitán Néstor Prado y a Guillermón, no así al general Santos Pérez ni al coronel don Silverio del Prado.

Al siguiente día, recibí en el hotel, la visita del jefe del Partido Autonomista, Urbano Sánchez Hechavarría, ilustre abogado en quien tenían la vista fija para ponerlo al frente del movimiento, Crombet, Martínez Freire y Mayía; pero después de la prisión de ellos, suponían con razón que Urbano estaría aterrado, y acaso en contra del movimiento, y aunque todos confiábamos en su caballerosidad, me advirtieron que no me franqueara con él, ni con Guillermón, a quien dominaba Urbano. A Guillermón, decía José Maceo, «lo sacaremos a la fuerza en su día».

En la misma actitud en que estaba Urbano se había colocado Santos Pérez, y en vez de un amigo debíamos esperar que nos combatiera. Santos Pérez, gran admirador de Martínez Freire y de Crombet después de la guerra, que como ellos estimaba lo suficiente a Urbano Sánchez para aceptar su jefatura, creía asegurado el triunfo de los cubanos con la llegada de Calixto y de Antonio Maceo... Pero Calixto y Antonio Maceo no llegaron. Flor, Pedro Martínez y Mayía estaban presos, y el 26 de agosto cuando por evitar la prisión de Maceo, Banderas y otros nos sublevamos en Santiago a las siete de la tarde, bajo la jefatura de dichos jefes y la de Guillermón, sacado de su casa enfermo y sin entusiasmo, Santos Pérez no solamente no salió (como ya lo había advertido), sino que redujo a prisión a don Silverio del Prado, hábil medida para librarse los dos de las sospechas que de ambos tenía el gobierno. Como se ve, nació herido de muerte por la prisión de Pedro Martínez, Flor y Mayía, y por la demora de Calixto y Antonio Maceo, el movimiento más grande que en su iniciación ha tenido lugar en Cuba. Solo así ha podido darse el nombre de «Guerra Chiquita» a la más grande de las recién nacidas revoluciones, *demostrativa de la protesta del país contra el Zanjón, y demostrativa también de que no se había hecho aún la propaganda necesaria;* de otro modo Occidente hubiera secundado en el acto a Oriente, y la luz imperceptible que en los anales históricos de Cuba señala ese período, sería el foco más luminoso del gran período de luz de nuestras decisiones heroicas, es decir, del gran período de sublime protesta armada de un pueblo cansado de los ultrajes sistemáticamente inferidos a la dignidad humana, principalmente con el sostenimiento inicuo de la esclavitud.

Como habréis podido advertir, el general García marchó a París de paso para Nueva York. En la capital del mundo celebró una conferencia con el doctor Betances, propagandista incansable de la Confederación Antillana y delegado de la independencia de Cuba en París.

En Nueva York, constituyó Calixto un comité revolucionario en el que figuraron como presidente, don José Francisco Lamadriz; vi-

cepresidente, don Juan Arnau; secretario, Pío Rosado; y tesorero, Leandro Rodríguez.

Su propósito era allegar fondos para que el general García enviara una expedición y condujera la suya propia. Con Calixto se comunicaban Pedro Martínez, Flor y Mayía, jefes con José Maceo, Guillermón y Quintín, de Santiago, Manzanillo, Holguín y Baracoa; Santos Pérez y don Silverio de Guantánamo; Mariano Torres, de Manzanillo; Pancho Carrillo, Angel Maestre, Arias, Cecilio González y otros de Las Villas y Colón; y José Antonio Aguilera y José Martí, delegado y subdelegado respectivamente, de La Habana. Mantenía las relaciones entre Oriente y Occidente, el coronel Pedro Martínez Freire, hombre culto, arrogante, de una belleza varonil poco común, y de una sinceridad desconocida en estos tiempos que corremos. Un día desgraciado para Cuba, ordenó Polavieja su prisión en Jovellanos, de regreso de La Habana, y encerrado en el Morro de Santiago, en donde ya le aguardaban el brigadier Flor, preso en su lecho de enfermo; el coronel Mayía y el coronel Beola, reducidos a prisión a la misma hora, y enviados después a España, según he dicho antes. Con esas prisiones quedó deshecho el vasto plan de Pedro Martínez y aprobado por Calixto, de nombrar jefe del movimiento en Oriente a Urbano Sánchez Hechevarría hasta la llegada de Antonio Maceo, y jefes de cuerpo y de brigada a los generales Santos Pérez, Flor Crombet, Guillermón y a los coroneles José Maceo, Quintín Banderas, don Silverio del Prado, Bartolomé Masó, Pancho Carrillo, Angel Maestre, y a otros muchos en Holguín, Manzanillo, Bayamo, Baracoa, Las Villas y Colón.

Este plan lo conocían en parte Urbano Sánchez, Santos Pérez, jefe que había sido de las guerrillas españolas derrotadas por Pedro Martínez, en el último combate del año 1878, y en *toda su extensión* el brigadier Flor Crombet, el coronel José Maceo y el coronel Pedro Martínez Freire, jefe moral de aquel gran movimiento, y con la prisión de Martínez Freire y compañeros, y el retraimiento de Urbano Sánchez y de Santos Pérez, quedaron sin orientación los demás jefes orientales. A orientarlos vine yo de Madrid a Santiago, cuando me despedí de José Antonio Cortina en la capital española, esperanzado de salvar ese vasto plan de guerra.

Si el 26 de agosto hubieran estado en Santiago los jefes que se hallaban presos en España, principalmente Pedro Martínez, Flor y Mayía, la ciudad hubiera sido tomada y hechos prisioneros el gobernador y demás autoridades, y tomado el armamento y el parque disponibles, porque hasta las doce de la noche no reaccionaron los españoles. Al día siguiente hubieran salido columnas de todas partes y por todas las vías disponibles para Santiago, y los insurrectos se hubieran visto en la precisión de abandonar la capital de Oriente, pero

imaginaos el efecto que la toma de Santiago hubiera producido dentro y fuera del país. No se hizo así, los revolucionarios abandonaron la ciudad sin molestar a nadie, ni apoderarse de un fusil ni de una canana, por temor a la responsabilidad derivada de la propaganda racista que se hacía en la prensa.

En esos días habían llegado a Santiago las instrucciones del general Antonio Maceo, para los jefes y oficiales de Oriente, Las Villas y Occidente, comprometidos a salir, órdenes nacidas de la seguridad que Calixto había dado a Antonio Maceo de que sería él, jefe de la vanguardia, como jefe natural que era de Oriente. Reunidos José Maceo y Quintín, me dieron la orden de salir al siguiente día para La Habana con las instrucciones del general Maceo expresivas en papel de china manuscrito del nombre, apellido, grado, fecha del lugar de la sublevación y del departamento. En contestación me limité a pedir que se borraran los nombres de las personas indicadas por si yo caía en poder del enemigo, no se perdiera más vida que la mía. «Si usted tiene miedo —me contestó el coronel José Maceo,— no faltará quien las lleve como han sido recibidas». En ese caso yo las llevaré, y trataré —si me cogen— de destruir los nombres.

Y en una caja de pañuelos fueron colocadas las órdenes cuidadosamente por la ilustre Doloritas Rodríguez Mena, madre de nuestro llorado compañero Mayía Rodríguez, y salvando las dificultades y peligros consiguientes a estas empresas arriesgadas pude entregar a José Antonio Aguilera, delegado revolucionario en La Habana, y a José Martí, subdelegado, los documentos que ya esperaban en casa de la valerosa patriota señorita Ana S. Pando, hoy envejecida y pobre, que goza de un pequeño sueldo como inspectora de niñas en la Dirección de Beneficencia, es decir, un sueldo pequeño para quien se ocupaba en aquella época en desempeñar comisiones grandes, peligrosas e ingratas, como la de reunir fondos para los cubanos en desgracia, que unas veces se llamaban Estrada Palma, Calixto García, y otras un pobre soldado de nuestro ejército, o una cubana prisionera, que su corazón estaba siempre al servicio de sus compatriotas, aun guardando prisión en Isla de Pinos.

En La Habana nos reuníamos todos los días a horas distintas y en diferentes lugares, José Antonio Aguilera, José Martí y yo, para ocuparnos de las armas que debíamos mandar a Las Villas y a Matanzas. Aprovechando la presencia en esta capital de mi cuñado señor Tirso Mesa, me puse de acuerdo con él para mandar unas armas a Manguito con destino al ingenio «La Vega». Hallábanse empleados en dicho ingenio los hermanos Betancourt, encargados de recogerlas, y sin que hasta ahora sepamos lo que ocurrió en esos días en el gobierno civil de Matanzas, es lo cierto que una guerrilla de Colón

se presentó en «La Vega» y dio muerte a machetazos a dichos hermanos, procedentes de la revolución del 68, esto es, capitulados en el Zanjón.

Con ese motivo nos pusimos en espera de alguna persecución y antes que pasara mucho tiempo, fueron reducidos a prisión y enviados a España, José Antonio Aguilera y José Martí, Anita Pando a Isla de Pinos, otros muchos cubanos fueron encarcelados, y yo pude escapar para los Estados Unidos en un vapor americano. Un guardaalmacén de apellido Heredia se me presentó antes de las prisiones de referencia a ofrecerme recursos en nombre de los empleados del ferrocarril de Matanzas para que siguiera a Nueva York, en donde me aguardaba el general Calixto García. Como yo desconfiaba del ofrecimiento, Heredia me refirió mi odisea desde que salí de Madrid, con tal precisión, que me convencí de que no podía ser espía quien, enterado como lo estaba él, no me había denunciado. Dí las gracias, excusándome de recibir dinero por no necesitarlo, y aproveché la primera oportunidad para embarcarme. El intérprete de un hotel, cuyo nombre lamento no recordar, me facilitó una cédula con nombre supuesto, y me sacó valerosamente del hotel a las doce del día y me condujo a bordo en un bote.

Martí llegó a Nueva York procedente de España, de donde se había escapado, y entró a formar parte del comité revolucionario en la vacante que produjo el señor Lamadriz, por haber tenido que marchar a Cayo Hueso. El general García había regresado en esa fecha de Kingston, Jamaica, en donde se hallaba el general Antonio Maceo, aguardando la orden de salida para Oriente, según había manifestado en las comunicaciones que acompañaban las órdenes de que fui portador de Santiago a La Habana. El general García —oyendo desgraciadamente a Pío Rosado que no podía perdonarle a Maceo un triunfo ruidoso con la sola compañía que mandaba después de haberse retirado Pío Rosado con el grueso de la fuerza por evitar una derrota— el general García, digo, resolvió dar el mando de la expedición al brigadier Gregorio Benítez, hombre de gran valor, pero desconocido en Oriente, y sin suficientes prestigios en Camagüey, de donde era nativo, y en donde había asumido la jefatura en los tristes días del Zanjón. Ese paso desacertado produjo en los sublevados orientales hondo disgusto. Benítez se vio solo y se corrió a Camagüey, en cuya provincia le hicieron también el vacío, y murió sin haber logrado medir en forma sus armas con las del adversario.

El desaliento que este hecho produjo empezó a surtir sus efectos en las fuerzas mandadas por Mariano Torres, que se embarcó para Jamaica; en las de Maceo, Guillermón y Quintín. Dos cónsules extranjeros de acuerdo con el gobierno español —a lo que parece, que de

esto último no tengo más datos que la convicción moral que abrigaban José Maceo y Quintín— ofrecieron sus buenos oficios a los jefes insurrectos para que depusieran las armas, a condición de dejar en libertad a todas sus fuerzas, y de ser ellos conducidos al lugar que escogieran en el extranjero. Así había salido Antonio Maceo, después de Baraguá, con sus ayudantes, y así quiso salir José Maceo con sus hermanos y demás jefes y oficiales; pero en vez de Martínez Campos, se trataba de Polavieja, que en alta mar los hizo trasbordar a un cañonero español en calidad de prisioneros con rumbo a las prisiones españolas de Africa, hecho indigno que no rechazó el gobierno español —acaso porque no lo conoció tal como tuvo lugar—. España no supo jamás cuál era la verdadera situación de Cuba, sus procónsules hacían de este desgraciado país lo que les venía en ganas sin que la metrópoli supiera contestar otra cosa que: «Así lo exige la integridad de la patria y la conservación del principio de autoridad», dos frases huecas que servían para encubrir todos los desaciertos, las filtraciones y los crímenes de aquellos tiempos de despotismo y de crueldad. El general García ignoraba, como todos nosotros, lo que estaba sucediendo en las filas cubanas, y aunque ya habían matado a Benítez y él por falta de recursos había demorado su salida, resolvió un día del mes de marzo de 1880 embarcarse para Cuba con algún dinero que le envió Pancho Carrillo. José María Aguirre y yo debíamos acudir con el grupo de Roloff. Hubo una equivocación de trenes y no llegamos a tiempo. Nuestra desesperación fue inmensa, y en el primer vapor que salió nos trasladamos a Kingston (Jamaica). Allí supimos que la goleta que conducía al general García había tenido que arribar a las costas jamaiquinas, en donde se vio obligado dicho jefe a seguir a Cuba en un bote con una parte solamente de los expedicionarios que salieron con él de Nueva York, y entre ellos Pío Rosado, Gutiérrez, Johnson y el italiano Argenta. Cuando el general llegó a Cuba, no pudo comunicar con Guillermón, José Maceo y Quintín, y éstos rindieron sus armas por aquellos días, quedando el general García sólo con el pequeño grupo de amigos que le acompañaban. Tenazmente perseguido por el brigadier Valera, jefe de una guerrilla compuesta en su inmensa mayoría de cubanos muy prácticos de aquellos lugares, fue perdiendo a sus compañeros, primero a Pío Rosado, y a Argenta, hechos prisioneros, y fusilados en Bayamo; más tarde Gutiérrez y Johnson, muertos en una sorpresa, y convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, convino con sus restantes fieles en conseguir un bote que los llevara a Jamaica. Comisionó a ese efecto al capitán Urbina, hombre de confianza, para que entrara en Holguín y entregara una carta a un compadre de Calixto, pidiéndole el bote. Urbina fue visto y vigilado hasta la casa, de cuyo hecho enteró al

destinatario, y éste, hombre avisado, se presentó al general español con la carta, pidiéndole la vida del general García, y de sus amigos. No quedaban más insurrectos en Oriente que ellos; el general Valera, que lo sabía, se mostró caballeroso, mandó un piquete con orden de que quedara a distancia, y a Urbina con un cesto lleno de alimentos de que carecían los insurrectos en absoluto. Esta solución sorprendió e indignó al general García, mas sus compañeros lograron convencerlo de que no debían hacer resistencia inútil, y accedió esta vez por los demás el suicida del 74, y se entregó *él* sin condiciones a cambio de que se respetara la vida y la libertad de sus pocos compañeros.

El general Francisco Carrillo, coronel en aquella época; el general Emilio Núñez, teniente entonces, y el coronel Braulio Peña, sargento, no sabían lo que ocurría con el general Calixto García, y siguieron luchando en Las Villas, no obstante la confirmación de la rendición de los Maceo, Banderas y Guillermón. Roloff, Aguirre y yo, teníamos ya organizada nuestra expedición, cuando se publicó en Kington la noticia de la rendición del general García, la de Carrillo más tarde, y por último la de Emilio Núñez y Peña. Nosotros hicimos entrega a los jefes de emigración de Kingston de los materiales reunidos y del dinero recolectado que no había sido empleado en armas y pertrechos. En esos mismos días llegó a Kingston, de Haití, el general Antonio Maceo, que luchó inútilmente por formar una expedición con que auxiliar a sus hermanos, Moncada, Banderas y Calixto García.

En resumen, el gran movimiento que comenzamos en Santiago el 26 de agosto de 1879, duró escasamente un año. La prisión de Martínez Freire, Flor Crombet y Mayía hizo retroceder a Urbano Sánchez y a Santos Pérez; la equivocación del general García, enviando a Benítez en vez de Antonio Maceo, disgustó a los orientales y determinó a Moncada a no presentar combate, temeroso de que se tuviera el movimiento por una lucha racista; la demora del general García en acudir inmediatamente después del 26 de agosto, y la intervención de los cónsules de Francia e Inglaterra, facilitó la rendición de las fuerzas cubanas en los momentos en que Calixto García desembarcaba, y por último, la entrega del general García con los suyos, motivó más tarde la de Carrillo y Emilio Núñez en Las Villas, y todo lo dicho trajo el fracaso de la expedición «Roloff-Hernández-Aguirre». Y era que aún no se había hecho la propaganda de las ideas revolucionarias en el resto de la isla, *la tregua* debía seguir durante algún tiempo bajo la constante amenaza de la guerra. Así se concibe que al mes escaso de haber llegado Antonio Maceo a Kingston, procedente de Haití, en donde trató inútilmente de acudir con una expedición en auxilio de José, Quintín, Guillermón y Calixto, tratáramos de preparar un nuevo plan revolucionario.

Desde la guerra del 68, estaban distanciados Gómez y Maceo de Roloff, y en esas condiciones no podíamos hacer nada. Calixto preso nuevamente, quedaba descontado del presente plan. Vicente García, a quien nos habíamos dirigido, daba la callada por respuesta en su residencia de Caracas. Y tomé a mi cargo restablecer las relaciones entre Antonio Maceo y Roloff, primero, y entre Roloff y Gómez, después. En efecto, el general Gómez, que estaba en la república de Honduras de comandante militar del puerto de Amapala, vino a Kingston (Jamaica) en busca de su familia.

Inmediatamente nos reunimos él, Maceo, Roloff y yo; Maceo y yo hicimos que se abrazaran Roloff y Gómez, sin previas explicaciones, como antes había hecho yo abrazar a Maceo y a Roloff, y acordamos runirnos todos en la república de Honduras para establecer en ella nuestro cuartel general.

Gómez se llevó la familia, y preparó la entrada de Antonio Maceo como comandante en jefe de la capital Tegucigalpa; Maceo y Gómez prepararon la llegada mía y la de Roloff. De ese modo el año de 1881 nos hallábamos reunidos en Tegucigalpa Maceo, José Joaquín Palma, el poeta; Tomás Estrada Palma, administrador de correos, y yo, que ejercía mi profesión de médico, sin aceptar ningún destino, a fin de conseguir con mi independencia profesional y la de mi carácter, las simpatías de los habitantes de la República en beneficio de mis amigos los militares. Al comienzo del año 82 llegó a Honduras Flor Crombet y Mayía, escapado de España, como Flor, se fue a Santo Domingo, y Pedro Martínez Freire se quedó en Madrid, en donde había contraído matrimonio con una española.

En 1882 estábamos en Honduras, Maceo comandante de Puerto Cortés y Omoa, Máximo Gómez en San Pedro Sula, sembrando añil (cultivo que no conocía); Rafael Rodríguez (el tuerto Rodríguez, que había sido jefe de la caballería de Ignacio Agramonte), gobernador de las islas de Rohatan; Flor Crombet, comandante del departamento de «La Paz»; Carlos Roloff, gerente del banco de Amapala; José Joaquín Palma, director de «La Paz», órgano del gobierno; Tomás Estrada Palma, administrador de correos; Juan Masó Parra, capitán de la guardia de honor del presidente; Manuel Morey, coronel jefe del cuartel, y Alejandro González, tenedor de libros de una casa de comercio. Yo seguí conservando mi independencia, así acepté la dirección del hospital de Tegucigalpa sin sueldo, y más tarde una cátedra sin sueldo, esto es, que acepté los cargos por servir al país, pero sin emolumentos que excitaría el descontento de los nativos. Esta conducta me valió las simpatías y el aprecio de toda la República, y la confianza de los políticos de todos los partidos, allí donde los padres tienen a veces desconfianza de los hijos, los maridos de

las mujeres, porque es tan grande el espionaje establecido por el Presidente, que se han roto los sagrados vínculos de la sociedad, del hogar, cimentados en el amor, en el respeto y la dignidad de la familia en los pueblos de superior civilización.

Quedó, pues, organizado nuestro campamento bajo mi dirección política, por mi libre posición, situación de confianza que deliberadamente me creé en el país con mis amigos.

Desde Tegucigalpa respondía yo solícitamente a las excitaciones que se nos dirigían de todas las emigraciones, principalmente de New York, de Cayo Hueso, de Tampa, de Kingston (Jamaica), del canal de Panamá, de Filadelfia y Santo Domingo; apaciguaba los ánimos cuando se emprendía alguna campaña de odio contra los autonomistas o los españoles. Recuerdo que en uno de mis artículos a *El Yara*, de Cayo Hueso, sobre los autonomistas, contesté: «no hablemos de separatistas ni de autonomistas, de cubanos solamente, y más que de cubanos de hombres, que de todos los que en Cuba viven necesitamos para llevar a fin nuestra obra de independencia y de libertad». «Podemos considerarlos equivocados, pero no malos cubanos, pues desde el punto de vista evolucionista buscan los autonomistas el bien para Cuba; los españoles defienden intereses contrarios a los nuestros, y si bien es cierto que en nuestra independencia ven equivocadamente su ruina debemos pensar que tienen esposas, hijos e intereses cubanos, y y que ha de llegar el día en que tengamos que convivir al amparo de nuestra bandera, y entonces estarán de más los odios que hoy engendremos y alimentemos impolíticamente en nuestros corazones, y peligroso mañana para la paz de la República.»

«No debemos perder de vista sin vacilar un momento, que seremos independientes y dueños de nuestro porvenir.» «Reguemos, por tanto, el amor a boca llena, que el odio, fácil como todo lo malo, constituye el principio de disolución de las sociedades organizadas, y el de muerte en las que tratan de organizarse.»

En los comienzos de 1883 la difícil situación económica de Cuba y la natural impaciencia de los que vivíamos entregados en absoluto a la obra de manumisión y de independencia agitó los centros de emigración de tal manera, que en todos ellos los emigrados tomaron el acuerdo de pedirnos que nos pusiéramos al frente del movimiento que de todos modos surgiría de un momento a otro. Ya Ramón Leocadio Bonachea recorría como prueba del desbordamiento las emigraciones con la noble esperanza de organizar la revolución bajo su jefatura. Ya Limbano Sánchez el valiente, y Varonita el intrépido intentaban lanzarse por su cuenta y riesgo, y aunque nosotros no estábamos íntimamente convencidos de que había llegado el momento de agitar nuevamente el país con todas las probabilidades de éxito,

no dejaba de preocuparnos la desorganización que se iniciaba por Bonachea y Limbano, influyendo en nuestro ánimo la insistencia de hombres como los coroneles Serafín Sánchez, Mayía Rodríguez, Paquito Borrero, José Dolores Poyo, los hermanos Bavastro, el doctor Mayner, los hermanos Machado, fuertes manufactureros de Kingston, y su encargado el noble y entusiasta patriota José Pérez, padre de mi joven e ilustre amigo Luis Marino, etc., etc., y por último, el ofrecimiento hecho a los generales Máximo Gómez y Maceo por don Félix Govín si juntos se ponían al frente del movimiento, de contribuir con cien mil pesos, y buscar dos amigos que dieran igual suma.

Estábamos, cuando eso sucedía, a fines del año 1883. El general Gómez me había escrito varias cartas hablándome de la posibilidad de que tuviéramos que adelantar los sucesos de acuerdo con los deseos de los emigrados. Seguía Maceo de comandante general de Puerto Cortés y Omoa, Gómez en San Pedro Sula, Flor de comandante general de «La Paz», pedido por otro departamento en donde residía la plana mayor de los adversarios políticos del gobierno —cosa que más adelante explicaremos— Roloff de gerente del banco de Amapala; Morey, jefe del cuartel; Rafael Rodríguez de las islas de Rohatan y Tomás Estrada Palma de administrador de correos de Tegucigalpa, en donde yo residía. Un telegrama me anunció que el general Gómez estaba grave con pulmonía en San Pedro Sula, a 90 leguas hondureñas, en gran parte parecidas a las cuchillas de Baracoa, por donde no pasan nada más que los pájaros y las mulas amaestradas de aquella república. Tomé una mula en la capital, por telégrafo se anunció por orden del presidente a todas las estaciones mi salida, para que se me tuvieran preparadas mulas de repuesto. Mis jornadas fueron de 30 leguas por día, descansaba una hora y marchaba de día y noche. A los tres días tuvieron que desmontarme en la morada del general Gómez. Nadie había hecho un viaje tan rápido en la república de Honduras en donde se tenían altísima idea de nuestra honorabilidad, de nuestra independencia de carácter, de nuestro patriotismo y valor, y ahora de nuestra resistencia física y de la energía de nuestra voluntad.

El general Gómez se curó, y en su morada nos reunimos Maceo, él y yo; y en atención a los ofrecimientos de Govín y de los ruegos reiterados de los emigrados, decidimos comenzar el movimiento que duró sin interrupción hasta fines del 1886, según más adelante veremos.

Recibí la comisión de avisar a mi regreso para la capital al general Flor Crombet en su comandancia de «La Paz», en donde acababa de solucionar un grave conflicto a gusto del gobierno y de sus ene-

migos: era, pues, Flor, la confianza del gobierno y la garantía de sus adversarios.

En el departamento de «La Paz» en efecto, se conspiraba contra el gobierno presidido por el general Luis Bográn, Crombet no estaba bien enterado, y un día lo llamó el Presidente, y le mostró las pruebas que tenía de la conspiración. Crombet se limitó a decirle que él era el responsable del orden, y si el Presidente no tenía confianza en él mandara su sustituto; si tenía confianza que se le dejara en libertad de proceder, porque si bien él le debía fidelidad al gobierno, le debía a sus adversarios la garantía de sus vidas y de sus propiedades. Con la confianza plena del gobierno regresó a «La Paz», llamó a los jefes de la conspiración y sin decirles que el Presidente le había enterado de sus planes, él les demostró que los conocía y que los venía siguiendo desde su comienzo. Que sabía había llegado para ellos el momento de dar el golpe acordado, y que por eso los llamaba para decirles que tenía tomadas sus precauciones y que si intentaban *moverse* los reduciría a prisión, y desde ese momento no respondería de la suerte que pudiera caberles, que a él no le tomarían jamás el cuartel sino después de muerto, ni consentiría que el gobierno persiguiera a uno solo de los comprometidos, una vez que desistieran de sus locos empeños. Así destruyó ese gran movimiento, el gobierno se lo agradeció mucho, y acaso por la primera vez en la República no se expatriaba, encarcelaba o fusilaba a los autores de una revolución descubierta. Otro departamento en donde vivían los más autorizados y numerosos enemigos del gobierno pedían a éste les mandara de comandante general a nuestro ilustre compatriota Flor Crombet. Hallábase, pues, disputado por dos departamentos en que predominaban los adversarios del gobierno como una garantía para ellos, cuando llegué a comunicarle las instrucciones que para él me dio por escrito el general Máximo Gómez, y que por una casualidad conservo en mi poder y voy a leer:

«San Pedro, 10 de junio de 1884. General Flor Crombet. Estimado general: El doctor Hernández lleva instrucciones para usted para que las cumpla si está dispuesto a ello. Asimismo le hago el encargo que le instruya de todo con relación al asunto, como uno de los jefes de mi mayor confianza.

Puestos los dos en perfecto acuerdo seguirán la ruta marcada hasta converger al punto indicado, para de allí seguir cumpliendo posteriores determinaciones. Con eso basta por ahora. Lo abraza su afectuoso general. (f.) *M. Gómez.*»

En el acto ese insigne patriota envió conmigo al general Bográn su renuncia, y al leerla Bográn, me dijo: «En este momento me ha prestado un gran servicio, ha hecho fracasar una revolución y mis adversarios políticos de "La Paz" y de "Comayagua" me lo piden como

una garantía. Ustedes me causan un gran perjuicio haciéndole abandonar ese puesto que tanto ha honrado. ¿No podrían ustedes dejarlo hasta el instante en que vayan a emprender viaje a Cuba?» Nada podríamos hacer en ese sentido, general Bográn, le respondí: Crombet no se quedará. Además, tiene la misión de acompañarme en el desempeño de varias comisiones. Lo único que podré hacer en obsequio de usted es rogarle que no me acompañe a Guatemala y El Salvador. Tardaré un mes próximamente en evacuar las dos comisiones cerca de los gobiernos de esas repúblicas amigas, pudiendo al recibir un telegrama mío, aguardarme en el puerto de Amapala para seguir viaje al canal de Panamá y de allí a New York, en donde nos reuniremos. Maceo, Gómez, Rafael Rodríguez y yo, con otros jefes procedentes de otros países, como Francisco Carrillo, Emilio Núñez, Rogelio Castillo, el marqués de Santa Lucía y José Martí.

Como lo hice con Crombet, visité al señor Estrada Palma, y le entregué una carta del general Gómez, en la que le decía que al emprender ese movimiento no podía ni quería dejar de contar con él. El señor Estrada Palma me contestó que no tomaba parte en ese movimiento porque él era anexionista. Cuando le dije al general Gómez la contestación de don Tomás, el general la comentó en términos muy pintorescos, aunque era una opinión que Estrada había sustentado en plena guerra del 68, como Narciso López y otros revolucionarios antiguos; y que menciono para ser fiel en la relación histórica que estoy haciendo del período que me ha sido encomendado. Por lo demás, don Tomás fue Delegado, después presidente de la República, y gobernó bien a mi juicio, los tres primeros años de su período presidencial.

El general Luis Bográn, recién venido al poder que había recibido de manos del señor Soto, con las arcas del tesoro público vacías, envió por mi gestión tres mil pesos al general Gómez para los primeros gastos, lamentándose de no poder hacer más. Con nuestros propios recursos —según consta en una carta que guardo del general Máximo Gómez— salimos de Honduras, yo el primero para Guatemala y el Salvador. El general Bográn me rogó que me fuera sin fijar día, porque enterado el público de que abandonábamos el país, se preparaba para hacernos una ruidosa despedida, cosa que había de molestar al cónsul de España. Así lo hice: una madrugada desaparecí, y durante el día recibí muchos telegramas de cariñosa y sentida despedida. No olvidaré jamás el aprecio de que fuimos objeto en aquella república, de nobles habitantes, honrados a carta cabal, e interesados en nuestra independencia como nosotros.

No obstante los 31 años que han transcurrido, conservo vivos los sentimientos de gratitutd que guardo a la sociedad hondureña por la confianza y el cariño con que nos trataron. Cierto que nuestros gene-

rales se portaron siempre muy bien, no abusaron jamás de la hospitalidad que se les brindó, ni del poder que les fue confiado. Sirvieron al gobierno sin divorciarse del pueblo, como es allí costumbre principalmente en los extranjeros. Un día pensó el señor Marco Aurelio Soto, presidente de Honduras por las bayonetas de Guatemala, volver sus armas contra su protector aprovechando la presencia de nuestros amigos y el justo renombre de que gozaban como aguerridos militares, porque Barrios, presidente de Guatemala, le había ordenado que abandonara esa presidencia en la que resultaba infiel a la unión centroamericana que acariciaba él. Llamado por el señor Soto a la capital con ese objeto, acordamos contestarle que ellos debían al gobierno que utilizaba sus servicios entera fidelidad para la conservación del orden y el sostenimiento de las instituciones; pero desde el momento en que surgiera un conflicto con otra república hermana, ellos preferían renunciar sus cargos, porque habíamos venido a Centroamérica a sumarle amigos a la causa de Cuba, y no a crearle funestas enemistades. Que en tal virtud, presentaban todos la renuncia de sus importantes cargos.

El presidente Soto no las aceptó y optó por abandonar la Presidencia que no había obtenido por el voto de sus conciudadanos, con quienes no podía contar por faltarle el apoyo material de Guatemala. Su salida fue un motivo de regocijo para el noble pueblo hondureño, generalmente mal tratado por sus gobernantes —en la época a que me refiero—. Decía que me había dirigido de Tegucigalpa a Amapala para tomar el vapor que había de conducirme a Guatemala. En ese vapor y en el tren que desde la costa me condujo a la capital guatemalteca, sentí un deplorable estado de ánimo por la necesidad en que estaba de verme delante de un tirano. Tenía de Rufino Barrios la peor idea que se puede tener del *rey intelectual y moral de los demás animales*, algo así como un caníbal encariñado con las desgarraduras lentas de la carne para contemplar mejor la sangre destilante entre los estremecimientos de la víctima.

Llegué al fin, encontré alegre la ciudad, bella, más bella que muchas ciudades europeas y americanas. La ciencia y las artes se traducían en el proceso corriente de la vida; me hallaba sin duda en una sociedad civilizada, rica, de buen gusto. Y me pregunté si podía presidir este grupo humano de superior cultura, un tirano, sin ninguna duda menospreciador de la dignidad humana. De ese modo me habían pintado a Barrios, visité a un elevado personaje del gobierno, persona cultísima, atenta, quien me comunicó al siguiente día que Su Excelencia me recibiría a las tres de la tarde. El palacio estaba lleno de soldados, atravesé varios cuerpos de guardia antes de llegar al salón de recibo. Se adelantó mi amable introductor para anunciarme, y observé que temblaba y palidecía. Aquel hombre culto, de maneras desembara-

zadas, acostumbrado al trato de los hombres y a la amplitud de los salones aristocráticos europeos, estaba cohibido, encogido, sin saber hablar delante de su dueño y señor. Era cierto lo que me habían dicho, pensé, Barrios es el tipo de los tiranos centroamericanos. Me recibió sentado, con la cara de una seriedad ofensiva hasta que se retiró el caballero, y quedamos solos. «Vd. habrá oído decir que soy un tirano, y no carecen de razón los que así se expresan. Era yo el caudillo popular por mi origen humilde, de una revolución efectuada contra los clericales y aristócrtas acaudillados por Carreras. Los grandes y los virtuosos de mi partido nombraron presidente a un insigne patriota y hombre bueno y justo. Ese insigne repúblico renunció por no poder *complacer a sus enaltecedores*. Como gozase yo fama de valiente al mismo tiempo que de tímido —en el concepto del trato social— los dioses me escogieron para *moralizar* el país, practicar la *hegemonía* sobre los demás estados, y *realizar en su día la «Unión Centroamericana»*, según me dijeron enfáticamente. Esos hombres me inspiraban un respeto rayano en el temor de lo grande, de lo excepcional. Sus consejos eran órdenes para mí; pero no tardaron en pedirme tantas prebendas y sinecuras, privilegios contra los desvalidos, el manejo para personal beneficio del tesoro público, la corrupción de los tribunales de justicia, es decir: el restablecimiento de la situación derribada por esos mismos vicios, sin que jamás volvieran *a tratar* de la misión que traje al poder. De esa manera fui gradualmente perdiendo el respeto que les tenía, y convenciéndome de que eran tan corrompidos y falaces como los clericales; y un día, cansado de tantas exigencias, los arrojé del palacio, y busqué para gobernar el concurso del pueblo. Y hoy, esos soberbios de ayer, pequeños de espíritu, faltos de civismo, tiemblan en mi presencia como unos azogados. Con esta arma los manejo (me mostró un látigo), y me obedecen como niños, más exactamente: como esclavos.» Barrios se había transfigurado, se había sentado decentemente, su cara era amable, su acento parecía sincero, sus frases breves y enérgicas. Y cuando me habló de la Unión de Centroamérica se iluminó su rostro, y tradujo en sus palabras la resolución de una firme voluntad al servicio de una gran idea, la de la unión de todas las repúblicas del Centro; Barrios se consideraba el sucesor de Morazán. Paso a paso me iba interesando algo ese hombre; no era el presidente de pequeñeces, de constantes hipocresías y mentiras de otras repúblicas, que se tenían por literatos y estadistas, y delante de ellos no osaba pronunciar un discurso ningún ciudadano porque sus excelencias no sabían hablar, y les desagradaba que en su presencia se permitiese alguien otra cosa que leer. Mi relativa simpatía por Barrios se acrecentó por el interés con que oyó el mensaje de Gómez y de Maceo, agregándome al final que durante su gobierno había reconocido Guatemala la beli-

gerancia de Cuba, a pesar de la actitud asumida por España, y que él empeñado en aquel instante en que hablábamos en la realización de su ideal de Unión Centroamericana, nos ayudaría después con dinero y con su espada, que *a la gloria de haber constituído una gran nación de cinco países minúsculos, ansiaba añadir la de pasar a la historia como un libertador.*

Barrios a poco dirigía personalmente la invasión de Centro América. Una bala perdida le privó de la vida en un combate, y a Cuba la dejó sin el concurso de un amigo que me figuro que hubiera cumplido su palabra. El otro rasgo que me lo hizo menos antipático fue el de su valor; montaba todas las tardes, solo, un brioso caballo, y recorría las principales calles de la ciudad. Barrios era tirano con los grandes, benévolo con los pobres, franco y valeroso, como que tenía un *Ideal* que cumplir, como que no estaba en el poder *exclusivamente para embolsarse* parte de los ingresos públicos.

Pasé de Guatemala a El Salvador, y se había ausentado su presidente Zaldívar para quien llevaba otro mensaje, y naturalmente, regresé al puerto hondureño de Amapala, en donde me aguardaba Flor Crombet, para seguir juntos al canal de Panamá.

Allí encontramos una emigración cubana entusiasta, que nos retuvo quince días. Eran los jefes, Coroalles, doctor en medicina; Calás, antiguo enemigo del Zanjón, del que constantemente protestaba, como la inmensa mayoría de los que en él participaron; Besosa, ingeniero empleado en los trabajos del canal; Juan Bravo, cubano de color, bien acomodado y generoso cuando de la patria se trataba, y otros muchos cuyos nombres he olvidado lamentándolo, porque quisiera mencionarlos a todos, que bien lo merecen.

Terminada una recolecta que se efectuó para favorecer el movimiento que iniciábamos, marchamos a New York, habiendo telegrafiado antes a Martí, que estaba un tanto retraído desde 1880, en que fracasó la revolución dirigida por Calixto con su cooperación, y conmigo disgustado porque no acepté el cargo de delegado en Kingston, en 1880. Nos recibieron en la estación neoyorkina Martí, Enrique Trujillo, Cirilo Pouble, Juan Arnao, compañero de Narciso López, Félix Fuentes, Leandro Rodríguez, Rubiera, López Queralta, el doctor Párraga, el doctor Luis y multitud de cubanos que acudieron a presenciar nuestra llegada.

Formábamos la vanguardia de Gómez y Maceo, que de Honduras pasaron a New Orleans, Cayo Hueso y New York, en donde se nos unieron el general Carrillo (Pancho), el capitán Emilio Núñez, Braulio Peña, Rafael Rodríguez, el comandante Rogelio Castillo, y más tarde aún el coronel José Maceo y el coronel Agustín Cebreco, recién escapados de Mahón.

El coronel Maceo, se había escapado antes de Chafarinas y había sido entregado por una autoridad inglesa de Gibraltar a las autoridades españolas. Inglaterra destituyó a esa autoridad (el gobernador) y reclamó los presos, que fueron mandados a Mahón con la ciudad por cárcel, de donde se escaparon con otros cubanos.

En Nueva York nos hospedamos en la calle 9 número 21, Este, hotel de familia de Mme. Griffou de Muro, en donde habían parado casi todos los insurrectos de la revolución del 68, huéspedes de Nueva York, desde Bembeta a Antonio Maceo.

Recibimos centenares de visitas Crombet y yo durante los ocho o diez días que precedieron a la llegada de Gómez y Maceo. Visitamos a nuestra vez un comité revolucionario presidido por don Juan Arnao con Pouble de Secretario, formado para preparar —como lo había hecho— a Limbano y Varonita, ya en ruta para el canal cuando nosotros en el canal embarcamos para Nueva York.

Fue una contrariedad para nosotros que habíamos escrito a Limbano y a Bonachea, que no se expusieran a un fracaso; Limbano y Varonita reunieron en el canal varios expedicionarios —entre los que estaba Martín Morúa Delgado— para tomar pasaje a bordo de un vapor español y apoderarse de él en alta mar.

Algún expedicionario imprudente o algún espía del cónsul español, impidió llevar a cabo esa arriesgada empresa. Morúa vino a Nueva York a reunirse con nosotros en momentos en que ya habían llegado a la gran ciudad Gómez y Maceo. Limbano y Varona se embarcaron, y aparte Bonachea y los suyos, para Cuba, y fueron tenazmente perseguidos, abandonados de los cubanos, y muertos unos en el campo, los primeros, y prisioneros al desembarcar y fusilados Ramón Leocadio Bonachea, Plutarco Estrada y otros cubanos dignos de mejor suerte, por su patriotismo, su tenacidad y su fe. Esta los perdió; creyó Bonachea que él solo movería en su auxilio a todos los cubanos, y la experiencia había demostrado antes que sin Gómez y Maceo era poco menos que imposible. Las sociedades tienen sus hombres-ídolos producto de los grandes éxitos por ellos alcanzados, y del concurso imprevisto de muchas causas concurrentes, Gómez pudo haber quedado sepultado en el Zanjón, sin crédito y sin confianza, pero Maceo, que se creció en Baraguá haciendo frente él sólo a todo el ejército español, dijo a los que le acusaban que no era el responsable, que era muy valiente, el guía de todos los guerreros cubanos, y su maestro de él a quien admiraba y a cuyas órdenes se ponía, y Gómez resurgió al conjuro del grande entre los grandes Antonio Maceo. Calixto pudo haber caído en olvido —y por algún tiempo lo estuvo— después de la Guerra Chiquita, pero su falta se redujo a no haber tenido calma suficiente para esperar a que desapareciera la esclavitud y se terminara la propaganda

separatista, a cargo —quisiéranlo o no— de los autonomistas, representantes legales, pero representantes al fin, de la única protesta activa y constante de inmediata influencia en todo el país, en contra de la organización colonial; falta común a todos nosotros la de Calixto, pues yo confieso llanamente que no me hice ni podía hacerme esos razonamientos en aquella época en que carecíamos de experiencia, y del sentido crítico que proporciona el desarrollo de los sucesos acaecidos en un período cualquiera de la historia de un pueblo. Si el Zanjón hubiera sido el producto de la reflexión de los que en él intervinieron, lo hubieran realizado cinco años antes; si nosotros hubiéramos tenido la seguridad de que en el año 79 no estábamos aún en condiciones de volver a la guerra, algunos hubieran conscientemente ayudado la propaganda *separatista legal* que en un momento dado planteó Juan Gualberto Gómez, e hizo reconocer por el Tribunal Supremo de Madrid el señor Labra, y otros hubiéramos aguardado fuera el momento oportuno indicado por el país; conducta esta última que establecimos nosotros anunciando desde la tribuna que no deseábamos importar la revolución. Limbano y Bonachea no tuvieron, pues, nexo alguno con nosotros en sus aisladas expediciones.

De manera que, reunidos en el hotel de Mme. Griffou, empezamos a trazar el plan que debíamos seguir en la preparación de expediciones, y a estudiar los lugares adecuados en que cada uno de los jefes debía desembarcar.

Los generales Gómez y Maceo participaron al señor Govín nuestra llegada, motivada entre otras razones por la promesa que no habréis olvidado nos hizo en su nombre y en el de sus amigos de contribuir con doscientos mil pesos ($200,000.00). Figuráos, señores, la sorpresa que debió causarnos el silencio del señor Govín. Como se le tratara con alguna severidad, se excusó con el general Gómez diciendo que en aquellos momentos tenía pendiente una reclamación al gobierno de España, que fracasaría si le demostraban que alentaba una revolución separatista. Los generales Gómez y Maceo reunieron, afortunadamente, a su paso por el Cayo, cinco mil pesos (5,000.00), que con el dinero de Bográn y el propio de cada uno de nosotros, sirvió para los primeros momentos. Con ese dinero tuvimos que enviar varias comisiones a México; quiso el general Gómez que fuera Martí, y éste mostró placer en que se le designara, y comenzó a decirle a Gómez lo que haría inmediatamente después de su llegada, y Gómez que tenía en la mano una toalla para ir al baño, le interrumpió diciéndole: «Lo que usted haya de hacer allá lo acordaremos con calma, ahora prepárese para salir lo más pronto posible», y se retiró al baño. Martí se despidió visiblemente contrariado, y escribió a poco una carta a Gómez anunciándole en términos excesivamente duros que se separaba del movimiento. Por esa

razón en todo ese largo período se notará la ausencia de Martí, no obstante los esfuerzos personales que hice para atraerlo, como veremos más adelante.

En vez de Martí se acordó que saliera para México el general Antonio Maceo; para París, Flor Crombet y yo; para Santo Domingo, Francisco Carrillo; para Kingston, José Maceo y Cebreco; para el Cayo, Rafael Rodríguez. De cada uno de esos lugares debía salir una expedición, y el general Gómez en la de Santo Domingo acompañado de los generales Serafín Sánchez, Carillo y Paquito Borrero, los coroneles Mayía, Barnet y algunos oficiales. El general Carlos Roloff que no figura esta vez, había quedado en Honduras, enfermo, aguardando órdenes de Gómez, y el coronel Emilio Núñez debía preparar su expedición en Filadelfia, lugar de su residencia, y en Nueva York.

En estos momentos llegó a Nueva York Antonio Zambrana, que se puso a las órdenes de Gómez, y le acompañó en la gran ciudad americana.

A partir de este instante os daréis perfecta cuenta de la importancia de dos hechos que voy a señalar. Primero, sin el concurso de Govín y de sus amigos, el movimiento —que debía empezar con doscientos mil pesos— quedaba en *situación precaria,* al extremo de hacerse difícil el desempeño de las comisiones acordadas; segundo, las expediciones que —según el plan convenido— debían salir para Cuba, había necesidad de prepararlas con desembolsos de los emigrados, pobres en su inmensa mayoría, porque los ricos —generalmente— no dan más que para las causas que tienen asegurado el triunfo sin su concurso; o en otros términos más sencillos, sólo están dispuestos por lo regular a tomar asiento en el banquete de la victoria, *que se empeñan,* con todos sus entusiasmos, *en abonar.*

Los comisionados recibimos las órdenes en pliegos cerrados: Maceo debía dejar preparado en México, al brigadier Angel Maestre, como lo hizo, y reunirse oportunamente al general Gómez; Crombet y yo debíamos ver en París al ilustre doctor Betances y al general Luperón; éste había salido de París para Santo Domingo. Con Betances visitamos a los cubanos de la gran ciudad, que debéis suponer acomodados por el solo hecho de vivir en ella. Fue recibida la comisión con la cortesía propia de gentes bien educadas, pero sin el calor que inspiran las causas nobles como la que representábamos. Sin embargo, el doctor Betances quedó hecho cargo de recibir las cantidades con que prometieron contribuir tan pronto como llegaran a Cuba las primeras expediciones. Regresamos a Nueva York, y los demás comisionados ocuparon sus puestos y empezaron con diversa fortuna los trabajos que les habían sido confiados.

A nuestro regreso de París, encontramos al general Gómez ausente, sin dinero; no tenía a su vuelta a Nueva York con qué pagar los gastos de hospedaje en casa de Mme. Griffou. Entre las pocas prendas que nos quedaban, disponíamos de un solitario de brillantes que me había regalado el señor Abelardo Zelaya, ministro de Hacienda de Honduras, agradecido por la curación de un hijo que creyó perdido, ahijado del general Bográn, presidente de la República. Lo entregué al general Gómez para que lo utilizara, y se le ocurrió proponérselo al señor Govín en calidad de empeño por mediación de un ilustre cubano que acompañaba en esos días al general. El señor Govín se negó a recibirlo en esas condiciones, y no se ofreció para salvar la situación que él había contribuido a crear, en ninguna forma. Otra persona empeñó el solitario, y en esos difíciles momentos celebramos una íntima entrevista el general Gómez y yo. «Si usted me deja libertad completa para levantar fondos, pronto sabremos si es o no posible continuar este movimiento.» El general Gómez me dijo que con cuarenta y cinco mil pesos ($45,000.00) podíamos ir a Cuba, según los cálculos que había hecho. Quedamos en que yo saldría para Cayo Hueso al siguiente día, y a bordo encontré con cierto asombro a Alejandro González, su secretario particular, que llevaba al mismo lugar otra misión. La de él dificultaba la mía; no tenía yo para qué decir que Gómez carecía de dinero, cuando había entregado a Maceo y a él cinco mil pesos ($5,000.00) y Gómez pedía al presidente del comité reservado «Carlos Manuel de Céspedes», que le enviara seiscientos pesos ($600.00) para pagar el hospedaje. En el pliego cerrado que me entregó a mí ponía a Cayo Hueso con veinte mil pesos ($20,000.00) cuando habíamos convenido en que yo tenía amplias facultades para reunir los cuarenta y cinco mil cómo y dónde pudiera. Conseguí en el Cayo —gracias al buen juicio de Gonzalito, su secretario— reunirle los seiscientos pesos sin que se enteraran los emigrados de la situación del jefe, e hice caso omiso de la instrucción del general. He aquí los comprobantes que leo por el valor histórico que tienen:

«Club C. M. de Céspedes. Cayo Hueso. Secretaría.

Señor Tesorero: De orden del señor Presidente, y para llenar otra del general Máximo Gómez, sírvase poner a disposición del doctor Eusebio Hernández, representante en esta ciudad de dicho General, la suma de seiscientos pesos de los fondos de nuestro Club, para atender al desempeño de una comisión. Cayo Hueso, enero 6 de 1885. (f) *J. D. Poyo Estenoz,* Secretario p.s. Vto. Bno.: *Enrique Pérez,* Presidente.

Páguese a don Alejandro González, secretario del general Gómez. (f.) *E. Hernández.*

Recibido: *Alejandro González.*

Recibida la suma de seiscientos pesos. New Orleans, 12 de enero, 1885. (f.) *M. Gómez.*»

En aquella época era yo un joven de inagotable entusiasmo, y de convicciones tan firmes sobre la necesidad de la guerra para obtener la independencia, que con facilidad conseguía convencer a mis oyentes. No engañaba a nadie, oía a todos, no hablaba más de lo que debía, iba a todas partes, y procuraba proceder de un modo impecable haciendo una vida ejemplar: era un verdadero apóstol.

Comencé mis gestionse en el Cayo diciendo a un grupo de cubanos pudientes, que el general Gómez estimaba en cuarenta y cinco mil pesos la suma necesaria para despachar las expediciones antes enumeradas; que yo entendía que si salíamos inmediatamente y no teníamos tropiezo, podría alcanzar con esa suma, pero la menor contrariedad nos proporcionaría demoras, y con ellas gastos de consideración a cargo de lo recaudado. Que en tal concepto se necesitaba *el doble*, con la condición aun de proceder con rapidez, y al Cayo correspondía —en el reparto hecho— contribuir con cuarenta mil pesos ($40,000.00), de ellos treinta mil ($30,000.00) podían prestarlos cinco cubanos ricos: Gato, Soria, Marrero, Recio y Canals, al comité; que se obligaba a pagarlos con el producto de la primera recolecta que se hiciera después de la llegada de la primera expedición; los diez mil restantes los recolectaríamos en las manufacturas de tabaco. Antes de dar este primer paso, me enteré bien de quién era la persona que en el Cayo inspiraba más confianza a todos los miembros de la colonia. Se me dijo por ricos y pobres que don José Francisco Lamadriz, que era un gran patriota, de la familia del gran cubano don Benigno Gener, y que como éste, había agotado su fortuna protegiendo a los cubanos presos y ayudando a la revolución. Cuando hablé al señor Lamadriz de mi misión, en la que necesitaba de su concurso, me contestó que «nada podría darme porque nada tenía; ni siquiera la actividad, que había perdido con la juventud». «Su prestigio inmenso», le contesté, y cuando le hice saber la causa que me llevaba a su casa, me abrazó llorando por la confianza que merecía al pueblo, y por el paso que —a pesar de mis pocos años— acababa yo de dar. «Cuente conmigo, y desde ahora le anuncio que usted triunfará, porque los cubanos son muy patriotas en todas partes, y aquí más que en todas partes, pero se les ha explotado tanto en nombre de la patria, que con razón se muestran recelosos. Sin embargo, usted procede de una manera que no deja lugar a la menor desconfianza, y me será grato ayudarle a salir victorioso para bien de Cuba y de la confianza en nuestra causa y en nuestros hombres.

Convinimos en que las cantidades aprontadas por los señores antes mencionados, quedaran depositadas en la caja del señor Recio por el

señor José Francisco Lamadriz a disposición del general Máximo Gómez, y que los diez mil pesos restantes los recaudaríamos entre los tabaqueros y los pequeños industriales.

Visitamos con ese motivo el señor Lamadriz y yo, todos los talleres, y en ellos obtuvimos un éxito completo; si alguien contribuía en el acto, como sucedía a veces en medio de la calle, recibía el dinero el señor Lamadriz. Tuve oportunidad en aquella ocasión de ver el amor que profesa el pueblo cubano a su independencia; los pobres querían desprenderse de cuanto tenían y alistarse como expedicionarios; los únicos indiferentes que encontré fueron los viciosos, los jugadores de oficio, y los de mal vivir, porque aun los obreros llevados de ideas cosmopolitas, las sacrificaban por la patria, y concurrían al campo de batalla por esa Patria que todavía nada les ha dado.

Fue esa, señores, para mí, una gran escuela política y social; allí vi en lucha encarnizada *el egoísmo y el altruismo: el egoísmo como una ley de la naturaleza; el altruismo como un producto de la sociedad, y debiendo resultar lo contrario, eran los más egoístas los más ricos y los más intelectuales, fueran unos y otros procedentes de las más elevadas o de las más bajas clases sociales.* Esa diferencia en favor del pueblo dependía del *consenso* de los patriotas ante el ara santa de la independencia, ideal del que pendían todos los espíritus, como sucede en las luchas por una idea que llega a sobreponerse a los interesses de la familia y aun la propia vida. Los pobres en aquella época generosa se ponían fácilmente de acuerdo alrededor de la causa de la independencia; los ricos necesitaban *ver amenazados* sus intereses, por lo menos tener la seguridad de que en su *actuación* no corrían el menor riesgo. Y sin embargo, *los pobres de mi patria no han merecido aún la atención de nuestros gobernantes.* Esos tabaqueros debieran haber sido inmortalizados ya en un monumento que haga imperecedera su memoria y que ofrezca a las nuevas generaciones el ejemplo de la historia altísima de sus sacrificios. Sin ellos no estaríamos en esta tribuna reconstruyendo nuestra epopeya sin temores como estamos en este momento, los más o menos favorecidos de la fortuna, pues sigue dándose el caso de que ni para oir relatar la historia patria se tenga la costumbre de contar con ellos. ¡Qué justificadas están sus ansias universales de llevar a la práctica las grandes reformas sociales que han de mejorar su condición, única manera —por otra parte— de asegurar la paz que tanto necesita la *actual estructura social.*

Notad que todos contribuyeron; los ricos con la esperanza de recuperar el dinero que adelantaban, los pobres con la única de ver a la patria libre. No censuro a los que prestan su dinero en momentos en que el dinero es el factor principal, no; pero permitidme que aplauda a los que lo dan con todo su corazón y con su vida.

Inmediatamente después de reunir los cuarenta mil pesos (40,000.00), puse un cablegrama al general Gómez a New Orleans llamándolo al Cayo para que recibiera el dinero, y rogué al señor Fernando Figueredo firmara otro diciéndole que era urgente su presencia. Vino; le presenté a las personas que habían suscrito el préstamo, e indiqué a los señores Lamadriz y Recio que hicieran entrega de los diez mil pesos de los tabaqueros, y me retiré de la reunión. Al siguiente día me pidió el general Gómez que fuera a Kingston a activar los preparativos de la expedición de José Maceo, y a preparar en su favor el ánimo de los cubanos de Jamaica que se resistían a aceptarlo como jefe. Mi llegada a Kingston, en donde ya se conocía mi triunfo en el Cayo, fue objeto de una cariñosa manifestación de bienvenida. En esa emigración todos me querían por haber dejado en 1881 recuerdos muy gratos, y mi persona era de todos estimada. No tardé en conseguir que se aceptara la jefatura del general Gómez, y se me prometiera hacerle un gran recibimiento; y antes del cuarto mes estaba listo el general José Maceo. Así lo comuniqué al general Gómez, y le agregué que había resuelto marcharme con José. Esta noticia llegó a oídos del general Antonio Maceo, quien, además, por ser mi amigo, tenía por mí la admiración que yo sentía por él; nos queríamos y nos respetábamos. En una carta que a continuación me escribió, me dice lo que yo lamento no poder leer, porque esa carta está en poder del señor Sanguily, pero creo que en ella se leen estas frases: «¿En qué he ofendido yo a Cuba? Si mi padre resucitara, a mi padre no le cedería el honor de ser su compañero de expedición».

El general Gómez pasó del Cayo a Nueva Orleans, en donde recibió al general Antonio Maceo de regreso de México después de preparar y despachar la expedición del brigadier Angel Maestre, por una determinación del general Gómez que nunca pude comprender. A poco recibí en Kingston veinte expedicionarios enviados por el general Gómez, sin recursos de ninguna clase. Según carta de Ramón Rubiera que tengo aquí y que voy a leer:

Llegaron:

«New York, junio 23, 1885. Dr. Eusebio Hernández. Kingston. Doctor: Según orden del General, consigno a sus órdenes los siguientes individuos: Justo Correa, Lawrence Oliver, Saturnino Martínez (muerto en el canal más tarde, de fiebres) Juan Ferrer, Manuel Ferrer, Socorro Díaz, Aurelio Agramonte, Federico González, Rafael Serra, Marcelino Piedra. Soy de usted atentísimo, (f.) *Ramón Rubiera.*»

Del mismo modo deseo hacer constar los nombres de otros compañeros que figuran en otra carta del doctor J. M. Párraga, tesorero de la «Asociación Cubana de New York».

«Sr. Dr. Eusebio Hernández. Kingston. New York, marzo 25, 1885. Muy distinguido amigo: Son portadores de la presente los C. Capitanes Tomás Lao y Juan Rojas, veteranos de la patria y fugitivos de Mahón, quienes van a esa ciudad de Kingston y al cuidado de usted por orden del General Máximo Gómez, quien se los recomienda. Reitérome su afectísimo amigo y compañero. (f.) *Dr. J. M. Párraga.* S'c., 27 City Hall Place.»

De la misma suerte procedió el general con los expedicionarios que debían salir de otros lugares. Lamento no tener el nombre de todos los que tuve a mis órdenes en Kingston, para darlos a conocer en esta conferencia.

Los héroes anónimos me inspiran un gran respeto: son los mejores corazones —en general— que solemos encontrar entre los hombres; sin ganar nada, o sólo una muerte oscura, lo dan todo hasta la vida.

El general Gómez no tuvo jamás —que yo sepa— amor al dinero, creo que no apreciaba su valor sino en el momento preciso en que tenía que pagar alguna cuenta o algún servicio, pero el dinero reunido en el Cayo y en otros lugares hasta la suma de setenta mil pesos (70,000.00) aproximadamente, como después veremos, lo manejó, sin embargo, con mucha economía. Eso no impidió que procediera desde los primeros instantes como si sus cálculos hubieran de realizarse con precisión matemática; el transporte de expedicionarios, el sostenimiento de los mismos en algunos de los sitios señalados para la salida, los gastos de ropa, sombreros, calzado, consumieron una buena parte de los fondos recaudados en Cayo Hueso, y el general se vio obligado a modificar el primitivo plan de invasión; de ese modo se pasó el año 85 y a fines del mismo nos reunimos en la capital de Jamaica Antonio Maceo, Gómez y yo, y después de meditar mucho lo que debíamos hacer, convinimos en que las emigraciones habían dado las cantidades que se les había pedido, que en Cuba aguardaban muchos jefes a las órdenes de Gómez para sublevarse, aunque tenían la expresa de no hacerlo mientras no desembarcara la primera expedición; en una palabra, nos consideramos comprometidos y obligados a redoblar nuestros esfuerzos para ir a Cuba. De donde surgió la necesidad de que Maceo preparara su expedición, y saliera rumbo a Oriente con la esperanza muy fundada de que —tan pronto como pisara tierra cubana— levantaría en armas a los bravos orientales y multiplicaría el entusiasmo de los emigrados, que no tendrían ningún inconveniente en facilitar la salida inmediata de las otras expediciones. Maceo puso por condición que yo le acompañara a reunir los fondos, indispensables y fuera de jefe de Estado Mayor con él a Cuba. Acepté con mucho gusto, porque se trataba de un hombre por quien sentía justa admiración y respeto, unidos como estábamos por la franqueza

de dos personas que en su intimidad llegaron a suprimir la reserva mental, o sea la hipocresía social.

Gómez me hizo entrega con una carta suya del proyecto de manifiesto que había escrito y hecho revisar por don José Francisco Lamadriz. En su carta que voy a leer, se resistía a que lo viera nadie más que yo. Oid:

«Mi estimado Dr. Hernández. El general Maceo se adelantó a hacerme una advertencia, que le agradezco, que yo la había pensado, sobre el manifiesto.

Lo redacté desde New Orleans y pensé pasarlo primero por el tamiz de Lamadriz, y después por el de usted. ¿De quién más? Lamadriz lo hizo y me lo devuelve corregido, y lo he puesto en limpio; ahora se lo mando a usted, para que haga lo mismo.

Maceo me aconsejó encomendar ese trabajo a un señor... de New York que no conozco, pero yo no estoy de acuerdo.

Los manifiestos revolucionarios son como las cartas amorosas; se necesita para que su lectura produzca sensación, que el que escriba sienta mucho amor y mucho fuego en el alma. Prescindiendo de eso, ninguno en ese caso, diría más ni más bonito, que José Martí.

Es necesario que lo que se diga salga del corazón para que al corazón llegue.

Sin embargo, hagan ustedes lo que mejor les parezca; conviene a la revolución a quien servimos; que yo marcharé siempre con mi aparejo y mi carga por más dolorosas que sean las mataduras. Suyo afectísimo amigo (f.) *Gómez.*»

No habéis olvidado la carta que al principio de este movimiento escribió Martí a Gómez. Este no la había visto con indiferencia, y como yo sabía que en el fondo de su espíritu el general deploraba lo ocurrido, y como por otra parte mi trabajo principal, fue siempre sumar amigos a nuestra causa, borrar las distancias nacidas en la guerra, como las ocurridas entre Gómez, Maceo y Roloff, y los disgustos recientes con hombres como Martí, querido y respetado de todos, rogué al general Maceo que le hablara a Gómez de la conveniencia de que el manifiesto fuera obra de una comisión que apareciera nombrada por Gómez, para hablarle yo después al general sobre el mismo asunto. Y le hablé del documento en cuestión, le hice ver que debíamos aprovecharlo como lazo de unión de los influyentes que se quedaban con los que nos íbamos, y era bueno que yo —de paso a New York con Maceo— llamara con empeño a Martí y a otros cubanos. De mala gana accedió, como se ve en su carta, y salimos para New York Antonio Maceo y yo.

Cité a mi llegada para una reunión en casa de J. Miguel Párraga, a Martí, Félix Fuentes, Castro Palomino, (ya Zambrana se había

ido para México, creo), Enrique Trujillo, doctor Juan Arnao y Ramón Rubiera. Di cuenta con la comisión que se me había conferido como si efectivamente fuera el deseo del general que modificáramos el documento como entendiéramos más conveniente a los intereses de la revolución que íbamos a empezar. Todos aceptaron y agradecieron la atención del general Gómez menos Martí que no concurrió, y como me suponían bien enterado del modo íntimo de pensar del jefe, se aceptaron todas mis indicaciones principales sobre el particular. Resultó un documento muy serio, en el que hacíamos una exposición de motivos ante el mundo de nuestra nueva resolución. «En la guerra —decíamos— inperará el régimen militar; en la paz, el régimen puramente civil. Nuestra conducta en la guerra será la de todas las naciones civilizadas, principalmente con los prisioneros, y terminada la lucha consideraremos ciudadanos de la República a todos los que habiten en territorio cubano», en prueba de que deseábamos hacer una vida tranquila y segura para todos.

He aquí el proyecto de manifiesto escrito por el general Gómez, corregido por Lamadriz y a mí entregado como he dicho, y mi carta después de terminado:

«*Máximo Gómez, Mayor General del Ejército Libertador de Cuba y por la voluntad del pueblo y del Ejército, Jefe Supremo de la Revolución.*

«A la América Libre. Al mundo:

«Los perseverantes desmanes de la tiranía, apurando los esfuerzos de la tolerancia de un pueblo sensato y animoso, han impelido a renovar la guerra contra el poder de España, a patriotas valientes y denodados, resueltos a morir, peleando como buenos por la libertad de su patria; de la desventurada Cuba, que, en el seno de la libre, rica y hermosa América, entre crueles dolores y vilmente engañada, explotada y escarnecida, arrastra aún las denigrantes cadenas del vasallaje, con mengua de la civilización y vergüenza de los pueblos libres.

«En hora, por demás, para ella infortunada, un ejército valeroso, cuya frente orlaban los laureles de cien victorias; incauto y dócil a los impulsos nobles y humanitarios sentimientos, firmó una paz que basada en solemnes y halagadoras promesas de dicha y libertad para la esclavizada colonia, le fue ofrecida con insigne mala fe, y pérfido artificio por el digno representante de un Gobierno tenazmente desleal, tiránico y codicioso.

«Grandemente fecunda en crueles injusticias fue aquella paz funesta, y en el sosiego, que tras la inquietud constante de sangrienta lucha, trajo al ánimo del tirano, juzgando éste asegurado su ominoso

poder, extremóse en beneficiarla al compás de sus protervas miras, para hacer a mansalva, y con torpe desdén de sus propios compromisos, más negra su falsía, su explotación más desapoderada, más dura y cruel su opresión, más notorio su desprecio al que se somete, y pérfidamente alardeando de leal y dadivoso, más audaz e insultante su vil escarnio de la sensatez y dignidad del pueblo cubano, con ilusorias y amañadas concesiones.

«Así estrelláronse contra la roca de su insaciable codicia, los lamentos de ese pueblo infeliz, arrastrado por despiadadas exacciones a hórrida miseria, para que no se le arrebatase el mezquino pan que amasa con sus lágrimas.

«Así tornó el adusto semblante, para que no hiriese sus oídos el profundo y lastimero gemido del miserable esclavo que encorvado por el dolor, fertiliza las tierras de su indolente amo, bajo el látigo con el sudor que corre de su frente, y la sangre que mana de sus carnes y la lágrima que cae de sus ojos.

«Así, ante rudo desaire y menosprecio, malogróse el esforzado empeño que, por cuantos medios hallábamos al amparo de la razón y de la ley, emplearon sinceramente y con lealtad, hombres ansiosos de progreso y libertad, refrenados con abnegación heroica —que heroísmo es necesario para descender hasta la humillación de la demanda de derechos usurpados— los ímpetus generosos de una justa indignación en odio de sangre, de lágrimas y ruina.

«Y así la más grande, rica y feraz de las Antillas, al empuje de una administración estulta, rapaz y pervertida, contempla acongojada la devastación de sus campos, de que ha desaparecido la espléndida cultura que los engalanaba, el hondo abatimiento de su activo y vigoroso comercio, el angustiado vivir de sus industriales, la enorme depreciación de sus propiedades, el trabajo, huyendo de los brazos del desdichado obrero, el hambre, en fin, batiendo sus pavorosas alas sobre las poblaciones sobre sus más fértiles comarcas, la degradación por todas partes, e imperando el bandolerismo.

«Y en tanto sus míseros y virtuosos habitantes vejados, explotados, oprimidos, sin ley que los ampare ni derechos que los proteja.

«Y sólo los pueblos ignorantes y corrompidos aceptan impasibles por mucho tiempo, tanto baldón y tanto oprobio.

«Y el pueblo cubano que ya una vez dió ante el mundo pruebas de que, prefiere la muerte a la degradación y la ignominia, embrazando el poderoso escudo de la razón, y la justicia y el derecho, lánzase de nuevo a los combates, para arrancar de las manos del déspota usurpador la libertad e independencia de su patria.

«Para continuar llevando resignados sobre sus hombros el peso abrumador de tan terribles desafueros, menester fuera no ser hombre, no ser americano.

«Pueblos libres de América: hombres libres de América y Europa, cubanos y españoles: se va a derramar más sangre, se va a verter más tanto sobre cadáveres y ruinas. Empero, fuerza es que así sea, porque escritó está, que sólo remontándose a las regiones del Gólgota, pueden hombres y pueblos conquistar sus derechos y su libertad, y con la civilización y progreso.

«Cuba independiente constituída en República Democrática, ocupará el puesto distinguido que le señalan sus grandes y prósperos destinos, en la gran familia de las naciones civilizadas, y fiel a los sacrosantos dogmas de libertad, igualdad y fraternidad, que embellecen el programa de su revolución redentora, abrirá su seno a todas las nacionalidades, a todas las razas, brindándoles amor, felicidad, porvenir y garantías.

«En busca, pues, de apoyo para realizar tan elevados intentos, os dirige su voz, interesando vuestro honor, y en nombre de los grandes principios de la Democracia.

«América libre, aguarda y contempla, y si en las horas tan solemnes para la historia de un pueblo, que va a librar su última batalla, en reivindicación de sus derechos, tu desdén es la prenda de amistad que ofrendas al poder de España, el espíritu del gran Bolívar y de Washington te maldigan.

«SOLDADOS DEL EJÉRCITO LIBERTADOR, la Patria os llama a vuestro puesto.

«CUBANOS, haced que nuestro nombre sea una realidad!

(f.) M. GÓMEZ

JEFE.»

«New York, septiembre 26 del 85.

«Señor General M. Gómez.

«Mi querido General: Está terminado el manifiesto. Por acuerdo tomado en la última sesión, envío a usted copia de las actas y del manifiesto, a fin de que se digne usted dar su aprobación y determinar la época y lugar en que deba ver la luz pública. Como consta en acta, se le suplica tenga usted la bondad de participar a la junta por mi conducto su aprobación definitiva lo mismo que cualquiera variación que considerase oportuna.

«Ahora bien, General: el principal objeto de esta junta, según manifesté a usted, debía ser el dar al manifiesto la expresión del

Partido Independiente en lo posible, y hacer por este medio más positiva la armonía de todos los elementos de ella, aquí en New York, donde tantas diferencias existen, e incondicional el apoyo a la revolución fotografiada —por decirlo así— en el documento dicho. Como en esencia no se ha variado el proyecto de manifiesto que usted me confió, y sí se han aclarado conceptos oscuros, y dado plan al trabajo, que no lo tenía, con la adición de necesarias y honrosísimas declaraciones de que sabe usted que soy testigo desde Honduras acerca del propósito de usted y de los demás jefes para el porvenir; como en realidad nada hay contrario a su pensamiento supuesto que el tal documento es la voz de la Revolución misma en sus principios sustentados y en la conducta que se propone seguir, espero que será aprobado por usted sin enmienda, para conservar así el lazo moral que con la confección de este manifiesto ha unido las voluntades que parecían más opuestas, estimando además el acto como prueba de su carácter conciliador, y de su respeto por la obra sublime que va a acometer.

«Y bien, general, era preciso que todo lo que concierne a la Revolución quedara bien explicado. Nuestro derecho lo ha reconocido el mundo ya en diez años de aplausos; las causas que nos mueven a renovar la guerra debían ser expuestas cumplidamente, y se ha conseguido trazando un bosquejo histórico de los siete años transcurridos, empezando en las promesas maquiavélicas del Gobierno Español, la organización en un programa de partido de esas promesas o reformas que no han sido cumplidas; la conducta de los autonomistas no aceptada, pero tenida en respeto por noostros, la de los Jefes de la guerra y parte del elemento civil que rechazaron toda promesa y juzgaron como una tregua el Zanjón, hasta el momento actual de total ruina para el país bajo el gobierno español, y sin solución a su crisis mortal ni siquiera imaginaria llegando a convertir la más rica de las Antillas en un montón de miserias y un foco de corrupción. Esa es la causa que nos impele a renovar la guerra, natural y sencilla como expresión de la verdad y de la justicia.

«Después, al país debíamos decirle los propósitos de la Revolución, su organización, la armonía de todos sus elementos, y su conducta con la propiedad, los españoles, los extranjeros y los cubanos todos. Y al conseguir necesariamente la conformidad del elemento civil en una organización puramente militar, coincidiendo así con las ideas del ejército, no debíamos prescindir del título mayor de gloria con que se anuncia al porvenir nuestro ejército libertador, reconociendo su misión en la independencia patria, y coincidiendo con el elemento civil en el régimen de las instituciones de derecho, únicas que gobiernan en plena libertad. No tengo que decirle mi participación en

esta obra usted reconocerá mis ideas desde la primera palabra. Y es natural: desde Honduras nos hemos comunicado tantas veces nuestras ideas, que no es difícil ya que entre usted y yo haya mucho de común hasta en la manera detallada de ver las cosas. Por último: al ejército era preciso marcarle bien su deber único, hacer un llamamiento a su dignidad, confiar a su heroísmo la salvación de Cuba. El lenguaje en esta parte debía tener el sello militar. Después de todo eso, si merece su completa aprobación, sería para mí un motivo más de satisfacción por la parte que me corresponde, y más que esto por los fines antes dichos. Contésteme por medio del señor Lamadriz. Y si yo no estoy (eso usted lo sabrá mejor que yo), al Secretario de la Junta, Sr. Palomino por medio de Párraga. Afectos a la familia, Gonzalito, Fuentes y Alomá, y ordene a su atento amigo y subalterno que lo quiere. (f.) *E. Hernández.*»

Se acordó asimismo que el documento se sellara y archivara en la A. C. de S., y se confiara a mi custodia a su debido tiempo hasta que desembarcáramos en Cuba, pues antes no debía conocerlo nadie, y nadie se reservó de él ejemplares.

Inmediatamente salí, de acuerdo con Maceo, para New Orleans, en busca de recursos para su expedición. Encontré a los patriotas disgustados con el general Gómez que los había tratado muy mal —decían— y me costó algunos días el poderlos reunir. Me ayudaron el doctor Havá Fayle, y otros buenos cubanos a recaudar unos dos mil cuatrocientos cuarenta y cuatro pesos ($2,444.00) que pedí en nombre de Maceo. Dejé contentos otra vez y unidos a todos aquellos excelentes emigrados, y regresé a New York en donde me aguardaba Maceo. Este no había podido recolectar nada en New York ni en Filadelfia, porque se había convenido en dejar esos centros a Emilio Núñez para su expedición, que debía salir después de la de Rafael Rodríguez, o sea la tercera, pues la de Maceo debía ser la primera, como he dicho. No le quedaba a Maceo otro camino que el del Cayo si quería conseguir dinero, de donde me había despedido diciéndoles en 1885 que al ausentarme daría el frente al enemigo; y había transcurrido casi un año, y me era penoso volver afirmando que saldríamos en seguida.

Trujillo anunció la probable visita de Maceo y Hernández e inmediatamente contestaron del Cayo que fuéramos, que el pueblo nos aguardaba con verdaderas ansias de vernos, y de estrecharnos.

Nuestra llegada causó cierta impresión en el pasaje, porque fuimos saludados con 21 cañonazos. Caía en ese momento un aguacero, pero los cubanos del Cayo no se detenían ante esas contrariedades cuando se trataba de Cuba. En un coche que nos tenían preparado entramos a la fuerza con Lamadriz y Figueredo entre vivas y aplausos.

Una banda de música rompió la marcha a los acordes del himno hacia San Carlos, y detrás por acompañamiento gran parte del pueblo delirante de entusiasmo.

En el teatro había media población que pidió en el acto que yo ocupara la tribuna. No me hice esperar, y empecé recordando mis últimas palabras de 1885, pronunciadas al abandonar el Cayo: «Cuando la necesidad de ausentarme me obligue a daros la espalda, debéis entender que he dado frente al enemigo». Aquel pueblo entusiasta me interrumpió diciéndome que no necesitaba explicaciones, que conocía todo lo ocurrido, y que se hallaba dispuesto a reunir de nuevo lo necesario para la expedición «Maceo-Hernández».

Profundamente emocionado presenté al general Antonio Maceo, que debía salir para Cuba en la primera expedición que queríamos organizar con los recursos que nos dieran. Inmenso, extraordinario fue el efecto que en aquellos emigrados causaron esas palabras, y la presencia de los dos acompañados de Lamadriz y Figueredo en el escenario de San Carlos. Todo el mundo de pie aplaudiendo, dando vivas, saltando al escenario para abrazarnos, y vaciar sus bolsillos en manos de la Directiva; las señoras y señoritas se desprendían de sus aretes, sortijas, pulseras, de cuanto tenían. Se veían hijas, esposas o novias, sacando el retrato del ser querido de medallones y de relojes para depositarlos también. No pude continuar mi discurso, con música y seguidos de aquella enorme concurrencia fuimos acompañados al alojamiento que nos tenían reservado. Hasta las doce de la noche duró aquel entusiasmo extraordinario, rayano en el paroxismo o la locura.

Al siguiente día se nombró —por indicación nuestra— una comisión de señoritas encargadas de rifar aquellas prendas, a las que había unido el general Maceo un alfiler de corbata de su propiedad.

Nuestras compatriotas vendían las papeletas a la misma policía, identificada con nosotros. En una semana reunimos más dinero del que habíamos pedido, nueve mil ($9,000) pesos en vez de ocho mil, y *en esa semana patriótica* se confundían los americanos con los cubanos, esto es, todos los hombres amantes de la libertad en aquel suelo libre. Esos recuerdos no se borran fácilmente, y cuando se han repetido muchas veces en un largo período de la vida, dejan en el espíritu trazada una huella imperecedera, hábito que sigue rigiendo la marcha de sus actores a través de la existencia. Eso explica el sabor de marcado patriotismo que informa los actos de los que sobrevivimos a aquellas grandes acciones en que todo era alto, desinteresado, por el bien de todos y olvidado del bien propio. Los que no conocen esas situaciones, los que no han puesto su corazón al unísono con el latir supremo de la Patria en peligro, no comprenden esos cánones sagrados, ni entienden la psicología de las grandes colectividades actuando sobre la

de cada individuo y viceversa, ni se deleitan con esa armonía sublime de las leyes biológicas naturales y sociales, creadoras y únicas diferenciadoras de la Especie humana en el gran proceso zoológico.

Cien páginas no bastarían para contener los rasgos diversos que esmaltaban la labor rápida, sencilla y delicadísima *de la semana patriótica:* las señoritas nos escoltaban a Maceo y a mí en marcha a los talleres, y algunas ceñida la bandera de Cuba al cuerpo, me precedían radiantes de patriotismo y de belleza en la tribuna honrada del lector de la fábrica. Maceo, el hombre de bronce, se conmovía, e incesantemente le tenían de pie las repetidas ovasiones delirantes e inacabables provocadas por las alusiones que le hacían en sus vibrantes discursos algunas paisanitas nuestras admiradoras del héroe.

Pronunciaba yo un discurso en San Carlos una noche para decir que no queríamos más dinero y testimoniar nuestra gratitud, y se presentó en el escenario la Directora de un «Club de señoras y señoritas» que acababa de constituirse, y me pidió que le diera nombre. Sin interrumpir mi discurso le llamé «El hijo de esta noche» (6 de noviembre.) Traía la presidenta una bandera, obsequio que hacía el «Club» al insigne Maceo, que ella quiso entregar en el acto en que yo lo denominé. La tomó en sus manos el héroe, yo guardé silencio en la tribuna ante aquel público petrificado, y el *protestante de Baraguá* dijo estas palabras que salieron de sus labios como bombas de la boca de un cañón: «Juro sacar triunfante esta bandera, o caer envuelto entre sus pliegues». Lo que allí pasó no se puede describir: vivas, aplausos, gritos, carcajadas nerviosas, lágrimas a raudales, abrazos, y en momentos dados las manos extendidas hacia el héroe agitando pañuelos, sombreros, bastones, o solas abiertas, cerradas, y en cuantas formas puede revestir el sentimiento desbordado de un pueblo que ansía su libertad, y alienta la fe absoluta de que delante tiene a su libertador.

¿A qué seguir? ¡Maceo lloraba! No sé lo que yo hacía, ni podría describir lo que sentía en aquellos instantes.

¡Y volver la vista en este momento alrededor, y contemplar esta realidad por fortuna agonizante de Mercantilismo, de fe perdida, de amontonamiento de conciencias pervertidas con el oro, la promesa, la amenaza, y de otras conciencias estrujadas que dejan cuatro años de funesta perturbación, parecida al desorden en que deja el huracán campos y ciudades convertidos en sus juguetes!

Pero no; ¡lo grave sería que se repitiera, y no se repetirá! ¡Ningún mal es eterno! Esperemos la rectificación, y si viene, ayudémosla sin envidias, ni rencores, ni mal entendido patriotismo disfrazado con el nombre de interés de partido; que lo importante no es quién haga el bien, sino hacerlo y aplaudir de corazón a quien lo realice noble-

mente. ¡Héroes, no levantéis ahora la cabeza, esperad a que se borren por completo las huellas del huracán!

Despedidos a los pocos días por los habitantes del Cayo —no se puede decir otra cosa— regresamos a New York. En la noche del 27 de noviembre nos presentamos en un teatro lleno de amigos de la independencia, e hicimos allí propaganda de nuestra doctrina de *moderación* para el porvenir y de *absoluta resolución* presente de derribar el imperio colonial, y anunciamos que el general Maceo seguiría a Kingston y al Canal, a Kingston para conferenciar con Gómez, al Canal porque de un lugar próximo se proponía salir; entre tanto yo quedaba en New York para ayudar al coronel Emilio Núñez a preparar su expedición, y adquirir por medio de Queralta un vapor en el que me embarcaría con las armas y el Manifiesto, y recogería en el Canal a los expedicionarios que con Maceo al frente me aguardasen para seguir a Cuba. Las autoridades del Canal, amigas de Cuba, acababan de modificar su conducta con respecto a nosotros. Una cuestión sometida al Rey de España, árbitro aceptado por ambas partes, obligaba al gobierno colombiano a demostrar al español sus interesadas simpatías apoderándose de nuestras armas, y como señalado favor a nosotros reembarcándolas para el lugar de salida, y causándonos pérdidas de tiempo, de dinero y de hombres —algunos expedicionarios murieron de fiebres— cuyas consecuencias fueron inapreciables.

Maceo mandó de incógnito a Crombet a preparar en New York otro vapor, y en la imposibilidad de salir de Panamá, que se dirigiera a Jamaica a recogernos en el lugar convenido de la costa.

Los expedicionarios, Maceo y yo, salimos para Jamaica a bordo de un vapor carbonero. Casi todos llegados con fiebre y poco después de descansar algunas horas en Kingston, distribuímos, los expedicionarios en «Temple Hall», zona de cultivo ocupada por familias cubanas, y aguardamos la llegada de Crombet. El vapor en que debía venir haría ciertas señales con luces de colores en un punto de la costa jamaiquina, en donde el encargado por nosotros de la vigilancia, contestaría por medio de luces iguales si había peligro. Si las señales hechas por el barco no se contestaban, debía entender el Capitán del mismo que existía, y en ese caso podía seguir viaje a Santo Domingo, y aguardar allí, puesto que estaba despachado para dicha República. El vapor llegó, hizo las señales sin obtener contestación de tierra, se alejó, volvió más tarde, repitió las señales, y en vista de que no se le contestaba, el capitán se atemorizó y resolvió seguir a Santo Domingo. Crombet desembarcó en un bote, afirmó que el capitán había hecho las señales convenidas sin resultado, y que temeroso de ser apresado por las autoridades inglesas resolvió

seguir a Santo Domingo —según lo convenido— a pesar de su repetida protesta.

Máximo Gómez, en los momentos en que ocurría esto en Kingston, había embarcado en New York —por medio del Cónsul domnicano, hermano del presidente Billini, primos de Gómez— las armas, municiones y equipos para su expedición. A continuación se embarcó él para la República hermana, en donde todo parecía estar en calma, y en ese lapso de tiempo se le ocurrió a Lily derrocar a Billini y poner en su lugar al Vicepresidente, hechura suya. Como en ese instante llegaran las armas y las municiones, el caudillo dominicano se apoderó de ellas, y las repartió a sus soldados y a Máximo Gómez lo redujo a prisión.

Máximo Gómez había empleado en esa expedición el resto del dinero que le recogí en el Cayo. Maceo había consumido igualmente buena parte del que nos dieron en el Cayo y en New Orleans, y al general Rafael Rodríguez le había yo pedido para completar el dinero de Maceo mil pesos (1,000) de los fondos destinados a su expedición, según consta en los documentos que voy a dar a conocer. Carta del general Rafael Rodríguez:

«Key West, febrero 20, 1886.— Dr. Eusebio Hernández.— New York.— Querido doctor:— He recibido la suya de fecha 14 del corriente. Por el correo que sale hoy van los mil pesos que usted pide, dirigidos al doctor Párraga para que los entregue a usted.

«Yo lamento altamente las dificultades que se nos vienen presentando para la realización de nuestros proyectos.

«Al recibir la suya, no tuve la menor duda en la determinación que tenía que tomar, que era enviarle el dinero, a pesar de la situación difícil en que se me coloca, porque usted sabe que esa cantidad es la única con que yo cuento para mi movimiento, y que no contando como contaba con la embarcación de Queralta, me será más difícil y costoso conseguirla por mi cuenta; no obstante estas consideraciones, preferiría fracasar yo a cargar con la más insignificante responsabilidad de que por mi causa se había interrumpido el movimiento, así es que como le dije antes, no dudé un momento en remitírselo; pero como este dinero no está en mi poder sino que lo conserva el tesorero del Club y fue prestado como lo obtuve, con la condición de parte nuestra de que se iniciaría una colecta oportunamente para abonar esa cantidad y ésta no se ha hecho aún por creer no dé resultado hoy.

«Por esta razón se vio el Comité en una dificultad que con repugnancia ha vencido, al ver lo grave de la situación, y las consecuencias que podría traer el trastorno de aquel movimiento.

«El documento que debe remitirme como comprobante de haber recibido los mil pesos ($1,000) hágalo en la forma en que usted crea más propia para salvar su responsabilidad y la mía.

«Para mayor seguridad le remito en carta certificada al doctor Párraga el dinero y al propio tiempo le dirijo otra sin certificar, avisándole que vaya al correo a recoger la certificada, a fin de que no sufra demora.

«Hasta mi próxima quedo siempre suyo de corazón,

(f.) Rafael Rodríguez.»

Recibo del doctor Párraga:

«Tesorería General. He recibido en depósito la suma de un mil pesos ($1,000) que el brigadier Rafael Rodríguez, desde Key West, envía al doctor Eusebio Hernández para el general José Antonio Maceo.—New York, marzo 2 de 1886.

(f.) Cor. Dr. J. M. Párraga.
Tesorero General.»

Recibo del doctor Eusebio Hernández:

«He recibido del general Rafael Rodríguez la cantidad de mil pesos ($1,000) que le pedí a nombre del general José Antonio Maceo como condición para poder vencer las dificultades creadas a la salida de la expedición a cargo del segundo, por no haber llevado el coronel Queralta la embarcación que prometió al general Maceo en un término convenido, y haber transcurrido cuatro veces dicho término sin que hayan sido más felices las gestiones de dicho coronel; debiendo por tanto resolver la dificultad allá el general Maceo, lo que no podría ser sin la ayuda de mil pesos del general Rafael Rodríguez, que están depositados en poder del Tesorero general, hasta que con el resto del dinero los lleve yo en persona al general Maceo.

«Y doy el presente recibo explicado para salvar en todo tiempo de responsabilidad al general Rodríguez, en un asunto en que sólo tiene la gloria de no haber sido obstáculo con su negativa para el éxito de la empresa, toda vez que sin él sería difícil.

«New York, marzo 3 de 1886.

(f.) Eusebio Hernández.»

El coronel Emilio Núñez no se había movido, estaba en su casa, ni tenía que hacer gastos ni urgencia de recaudar el dinero de su expedición: todo el trabajo de organización en Filadelfia y New York lo habíamos hecho él, Enrique Trujillo, Portuondo, el flautista Solís

y otros cubanos y cubanas entusiastas y yo. Con la prisión de Máximo Gómez tuvimos un largo período de vacilaciones. Sin embargo, todas las emigraciones estuvieron contestes en que debíamos aguardar a que Gómez fuera puesto en libertad, libertad que esperábamos inútilmente todos los días. Al fin, a los ocho meses lo sacó de la cárcel Lily, y cortésmente lo invitó a salir de Santo Domingo.

Llega a Kingston el prisionero de Lily acompañado del general Pancho Carrillo, Alejandro González, su secretario y otros cubanos. Carrillo se dirigió al campo donde me encontraba con los expedicionarios que, como antes dije, había distribuido entre las familias de «Temple Hall» por carecer de dinero para alimentarlos, vestirlos y calzarlos, y convencido en aquella época, como hoy, de que la *mejor razón* es el ejemplo, me descalcé y comía con ellos las yucas, malangas, boniatos y plátanos que podíamos conseguir. Yo tenía las mejores casas de Kingston a mi disposición, pero comprendí que si aceptaba los ofrecimientos que me hacían no podría responder satisfactoriamente a las justas exigencias de mis compañeros, entre los que estaban Martín Morúa Delgado, Rafael Serra, Achille Duverger (el bravo), los capitanes Lao, y Rojas, Elizardo Maceo Rizo, y muchos otros jóvenes de todas las ciudades de Cuba, así como el coronel Agustín Cebreco, el coronel José Maceo, el brigadier Flor Crombet y el general Antonio Maceo. Carrillo me encontró naturalmente descalzo, y a sus preguntas le contesté que me estaba fortaleciendo para las marchas que teníamos que hacer en Cuba (que era lo que yo decía a mis compañeros que convenía que hiciéramos todos para cuando careciéramos de calzado y de sombrero en la guerra).

Mucha gracia le hizo al general Carrillo —que fue siempre muy amigo mío y bien correspondido en su buena amistad— mi respuesta.

A los pocos días recibí una citación del general Gómez para una conferencia que tendría lugar en Kingston en casa de Octavio Bavastro, suegro de Alejandro González, y esposo de una prima de Flor, mujer de gran mérito moral e intelectual. Nos reunimos bajo la presidencia de Máximo Gómez, Antonio Maceo, Flor Crombet, Francisco Carrillo, José Maceo, A. Cebreco, Alejandro González y yo. El general Máximo Gómez nos hizo relación minuciosa de la pérdida de las armas, del gasto del dinero y de su prisión. Maceo, a su vez, detalló los incidentes que condujeron al fracaso las dos expediciones que habíamos preparado.

Yo dí cuenta de haber dejado incompleta la suma destinada a la expedición de Rafael Rodríguez por haberle pedido mil pesos que faltaron para la expedición de Maceo.

Puesta a discusión la líneaa de conducta que debíamos seguir, Maceo opinó que suspendiéramos el movimiento y publicara el general Gómez

un manifiesto firmado por todos, si así se acordaba, explicando con toda claridad lo ocurrido. Fuímos de opinión distinta: Flor, Carrillo, Cebreco y yo, que sostuvimos la necesidad de hacer un último esfuerzo por llegar a Cuba aunque fuera en botes. El general Gómez dijo que mientras hubiera un jefe que entendiera que debíamos seguir luchando, él lo secundaría, y se declaró partidario de nuestro empeño, que por otra parte, contaba con la mayoría. Salimos con este motivo otra vez a Cayo Hueso, Carrillo y yo, esperanzados de preparar nuestra expedición. El general Gómez y Flor se dirigieron al Canal con igual deseo. Antonio Maceo quedó en Kingston con José y Cebreco, quienes más tarde pasaron también al Canal. Grandes apuros pasó conmigo durante la travesía de Kingston a New York el general Carrillo; embarcamos en un vapor platanero que no tenía camarotes, dormíamos tendidos sobre la cubierta, naturalmente muy sucia, y yo sufría fiebres del Canal de Panamá desde hacía algunos meses, que me tenían debilitado, y en el momento álgido del acceso parecía moribundo a los ojos de los profanos. El capitán estaba aterrado pensando en una probable cuarentena y en la pérdida consecutiva del cargamento, y a las primeras indicaciones de Carillo me cedió su camarote, estrecho, próximo a la máquina, en donde creí que me asaba.

Así llegamos a New York todos me ayudaron a levantarme y a vestirme, me pusieron un sobretodo, creo que del capitán, y cuando vino la Sanidad a pasar la visita se le dijo al médico que mis fiebres eran de Panamá, palúdicas, y que yo era médico. El doctor me hizo algunas preguntas, y quedó tranquilo respecto de la fiebre amarilla, que era la mayor preocupación de aquella época.

Descansamos en New York algunos días para seguir a Cayo Hueso. Esa llegada al Cayo me tenía más preocupado que la fiebre. ¿Qué podía yo decir por tercera vez a aquellos buenos cubanos? ¿Que la culpa no era mía? No, la culpa era de todos, mejor dicho de los accidentes imprevistos que surgieron por todas partes, y acaso de nuestro firme propósito de que nadie se levantara en el país antes de nuestra llegada, para evitar sacrificios que no nos hubiéramos perdonado nunca. ¿Quién podía pensar en el arbitraje, que nos costó el reembarque de las armas en Panamá? ¿A quién se podía hacer responsable de no haber visto las señales del vapor que condujo Crombet a las costas de Jamaica? ¿Quién hubiera tenido la menor sospecha de que pudieran perderse las armas que Máximo Gómez despachó para Santo Domnigo de acuerdo con el Presidente (su primo), y de que él había de ser —por burla de la suerte— reducido a prisión? Y sin embargo, me contrariaba volver a pedir, porque eran en su inmensa mayoría pobres los que tenían que dar; pero como íbamos a hacer un esfuerzo

supremo arriesgando nuestras vidas en botes por llegar a Cuba, me confortaba con esa idea.

Al fin, llegamos, nos hicieron un recibimiento bueno como no lo esperábamos ni Carrillo ni yo. Al siguiente día celebramos una conferencia con las principales personalidades del Cayo, y nos dijeron que estaban bien penetrados de las desgracias que habían concurrido a inutilizar nuestros esfuerzos, que era difícil volver a reunir en el momento otra suma de setenta u ochenta mil pesos, y que ellos en vista de eso no sólo no estaban dispuestos a facilitar expediciones en botes, sino a impedirlas en bien de Cuba, por tratarse de los mejores jefes, que en otra oportunidad podrían servir a la Patria con más seguridad; y se acordó dirigir al general Máximo Gómez una comunicación pidiéndole que desistiera por el momento de todo intento de ir a Cuba en espera de otra oportunidad en que, con elementos suficientes, pueda dar mayores seguridades de éxito; que habiendo contribuído la emigración del Cayo con las dos terceras partes —por lo menos— del dinero recaudado, se creía autorizada para tomar esa iniciativa, con la esperanza de que merecería la aprobación de las demás. Con ese mensaje y una carta mía partió para el Canal el general Francisco Carrillo (actual gobernador de Santa Clara) en tanto que yo aguardé en el Cayo su regreso y la contestación del general Gómez, sin cuya «licencia escrita» no quise abandonar el movimiento.

En el Canal se entrevistó Carrillo con Gómez, y éste después de leer el mensaje de los emigrados del Cayo concordante con la manera de pensar de los de Kingston, New York, el Canal, etc., y de conformidad con la opinión de Maceo y del convencimiento nuestro nacido del último inútil esfuerzo que acabábamos de efectuar, se decidió a dar por terminado el movimiento.

He aquí la licencia que a petición mía me mandó el general con Carrillo en contestación a la que yo le escribí, y que deseo se conozca porque refleja la psicología de aquel momento.

Licencia del general Máximo Gómez

«Istmo de Panamá, 16 de diciembre de 1886.

Dr. Eusebio Hernández.— Estimado amigo: por Carrillo y por la carta de usted sé ya el resultado de todo. Por acá en idénticas condiciones, no hay pues que pensar de momento en nada de eso: nuestras gestiones a más de no darnos fruto ninguno, pueden ser interpretadas de un modo desfavorable a nuestra reputación. Yo no digo una palabra más, ni doy un paso más.

Después de todo lo ocurrido, y cuando se quiera principiar de nuevo, no se debe comenzar por pedir dinero, por ahí se debe concluir. Lo

primero es organizarse, y lo poquito que yo pude hacer en ese sentido todo se ha disuelto. ¿Con quién se puede, pues entender la revolución? Con nadie.

Yo estoy aquí trabajando para evitar el hambre a mis hijos, Crombet lo mismo y todos.

Deseo saber dónde fijará usted su residencia, qué piensa hacer. Si pudiéramos volver a Honduras, allí viviríamos mejor; por no tener dinero no he ido a ver a Bográn, pues allí dejamos amigos. Consérvese bien y quedo como siempre su amigo,

(f.) MÁXIMO GÓMEZ.»

La carta que acabo de leer es contestación a la siguiente:

«Cayo Hueso, noviembre 19.—1886.

Sr. general Máximo Gómez, Canal de Panamá.

Mi querido amigo: la presencia del general Carrillo en esa le hará presumir el estado de nuestras cosas. Aquí, donde el dulce nombre de Patria era la palabra sacramental, el tema de todas las conversaciones, de todos los discursos, sucede que es hoy la última que se pronuncia. A la confianza ha sucedido la duda, a la esperanza la incredulidad, al entusiasmo el silencio, al cariño la indiferencia, a la acción eficaz la quietud desorganizadora, ¡silencio sombrío! tal es en estos momentos el Cayo.

¿Será que falta el patriotismo? No; la fe. Las causas le son conocidas, y si para usted como para mí, son exageradas, como seguramente para todos nuestros compañeros, no por serlo son menos exactos los hechos que relato, hechos que se nos imponen con una realidad abrumadora. De modo, que antes de nacer, conjúranse las circunstancias alrededor del movimiento y dan por resultado el aborto de la revolución. Yo, el hombre de la esperanza creciente, de la fe inextinguible y de inalterable optimismo, cruzado de brazos ante la realidad abrumadora que me arranca el corazón, tengo que confesar que entre la razón del hombre, su anhelo de justicia y su indomable energía por el ideal que perseverante persigue, entrelázase algo, como una fuerza ciega que le perturba, y le interrumpe, y le detiene y hasta le derriba precipitándolo en el abismo por el solo delito de amar el bien de la sociedad y el progreso de los pueblos. El fatalismo! Ahora lo comprendo, después de eso, la decepción, es decir, la duda sin horizonte, es decir el egoísmo.

Y la vida, cuyo término era el bien, destino del hombre alcanzado por los mejores medios como el desinterés, el sacrificio, el heroísmo y

sobre todo, la perseverancia, redúcese ahora al placer interrumpido a cada paso por el dolor.

. . . .

No es el mejor el más honrado, sino el más hipócrita; la honradez mira a lo justo, y la justicia es un mito, la hipocresía que es el bien parecer, mira sólo a lo útil y lo útil es el medio en el esfuerzo final del hombre por el placer. El que más goza es el más virtuoso... He ahí la decepción. A esas desconsoladoras consecuencias podría arrastrarnos, si en sus brazos nos arrojásemos en momentos críticos como los actuales, general. Eso no impide que yo la haya experimentado. Me ha herido, a qué negarlo? Pero tomo del hecho amargo lo que debe servirnos de experiencia sobre los hombres y las cosas, y sin dudar de la inmortalidad del hombre como obrero empeñado en la obra del progreso humano, prepárome a continuar luchando si no necesitamos reponer los medios de acción; o a sentar la base del mañana si los medios nos faltan ahora. En ese caso el lema será el abismo: ¡Adelante! Veremos cómo.

Por eso queda aguardando su atto. s. y amigo.

(f.) E. HERNÁNDEZ.»

Y ésta, la última que dentro de una dirigida a Carrillo me escribió el general Gómez a Cayo Hueso a fines de 1886.

«Mi querido doctor.

Desde aquí (Canal de Panamá) y dentro de la carta de Carrillo le envío un cariñoso saludo.

Nos volveremos a ver? Creo que sí; y por qué no?

Para Cuba y para hombres como usted, siempre seré el mismo, no importa que el aquilón de la desgracia ruja a mi rededor.

Pienso, no sé, estar poco por aquí, pero tampoco sé dónde iré a plantar mi tienda. Donde quiera su amigo,

(f.) MÁXIMO GÓMEZ.»

Entre las personas que nos ayudaron en las campañas del Cayo quiero dejar consignados los nombres de Enrique Canals, Enrique Pérez, presidente del club secreto «Carlos Manuel de Céspedes»; José Dolores Poyo, director de «El Yara»; Guillermo Sorondo, presidente de un comité; Teodoro Pérez, Eduardo H. Gato, Soria, Marrero, manufactureros; Recio, comerciante; Fernando Figueredo; Francisco Iber; Zaldívar; Ramón Rivero; Briñas; Martín Herrera; Manuel Delgado; el director de «La Propaganda», Francisco Vasallo, y en especial don José Francisco Lamadriz, y otros muchos cuyos nombres no recuerdo, con verdadera pena. Y entre las damas, Eva Adán

de Rodríguez, las señoritas Otero, Isabel Rubio de Canals, la señora María Adams y la señorita Anita.

En Kingston nos prestaron valioso y entusiasta concurso: José Pérez; José Ros y Mayner; el doctor José Mayner, director de «El Deber»; los hermanos Ernesto y Octavio Bavastro; los hermanos Machado (manufactureros); Pepe Correoso, comerciante; Antonio Gutiérrez; Antonio Collazo; Justo Solórzano; Pepe Griñán, hacendado; Antonio Colás, propietario, y Moreno, agricultor cubano de «Temple Hall».

La experiencia me había enseñado lo difícil que era reunir fondos suficientes para asegurar el éxito de un nuevo movimiento, en el que necesariamente debíamos pensar. Gómez, Maceo, Crombet, Rodríguez, Carrillo, Cebreco, Serafín Sánchez, Roloff y otros quedaban, como yo, aguardando mejor ocasión. Pero tendríamos que repetir el desacreditado sistema de las colectas? Las recaudaciones voluntarias o solicitadas tenían el defecto ya probado de la pérdida de tiempo y de los gastos que traen aparejados, equivalente a una buena parte de la recaudación antes de que se puedan organizar los trabajos expedicionarios; hay que mover hombres de largas distancias para que estén listos al primer aviso, y es fuerza alimentarlos, vestirlos y calzarlos, sin contar con las dificultades imprevistas que acompañan a esta clase de empresas.

Por todas esas razones discurrí un plan simple para reunir el dinero necesario sin pedir a nadie un centavo en efectivo.

Además de esa enorme ventaja, tenía la de que no había necesidad de gastar hasta el momento preciso de la acción.

He aquí el plan. Había en las emigraciones diez mil tabaqueros, cada uno debía contribuir con dos tabacos de su fuma de la mejor vitola y mejor material, según acuerdo tomado por los fabricantes. Vendido el millar al precio medio de cincuenta pesos producirían anualmente los veinte millares diarios —descontando los domingos— trescientos diez y siete mil pesos oro americano ($317,000). En dos años tendríamos depositados en un banco seiscientos mil pesos por lo bajo. Cada manufacturero vendería por turno con los suyos los «tabacos de la Patria», en tanto que los demás se repartirían los gastos de envases, escogida, fletes, etc., operaciones éstas que ellos reglamentarían para no perjudicarse, ni perjudicar los ingresos revolucionarios.

Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido de la «Guerra Chiquita» al momento en que pudimos comenzar este movimiento; no sería fácil intentar otro con éxito antes de cuatro o cinco años, y Pancho Carrillo, Lamadriz y yo, después de maduras reflexiones, llegamos a la conclusión de que el desenvolvimiento de ese plan necesitaba por parte del que lo llevara a cabo, una gran actividad y

una completa independencia económica: de ahí mi determinación firme de estudiar una especialidad que me asegurara esa independencia, y venir a los Estados Unidos «a laborar sin descanso». A eso se debe (permitidme que lo haga anotar aquí) la especialidad que hoy tengo. El año 90 o 91, calculaba yo que podía estar de regreso en los Estados Unidos, y en efecto hubiera sido así; pero he aquí lo que sucedió: Juan Fraga, cubano «retraído» desde 1870 en New York, a causa de las luchas que había presenciado entre la «Junta Revolucionaria» y los jefes de expediciones, no sabía que el doctor Hernández que actuaba con Gómez y Maceo era un niño que él había conocido con motivo de los sucesos de Jagüey Grande, y después de haber llegado yo a Madrid se enteró, y me escribió una carta «pesimista» sobre el porvenir de la revolución libertadora que había llegado a creer imposible; y me decía que era la causa de su largo retraimiento la incapacidad de los cubanos para sacrificar sus egoísmos hoy como ayer. Le repliqué que estaba equivocado, que nosotros habíamos culminado en un fracaso por causas diversas, hijas muchas de ellas de nuestra impericia, otras de accidentes inesperados contra los que nada se puede hacer, y que hoy más que nunca estaba convencido de que no había más solución a nuestro problema que la guerra, fuéramos buenos o malos, egoístas o altruistas, y que yo me preparaba para acometer de nuevo la empresa con el plan que antes he referido.

Fue de tal naturaleza la «reacción» que mi carta produjo en el espíritu de Fraga, que no me volvió a escribir hasta que me pudo anunciar al comienzo de 1888, la constitución del club «Los Independientes», fundado por él a mi conjuro y a guisa de la vanguardia de la fuerza del porvenir. Que a ejemplo mío, depositaría todo lo recaudado en un banco, para demostrar a los emigrados lo mucho que sin sacrificio personal de nadie se podía hacer y que contara con él otra vez con tantos bríos y entusiasmos como yo.

En ese club, fundado en el principio de 1888, como antes he dicho, fueron ingresando Calixto García, Juan Gualberto Gómez, y los cubanos más prominentes de New York el mismo Martí hizo su ingreso en 1890, y cuando yo me disponía a establecerme ese mismo año en New York, recibí la noticia de que José Martí, invitado para hablar en Tampa por Néstor L. Carbonell, se había puesto al frente de una nueva organización llamada «Partido Revolucionario Cubano», cuyo primer comité fue el club «Los Independientes». Fraga me escribió sobre esto a París y mi contestación fue que prestara todo su concurso a la obra iniciada por Martí.

En París recibí carta del general Máximo Gómez a fines de 1892, de la que me permitiréis que lea lo que sigue:

«Monte Cristo, 25 de diciembre de 1892.

Dr. Eusebio Hernández.

Con mucho gusto me he enterado de todos sus conceptos y me place sobremanera por cuanto me siento fuertemente interesado en los asuntos cubanos que usted y Juan Fraga estuviesen iniciados en los trabajos que hoy por hoy, y a juzgar por las apariencias, con tan buen éxito va llevando a cabo José Martí, revestido de buenos poderes para tal empresa por la mayoría de los cubanos. Paréceme a mí que si hombres como usted se pusiesen al lado de Martí en estos momentos, quizás se pudiese llevar más pronto a feliz término la obra comenzada. Martí vino a verme y a pedirme mi concurso, y como mi espada siempre que el brazo pueda moverla estará dispuesta a defender los derechos de la futura patria de mis hijos, contesté a Martí lo que mi corazón y la conciencia me dictaron. Cuba puede contar con mis servicios a la hora que los necesite y recordé una patriótica frase de usted cuando juntos nos fatigábamos en igual deseo de caer en Cuba (en 1884), etc. Decía usted entonces: «Yo soy soldado sin condiciones». Eso he dicho yo ahora a José Martí.

Volviendo a la solución del actual movimiento que con incomparable tesón agita Martí, creo como usted que el asunto pide demora, con mayor razón si —como se tiene previsto— en el plan general, esta vez se espera que la iniciativa parta de dentro, etc.

Reciba usted muchos cariños de todos los míos, póngame a los pies de su señora, y soy de usted aftmo. amigo

(f). M. GÓMEZ.»

Esta carta es extensa y toda ella muy interesante, pero he leído solamente los párrafos que anteceden porque demuestran que Gómez al hablarle de Cuba olvidó la dura epístola en que Martí le negó en 1884, su concurso, y porque Gómez revela en ella su creencia —como la mía— de que se necesitaba mucho tiempo para lograr lo que Martí perseguía con todo el influjo de su palabra vibrante y elocuente y de su creciente amor a Cuba.

En vista de la indicación de Gómez de que prestara mi concurso a Martí, escribí a Serafín Sánchez en esa sazón en Cayo Hueso, sobre el particular, para que llegara a conocimiento de Martí, de quien era muy amigo; y mi sorpresa fue grande cuando en su contestación me decía Serafín que por el tiempo que faltaba para la revolución, él creía que, en vista de mi quebrantada salud, cada día peor en París, yo debía venir a reponerme a La Habana.

Como los médicos me ordenaron que saliera de París si no quería perecer en dicha ciudad, resolví dirigirme a Cuba por vía de New

York. Vino a verme Martí en seguida, estaba envejecido, mal vestido, algo abandonado en su persona, como que había abandonado todos sus negocios y economizaba el dinero de las recolectas como un avaro sus millones. Martí no hablaba más que de Cuba, de la inmediata revolución, y me propuso que no siguiera a La Habana. Aunque realmente vacilé, no se lo hice notar sin antes verme con Fraga. Vino el mismo día el viejo amigo a darme un abrazo y le pregunté con qué contaba Martí para hacer una revolución inmediata. Fraga no me podía engañar, me dijo que no pasaban de diez o doce mil pesos los fondos con que contaba en aquel momento (diciembre de 1893). Y en vista de esa revelación resolví seguir a La Habana con mi familia, supuesto, que aunque Martí rectificando su primitivo plan resolviera invadir el territorio cubano el día que contara con los medios necesario, eso no podía suceder antes de dos o tres años.

Muchas personas me habían asegurado de antemano que nadie me molestaría en La Habana como así sucedió; mis trabajos científicos de París me habían dado a conocer lo bastante, para que distinguidos médicos, representantes de la Academia y de la Prensa Médica, y amigos particulares, fueran a recibirme y que por espacio de algunos días desfilaron por el hotel Mascotte muchos cubanos ilustres de esta capital. Una conferencia dada en la Escuela Libre de Medicina, Cuarteles 7, muy concurrida, me abrió las puertas de la profesión en mi especialidad y sin pasar por el noviciado que acompaña generalmente al recién llegado, abrí mi consulta a los pocos días en Prado 77 A, con una clientela que fue en aumento a medida que pasaban los meses. Esto sucedía al comienzo de 1894.

No podía, pues, quedarme en New York; Martí no había variado el sistema de conspirar; el dinero de que disponía era el producto de colectas entre los pobres, es decir, lo que yo sin resultado económico suficiente y rápido había probado ya; si Martí hubiera aceptado mi plan de aguardar para movernos, a tener depositados en un banco seiscientos mil pesos ($600,000.00), para invitar después a una reunión en New York o en otro lugar de antemano convenido, a representantes separatistas residentes en la isla, a representantes del Partido Autonomista, y a representantes del elemento español en Cuba para que vieran nuestros recursos y «discutiran o se negaran a discutir», con nosotros, la oportunidad de un nuevo movimiento, yo hubiera permanecido en los Estados Unidos con Martí. Poco hubiera podido hacer, en cambio, con el sistema por él seguido, sin dinero, en los momentos mismos en que me hablaba de una formidable revolución, hubiera sido echarme consciente, en brazos del azar que no me hubiera sido lícito dirigir o intentar dirigir, puesto que la dirección la tenía él de hecho.

Además, hemos visto anteriormente la opinión del general Gómez de que sería obra de mucho tiempo mover en el país con probabilidades de triunfo a los partidarios de la independencia sin haber llegado (y esto lo digo yo), Gómez, Maceo, Calixto García y sus principales tenientes; así lo escribió al general Carrillo también.

Cierto que Martí había dicho en una ocasión que contaba con la «torpeza de los gobiernos españoles». Este factor, muy conocido en la colonia, no se hizo esperar: las reformas de Maura degeneraron en las de Abarzuza y reducidas por fin a simples promesas. Las primeras ampliamente planteadas, hubieran acaso, «prolongado la tregua»; las segundas trajeron el descontento y Martí aprovechó el instante preciso para ordenar el movimiento de Ibarra aislado y sin apoyo, el de Oriente vacilante con Moncada muy grave, y los españoles asustados produjeron «en tiempo» el capitaneado por Masó que no tuvo comunicación directa con Martí —según me aseguró en la revolución. Fracasó Ibarra, fracasaron las expediciones de Fernandina, vaciló Oriente, esto es, Santiago de Cuba, pero se sostuvo el noble Masó, y «lo que era preciso»; *desembarcaron Gómez y Maceo.*

Y es que en 1895 había desaparecido la esclavitud, todos los cubanos eran iguales ante la ley, la propaganda separatista había echado hondas raíces en todo Occidente, y espigado en el resto del país, como que no había en él quien desconociera los triunfos fabulosos que se referían con entusiasmo y admiración por los padres a sus hijos, de Agramonte, Maceo, Máximo Gómez, Calixto García y Sanguily, ni quien ignorase los principios proclamados en Guáimaro, y no sintiera —para gozar de ellos— la necesidad de independencia; en una palabra: la «tregua del Zajón había llenado su objeto en sus resultados no pactados, removedores de los obstáculos que impidieron el triunfo en la guerra del 68 al 78». Desde ese instante la Revolución podía empezar dentro o fuera, ser o no ser importada, a fecha fija o inopinadamente, que las leyes naturales se cumplen a su tiempo a despecho de los intereses de determinados estados sociales, de privilegios de castas o de clases, si se oponen a los grandes intereses humanos sintetizados en el nacimiento de una nacionalidad, y «eso supo verlo y aprovecharlo de manera genial, José Martí».

Tal fue, señores a grandes rasgos descripto, el período revolucionario de 1879 a 1895. De él se derivan grandes enseñanzas que no he hecho más que esbozar, por no seguir abusando de vuestra benevolencia más allá de las dos horas que lleváis prestándome vuestra atención.

Que todas las luchas que hemos sostenido contra el poder de España hayan templado nuestro carácter, lo hayan acendrado en el amor y respeto de nuestra nacionalidad, que debe ser para nosotros —sin

flaquezas de espíritu— imperecedera, y que cada nuevo período presidencial esté señalado por la creciente devoción a la vida constitucional, a la tolerancia de nuestras faltas tradicionales, al mejoramiento de nuestro pueblo por la independencia de los poderes del Estado para lograr el funcionamiento regular de nuestro estado democrático, conciliando la autoridad sentada sobre base moral, con el orden nacido del reparto equitativo del bien común que lo asegura; y todo esto en medio de la existencia sosegada que proporciona la garantía de la vida, de la propiedad, del respeto sin restricciones mentales siquiera a la libertad del pensamiento, de la palabra hablada o escrita y sobre todo, por la aceptación franca, completa y necesaria de las reformas humanas, cristianas y justas en bien de los menesterosos, de los proletarios, de nuestro verdadero pueblo, que ha impuesto ya en todas las grandes naciones la «democracia social».



ÍNDICE

Impreso en la
UNIDAD PRODUCTORA 08
«Mario Reguera Gómez»
Benjumeda 407.
Instituto del Libro.
5 de diciembre de 1968.
La Habana, Cuba.
Edición de 15 000 ejemplares.